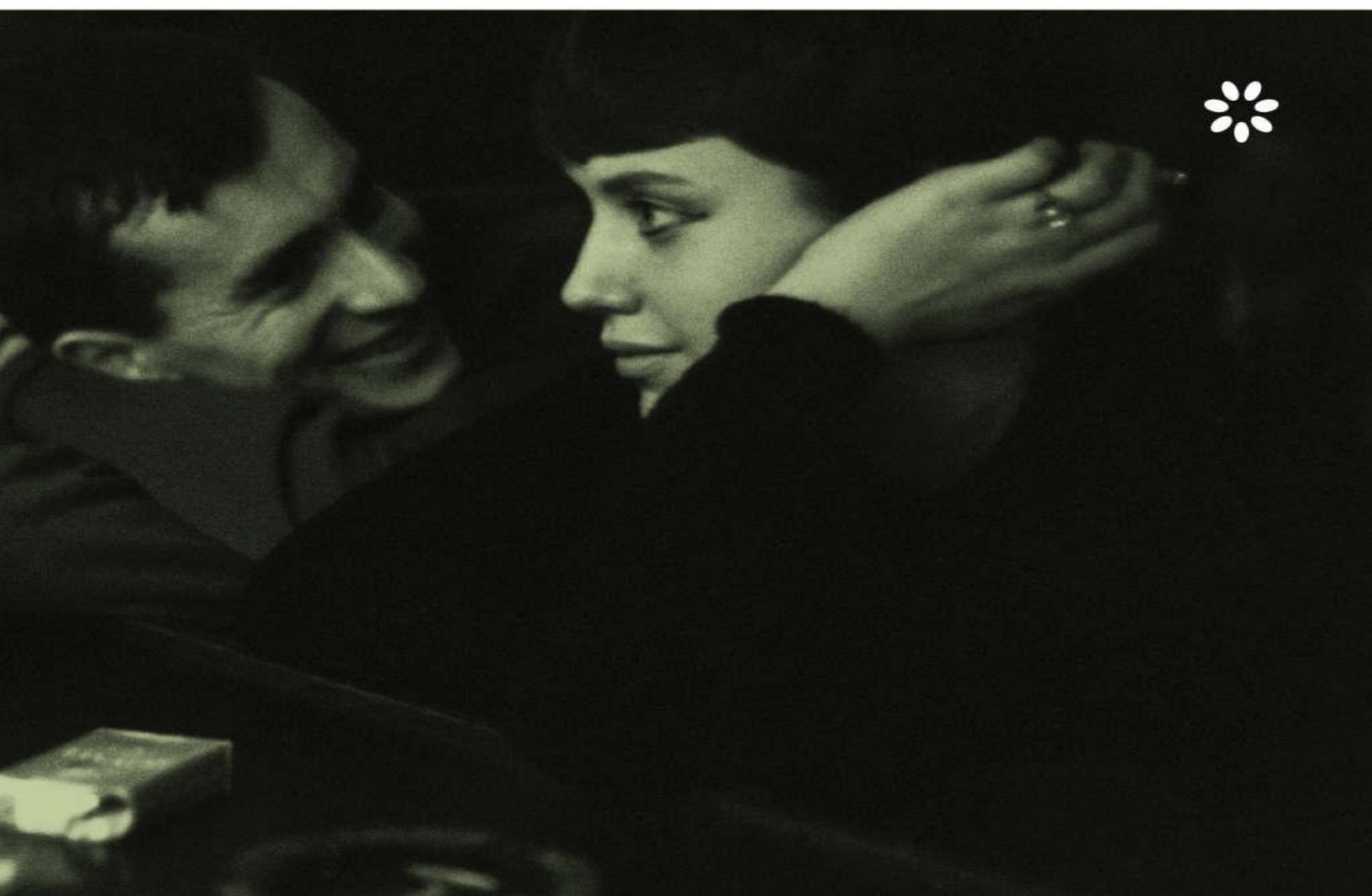


Libros del Asteroide 

Marcos Ordóñez
Detrás del hielo



Marcos Ordóñez

Detrás del hielo

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Primera parte. La ciudad perdida

1. Detrás del hielo
2. La ciudad perdida
3. La calle Zuckmantel
4. Tía Olga
5. Pasaje de Santa Klara
6. La calle Janouch
7. El talismán
8. Las dos cautivas
9. El gran hueco
10. Oskar Klein
11. La segunda cita
12. Vera y el viento
13. El nuevo mapa
14. Una Klara futura
15. Agosto
16. Plaza de los Héroeos
17. El cuarto de juegos
18. Varenka

Segunda parte. Oskar y Jan

19. El Hostal del Cisne
20. Gisia
21. Linterna mágica
22. El señor Sleyen
23. La carta
24. El ángel de los dientes de madera
25. Preparativos
26. Eden Bar
27. Huida a Luzhin
28. Ciudad Oculta

29. Otoño
30. El transistor blanco
31. El otro Jan
32. La Pagoda
33. Una nueva voz
34. Jan y el pelirrojo
35. El espejo empañado
36. Dentro del círculo
37. La plaza de San Bruno
38. Hektor y Kolya
39. El consejo de Veronika
40. El cielo in una stanza

Tercera parte. Nosotros tres

41. Mado
42. Rosa Malibrán
43. El secreto
44. La ruta encantada
45. Niort
46. La bruja buena
47. Regreso a La Pagoda
48. El dragón
49. El bosque
50. Nuestra Señora de Unseld
51. El álbum de cromos
52. Sokel y Drazen
53. De repente
54. La corteza de limón
55. Norderney
56. El teniente Voudzoy
57. Blanco
58. Una despedida
59. Agua
60. Primavera
61. La familia

Cuarta parte. La ciudad incendiada

62. El pozo
63. Encuentro con los Dracos
64. Pavel y Rudy
65. Música
66. Hektor y Jan
67. Los Compañeros de la Noche
68. El umbral
69. Intemperie
70. El hombre a caballo
71. In Girum Imus Nocte
72. Get out of town
73. Et Consumimur Igni
74. Gris
75. Villa Bassani
76. La cruz de Roztok

Epílogo

77. El regreso
78. El legado
79. La cazadora de voces

Colofón

Nota biográfica

Primera edición en Libros del Asteroide, 2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© Marcos Ordóñez, 2017

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Album / akg-images / Paul Almasy

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-13-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Pepita Forever

Para Victoria Alonso y Alistair Williamson

Vuelve acribillado por las balas
de un tenebroso fusil, amor
yo coseré tus heridas y te daré mi boca.

Landay de una mujer afgana

PRIMERA PARTE

La ciudad perdida

1. Detrás del hielo

Mi nombre es Klara Liboch. Esta no es mi historia, es nuestra historia. La historia de nosotros tres: Jan Bielski, Klara Liboch, Oskar Klein. Repito esos nombres, ellos dos y yo entre ellos, nuestros nombres por siempre juntos, tal como quedaron grabados a punta de navaja, encerrados en un círculo, en una de las mesas del Eden Bar y en el árbol más viejo de la plaza de San Bruno. Esta es la historia de nosotros tres y de nuestra ciudad perdida, nuestro mundo desaparecido, que ahora contemplo como a través de una gasa de hospital, con sangre seca en los bordes.

Vivimos en la imaginación, y no sabemos cómo somos en verdad, ni cuáles son nuestros verdaderos motivos.

¿Quién conoció realmente a Jan? Cuando Jan entró en mi vida, yo tenía diecisiete años. Un periodista, a mi vuelta, me preguntó por él como si se tratara de una leyenda. No supe o no pude o no quise responder. No entonces, no así, con un micrófono delante, de golpe. Resumir todo, toda su vida, nuestras vidas, nuestro amor, en unas pocas frases. Carne de entrevista, carne para envolver pescado al día siguiente. Dije que no, que lo sentía, que estaba muy ocupada, que quizás más adelante. Más adelante ya es ahora, ya no se puede postergar más, ya he vuelto del todo. Aún hay muchas cosas que no sé. Ignoro lo que mi pasado me tiene reservado.

Jan me dijo una vez: «Cuando escribas algún día sobre todo esto, hazlo como quien de repente rompe a cantar, de noche, en mitad de un camino».

Jan hablaba poco, pero a veces, después de estar callado mucho rato, te sorprendía con frases como esa. Con Jan te entraban ganas de abrir tu corazón, de caminar mucho rato y sin rumbo, bailar, escuchar música, contemplar las luces sobre el río, vivir de noche, estar atento al mundo.

Estoy aquí para cantar esa canción, con mi voz de entonces, con todas las fuerzas que me queden.

Encontré unas fotos en la habitación de Oskar. Una caja metálica con fotos nuestras, y con todos los recortes de periódico sobre las acciones de los Compañeros de la Noche. En la primera foto estamos Jan y yo, en el puente Bratunac, un sábado de sol. El sol de enero nos da en la cara. Sonreímos, entrecerramos los ojos, no nos tocamos. Somos muy jóvenes. Jan acaba de cumplir veintiún años. En esta otra estamos los tres, Oskar, Jan y yo, en el bosque de los Álamos Negros, cerca de Griselk. Una de las poquísimas fotos en las que estamos los tres juntos. La tomó Oskar, con el disparador automático, poco antes de que Jan desapareciera.

¿Sabía Jan que iba a morir tan joven? Yo creo que sí, no hay más que ver sus ojos. Aquellos ojos tan verdes que dolía mirarlos.

Jan era el hombre más libre que yo había conocido. Jamás se rindió. Todos nosotros, tarde o temprano, agachamos la cabeza. Pactamos. Aceptamos. Nos hacemos esclavos del miedo. Jan no. Hacía lo que quería; hacía lo que creía que debía hacer sin importarle las consecuencias, siempre. Solo dejó de ser libre dos veces: en Blensk y en el horror de Villa Bassani. Pero tampoco esas dos veces consiguieron doblegarle.

Esa fue la estatua que adoré, con su corona de estrellas.

Al principio, Jan me pareció mucho mayor de lo que era.

Después se hizo más y más joven a medida que pasaban los años, como si retrocediera, como si volviera hacia la infancia, hasta que la muerte detuvo su retroceso y lo fijó para siempre.

Yo he envejecido, Oskar también, pero Jan sigue teniendo la misma edad que tenía entonces. La misma edad, la misma sonrisa. Los mismos ojos verdes, locos, felices y atravesados por la certidumbre de la muerte, como una nube oscura cruzando un cielo claro.

Cuando Jan nació, en el Hostal del Cisne, todos le dieron por muerto.

No se movía, no abría los ojos. Pero seguía vivo; debilísimas señales de vida. El médico de Daryek tocó su cuerpo: ardía. Cuarenta y dos grados de fiebre. Su madre lloraba, todos lloraban. Afuera nevaba. Entonces, el médico mandó traer nieve y sumergió a Jan en agua helada, y Jan volvió a la vida.

Una vez, tía Olga me contó una historia. Era una especie de leyenda local. Una pareja de alpinistas se perdió en las montañas de Gschwind. Eran muy jóvenes, acababan de casarse y querían pasar su luna de miel escalando el Gran Staad, el monte más alto y peligroso de la cordillera. Estaban llegando a la cima cuando les sorprendió una tormenta.

El muchacho cayó por un ventisquero y desapareció.

La joven esposa volvió al albergue, y allí le dijeron que jamás recuperaría el cadáver. Verano tras verano, cuando se acercaba el aniversario fatal, regresaba al Gran Staad para arrojar un ramo de rosas al abismo.

Envejeció. Cada año, la ascensión se le hacía más y más difícil, hasta que ya no pudo ir.

Un día sonó el teléfono en el asilo.

Era un funcionario de la alcaldía de Gschwind. Unos espeleólogos habían encontrado el cuerpo de su esposo en una sima, aprisionado en un enorme bloque de hielo.

Llevaron a la anciana hasta la cueva, abierta en la falda del Staad. Ella alargó una mano, frágil como una rama seca, y acarició el hielo.

Detrás del hielo, su hombre seguía intacto, eternamente detenido en la edad que tenía cuando los dos se perdieron en la tormenta. Intacto y con los ojos abiertos.

2. La ciudad perdida

Vivíamos en la antigua ciudad, la que ya no existe, la que solo vuelve en los sueños felices, iluminada con anilinas, como una postal engañosamente perfecta. Una ciudad en la que todavía se escuchaban las campanas, y los gallos, de huerto en huerto, y el tintineo de los tranvías al anochecer.

Los tranvías eran amarillos, y azules los que bordeaban el río. Las bicicletas resplandecían bajo el sol, bajo la lluvia, bajo la luz de nieve. En los parques que luego derruyeron para levantar bloques de apartamentos había castaños centenarios, y olmos, y árboles de Judea, y cuervos, y ardillas, y relojes que yo creía mágicos, tallados en hoja de boj, sobre la hierba, y sus agujas parecían moverse más despacio que las de los relojes actuales, como si midieran otro tiempo.

Las nubes del cielo de mi infancia se descorrían por los rieles de aquel tiempo como grandes barcos sin destino, girando en círculos lentísimos, igual que la diminuta pareja de ébano que bailaba un vals eterno sobre la puerta de la charcutería Ogarev.

A la entrada de aquellos parques —el parque Belinsky, el parque de San Wenceslao, el parque del Barón Brambeus— solía haber también unos letreros de hierro esmaltado en verde, donde, en letras blancas, se leía: «En caso de tormenta, este parque permanecerá cerrado».

Tía Olga me contó que a Stanislas el Libertador, héroe de mil batallas, le fulminó un rayo cuando, ya muy anciano, tomaba el sol en el parque del palacio Litvik y se desató una tormenta. En los grabados de la época, el Libertador hacía pensar, con su melena y su barba blanca, en un monarca venerable de cromo infantil, un dios duradero pero irreal. La leyenda decía que la contera metálica de su bastón quedó fundida con el hierro del banco, un banco que se convirtió en inesperada silla eléctrica. Fue una muerte poco heroica. Cuando yo era pequeña y veía su estatua en la plaza del Congreso, verde y con el brazo enhiesto, pensaba que así se había quedado el noble Stanislas al recibir la descarga del rayo, que el rayo había entrado por el dedo,

directo hasta el corazón, y que su cuerpo frito seguía estando allí, recubierto por una capa de bronce.

Así veía yo la ciudad y las cosas cuando era niña; aquella ciudad que mi padre recorría por la noche, insomne, al volante de su taxi, mientras yo dormía, ajena. Una postal engañosamente perfecta.

Había pocos automóviles enfilando los bulevares, la gran estrella de cinco puntas que, según el modelo parisino, se abría en la plaza del Congreso. Eran automóviles grandes, de colores pálidos, lavanda, limón, vainilla, en los que cabían familias enteras; automóviles demasiado veloces para las cortas distancias de nuestra ciudad. También los cafés eran enormes, con cenefas de oro sucio, y sillones de mimbre, y grandes espejos empañados, y cortinas de terciopelo raído y granate, y música en casi todos ellos: violinistas con aire de maestros jubilados en los cafés del centro, donde parecía sonar eternamente la barcarola de *Los cuentos de Hoffman*; y guitarras eléctricas y baterías rudimentarias en los cafés que rodeaban la Universidad, al otro lado del puente Bratunac, y en la calle Montague, y en todo el barrio de Myrka, nuestra sede oficial.

Aquellos cafés de entonces, con grandes ventanas de guillotina, y mesas de billar como lagunas o praderas, y nombres maravillosos... El Café de la Sirena, el Café del Ciervo de Plata... El Oso Feliz...

Aquellos bulevares amplísimos, con edificios de ladrillo rojo, y rosado al atardecer, con ventanas blancas y cúpulas de zinc...

Los bulevares... Cuánto me gustaba esa palabra, tan francesa, tan lujosa, tan lejana. El bulevar Worcell, el bulevar Narotzky, el bulevar Meysenburg, el bulevar Josipovic, el bulevar Ackerman.

Aquellos árboles, tan altos que cubrían el cielo...

El aire era limpio, como si nadie lo hubiera respirado todavía, y todo parecía posible. Hasta las sombras eran distintas.

Tía Olga contaba que una serpiente fundó la ciudad. La serpiente salió del río Moir, que también tiene su forma, y se perdió, y no supo volver. Buscando

alimento en la llanura desierta, creó las colinas con el movimiento sinuoso de su cuerpo y trazó así el laberinto de callejuelas del barrio viejo, con sus esquinas abruptas y sus pendientes a pico, donde los tranvías parecían estar siempre a punto de despeñarse. Tía Olga decía que los adoquines del barrio viejo tenían la textura de su piel, la piel brillante y tornasolada que la gran serpiente se dejó allí, abriéndose camino hasta hundirse de nuevo en la zona sur del río.

Nadie nos advirtió nunca de que el río Moir arrastraría un día cadáveres con las bocas llenas de serrín y trapos. Cadáveres en bolsas de plástico y con los dedos aplastados, para impedir su identificación.

Nadie podía creer, ni en sus más terribles pesadillas, que algún día fuera a pasar algo así.

La República de Moira, decían nuestros libros, era un país pequeño y apacible, con un óptimo nivel de vida —eso nos decían— gracias a su próspera agricultura, a la siderurgia del norte, las minas de manganeso y los astilleros del sur. Apenas cien kilómetros nos separaban del mar, aquel mar que yo no vi hasta mi adolescencia: el río se abría, y su estuario se llenaba de cargueros y barcasas y chillidos de gaviotas.

En nuestra ciudad teníamos un pequeño aeropuerto de planchas de acero bruñido, diseñado por un arquitecto extranjero de gran prestigio, y turistas que visitaban los balnearios de Daryek desde principios de siglo, y ferias, y congresos, y quince teatros, y un festival de cine.

Los notables vivían en cotos privados y se reunían en el Jockey Club, y bebían largos vasos de Rogel, el «aperitivo elegante», vasos que los camareros rellenaban con menta y fresas y rodajas de pepino, y los hijos de los notables tenían niñeras inglesas. Los inmigrantes, los desposeídos, los «oscuros», como les llamaban los periódicos de Sokel-Brod, todavía no habían mostrado su único rostro y su única boca en los trabajos más inmundos de la ciudad. Todavía no existía Ciudad Oculta, y Sokel-Brod era entonces un adolescente y estaba lejos del país, creciendo en los mejores internados suizos. El viejo mariscal Weigany llevaba cuatro mandatos consecutivos en el poder, gobernando la República con mano de hierro en guante de terciopelo, según su expresión favorita. A mí me daba igual. En mi mundo no existía nada de todo eso. Para mí, el mariscal Weigany era un

rostro en un sello, el sello de la postal engañosamente perfecta; un personaje tan lejano como el noble Stanislas. Un abuelo elegante, con su mostacho blanco, su quepis rojo y su uniforme azul; otra estatua que, de cuando en cuando, se movía un poco para dar un discurso. Nuestra policía era tranquila y decorativa, y el Día del Libertador desfilaba a caballo, con los cascos dorados empenachados de blanco, y los caballos exhibían su destreza formando hileras y estrellas, como en una antigua comedia musical rodada a cámara lenta.

3. La calle Zuckmantel

Yo era entonces como soy ahora: menuda, cabello corto y muy negro.

Color ala de cuervo, como decían en las novelas de mi madre. Ojos color agua triste, decía tía Olga. Piernas flacas, brazos flacos, poco pecho. En mi calle todos decían que parecía un chico. Más allá de mi calle me sentía invisible, porque nadie me miraba. Yo me contemplaba furtivamente en escaparates, en superficies reflectantes, en espejos de ascensores, y seguía caminando.

Cuando conocí a Oskar y a Jan, yo trabajaba en la biblioteca de la calle Janouch, pero no sabía qué iba a hacer con mi vida, porque la vida entonces era un espacio inabarcable y sin tiempo. Algunas tardes también daba clases de francés a niños y niñas de buena familia, en el Strach.

En invierno vestía casi siempre de negro. Jersey negro, de cuello alto. Falda negra. Medias oscuras, o leotardos. Ese era mi uniforme de entonces.

Mi mundo era todavía más pequeño que mi ciudad. Una chica de barrio, del barrio viejo, que ansiaba *pertenecer*; entregarse, en cuerpo y alma, a una idea, una familia, una pasión.

Vivía con mi padre, Hektor Liboch, en la calle Zuckmantel, encima de una panadería. La calle Zuckmantel ya no existe; no la encontré a mi regreso. Fue borrada del mapa, junto con medio barrio, para levantar el paso elevado, rugiente de automóviles, y el Espacio Holiday, un «centro lúdico-comercial» de casi un kilómetro de extensión.

La calle Zuckmantel era corta y no muy ancha, de casas bajas, grises, con pocas tiendas. Recuerdo el aroma caliente de la panadería del señor Kratz, y las puertas de color avellana, y el pequeño escaparate en el que cada mañana colocaba panes redondos, con cebolla o semillas de amapola en su centro.

El señor Kratz vivía en nuestra escalera, en el piso de enfrente, con su mujer, que también despachaba en la tienda, y Jerzy, su hijo, un chico de mi

edad.

El matrimonio Preisner (él era mecánico de ascensores, ella apenas salía de casa) y una modista, la señora Dorota, ocupaban los pisos superiores.

En un extremo de la calle había una oscura tienda de tabacos, Hermanos Levoi, que olía a higos macerados en aguardiente. Quedaba un solo hermano; el otro murió en la guerra, pero nadie cambió el cartel. Allí compraba mi padre unos cigarrillos franceses de papel maíz, cortos, sin filtro, llamados Boyards. En el otro lado de la calle, al pie de la escalera que trepaba hasta la plaza Babecka, había una farmacia muy antigua, la Casa Haedens, con la serpiente enroscada en la copa de cobre, bamboleándose lenta y grave sobre sus puertas de vidrio rojo, como si colgara del techo de una catedral.

Por mi calle no pasaban coches: se lo impedía el tramo de escaleras, casi vertical, que llevaba a la plaza. Había tres farolas, que en aquella época todavía eran de gas. Las encendían, al atardecer, con unas varas largas de punta incandescente. Poco antes de llegar al pasaje de Santa Klara se abría un descampado con los restos de una casa que nunca se reconstruyó, entre los que crecía una hierba muy alta y tupida, una pequeña jungla donde destellaban los ojos de los gatos sin dueño.

Durante un tiempo, junto al descampado hubo también una vaquería. Los mugidos tristes de la única vaca de aquel lugar, prisionera en un establo cerrado con tablones, y el olor dulce a paja y a estiércol cuando comenzaba el calor, evocaban una calle de pueblo.

Frente al descampado crecía un árbol cuyas raíces, del tamaño de brazos, habían rajado la acera. Se volcaba sobre la tienda de tabacos, a la altura del segundo piso. Durante todo el invierno, aquel árbol estaba desnudo, blanco como el esqueleto de un gran animal, y cuando llegaba el buen tiempo se llenaba de hojas y de sus ramas pendían unos racimos compactos de flores azuladas que ondeaban suavemente con el viento de marzo, y luego caían, tejiendo en mi imaginación una breve alfombra mágica sobre los adoquines. Aquellas flores lánguidas daban a la calle un vago aire de elegancia inútil, como un delicado toque de acuarela en un paisaje sin gracia.

El piso tenía cuatro habitaciones y un pasillo muy largo. Al final del pasillo, junto a la puerta de entrada, estaba la alcoba donde dormía mi padre; en la otra punta, el comedor, con una galería acristalada. Los vidrios de la galería estaban un poco flojos y temblaban cada vez que soplaba el viento, como si se acercara un tren. Una de las habitaciones era cuadrada, sin ventanas, y servía de trastero; luego hablaré de ella. Entre el baño y la cocina estaba lo que mi padre llamaba «el despacho»; un cuartucho en el que apenas se podía entrar, con muchos libros y periódicos apilados y una mesa llena de carpetas y anuarios.

La ventana de mi habitación se abría a un solar rebosante de maleza y trastos viejos, herrumbrosos, y restos de un palomar ennegrecido por la lluvia. Apenas tres metros más allá se levantaba un muro alto de argamasa que nos separaba de una casa con huerto y gallinas y jaulas de conejos. Para que no le robaran sus animales, el vecino había rematado el muro con cristales afilados, culos de botella de distintos colores.

El árbol de las flores azules y los cristales de aquel muro fueron mis primeros juguetes, mis primeras máquinas de imaginar.

Durante el invierno, la ventana permanecía cerrada al exterior por una cortina de grandes flores rojas que me cosió tía Olga, pero en primavera llegaba hasta allí el sol de las cinco de la tarde, y los cristales hundidos en la argamasa parecían entonces caramelos, o joyas, que brillaban y se reflejaban en el suelo de mi habitación como colgantes de una lámpara maravillosa. Era mi hora favorita; uno de los mejores momentos del día.

Esta fantasía infantil duró, como un viejo oso de peluche, hasta mi primera adolescencia.

Cuando terminaba de lavar los platos volvía a mi habitación y me tumbaba a leer contemplando aquellos reflejos de palacio encantado. Leía entonces las novelas de mi madre, aquellas primeras novelas en las que aprendí su idioma, historias de pasiones intensas y exóticas, con títulos que me hacían soñar, *Les Hauts de Hurlevent*, *Marion des neiges*, *La Rose de Bratislava*, y no veía el patio ciego ni la maleza espesa ni el palomar roto.

En su juventud, mi padre había sido un hombre muy atractivo, delgado, con el cabello rizado y rubio, piel fina, andares de aristócrata. Se dejó la piel en las luchas sindicales de la posguerra, contaban sus viejos compañeros, los que le llamaban «el Conde Liboch».

Mi madre también era muy guapa. Rubia, francesa, de labios gruesos. De ella aprendí el francés y heredé sus ojos. De mi padre heredé la delgadez, los nervios, la nariz afilada y el anhelo de hacer grandes cosas.

Mi madre se llamaba Josiane Kerbel. Llegó a nuestra ciudad para rodar una película, una coproducción, después de la guerra. En aquella época, por lo visto, rodar aquí era muy barato. La película se llamaba *Robe Mauve*, porque el personaje de mi madre llevaba un vestido de noche de color malva. Nunca vi aquella película, pero encontré un programa de mano. Había un dibujo en el que un hombre rubio, con esmoquin y bigotito fino, besaba con pasión a mi madre. Aquel hombre era un mago. La sostenía por la cintura con una mano, y tenía en la otra una varita negra, charolada, con un remate plateado. La cabellera rubia de mi madre se desbordaba, en cascada, sobre una pequeña mesa, en la que se veía una chistera, cartas de póquer y pañuelos de colores.

El actor del dibujo se llamaba Horace Macavoy, y en mi niñez jugué a creer —o creí, ya no sé— que era el «nombre de guerra» de mi padre; que la película contaba, de alguna rara manera, su historia de amor; el romance entre un mago, el Conde Liboch, y una aristócrata francesa; cómo eran y cómo se querían antes de que yo lo estropeará todo.

De pequeña, yo recitaba los dos nombres unidos, como un conjuro exótico. Josiane Kerbel, Horace Macavoy. Josiane Kerbel, Horace Macavoy. Hasta que mi padre encontró el programa de mano en mi cuarto y lo hizo trizas. Lenta, metódicamente, sin furia ya.

Cuando se conocieron, mi padre era jefe de eléctricos en los Estudios Belvedere, en la colonia Schapska. Antes del incendio se rodaron allí muchas películas. Aquel lugar era conocido como «el Hollywood de la calle Bekessy». Mi padre y mi madre se enamoraron locamente. Entre sus compañeros, mi padre era «el que se había acostado con la francesa».

Cuando acabó el rodaje de *Robe Mauve*, mi madre se quedó en Moira. Todos los miembros del equipo le decían que estaba loca, que iba a echar por la borda su carrera, que volviese con ellos a París, que qué iba a hacer en aquel país de mierda, que aquello no podía durar.

Mi padre quería un hijo, que no tuvo.

Mi madre no quería hijos ni hijas. Yo fui un accidente.

Siempre contaba que yo le chupé todo el calcio durante el embarazo. Tanto que se le cayeron varios dientes. Decía que yo se los pudrí, y que tuvo que hacerse una dentadura postiza a una edad en la que podía haber tenido todos los vestidos malva del mundo.

El amor duró poco. Cuando mi madre se quedó embarazada, mi padre volvió a meterse en las luchas sindicales. Después hubo una huelga, muy larga y muy dura, que coincidió con el gran incendio de los Estudios. Detuvieron al comité en pleno y les acusaron de sabotaje, y mi padre fue a parar a la cárcel de Blawut con sus compañeros. Yo supe todo eso mucho más tarde, porque en casa no se hablaba de esas cosas.

En mi infancia no había huelgas, ni fuego, ni cárcel. Recuerdo el silencio, un inmenso silencio, como de madrugada eterna en una ciudad vacía. Y de pronto, los estallidos. Gritos, discusiones, portazos. No recuerdo frases o palabras concretas, pero sí el tono en que fueron dichas, escupidas casi.

Mi madre no aguantó sola mucho tiempo. Detestaba el piso de la calle Zuckmantel, detestaba la calle triste, era incapaz de ver las flores azuladas de aquel árbol, y no le servían de nada mis joyas falsas en lo alto del muro. Detestaba el barrio, detestaba a los vecinos, decía que la miraban mal, que siempre murmuraban a sus espaldas, que la llamaban «la extranjera», y nunca se llevó bien con tía Olga.

Fue en esa época, creo, la época de sus continuas salidas, cuando tía Olga se vino a vivir con nosotros, para cuidarme, y se instaló en lo que luego sería mi habitación.

Mi madre siempre tenía prisa. Eso es lo que más recuerdo de ella.

Su imagen ante el espejo, pintándose, poniéndose perfume y yéndose tan aprisa que los botones de su abrigo chocaban con el pasamanos de la escalera, y sonaban como pequeños disparos. También sus besos eran como chasquidos, muy rápidos. Como se perfilaba los labios, sus besos olían a carmín y a madera de lápiz graso. Yo escuchaba el sonido de los botones de su abrigo en la escalera, abría los ojos, y lo único que quedaba de mi madre era el rastro de su perfume, flotando unos instantes en la habitación, como un fantasma.

Cuando mi padre salió de la cárcel, mi madre ya no estaba allí.

Volvió más flaco que nunca, macilento y fumando mucho, un cigarrillo tras otro, paquetes y paquetes de Boyards. Las manos le temblaban. Parecía un mago que hubiera perdido sus poderes, con todas las palomas muertas en su pequeña maleta de cartón. Perdió el sueño. No podía dormir, ni con pastillas. Por eso, y porque necesitaba desesperadamente un trabajo, se hizo taxista en el turno de noche, que era el más duro, el que nadie quería. Nos veíamos poco, porque volvía agotado y dormía durante el día.

La marcha de mi madre fue la gota que desbordó el vaso, como suele decirse. Primero la huelga, luego la detención y la cárcel, y después aquello. Su carácter se agrió, y comenzó a hacer cosas extrañas. Como, por ejemplo, ponerse su perfume.

Se llamaba Vanille-Café. Mi madre había traído de Francia varios frascos. Tía Olga decía que se fue porque se le acabó el perfume. Hasta que un día, tras una hilera de medicamentos caducados, apareció en el botiquín una de aquellas pequeñas pirámides truncas de color ámbar, y así fue como el perfume de mi madre siguió, durante un tiempo, flotando en el pasillo de nuestra casa, pero degradado, mezclado con el olor de mi padre.

Un olor triste, oscuro, a tabaco y soledad.

Con el tiempo llegué a saber, por tía Olga, que un farmacéutico se había enamorado de la bella Josiane Kerbel. Se conocieron en el Salón Diamante, donde ella iba a bailar con frecuencia, aquellas tardes, cuando salía de casa con tanta prisa.

El farmacéutico estaba casado. Dejó a su mujer y puso a mi madre al frente de la farmacia, que estaba al otro lado de la ciudad, en la calle Letka, en el barrio Sur. Cuando le preguntaban en el barrio, mi padre decía que ella se había ido a otro país, y en cierto modo era verdad. Luego comenzó a decir que había muerto, lo que tampoco era mentira, ya que mi madre no hizo nada a sus ojos para desmentir esa muerte, hasta que se la tragó la tierra.

4. Tía Olga

Tía Olga era la hermana pequeña de mi padre. Había tenido varios amores pero seguía soltera. Antes de venirse a la ciudad con nosotros vivía en las afueras, en Luzhin. Luego, cuando yo crecí, volvió a marcharse.

«He estado tanto tiempo sola —decía— que ha llegado a gustarme.»

Era menuda, pero muy fuerte. Cabello gris, corto, liso, con algunas ondas los días de fiesta. Ojos muy azules, resplandecientes como los cromados de una bicicleta nueva.

Tía Olga había tenido muchos oficios, por necesidad y luego por gusto. Decía que hay que cambiar de trabajo cada diez años para no entumecerse, para no acostumbrarse a nada. En cuanto te acostumbras, decía, empiezas a morirte. Había trabajado en el campo desde pequeña. Después de la guerra hizo contrabando de tabaco en las montañas, y vendió setas y moras en los mercados para sobrevivir. Luego fue peinadora en una casa de ricos, en el Strach, y luego ayudante de modista, de nuevo en la ciudad.

Siempre sonreía, hasta en los peores momentos. «La vida es el canto de las estaciones», solía repetir cada vez que levantaba su copa de licor de ciruelas. Frases entusiasmadas, de las que yo solo atrapaba entonces la melodía, alzándose hasta el brillo de sus ojos. A veces decía todo lo contrario: «La vida es lo que pasa mientras hacemos otra cosa. Ya te darás cuenta cuando crezcas». Decía también: «Busca la belleza. El mundo es un lugar terrible, criatura, pero la belleza es lo único que le da sentido. La belleza se oculta, y quiere que la busquen. Está ahí, a tu lado, si sabes verla. Búscala».

Y yo buscaba, buscaba: el árbol azul, las joyas del muro, el dibujo del mago y la bella dama francesa... Con el tiempo comprendí que donde tía Olga decía «belleza» otros dijeron «Dios», por los siglos de los siglos.

Una vez, cuando yo tenía quince años, le pregunté si creía en Dios:

—Algunas noches —me dijo—. Pero sobre todo creo en el Ángel de la Risa, que se acuerda de nosotros y a veces aparece en los momentos más

terribles.

Cuando murió el abuelo Josef, la abuela Irina enfermó (de pena, según tía Olga) y ella volvió a la casa de Luzhin para cuidarla, y con sus ahorros y los de la abuela abrió una pequeña tienda de frutas y verduras. Murió la abuela, se fue mi madre, y tía Olga subarrendó la tienda y se vino con nosotros, pero mantuvo abierta la casa de Luzhin, a la que acudía un par de veces por semana para dar de comer a los perros. Siempre hubo perros allí, perros callejeros que mi tía recogía, a los que alimentaba con un guisoapestoso de tripas de vaca y mondas de patata.

En aquella casa yo pasé muchos veranos y muchas horas felices.

Era una casa diminuta, pero tenía pozo, huerto y manzanos, y un almendro en la parte trasera. Mi padre rara vez venía, porque aquella casa, donde había crecido, le traía malos recuerdos, recuerdos de la abuela Irina, con la que nunca se llevó bien.

«Olga siempre fue la favorita de tu abuela, la niña de sus ojos», decía mi padre. Nunca guardó rencor a tía Olga por aquella preferencia. Discutían, se peleaban, pero se querían muchísimo. Mi padre decía que tía Olga era una hermana pequeña con vocación de hermana mayor. Y debía ser cierto, porque ella parecía tener todos los años del mundo, y haber vivido muchas vidas, muchas más que mi padre. «Tu padre siempre ha sido un hombre de pasiones fijas, que es lo peor que le puede pasar a una persona», decía.

Mañanas de domingo, en la casa de Luzhin... El sol resbalaba por el pasillo recién fregado, inundando aquellas habitaciones pintadas de azul y verde claro. A la hora del desayuno, tía Olga hervía leche y extendía la capa de nata sobre una rebanada de pan, que luego cubría de azúcar o chocolate en polvo. Nunca he comido nada mejor.

Tenía manías extrañas. Cuando lavaba la ropa no me dejaba tenderla. No me dejó hacerlo nunca, ni cuando se vino a vivir con nosotros y compramos una lavadora. Si uno lava y otro tiende, los calcetines se pierden, decía. Pese

a su teoría, si algún calcetín desaparecía, se lo ofrecía al demonio por caridad. Y como el demonio no quiere nada por caridad, decía, siempre lo devuelve.

Era maniática y supersticiosa, pero muy culta, porque le gustaba mucho leer. Leía de todo, todo lo que caía en sus manos, periódicos, revistas, libros, prospectos. Sabía de todo. Cada vez que me dejaba un libro, lo acompañaba de lápiz y papel para que yo apuntara las palabras que no sabía y las mirase en el diccionario.

—¿Quiénes son los existencialistas, tía Olga?

—Unos filósofos que viven en París y hacen lo que les da la gana.

—¿Y qué es lo que hacen?

—Van de café en café y escriben sobre la vida.

Todas las noches, después de la cena, escuchábamos las noticias del mundo en aquel enorme aparato de madera lustrada, con rejilla de arpillera y adornos y botones que parecían de mármol negro. Caía la tarde, los perros se ovillaban para dormir y, poco a poco, empezaba a iluminarse en la oscuridad el dial de celuloide quemado, con una línea roja que enlazaba tantos nombres de lugares lejanos y desconocidos: Athlone, Falkirk, Marsella... Barcelona, Hilversum, Bari... El Cairo, Argel, Buenos Aires... Schenectady...

Tía Olga encendía un cigarrillo mentolado, se servía una copita de licor de ciruelas y escuchábamos juntas la radio; seguíamos la línea roja, el termómetro que medía la temperatura del espacio exterior, mientras el cielo se llenaba de estrellas. Oíamos voces francesas, españolas, árabes, sin comprender, por el puro placer de adormecernos con la dulce extrañeza de su música; seguíamos concursos, consejos domésticos, y un programa de música de baile con la gran orquesta de Abe Brandwein, y un serial de detectives que sucedía en América y se llamaba *Las aventuras de Norton Spouns*. Y luego yo me dormía en su cama, como nunca había conseguido dormirme en la ciudad, en el piso de la calle Zuckmantel.

De madrugada me despertaba el canto de los pájaros. Tampoco hasta entonces había oído pájaros cantando en la oscuridad, como si se pelearan para atrapar una hilacha de luz, unas briznas: la cercanía del amanecer.

Tía Olga no soportaba ver pájaros enjaulados. Cada vez que íbamos por la calle y veía una jaula, en un balcón bajo o colgando a la entrada de una tienda, giraba rápida la cabeza, como si hubiera visto una mano cortada, un espanto indecible. Una vez me contó que las madres de los jilgueros mataban a sus crías si caían del nido y alguien las recogía y enjaulaba.

—Empiezan a dar vueltas y vueltas, buscándolas por todas partes. Y si encuentran la jaula, matan a las crías.

—¿Por qué las matan?

—Para que no sufran. Se vuelven locas porque comprenden que no podrán alimentar a la cría a través de los barrotes, y antes de que puedan morir de hambre en cautividad, las matan.

—¿Y cómo las matan? —insistía yo, con los ojos muy abiertos. Quería saber todos los detalles. Siempre quise saber todos los detalles.

—Las envenenan con cicuta. Buscan los tallos de cicuta en el campo y se los dejan en la jaula.

Mi afición por las historias venía de tía Olga; esa fue una de sus mejores herencias. Ella era la memoria del pasado, de la antigua ciudad, atravesada por el turbulento río de la guerra. Tía Olga contaba los cuentos como nadie, porque eran cuentos reales, historias de verdad.

Aquellas eternas tardes de verano, en la casa de Luzhin, bajo los manzanos... Tía Olga cosía, yo dormitaba, zumbaban las abejas, crecían lentas y rojas las manzanas. En el mundo solo estábamos ella y yo y los perros, bajo las ramas de hojas retorcidas, junto al agua verdosa y calma del estanque.

Cuando yo nací hacía tan solo cinco años del final de la guerra, de aquella guerra que sonaba en mis oídos de entonces como un relato legendario del que, sin embargo, todavía quedaban innumerables huellas en la ciudad: edificios picados de metralla, cojos y tullidos arrastrándose, pidiendo limosna, murmurando letanías incomprensibles y, de pronto, rompiendo a gritar.

—La guerra, hija, la guerra... La que tenía que ser la última, la que iba a acabar con todas las guerras.

A tía Olga no le asustaba hablar de la guerra. Hablaba de muertes y horrores de la misma manera que hablaba de sus perros, de sus amores, de

manzanos y cosechas. Los perros no tenían nombre. Llegaban, vivían, morían o se iban, y luego aparecían otros. Así eran las cosas, así eran las personas, y las historias, y los recuerdos, y no había que darles más importancia.

—¿Y mi madre, tía Olga?

—La francesa se fue, criatura.

Durante mucho tiempo la llamó «la francesa». Tía Olga podía ser muy dura, implacable. Tardó años en perdonarla, en comprenderla.

—¿Volverá algún día?

—No, no creo.

—¿Qué miras? ¿Voy sucia?

—Necesitas un corte de pelo, Klara.

Todo para ella era vida, formaba parte de la vida. Nunca me habló como a una niña y siempre me lo contó todo, salvo que mi padre estaba en la cárcel. Dijo que estaba en el norte, rodando una película.

Tía Olga recordaba que, durante la guerra, cada vez que tenía que ir a la ciudad a comprar comida, la abuela Irina llevaba una cucharita de madera en el bolsillo.

—¿Como un talismán?

Yo había aprendido hacía poco aquella palabra en «El Talismán de Jade», uno de los mejores episodios de *Las aventuras de Norton Spouns*.

—Como un talismán... sí, podría ser. Mordía la cucharita de madera para que las bombas, cuando caían cerca, no le reventaran las tripas.

—Qué asco...

—Ah, pero le salvó la vida muchas veces.

Esa sería, para mí, la imagen perfecta de la vida durante la guerra: salir siempre a la calle con una cucharita de madera en el bolsillo, como quien coge monedas para el tranvía.

Tía Olga recordaba también la mañana en que empezó la guerra.

Dejó lo que estaba cosiendo sobre su regazo y juntó los dedos:

—Era una mañana preciosa, y todavía no había comenzado el calor. La tierra estaba fresca, el aire despejado, y había hilitos plateados de caracoles por todas partes, porque la noche anterior había llovido. Yo estaba sentada en

esa misma silla donde tú estás ahora, y a lo lejos cruzaba un tren, muy pequeño, como si los vagones rojos fueran cajitas de cerillas tiradas por un hilo.

»Pensé en Hektor, que estaba en el cuartel de Blensk: se lo habían llevado en un tren como aquel. Todo estaba en calma, no se movía una hoja, y entonces miré al cielo y vi los aviones que volaban hacia Moira. Aquel fue uno de los bombardeos más terribles de la guerra. Uno de los más terribles y de los más inútiles. Las bombas cayeron por todas partes menos donde debían. Murieron más de mil personas. Destruyeron el antiguo Teatro del Bosque, y una fábrica de curtidos que había en la avenida Herzen, junto al río, pero lo peor fue la bomba de la plaza de los Ángeles, en el barrio de la Estrella. Acabaron con el barrio entero, porque los edificios eran de madera, llenos de gente muy pobre, que no había podido salir de la ciudad. Los bomberos tardaron varios días en apagar los incendios. No quedó nada en pie...

El Teatro del Bosque, el barrio de la Estrella, la plaza de los Ángeles... Zonas arrasadas, nombres que no me decían nada, que pertenecían a un pasado remotísimo. Historias de una guerra antigua, leyendas de un tiempo pasado que no volvería más. Eso creíamos.

5. Pasaje de Santa Klara

Pocas veces lograba convocar yo de pequeña al Ángel de la Risa. De niña tenía muchos miedos. Miedo a que me dejaran. Miedo a perderme. Miedo a la oscuridad. Miedo a ser envenenada con cicuta.

—Cuando eras una cría —dijo tía Olga—, me preguntabas dónde se va la luz cuando llega la noche. ¿Te acuerdas?

Me aterrorizaba la oscuridad, la negrura que caía de golpe, como si al mundo le cubrieran la cabeza con una bolsa. Como si las cosas fueran a desaparecer en el momento en que yo dejara de mirarlas.

Antes he hablado de la habitación pequeña, cuadrada, sin ventanas, que se utilizaba para guardar trastos, pero no he dicho que me provocaba una angustia incomprensible. Un día tía Olga me reveló, sin pretenderlo, la razón de aquella angustia, el secreto de la habitación cerrada.

—Mirabas a todos lados —dijo—, lo mirabas todo desde los brazos de la francesa, y te olvidabas de mamar. Y entonces ella se impacientaba, y entraba contigo en brazos en esa habitación para darte el pecho, porque decía que era la única manera de que no te distrajeras, a oscuras, sin ver nada a tu alrededor.

A veces era la propia tía Olga quien me asustaba.

Una mañana, en Luzhin, cuando todavía estábamos en la cama, me dijo:

—He estado en el país de los muertos. Esta noche. Pero allí era de día, y estaba nublado.

—¿Cómo sabes que era el país de los muertos? ¿Estaban el abuelo Josef o la abuela?

—No, no les vi. Pero era el país de los muertos.

—¿Y cómo era?

Se rascó la cabeza.

—Igual que esto. Las calles y las casas eran las mismas, pero bajo otra luz, y había muy poca gente. Yo no podía hacer nada, ni tocar las cosas, ni comer, ni fumar, y nadie me veía; solo algunos viejos se movían muy

despacio y me saludaban al pasar, como si me conocieran. Era yo y no era yo, porque a ratos lloraba y a ratos estaba furiosa por no tener nada que hacer allí. Luego pensé: ya que nadie me ve, puedo dedicarme a hacer perrerías a la gente. Levantarles el sombrero o apartarles la silla. No recuerdo nada más.

Contó eso como contaba todo, sin darle importancia, aunque al acabar se precipitó a coger un mentolado del paquete que siempre tenía en la mesilla de noche, y la mano le tembló un poco al encenderlo. Después se echó a reír, y dijo: «Ni siquiera me fijé en si andaban por allí los calcetines que se pierden», y volvió a quedarse dormida.

Yo no. Aquella historia, sueño o visión, como quiera llamársele, se quedó pegada en mi cabeza, o en mi cara, sobre los ojos, como un velo, y no me abandonó. Pensé: «Si me muero, ¿cómo sabré que estoy muerta y rodeada de muertos? ¿Cómo sabré que no estoy viendo todo lo que me rodea a través de ese velo enlutado?».

Algunas veces, para hacerme reír, tía Olga gastaba bromas. Una tarde de invierno, con el cielo negro y el aire oliendo a hojas quemadas, íbamos por la calle Motke, donde estaba el seminario, y fingió ser una vieja loca.

No le gustaban nada los curas; decía que parecían cuervos, siempre al acecho. Vio acercarse a un cura y me dijo: «Fíjate, ya verás qué cara pone», y fue hacia él, encorvándose como una beata, y cuando el cura le alargó la mano para que se la besara, tía Olga se inclinó muy ceremoniosa y se la lamió, un lametazo lento, con toda la lengua, como una vaca, con toda la saliva caliente y acumulada en la boca. Y luego sonrió girando los ojos como si fuera una pobre idiota, como si le faltaran todos los dientes y todos los tornillos.

Yo me quedé mirando la expresión estupefacta del cura, joven, con la cara llena de pecas, y dije: «Perdónela, no está bien de la cabeza», y luego, cuando ya estábamos lejos, tía Olga me dijo que yo tenía madera de actriz, y encendió un mentolado, satisfecha de nuestra actuación.

—¿Me das una calada?

—Bueno, pero no lo chupes.

Yo aún no acababa de creerme lo que había visto.

—¿Pero cómo has podido hacer eso? ¿No te ha dado vergüenza?

—No. Eso es lo que haré cuando sea vieja. Cosas así. A los viejos se les permite todo. ¿Te imaginas? Si una vieja atraca un banco no la detienen. Puede que le peguen un tiro, pero a la cárcel no va.

—Tú ya estás loca, tía Olga.

Un día, Oskar me preguntó qué me gustaría ser de mayor, y le contesté: «Una vieja loca».

Cuando yo estaba en el último curso del Instituto Singer, mi padre comenzó a jugar a cartas con los taxistas del turno de noche. Al principio, tía Olga volvió a disfrazarse de hermana mayor y le echó una bronca tremenda, y estuvieron varios días sin hablarse, pero el vestido de aquel personaje no le sentaba bien, y acabó cayéndosele como una cáscara.

Como era muy lista, se dio cuenta de que las cartas eran la única pasión que le quedaba a mi padre. Yo no lo entendí entonces.

—Todos somos mitad ángeles y mitad demonios, Kluka —dijo.

A veces me llamaba Kluka, que era el nombre de la protagonista de un tebeo de su infancia, *Las aventuras de Kluki y Kluka*.

—... Cuando entiendas lo de los ángeles y los demonios entenderás muchas cosas. Tampoco entiendes que tu padre quería mucho a la francesa, porque la tuvo más tiempo que tú.

—Yo también la quería —protesté.

—Claro, claro, criatura. Pero la gente se va. Todos nos vamos, y hay que aprender eso muy pronto. Cuando llega el hueco... (No decía «el dolor» o «el vacío», sino «el hueco») a algunos les da por beber licor hasta caer al suelo, o por amargarse y gritar todo el día, o por volverse locos. Algunos nos acostumbramos, que es lo mejor, pero no es fácil. Tu padre juega a cartas porque necesita borrar el hueco de su cabeza con un ansia nueva, pero no es tonto. Ya se le pasará cuando empiece a perder.

Me asusté al oír aquello.

—¿Y de qué viviremos?

Como era su costumbre, tía Olga me contestó con otra pregunta:

—Nunca nos hemos muerto de hambre, ¿verdad?

Al final de la calle Zuckmantel se abría un callejón estrecho, sombrío, que apestaba a orín de gato: el pasaje de Santa Klara. ¿Por qué le habían puesto mi nombre a aquella calleja miserable, que más bien parecía una hendidura, una mala herida de navaja entre dos hileras de edificios rezumantes de humedad, con ventanas tan pequeñas que por ellas apenas podía asomar una cabeza?

En el pasaje de Santa Klara había una tienda en la que reparaban relojes, o eso decían, porque nunca vi entrar a nadie, y otra en la que vendían juguetes de hojalata y baratijas, y una yasería. Al fondo, donde el pasaje más se estrechaba, había una pensión, con el cartel vertical, iluminado por una sola bombilla, y de sus tendederos siempre colgaban sábanas y ropa interior de mujer. ¿Cómo podía secarse la ropa en aquella calle sin sol? Misterio.

Las noches de los viernes o el mediodía de los sábados aparecían por allí algunos hombres, mal vestidos, con aspecto de jubilados, remoloneando con las manos en los bolsillos, al pie de la escalera empinada y oscura que llevaba a la pensión; una escalera tan angosta que tenían que subirla de uno en uno.

Casi en la esquina del pasaje estaba el Pequeño París, un bar con paredes de estuco, abolladas, pintadas de un color que recordaba a la sangre seca.

Una barra diminuta, con tres taburetes altos. Una mesa al fondo, bajo un televisor vacío, sin pantalla ni entrañas, que alguien había convertido en un altar: una extraña hornacina con un santo sin rostro, asfixiado de flores marchitas y ofrendas envueltas en papel de plata. Una gramola que siempre estaba apagada: nunca escuché música. Hileras de botellas pringosas, ahumadas.

Si había algo más allá adentro, tras la cortina de tiras de plástico, no se advertía desde la calle, y no iba a ser yo quien entrara para averiguarlo.

Las tardes de domingo, al pasar por aquella esquina con mi padre o con tía Olga, de camino al centro, yo siempre apresuraba el paso. Las putas de la pensión y los hombres que las visitaban no me daban miedo, pero contenía la respiración ante el Pequeño París, como si estuviera a punto de pisar una rata aplastada que, de repente, pudiera volver a morder y chillar.

Siempre veía allí a los mismos parroquianos, inmóviles... Cuando me cruzaba con ellos por el barrio no se movían más aprisa... El hombre con la

gorra de plato y la nariz comida... La vieja despeinada, con cabellos grises, erizados, que tenía un tenderete de revistas y tebeos de compra y venta en la calle de San Stanislas, como una cueva negra, bajo una escalera... El gordo con un schnauzer diminuto en el regazo o a sus pies, entre colillas y restos de billetes de apuestas... Siempre aquellos tres, nunca otros. Con las cabezas bajas, como si se les hubiera caído en el fondo de sus vasos algo irrecuperable.

Mi mayor terror, mi peor pesadilla, era que después de correr mundo y enamorarme y hacer grandes cosas y vivir muchas aventuras, en un futuro lejanísimo, mi vida acabase allí como la rata que se muerde la cola, atrapada en el Pequeño París, y saber entonces, bajo la luz de un relámpago, que me encontraba definitivamente en el País de los Muertos. Encontrarme siendo, de golpe, la pavorosa vieja loca de los cabellos grises y erizados, tarareando en voz muy baja y ronca tonadas sin sentido, canciones cuyo significado habría olvidado por completo.

Sentía entonces que se me disolvía el alma, y sacudía la cabeza, apretaba la mano de tía Olga y pensaba en la inminencia de la avenida Schloma, que se abría como la desembocadura del río, y en las luces del centro, en los cafés rebosantes de gente... Dejábamos atrás el pasaje de Santa Klara y volvía a respirar hondo, a llenarme los pulmones de aire nuevo. Pero cuando aquellas malsanas obsesiones regresaban, me decía a mí misma que quizás no tuviera vocación para la felicidad.

6. La calle Janouch

Mi padre jugaba los viernes, de madrugada, en los altos de la antigua Central, en la plaza Karelic. Jugaba los viernes porque era el día de cobro. Empezó ganando, como todos los novatos, y estaba muy excitado, casi feliz.

Luego empezó a perder. Cobraba el viernes y el lunes apenas había dinero para pagar las facturas o ir a la compra. Muchas semanas comíamos gracias a tía Olga, de su dinero o de su huerto. Eso duró bastante tiempo, hasta que yo me harté de comer verdura todos los días. Acelgas, concretamente. Me convertí en una chica responsable, en la hermana mayor de mi padre, o de ellos dos. Comencé a dar clases de francés por las tardes, a la salida del Instituto. En francés era la mejor de mi clase. Hablé con algunos chicos, los que siempre suspendían, los que venían de mejores colegios y habían ido a parar al Instituto Singer, rebotados. Sus familias aceptaron, porque el señor Lambach, el director, me recomendó. No era mucho dinero, aunque sirvió para escapar de la dictadura de las acelgas. Y para que tía Olga me abrazara, orgullosa.

Mi padre ni se enteró. Estaba demasiado ocupado perdiendo.

Aquellas Navidades también trabajé, con una bata rosa y una sonrisa que no me conocía, en la perfumería Vetiver, en el bulevar Ackerman. Un establecimiento de lujo: columnas de jaspe verde y escalinatas a juego, vitrinas de museo egipcio, órdenes susurradas, suelo deslumbrante y resbaladizo, veinte dependientas. Me pasaba el día sonriendo. Sonreíd, sonreíd siempre, nos decían. Tenéis que sonreír cuando llega el cliente, y mientras le atendéis, y cuando le enviáis a caja. Después, decían, ya no hace falta. Al volver a casa, las mejillas me parecían de cartón, como si hubiera ido al dentista. Podía sonreír pero no reír. Escuchaba las risas de mis compañeras, en los vestuarios, cuando nos poníamos la bata rosa, y no lograba sentirme como ellas, nunca. Teníamos la misma edad pero me parecían mujeres mayores; quizás porque jugaban a parecerlo. Hablaban de novios, de ropa, de actores de televisión que yo desconocía, porque no

teníamos televisor; leían y se intercambiaban revistas con nombres ridículos como *Tul Ilusión* o *Confidencias*. No tenía nada que ver con ellas, no vivíamos en el mismo planeta.

Los sábados hacía turno de mañana. Un sábado pasé por la calle Janouch y me detuve, por primera vez, frente al imponente edificio, todo columnas y silencio, de la biblioteca Kobel. Fue un golpe de amor. Me extrañó no haberme fijado antes, porque aquel lugar me atrajo como un imán, como luego me atraería la academia de la calle Marai. Me atraparon los elegantes cipreses de la entrada, el seto de boj perfectamente podado, las grandes puertas de vidrio y metal dorado, y la sonrisa de la mujer que me entregó una ficha y me buscó aquel libro que yo no encontraba en las tiendas y hacía tanto tiempo que deseaba leer, los *Cuentos completos* de Bruno Schulz.

—Es un buen libro —me dijo, sin dejar de sonreír; una sonrisa verdadera, sin cartón en las mejillas— pero poca gente lo lee.

Aquella mujer tan amable era la señora Scavac, y se convertiría en mi jefa. Pasé la tarde sentada frente a una larga mesa de embero, tan limpia y brillante que me daba reparo apoyar los codos. Tan concentrada estaba en la lectura de las historias de Schulz, tan bien instalada en su mundo, que no me di cuenta de que poco a poco las páginas se oscurecían, como si la sombra de una gran nube hubiera caído sobre ellas.

La señora Scavac, invisible durante toda la tarde, se acercó hasta mí. Yo tenía la cabeza llena de soles radiantes, de peras azucaradas y pájaros mecánicos, hasta que su dedo apretó el botoncito de la pequeña lámpara de pantalla verde, y el libro y mis manos se iluminaron.

—Puedes llevártelo —dijo, en voz muy baja, aunque allí no había nadie más—. Dentro de diez minutos vamos a cerrar.

—Muchas gracias. ¿Qué hora es, señora?

Eran las ocho menos diez. La noche había caído y yo no me había dado cuenta; había escapado de la bolsa en la cabeza.

El lunes siguiente solicité un empleo en la biblioteca, y la señora Scavac me dijo que sí, porque el mes anterior se había jubilado un empleado. Aquella misma tarde me despedí de la perfumería, y a la mañana siguiente, recién duchada y con el corazón alegre, tomé un tranvía que me dejaba muy cerca de la calle Janouch.

Empecé acarreando libros, con un guardapolvo azul, y colocándolos en las estanterías. A los pocos meses conocía tan bien el lugar y sus diferentes departamentos que la señora Scavac me ascendió de categoría y pasé a trabajar a su lado, por las mañanas, en la misma mesa, cursando y alfabetizando las entradas.

La señora Scavac vestía casi siempre igual: camisa blanca, falda negra.

En el bolsillo de la camisa llevaba dos bolígrafos idénticos. Siempre dos, siempre idénticos. «¿Por qué dos?», le pregunté un día, cuando ya le tenía algo de confianza. Uno era para ella, me explicó, y otro por si alguien se lo pedía. En todo el tiempo que estuve allí nadie le pidió el otro bolígrafo.

Adoraba mi trabajo en la biblioteca Kobel. Aquel silencio. Aquel orden.

Ganaba un dinero digno, y tenía a mi alcance todos los libros del mundo.

Hay gente que no soporta que nada relativo a su trabajo entre en su vida privada. Hay músicos que no escuchan música en casa, por ejemplo. No era mi caso. Yo leía siempre, varios libros distintos. Leía un libro por la mañana, a la hora del desayuno, y otro por la tarde, al terminar el trabajo.

Tenía un libro en el lavabo, y otro en la mesilla de noche.

Hay quien dice que la lectura forma la personalidad. Con los años, llegaría a pensar que en mi caso contribuyó a disolverla, a multiplicarla, porque siempre me identificaba con los protagonistas de las historias.

Leía la narración de un personaje triste, huraño, encerrado en sí mismo, y pensaba «Sí, así soy yo», o ni siquiera lo pensaba: comenzaba a verlo todo del mismo color, como lo veían sus ojos... Si era viejo y acabado, así me sentía yo, cansada, escéptica, como si mi vida se hubiera gastado sin haber empezado a vivir. Veía una película protagonizada por una aventurera y me sentía como ella, capaz de grandes hazañas, de comerme el mundo a bocados.

Y no solo era yo la que mudaba, de hora en hora, de semana en semana, sino también lo que había a mi alrededor: solía ver las cosas y las gentes como integrantes de una comedia grotesca o una tragedia gris, dependía.

Por supuesto, cada una de mis encarnaciones (o de mis contagios) duraba poco, pero también era curioso que la mano siempre se me fuera hacia ese tipo de historias o de tonos.

Mi padre era silencioso porque era un pensador, mi padre era un enfermo sin esperanza que tosía de madrugada; mi padre danzaba, en mi cabeza, sobre el suelo brillante de una gran pista de baile, con mi madre, siempre jóvenes y guapos, como en aquel cartel de *Robe Mauve*... Figuras que giraban y se reemplazaban, igual que fragmentos de vidrio tintado golpeándose contra los espejos de un caleidoscopio...

¿Y yo? ¿Quién era yo?

Decir la hija de Hektor Liboch y Josiane Kerbel no era decir nada, porque tampoco sabía quiénes eran ellos; estaban muy lejos y no paraban de moverse y cambiar en mi cabeza. Decir la chica que vive sobre la panadería de la calle Zuckmantel era no decir nada. Quizás la sobrina de Olga Liboch, quizás la preferida de la señora Scavac...

A fin de cuentas, me decía, había tomado una decisión, la primera decisión importante de mi vida: dejar aquella perfumería inmunda, aquella infección de sonrisas, para entrar a trabajar en la biblioteca Kobel. Pero a menudo me olvidaba de aquella decisión; me olvidaba de que algo había cambiado en mi paisaje. Como si hubiera sido demasiado sencillo, como si un viento suave me hubiera empujado a ello.

Nunca estaba contenta. Seguían los miedos oscuros, las aprensiones sin motivo, las fantasías torturantes; el pánico sordo a pisar, de golpe, el País de los Muertos.

7. El talismán

Un viernes de aquel verano sonó el teléfono de madrugada.

Yo dormía; tía Olga leía en el comedor, frente al balcón abierto. Hacía un calor tenaz, asfixiante. Me levanté, creyendo que había soñado la llamada. Tía Olga estaba en el pasillo, sujetando el auricular, escuchando, en mitad de un silencio solo roto por monosílabos, moviendo un poco la cabeza.

Al colgar me dijo:

—He de ir a la plaza Karelic. ¿Quieres venir conmigo?

—¿A estas horas?

—Era tu padre. Ha llegado el mal momento.

Tomamos un tranvía en la parada de la avenida Schloma. Un reloj como una luna sudorosa marcaba las cuatro y media. Las calles estaban desiertas y calladas; las farolas tenían un halo de bochorno. Todo parecía ligeramente borroso, desdibujado. Tía Olga me contó que en la partida de los viernes había entrado un tiburón: uno de los taxistas del aeropuerto. Aquellos eran jugadores veteranos, los más encallecidos y peligrosos, porque apostaban muy fuerte. Hubo uno, contaban en el barrio, que llegó a jugarse a su mujer, y perdió, y ella se fue con el ganador sin rechistar, y decían que parecía feliz con su nueva suerte, porque les habían visto juntos varias veces, tomando el aperitivo en la terraza del Café Zlatny, y ella llevaba un vestido caro, y reía, y le besaba. No me cabía en la cabeza que una mujer pudiera ser entregada, regalada a otro.

—¿Tú crees que esa historia es verdad, que una mujer podría aceptar eso? ¿Entregarse así a un desconocido? —pregunté, entre fascinada y escandalizada.

—Es lo que cuentan, Kluka.

Estábamos solas en el tranvía, bañadas por la débil luz amarillenta. Entraba un poco de aire, no mucho, por las ventanillas abiertas. El Congreso parecía un mausoleo abandonado, con las columnas renegridas por la humedad del río. Cada vez que tía Olga callaba y volvía a perderse en sus

pensamientos, yo escuchaba los crujidos de la madera al tomar las curvas, bamboleándose, y los chispazos sobre nuestras cabezas, y el chirrido de las ruedas en los raíles.

No había más ruidos. El conductor, somnoliento, se giraba de cuando en cuando para mirarnos. Debía de preguntarse adónde iríamos a aquellas horas.

Mi padre estaba perdido en una gran partida y no quería aflojar. Los demás jugadores se fueron retirando durante la noche, hasta que quedaron el tiburón y él, mano a mano. Había llamado a tía Olga porque necesitaba algo de dinero para seguir.

Antes de que yo preguntara, ella echó mano al bolsillo y sacó una cajita de cartón, que abrió sobre su regazo, sujetándola fuerte, por los vaivenes.

En la cajita, sobre un algodón, había un broche de oro, y en su centro una amatista que brillaba como sus ojos, empañados, un poco tristes. Yo ya había visto aquel broche en su solapa: solo se lo ponía algún domingo para ir al centro, alguna fecha señalada. Se lo había dejado en herencia la abuela Irina. Era un regalo de boda del abuelo Josef, antes de que su familia se arruinara cuando la filoxera acabó con los viñedos.

El tranvía cruzó por el puente de San Nicanor, y el conductor volvió a mirarnos, dos veces. Tía Olga, un poco irritada, comenzó a canturrear una canción; quizás lo hizo para que yo me tranquilizase. Cuando el tranvía dejó atrás las paradas del río y la rotonda del General Seipel, el conductor ya no se giró más. Avanzamos entonces por la Perspectiva Bevan. Dos centinelas aburridos intercambiaban cigarrillos frente a las garitas de la Escuela Militar, en la solitaria avenida Lowenthal, que se estrechaba hasta desembocar en el barrio de Lustig. Nunca había estado antes allí.

Era un barrio lejano, sin árboles, que parecía deshabitado, abandonado en la noche. Viejas fábricas de ladrillo, chimeneas torcidas. Casas antiguas, de piedra oscurecida por el humo, como recién bombardeadas. La excitación me había desvelado por completo. Atravesaba la noche como un agente especial en una emocionante misión secreta, pero también estaba angustiada por mi padre, y le odiaba un poco por haberse dejado atrapar por el tiburón.

Llegamos a la plaza Karelic, allá donde acababa el barrio de Lustig y comenzaba el campo, donde unos años más tarde se levantarían los horribles edificios del polígono Trauner. Era una plaza pequeña, anillada por castaños. En el centro había una fuente sin agua y, alrededor, varios talleres de recambios y reparaciones, con carteles metálicos, herrumbrosos, antiguos anuncios de carburantes que ya nadie debía usar. Algunos de aquellos pequeños talleres tenían nombres excesivos, de circuitos de carreras, como Monza o Montecarlo.

Bajamos. El tranvía se alejó, con un campanilleo, y la plaza quedó casi a oscuras. La única luz que asomaba entre el follaje polvoriento, una luz verde pálido, era la del ventanal alargado que se abría en el piso más alto de la vieja central de taxis. Allí tenía lugar la partida.

Tía Olga golpeó en la persiana metálica. Dos golpes, y luego tres más.

Al cabo de un rato, que se me hizo interminable, una puertecita que había en la persiana se abrió y apareció un hombre muy pequeño, con las piernas arqueadas y una linterna en la mano. Parecía un jockey retirado, y nos escudriñó como si lleváramos armas.

—Soy Olga Liboch, la hermana de Hektor. Ella es su hija.

El hombre pequeño asintió con la cabeza y nos hizo pasar.

Tras la puerta había un patio amplio que conducía a las cocheras. El suelo de cemento estaba lleno de manchas de aceite de motor. A la luz movediza de la linterna hacía pensar en el mapa de un universo desconocido. Caminamos unos metros, desorientadas. Nuestro guía se detuvo ante el edificio cuya última ventana habíamos visto iluminada. Eran las oficinas de la Central, y por detrás parecían mucho más grandes. Se accedía a ellas por una escalera estrecha y empinadísima, con el techo abovedado y un pasamanos de hierro. El hombre pequeño apretó un interruptor y una bombilla desnuda se encendió sobre el primer descansillo. «Al final de la escalera», dijo, y desapareció en la oscuridad. Debía conocer muy bien aquel lugar, porque no volvió a encender la linterna. Me estaba preguntando adónde habría ido y a qué se dedicaría durante el día, cuando tía Olga tomó mi mano, me dio la cajita con el broche y me apretó los dedos.

—Dáselo tú —dijo—. Que te vea. Yo esperaré aquí.

Subí la escalera, contando los peldaños, revestidos de caucho estriado. Llamé a la puerta con la misma clave que había utilizado ella: dos golpes, y luego tres más. Abrió mi padre, y se me quedó mirando con los ojos muy abiertos, porque verme allí era lo último que esperaba. Al fondo, sentado a una mesa redonda bajo la luz pálida y rodeado de sombras, esperaba un hombre muy gordo en camiseta, con una sonrisa asquerosa. Sobre el tapete de la mesa vi una baraja, una botella, vasos, un cenicero repleto de colillas.

Le entregué la cajita a mi padre. Me di cuenta de que tampoco esperaba aquello. Esperaba dinero, probablemente.

—Pero esto... esto...

—Es un talismán. Para que acabes con el tiburón —susurré.

—¿Te lo ha dado Olga, verdad?

—Sí. Está abajo.

Con una voz que no me pareció la mía, alta y clara, añadí:

—... y dice que si no ganas esta noche, no hace falta que vuelvas.

Sus ojos, enrojecidos por el humo y por tantas horas de juego, se le llenaron de lágrimas. No me gustó verle llorar.

Aquella noche, como en los mejores cuentos, el broche de oro con la amatista en el centro se convirtió en un auténtico talismán, porque mi padre ganó la partida. Volvió a media mañana, agotado y feliz, con la joya de la abuela Irina y una cartera de plástico negro rebosante de billetes. Tía Olga me sacó de la cama cantando la misma canción que había cantado en el tranvía. Mi padre rompió a llorar otra vez, y nos abrazó a las dos, y le besó a ella las manos. Hablaba muy aprisa. Nos pedía perdón por su mala cabeza, nos daba las gracias, y repetía que iba a «compensarnos» por tantos malos ratos, y que el juego se había terminado para él, definitivamente. Luego nos pidió que, por favor, le dejáramos dormir un par de horas, pero solo durmió una, porque estaba demasiado excitado. Se despertó, se duchó, y nos dijo que iríamos a comer a un restaurante para celebrarlo.

Tía Olga se puso el broche en la solapa de la blusa, como un trofeo de guerra.

Mi padre nos llevó al restaurante Letenske, que tampoco existe ya. Estaba a la orilla del río, a la altura de los jardines de San Wenceslao. Era un restaurante grande, muy limpio, especializado en pescado, con manteles de hilo y una flor roja en cada mesa. El calor había bajado. Todas las ventanas estaban abiertas, y entraba la brisa del río, que movía los visillos y hacía bailar en ellos las sombras de los álamos. Había pocos clientes, porque ya habían comenzado las vacaciones.

El dueño del restaurante recibió a mi padre con un gran abrazo:

—¡El Conde Liboch!

—¡Gustav, querido!

No se veían desde la época de los estudios Belvedere. Nos presentó, intercambiaron nombres y anécdotas de los estudios durante un rato, y el dueño hizo que un camarero saliera a la terraza que daba al río para volver con una cesta metálica en la que se agitaban cangrejos vivos.

—¿Qué os parecen? —dijo, orgulloso, como si presentara a su familia.

Comimos cangrejos, que yo nunca había probado, y un enorme rodaballo al horno, con la carne brillante como porcelana, y pastel de nata con cerezas, que pidió tía Olga.

Cuando trajeron el pastel apareció a mi espalda un violinista y empezó a tocar una canción gitana. Tocaba muy lento, muy suavemente, como si siguiera el ritmo de los visillos moviéndose. Mi padre estaba tan contento que por un instante temí que se levantara y me sacase a bailar allí en medio, pero no lo hizo: tomó mi mano a través de la mesa y me la besó, mirándome a los ojos. Estaba muy guapo; con una camisa nueva, bien afeitado, la barba recortada y el cabello peinado hacia atrás, y aquel traje color canela que hacía siglos que no se ponía y le quedaba un poco grande. Sonreía tranquilo, también por primera vez en mucho tiempo.

Me quedé pensando en que, desde que salimos de casa, no le había oído toser ni una sola vez. Fue un momento muy hermoso. La música aquella, su sonrisa, lo bien que habíamos comido, el adormecedor aleteo de los álamos y el futuro que parecía abrirse ante nosotros... En momentos así comprendía que mi madre se hubiera enamorado locamente.

Terminó la canción. Aplaudimos y mi padre se levantó para darle un billete al violinista, mientras tía Olga se servía una nueva ración de pastel.

Entonces, mi padre cogió la flor que había en nuestra mesa y me la puso en el ojal. Parecíamos dos recién casados.

Después de los cafés brindamos con licor de ciruelas, y se derramó un poco sobre el mantel.

—¡Por una nueva vida! —dijo mi padre.

Tía Olga mojó el dedo en el charquito antes de que se secara, y nos tocó en la frente con el dedo, y luego tocó la suya. Apareció de nuevo el dueño para preguntarnos si la comida había sido de nuestro gusto y a mi padre si se acordaba de la canción gitana. Mi padre asintió, sonriente.

—En aquella época —nos contó el dueño— cada vez que se acababa un rodaje, venían a celebrarlo aquí y pedían esa canción: *La fogata*.

—Desde luego, desde luego. ¡Qué memoria la tuya, Gustav! ¡*La fogata*!

—¡Y el fuego acabó con todo aquello! ¡La vida es irónica!

Pensé que mi padre iba a ensombrecerse por aquel recuerdo, pero no fue así. También yo había pensado que los cangrejos me darían asco, y me gustaron muchísimo.

—¡Paz a las cenizas, Gustav! —dijo, riendo.

Brindaron entonces ellos dos, y volvieron a abrazarse. Mi padre pagó, y dejó una propina que a mí me pareció un poco excesiva.

8. Las dos cautivas

A la salida, mi padre preguntó dónde nos gustaría ir aquella tarde, y tía Olga dijo que lo que más le apetecía era ir al teatro, a ver una buena comedia.

El teatro le había gustado mucho cuando era joven y vivía en la ciudad, cuando trabajaba de peinadora. Después dejó de ir. A mi padre no le hacía mucha gracia lo de pasar la tarde encerrado en un teatro, pero no supo negárselo. Yo también hubiera preferido ir a un café del centro, o al cine, pero me sentía tan feliz que me daba igual.

Fuimos a pasear por los jardines de San Wenceslao y luego al Voronet, un teatro pequeño, con la fachada de madera roja, encajonado entre dos edificios más altos, en la calle General Vilmos. Tía Olga se alegró mucho de que siguieran haciendo vodeviles y de que estuviera «en activo» Samuel Matuschek, un actor cómico al que había visto muchas veces en su juventud. Se quedó mirando su foto en los carteles:

—Qué viejo está, madre mía —dijo—. Pero era tan gracioso...

Yo no le vi la gracia. Me reí porque ella me contagió su risa. Cada vez que Matuschek estallaba en cóleras gesticulantes, saltando y apretando los puños como un monito, ella se retorció a carcajadas, sacudiendo todo el cuerpo, haciendo crujir la butaca. Mi padre, en cambio, entre el cansancio acumulado, el vino de la comida y el licor se quedó dormido a los cinco minutos. Dormía tan a gusto que nos dio pena despertarle.

Tía Olga sonrió y me susurró:

—De pequeño le pasaba igual. Cuando era feliz, se quedaba dormido en cualquier sitio.

Tía Olga reía en aquel teatro que todavía seguía en pie, mi padre dormía a su lado con una burbuja de saliva en la comisura de los labios, el talismán brillaba en la penumbra aterciopelada del Voronet, y yo estaba junto a ellos, y el olor de la flor roja en mi solapa me parecía el mejor perfume del mundo.

Por la noche, de nuevo en casa, hicimos planes. Tía Olga trajo una carpeta con facturas, una libreta y un lápiz. Las facturas pendientes se pagaron en pocos días. Y, cosa de un mes más tarde, mi padre compró el mejor taxi de la flotilla, un Bulgakian algo viejo pero, dijo, con el motor en muy buen estado. Ya no se veían muchos coches como aquel, y quizás por eso mi padre lo conducía como si fuera a recoger a un ministro extranjero. Lo hizo repintar y pulir, y cambió los asientos por otros de color avellana. Hicimos varias excursiones en aquel coche, algunos domingos, y fuimos juntos a Luzhin, también por primera vez en mucho tiempo.

Sus antiguos compañeros de juego aparecían a veces por casa.

—Ya no vienes nunca por la plaza Karelic...

—Olvidaos de eso, chicos. ¿Queréis tomar algo?

Un domingo, cuando íbamos en el Bulgakian hacia Luzhin, paró otro taxi junto al nuestro, en un semáforo. El taxista había estado en la última partida y se retiró cuando estaba a punto de perderlo todo.

Bajó la ventanilla para decirle:

—El tipo ese del aeropuerto... el gordo Kraly...

—¿Qué?

—Que anda diciendo por ahí que no tienes coraje de darle la revancha...

Mi padre se llevó la mano a la oreja, haciendo pantalla, y alzó la voz.

—No te oigo, Gabor. El motor de este taxi es demasiado potente... ¿Qué dices?

Después de pagar las facturas y comprar el Bulgakian aún quedaba mucho dinero, pero mi padre no quiso llevarlo al banco. Dijo que eran unos ladrones y que el dinero se pudría allí. Se lo dio a tía Olga, en la misma cartera de plástico negro, para que ella lo «administrara».

—Y para lo que queráis —dijo—. Lo que más os apetezca. ¿Qué queréis? ¿Quieres ropa, Klara? ¿Un collar? ¿Y tú, Olguita?

Yo no necesitaba nada. ¿Qué podía querer? Ropa no, siempre llevaba la misma, y me duraba mucho. Y cuando me hacía falta una falda o una cazadora o un abrigo iba al mercado viejo de la plaza Maisel. Libros, tenía todos los que quisiera. Dije que de momento nada, que ya se me ocurriría algo.

—Bueno, te tomo la palabra, contestó mi padre.

Tía Olga dijo:

—Pues yo voy a ir al teatro, cada sábado.

Aquel otoño comenzamos a ir al teatro cada sábado, tía Olga y yo. Mi padre no venía; decía que no entendía cómo podía gustarnos ver a gente hablando. Al principio me dio muchísima pereza, por el recuerdo mediocre de Samuel Matuschek. Pensé que todo el teatro iba a ser igual, pero tía Olga no volvió a llevarme al Voronet, sino al bulevar Narotzky, la gran calle de los teatros, hasta entonces un mundo prohibido para nosotros. Nada de vodeviles baratos con decorados de papel. Allí las butacas eran de terciopelo, y en el escenario cabía un bosque, o un transatlántico, o una casa de pisos cortada en sección, y los acomodadores gastaban uniforme granate con botones dorados, y una entrada podía costar cien rupeks. No me quedó otro remedio que comprarme un vestido elegante, y también un abrigo cruzado, de cuero negro, con el cuello forrado de piel de oveja.

Mi primera gran función, mi primer gran escalofrío teatral fue *El rey Lear*, con Emil Dobosh, un actor inmenso en todos los sentidos, un gigante de casi dos metros con voz de trueno, barba de hidalgo y ojos encendidos.

Hasta entonces, Shakespeare y el teatro pertenecían para mí al mismo mundo caduco y polvoriento, y así se lo dije a tía Olga.

—Eso es porque nunca lo has visto hecho en serio —dijo—. Eso es porque nunca has visto a la compañía de Dobosh.

Empezó la función, y a la media hora se esfumaron las paredes de terciopelo rojo del Metropol, y las toses, y las lucecitas azuladas de los pasillos, y el aleteo de los programas de mano. A la media hora, ni siquiera tía Olga estaba a mi lado. Yo temblaba bajo la tormenta, junto al rey desnudo y loco con flores en la cabeza, maldiciendo a sus hijas ingratas, siguiendo las muecas tristes y alucinadas del bufón, atrapada en la telaraña de aquella historia enorme y terrible que me cortaba la respiración porque no se detenía nunca, como una gran rueda en una pendiente...

Ya no tenía fuerzas para llorar cuando Dobosh, en el papel del viejo rey, volvió a entrar en escena con el cadáver de su hija Cordelia en brazos y le

dijo, en un susurro que llegó hasta la última fila, atravesando el silencio del público:

—Ya no volverás más. Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca.

Cinco veces nunca...

Ahora mi nostalgia puede ser tan infecciosa como la que sentía entonces tía Olga por el viejo Voronet. Nostalgia del Metropol, de la sala Masaryk, del Gran Hofzinsler, de todos los teatros derribados; de los enormes carteles con los rostros de la elegante y ligera Flora Pirovitch y el genial Emil Dobosh; de las marquesinas cuajadas de bombillas blancas, encendiéndose al anochecer como un gigantesco pastel de cumpleaños. Nostalgia de todas las grandes obras que vimos allí, de mi educación teatral, y de aquellas colas que iban de un teatro a otro y se mezclaban, y de los grandes cafés, el Rex, el Zlatny, el Dygat, y las librerías abiertas hasta la madrugada, bajo los arcos del bulevar, sobre todo la del viejo Fedak, siempre envuelto en humo de tabaco holandés, siempre escuchando jazz, Coltrane y Clifford Brown, en su mugriento Wincofon portátil; nostalgia de tantas noches en las que me abalancé sobre aquellos libros de ocasión, amontonados en cestos de mimbre como manzanas recién cogidas, o expuestos en las largas mesas que parecían flotar en la luz blanca y cruda de los fluorescentes; nostalgia de la imagen feliz de tía Olga con su broche y sus pendientes, con los labios pintados, y aquel abrigo de piel de foca con el cuello de astracán, diciendo:

—¡Esta noche veremos a Emil Dobosh haciendo Otelo!

Uno de aquellos sábados vimos a Flora Pirovitch en un melodrama alemán, *Las dos cautivas*, interpretando a una cantante de ópera que adoraba a su hija y se sentía culpable de haberla abandonado para dedicarse a su carrera internacional. Yo ya era lo bastante mayor como para romper a llorar por la obviedad de la historia, pero algo de aquel intenso sentimiento de culpa de la Pirovitch debió de abrirse paso en mi cabeza, porque piqué el anzuelo y pasé varias noches dándole vueltas a una idea que me parecía, alternativamente, muy razonable y muy insensata.

Ahora sé que mi desazón era una forma del miedo. No estaba acostumbrada a que las cosas fueran tan bien, a que la vida extendiera ante mí

sus dones como panecillos brillantes y recién hechos, y quise sufrir un poco para evitar, quizás, la llegada repentina de un sufrimiento mayor.

¿Quise jugar a equilibrar la balanza, a repartir un poco de aquella felicidad? ¿Quería sentirme buena y noble, como el personaje de la hija de *Las dos cautivas*, perdonando el abandono de su madre?

¿O todo eran excusas y simples tramas, personajes sucesivos que escogía como si fueran zapatos que calzarme cuando, en realidad, lo único que deseaba y me negaba a aceptar era algo tan claro y simple como que quería ver a mi madre, no a la francesa, no a Josiane Kerbel, no a la rubia del cartel de *Robe Mauve*, sino a mi madre, y acercarme, y hablar con ella, y saber qué había sido de su vida, y si era tan feliz como yo, como nosotros?

No dije nada a nadie, y una tarde oscura tomé el tranvía 57 para llegar a la farmacia de la calle Letka, en el barrio Sur.

Entré en un pequeño café y desde allí, oculta tras una columna con forma de prisma, vi el rótulo iluminado —Farmacia Sleyen— y a mi madre con una bata blanca, en una silla muy alta, como una reina, detrás de una caja registradora grande y antigua. Tenía el cabello recogido en un moño; llevaba unas gafas colgadas de una cadenita, y repasaba facturas sin apenas levantar la mirada. Cada vez que movía un poco la cabeza, yo escondía la mía detrás de la columna. Al fondo, un mozo, también con bata blanca, ordenaba medicamentos en las estanterías.

Cayó la tarde, se encendieron las farolas, y yo seguía dudando, dudando, dudando. Nos separaban tan solo unos pocos metros, pero no encontré la fuerza o el coraje suficientes para salir del café y cruzar la calle.

Sabía que en el momento en que empujase la puerta de la farmacia y sonara la campanilla ya no habría retorno. Me encontraría con su mirada, y si era dura o, peor, indiferente, no podría echarme en sus brazos, no encontraría una sola palabra, y tendría que volver a la calle Zuckmantel con aquella mirada clavada en el alma.

¿Y si no me reconocía? Eso también era posible; habían pasado casi diez años. ¿Y si fingía no reconocerme? ¿Qué iba a decirle entonces?

¿Soy tu hija, la hija que tuviste con Hektor Liboch, la niña que te pudrió los dientes, la niña que abandonaste, como en el pésimo melodrama de la Pirovitch?

Un calor rojizo subía hasta mi cara solo de pensarlo.

Ante mí tenía, deshechas, cuatro pequeñas bolsitas de azúcar, y cada vez llovía con más fuerza, gotas como monedas o guijarros.

No crucé la calle. No empujé la puerta.

Llegó un hombre alto, con aspecto de luchador, mostacho gris, sombrero y paraguas; empujó la puerta y besó a mi madre.

Sin duda era el farmacéutico, el señor Sleyen. Un hombre fuerte, que exhalaba seguridad; todo lo contrario de mi padre.

Mi madre debió decirle algo divertido, porque le vi reír bajo la luz blanca del fluorescente, echando la cabeza hacia atrás, con todos los dientes. Uno de esos hombres que ríen como niños, palmeándose las rodillas. Conversaron un rato; ella desapareció de mi vista unos instantes y volvió sin la bata, poniéndose una trinchera, y se cogió de su brazo.

Salieron juntos, y parecían felices...

El señor Sleyen abrió el paraguas; el mozo bajó la persiana metálica.

Mientras pagaba los cafés, les vi marcharse.

Regresé a casa y no volví nunca más a la calle Letka.

9. El gran hueco

Tía Olga siempre decía que la vida es como una montaña rusa, y que no hay que buscarle mayor explicación a sus movimientos, sus curvas inclinadas, sus ascensos gloriosos y sus caídas en picado, hacia el abismo...

En aquella época, sin embargo, yo tendía a ver en todo un entramado de causas y efectos, un patrón oculto que quizás, me decía, no comprendiéramos en su momento, aunque a lo mejor, con el tiempo...

—No busques, no te atormentes con esas cábalas —decía tía Olga—. Las cosas pasan, Kluka...

—¿Las cosas pasan?

—Las cosas pasan. Antes no estábamos, después estamos, y más tarde dejamos de estar...

A los dos meses, aproximadamente, de aquella visita frustrada, mi madre murió en un accidente estúpido, irreal. Se hundió el suelo del Salón Diamante, aquella sala de baile, al final de la avenida Leibu, donde había conocido al señor Sleyen.

Allí empezó y allí acabó su amor. ¿No había en eso una rara simetría?

Y, por otra parte, ¿el golpe que sentí al conocer la noticia habría sido menos doloroso si no hubiera intentado ver a mi madre, acercarme a ella? Tal vez su rostro, tanto tiempo ausente, se habría borrado en la distancia... Un rostro perdido, definitivamente inalcanzable... pero estuve tan cerca, tan cerca...

En las páginas centrales de *La Jornada*, un superviviente contaba la catástrofe. Cincuenta muertos. Era un domingo por la tarde, se celebraba una fiesta privada y el salón, en el primer piso, estaba lleno. Cuando se hundió el suelo, la orquesta tocaba el vals *Fascinación*. Siempre aparece un testigo que recuerda algo así, como en los grandes naufragios. El vals *Fascinación*. Y un instante después...

En el periódico había dos fotos, tomadas con escasos segundos de diferencia. Dos fotos increíblemente buenas, de una gran nitidez. El fotógrafo

tenía que ser un artista; eso estaba claro. Nada que ver con las instantáneas habituales de la sección de sucesos.

En la primera podía verse a mi madre, en un rincón, a la izquierda de la pista, muy cerca del objetivo de la cámara, rodeada de parejas bailando el vals, con rostros de felicidad, bajo los grandes globos de luz, y los músicos en su tarima, con chaquetas blancas y lazos de pajarita, al fondo; aquel fondo que parecía imitar una vegetación tropical, con palmeras pintadas y estrellas de purpurina.

Mi madre iba muy elegante. Llevaba un vestido blanco, largo. Un echarpe plateado brillaba sobre sus hombros. No bailaba. Esperaba. Un poco más a la izquierda y no hubiera salido en la foto. ¿Qué esperaba? Sonreía con sus dientes falsos y perfectos, con los ojos entornados, sin las gafas que llevaba en la farmacia, y tenía una copa en la mano. La copa, detalle curioso, estaba boca abajo. Eso se veía perfectamente, pero había que fijarse. Luego había que seguir la línea de su mirada, dirigida hacia la barra de azulejos blanquinegros, pequeños y relucientes, también atestada de gente.

Todo refulgía en aquella foto. Aquella foto era una cristalización de la vida feliz, la vida convertida en brillo.

Con la cabeza vuelta hacia mi madre y la mano alzada para llamar la atención del barman, descubrí al hombre que solo había visto unos minutos bajo la lluvia; un rostro borroso pero reconocible, un rostro de galán maduro, el cabello gris y rizado antes oculto por el sombrero, las patillas grises y el mostacho orgulloso: el farmacéutico, el señor Sleyen, el hombre que hubiera podido ser mi padre...

En la siguiente foto, un agujero, nubes de polvo, el extremo picudo de la tarima de la orquesta sorbido como un bloque de hielo hundiéndose en el Ártico, y muy al fondo (pero para eso hizo falta una lupa) el horror de unos brazos anónimos aleteando eternamente, una de tantas víctimas, quizás un músico, intentando aferrarse al borde del abismo, y luego nada. Nada.

¿Eso era todo? Sí, eso había sido todo.

El resto eran declaraciones, conjeturas... Para unos, el Salón Diamante se derrumbó por un peso excesivo y por la antigüedad del local, construido a principios de siglo. Para otros, la causa estaba en las obras del sótano, cuando repararon las calderas de la calefacción... No había una gran distancia entre

el suelo de la pista de baile y el sótano. Diez, quince metros. Podían haber sobrevivido a la caída. No fue la caída, dijo alguien, sino la acumulación de los cuerpos, crujiendo, rompiéndose, asfixiándose... Y luego, el estallido.

Si dos días antes no hubieran reparado aquellas calderas, que se encontraban repletas de gas, dijeron, el edificio no habría ardiendo como ardió.

Yo estaba sentada en el despacho de la señora Scavac, en la pausa del desayuno, y al descubrir el rostro de mi madre y sus ojos a la espera y su copa inútil también sentí que la tierra crujió y se abrió de repente bajo mis pies, como si el agujero de la segunda foto me llamara, pero muy lentamente. Como si los cuerpos comenzaran a caer y a desaparecer a cámara lenta, y yo con ellos...

Se me cerró la garganta. No podía tragar, no podía respirar. Luego recuerdo a la señora Scavac abrazándome, metiéndome en la boca una cucharita con azúcar empapado en melisa, llamándome niña querida, niña querida. En la calle Janouch hacía sol, y brillaba la puerta dorada de la biblioteca, y la gente caminaba, como el día antes y el día después, ajenos...

En casa encontré a mi padre frente a la mesa de la cocina, con los ojos secos y la mirada perdida, los dedos tamborileando en la madera, como si tratara de resolver un problema muy complicado... Tía Olga, de pie, a su lado... el periódico abierto sobre la mesa...

Tía Olga me abrazó. Estuvimos abrazadas mucho rato, sin palabras.

Abrazaba a tía Olga con un brazo, y con la otra mano apretaba el hombro de mi padre, que seguía sentado a la mesa, inmóvil, cabizbajo, hasta que se levantó y le oímos vomitar en el lavabo.

Luego, por la noche, mientras mi padre dormía, tía Olga me acarició la cara. Estábamos sentadas en el comedor, calladas. Salí a la calle. No quería que me tocaran. Lo descubrí en aquel instante.

Su amor, su inmenso amor, no me llegaba.

Hubo un funeral simbólico, porque no pudieron recuperar los cuerpos, convertidos en cenizas o sepultados bajo los escombros.

No sabía yo entonces hasta qué punto el dolor puede paralizar.

Los primeros días quise hablar con mi padre, pero se apartaba, igual que hacía yo con tía Olga... Nos cruzábamos por el pasillo como imanes que se repelen... Tía Olga se daba cuenta y sonreía, como si estuviera viendo una danza insensata en una película cómica... Se daba perfecta cuenta del vínculo, creo yo, porque mi padre tampoco soportaba que le tocasen, con dedos o palabras amables...

Mi padre no hablaba de la desgracia.

Repetía «Estoy bien, estoy bien» aunque no se lo preguntáramos...

Por aquellos días se abrió en Moira el primer supermercado de la cadena Uzelac. Puedo fijar la fecha, porque para mi padre fue como una epifanía, el heraldo de una nueva era o algo por el estilo. Caminaba por la calle Jasarev y le deslumbró un reflejo de sol en los escaparates, aquellos escaparates que brillaban, dijo, como diamantes enormes.

—¡Qué limpios! —repetía—. De verdad que con solo verlos ya te dan ganas de entrar. ¡Y qué precios, Olga! ¡Si parece que están regalando la comida!

Volvió a casa hablando sin parar de aquella tienda tan grande y tan moderna en la que se podía comprar «de todo», y en las semanas que siguieron comenzó a acumular comida, cajas y cajas de cosas que no necesitábamos. Llegaba cargado de compras que extendía sobre la mesa como ofrendas o trofeos, con una sonrisa infantil.

Eso duró mucho tiempo. Tabletas de chocolate para alimentar a varios orfanatos. Piña en almíbar, en frascos que podían contener un bebé o dos. Latas de guisantes, de arenques ahumados, de tomates sin sabor.

—Papá... ¿qué vamos a hacer con cincuenta frascos de pepinillos en vinagre?

—Eran baratísimos, hija.

—¡Pero no me gustan! —gritaba yo, egocéntrica—. ¡Nunca me han gustado! ¿Cuándo me has visto comer pepinillos? ¿Cuándo?

Botellas y más botellas de vino, y de aceite. Tomates de importación, regalados, decía, cuando podía tener todos los que quisiera, los mejores

tomates del huerto de Luzhin. Saquitos de harina, arrojados a la boca de la sombra. Cajas y botellas que fueron a parar a la habitación sin ventanas, chocolates que nunca comí, latas que caducaron en la oscuridad, para nadie.

10. Oskar Klein

Tía Olga callaba, mi padre acumulaba comida y yo juntaba ideas, paseos sin rumbo, planes de futuro. Deseaba algo y quería tenerlo en el acto, sin esperar un minuto. Fue así como, a partir de la desgracia del Salón Diamante, mi vida se aceleró. Empecé a correr, a buscar, a hacer más y más cosas.

Sin saberlo, trataba de llenar, a toda velocidad, el gran hueco producido por la muerte de mi madre, para que no me arrastrara a su abismo.

Por las noches, en sueños, los brazos y las piernas se me disparaban en impulsos eléctricos, como si quisieran sacarme de allí.

La cabeza no paraba de darme vueltas. Causas, efectos...

Fui a ver a mi madre, no lo conseguí, murió.

Mi madre murió y yo conocí a Oskar.

Por aquellas dos fotos. Yo quería tenerlas, estaba obsesionada... ¿Para qué? Tenerlas, simplemente. Antes, después. Antes, después. ¿Para intentar descifrar aquel macabro juego de magia? Y las tuve, las conseguí...

Ese fue mi primer secreto. La carta fue el segundo.

Una tarde de finales de aquel invierno fui a la redacción de *La Jornada*, en la avenida Kornblum. Llovía, y llegué empapada. Aquello me vino bien. Con el cabello chorreante, me retorcí las manos como Flora Pirovitch. Les dije que era la hija de una de las víctimas del Salón Diamante, que me había quedado huérfana, que las fotos del reportaje eran el último recuerdo, etcétera.

Me dijeron que el autor de las fotos no estaba en plantilla; era, me dijeron, «un particular». Un fotógrafo de bodas, fiestas y cumpleaños...

Insistí tanto que acabaron dándome su teléfono. Se puso una mujer de voz seca, autoritaria. Le dije que se trataba de un asunto de trabajo. Fue a avisarle. Por lo que tardó, la imaginé arrastrando los pies por un pasillo muy largo.

Sonó entonces la voz que buscaba, muy amable, cálida, un tanto aniñada.

Le extrañó, claro, mi interés por las fotos.

—Quiero tener un recuerdo de mi madre. Es la mujer del vestido blanco y el echarpe. Con la copa al revés.

Hubo un silencio corto y denso.

—Oh... Lo siento, de verdad. Lo siento muchísimo.

—Sí. Gracias.

—Quiere... Querría, quizás... una ampliación de...

Era la primera vez que alguien me trataba de usted.

—No, no. No hace falta. Me gustaría tener una copia de las dos fotos.

—Bien. Claro. ¿Cuándo quiere usted que nos veamos?

—¿Cuándo puede tener las copias?

Me citó tres horas más tarde en el Café Werring, que estaba a dos esquinas de su casa, en el Strach. Yo no entendía eso. ¿Un fotógrafo de bodas y fiestas, viviendo en el Strach, el barrio más rico de la ciudad?

Para reconocerle, me dijo, llevaría un sobre de papel amarillo, que alzó apenas verme.

Tiempo después le pregunté:

—¿Cómo supiste que era yo, aquella tarde?

—Entraste en el café con la ansiedad en los ojos, casi corriendo, como si te fuera la vida en ello...

Me sorprendió todavía más encontrarme con un muchacho que parecía de mi misma edad. Luego sabría que era un año mayor que yo; acababa de cumplir los dieciocho. Un muchacho rubio, menudo. Parecía muy frágil. Y, sin embargo, pensé, había sobrevivido. El agujero no se lo tragó. Una pequeña tira de esparadrapo sobre el pómulo derecho. Muy bien vestido, con un pullover de cachemir y unos pantalones color crema, a juego. Una bufanda que parecía muy suave, marrón oscuro. Zapatos de marca, brillantes. Al verlos me senté para esconder mis pies bajo la mesa redonda, de mármol rosa vetado de blanco. En la mesa había una tetera, una taza humeante, una rebanada de *spanske* de cerezas. Era un café elegante, de techos pintados con ángeles y batallas, camareros impecables que parecían desplazarse sobre

patines, y él encajaba a la perfección en aquel lugar, como si fuera su espacio natural, como si hubiera nacido allí.

—Klein. Oskar Klein.

Nos dimos la mano. Una mano suave, de dedos finos. No me molestó su contacto; al contrario.

—Klara Liboch. Mi madre se llamaba Josiane Kerbel. Era...

—¿Francesa?

—Sí.

—Qué curioso. La mía también.

Comenzó a hablar por cortesía, para entretenerme, para tranquilizarme.

Sabía escuchar, sabía confortar, sin esfuerzo. A los cinco minutos ya nos tuteábamos.

Había nacido en París y tenía doble nacionalidad. Eso me pareció un exotismo lujoso. Sus padres tenían un hotel en Daryek, en las montañas, en la zona de los balnearios, cerca de la frontera de Gschwind. Un «hotel alpino», el Hostal del Cisne. Pero a él no le gustaba la hostelería. Estudiaba fotografía, y su sueño, dijo, era conseguir trabajo en *La Jornada*, haciendo reportajes. Seguía viviendo en la casa de sus padres, en el Strach, pero no quería depender de ellos.

—¿Tu madre era la señora con la que hablé por teléfono?

—No, no. Mis padres están ahora en Daryek. Están haciendo reformas en el hostal, y últimamente pasan más tiempo allí que aquí. Tú hablaste con la tía Sarah. Bueno, la llamamos así, pero no es mi tía. Es la señora que... Hace muchos años que está con nosotros.

—¿Tienes hermanos?

—No.

—Así que vives en el Strach y tienes uno de esos pisos enormes para ti solo... qué maravilla, quién pudiera.

—Bueno, casi solo. Tía Sarah y yo. Y mis padres, en invierno.

—Claro.

Como si haber contado aquello le incomodara, se apresuró a añadir que paraba poco en casa: tenía mucho trabajo. Trabajo para, en fin, pagarse «sus

gastos». Pero eso también le avergonzaba un poco, porque bromeó, sacándole importancia.

—Bodas, bautizos, cumpleaños, fiestas... Encargos.

—Me lo dijeron en el periódico.

—Por eso estaba allí la tarde de...

—¿Tocaban un vals, verdad?

—¿Perdón?

—Un vals. En el momento en que se hundió el suelo.

—Sí, creo que sí... Yo... La verdad es que no tengo los recuerdos muy claros... cada vez que lo pienso...

Me incliné hacia él.

—¿Cómo fue? ¿Qué es lo que recuerdas?

—Había muchísima gente, ya sabes. Era una fiesta de aniversario, las bodas de plata de un matrimonio de la calle Letka, una pareja muy querida, y habían invitado a medio barrio. Parecían todos muy felices. Les hice fotos a ellos, a la familia... De tu madre solo tengo esa. Lo siento.

—Mi madre también vivía en la calle Letka. Trabajaba allí, en una farmacia. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Mi padre y ella estaban separados.

—Ah. Lo siento. ¿Y tú...?

Me irritaba un poco tanto «lo siento».

—¿Sí?

—¿Tienes hermanos?

—No. También hija única. Pero vivo en un piso mucho más pequeño.

Sonrió. Mientras hablaba con él tuve una sensación curiosa: como si ya le conociera, como si no fuera la primera vez que estábamos juntos en aquel café.

—Perdona la pregunta —me dijo—. Entiendo lo de la foto en que aparece tu madre, pero ¿y la otra foto? ¿Para qué la quieres?

Miré sus ojos. Yo todavía ignoraba la respuesta. La supe en aquel momento.

—Para acordarme —dije—. Para acordarme siempre de que hay un agujero y se nos puede tragar. Ya sé que parece una tontería.

—No. En absoluto. La tontería es haberte preguntado eso.

Callamos. Oskar hizo girar la cuchara en la taza, lentamente. Sin motivo, porque no tomaba azúcar. Luego volvió a mirarme, y me sonrió.

Años más tarde, en París, me dijo que se enamoró de mí en aquel momento, cuando le dije para qué quería la segunda foto.

—¿Qué más pasó? —insistí.

—No sé... ¿Qué puedo decirte? Pasó. ¿Quién iba a esperar una cosa así?

—¿Y qué hiciste cuando pasó?

Se quedó meditando, recordando, unos instantes.

—Seguí haciendo fotos, sin poder moverme. Tenía el dedo clavado al disparador. Como si mi dedo se moviera solo. Algo me golpeó en la cara y me hizo este corte —dijo, señalando la pequeña tira de esparadrapo— pero no me di cuenta hasta después, cuando la sangre me manchó la camisa. Y luego, de repente, eché a correr. No pensé. Mis piernas me sacaron de allí. No podía parar de correr. Bajé corriendo las escaleras, salí a la calle. Creo que gritaba, no me acuerdo. Luego me giré, en mitad de la avenida Leibu, al oír la explosión, cuando el edificio se vino abajo. Pero no pude tomar fotos de eso. Me temblaban las manos, y todo el cuerpo, y no podía parar de llorar. A veces todavía me tiemblan... ¿Quieres un poco de *spanske*? Pruébalo, está buenísimo...

Dije que no con la cabeza. Luego me alargó el sobre, como si quisiera desprenderse, suavemente, de todo aquello. Le pregunté cuánto quería cobrar y enrojeció. Me dijo que nada, que por favor, que nada en absoluto.

Yo nunca había visto ruborizarse a un chico.

Le di las gracias. Le dije que había sido muy, muy amable.

El encuentro había terminado, pero él no quería irse, porque empezó a hablarme de aquel café, de lo mucho que le gustaba, y de que algunas veces iba allí, cuando el trabajo se lo permitía, simplemente para sentarse y estudiar los rostros de la gente como si fueran mapas.

—... o ver cambiar la luz. Los juegos de la luz. Atravesando una nube o volviéndose azulada, o rojiza, como ahora. Es mi hora favorita para hacer fotos. Al atardecer o muy de noche, cuando no queda nadie por la calle. Esas fotos son para mí, claro. Son las que hago por gusto.

De repente dijo:

—Me gustaría que volviéramos a vernos. ¿Puedo llamarte?

Dijo eso con una sorprendente firmeza, sin vacilaciones.

Era la primera vez que un chico me pedía una cita.

Sin pensarlo le dije que sí, y le di mi número.

Aún no sabía si me gustaba, porque apenas le había mirado a la cara. Su cara volvió luego. El flequillo rebelde; los ojos claros y limpios. Me gustaban sus manos. Y aquellos zapatos tan brillantes. Y lo bien combinada que llevaba la ropa, la gradación de colores. Me gustaba que hubiera sido tan amable conmigo. Me gustó su voz, y su forma de contar lo que había vivido en el Salón Diamante, sin exagerar, sin hacer literatura, sin pavonearse, entrecerrando los ojos, como quien recuerda un sueño.

Fui pensando en todas esas cosas, una tras otra, de vuelta a casa. Las veía desfilar, iluminadas un instante, pero no veía todavía la figura completa, el cuerpo sobrevivido. Manos, zapatos, ropa, amabilidad, cara, esparadrapo, flequillo. Su voz meciéndome con aquella historia terrible. Podía verle, solo, una tarde o al comienzo de una noche, sentado en un sillón de mimbre del Café Werring, tomando un té entre las columnas de mármol rosa, alzando la taza con sus manos refinadas, observando los movimientos y los rostros de la gente y los juegos de la luz con sus ojos ávidos y calmos, como el objetivo de la cámara en el Salón Diamante. Me gustó, sobre todo, que me desconcertara, que a ratos pareciera tan tímido y luego tan directo, cuando me pidió la cita.

Por la noche, en mi habitación, abrí el sobre amarillo y extendí las dos fotos sobre mi cama, bajo la luz pequeñísima, de pinza, que usaba para leer, y rompí a llorar como hasta entonces no había llorado, y deseé que él, Oskar Klein, aquel desconocido, estuviera conmigo, y pensé que a lo mejor mi padre también estaba llorando al otro lado de la pared, en aquel mismo momento, con la cabeza cubierta por la almohada para que nadie le oyera, recordando el rostro de Josiane antes de que se la tragara el gran hueco, evocando una sonrisa, un gesto feliz, o llorando quizás porque ya no podía acordarse.

Luego le di la vuelta a las fotos y vi que estaban firmadas, en el anverso, con las iniciales O. K., y me reí de mí misma, un poco, al considerarlo una señal, todavía no sabía de qué.

O. K.

Al día siguiente, un sábado, mi padre y tía Olga salieron a sus quehaceres y me quedé sola en casa. Tumbada en la cama, tracé una imaginaria línea vertical que unía mi corazón con el suelo, y luego me acerqué a la puerta para asegurarme de que estaba realmente sola. Aparté la cama y con ayuda de un escoplo levanté la baldosa elegida y vacié la base de cemento reseco como si cavara un túnel para fugarme, y en aquel hueco escondí el sobre con las dos fotos.

11. La segunda cita

Cuando se cumplían dieciséis días de nuestro primer encuentro, Oskar llamó. Durante aquellas grises semanas de espera, yo tenía tantas ganas de verle que varias veces estuve a punto de ir al Café Werring, pero me contuve.

Si le encontraba, mi excusa («Me gustó tanto este sitio que, ya ves, me he aficionado»), sonaría inverosímil o idiota; si no le encontraba, me sentiría como la triste heroína de una novela de Jean Rhys; esas mujeres maduras, a la deriva, con un sombrero mustio, que esperan en vano, entre copa y copa de *kummel*, el regreso de su amante.

Quería estar de nuevo allí con él, volver a sentir la pequeña calma de aquella tarde, a su lado. No había vuelto a sentirla desde entonces, y la necesitaba como una droga suave, como un alcohol dulce.

Fui al mercado de ropa de la plaza Maisel y me compré una camisa de seda, azul turquesa, y una falda blanca algo más corta de lo habitual en mí.

—¿Cómo se llama? —preguntó tía Olga.

—¿Quién?

—Quién va ser. El chico.

—¿Qué...?

Me miró de arriba abajo, sin dejar de sonreír.

—Vamos, vamos, hermosa dama antes negra, siempre negra y ahora...

Me rendí.

—Oskar. Oskar Klein.

—Ah, judío. Yo tuve un novio judío hace muchos años. Muy listo. Y muy fogoso. Nunca aceptaba un no por respuesta —rio.

—Por favor, tía Olga. Si solo...

—... solo sois amigos, claro. Estás guapísima, Kluka. Ya era hora.

—¿De qué?

—Toma, anda —abrió su monedero— y no dejes que él lo pague todo.

Quedamos, naturalmente, en el Café Werring; en la terraza, bajo los enormes plátanos del Strach, porque comenzaba a hacer calor.

Nada más verle volvió la calma, y luego, poco a poco, se extendió entre nosotros, como las ramas entrelazadas que nos cubrían, una excitación fraternal, desconocida. Llegué, deliberadamente, con cinco minutos de retraso. En su mesa había una copa larga con un líquido rojo y un libro: *Adolphe*, de Benjamin Constant, forrado con plástico transparente.

Oskar se levantó con una sonrisa radiante, a la que siguió un beso corto y discreto, en la mejilla. Llevaba una camisa blanquísima, de manga corta; pantalones azul marino, de raya impecable; mocasines negros.

—¿Estás bien? ¿Todo bien?

—Sí. Más tranquila.

—Bien. Bien. Así me gusta.

Estaba moreno, muy guapo, porque había pasado aquellos días en la montaña, en el Hostal del Cisne, ayudando a su padre y al tío Eliah.

—¿Una copa de kir? Es vino blanco con cassis.

—Claro —dije, como si no hubiera bebido otra cosa en mi vida.

Las copas se rozaron tímidamente, como nuestros rostros en el beso de bienvenida. Señalé el libro de Constant; dije que me gustaba mucho, que lo había utilizado más de una vez para mis clases. Comenzamos a hablar de libros, de películas, de obras de teatro, con un brillo creciente e ingenuo en los ojos, como dos niños felices al descubrir que han estado haciendo, cada uno en su cuarto, la misma colección de cromos.

Luego quedamos mudos, fatigados por la avalancha.

Tras aquel silencio, Oskar me dijo:

—Te he echado de menos, sabes.

—Yo también —contesté, tomándole la mano.

Pedimos otra copa de kir. El Strach estaba casi vacío, silencioso, y el sol sesgado del atardecer doraba las fachadas de aquellos edificios imponentes de estilo francés, y recortaba sus cimas, con balaustradas y estatuas alegóricas. El timbre de una bicicleta, levísimo, pareció brindar por nosotros.

—¿Qué vas a hacer este verano? ¿Te quedas en Moira? —me preguntó.

El verano se acercaba. El Instituto había quedado atrás. La biblioteca pronto cerraría por vacaciones, y tendría ante mí un abrasador desierto de

días interminables. Algunos días en Luzhin, cuando la humedad y el calor de agosto en Moira se hicieran asfixiantes; alguna excursión a las playas del estuario, con tía Olga y mi padre; alguna clase de francés para los tontos de remate que habían sido incapaces de aprobar en junio.

Al final de aquella tarde en la que creímos encontrar mil puentes, mil territorios comunes que no pasaban de ser simples gustos y opiniones, hablamos también del futuro. Yo le confesé, riendo, como si no me importara demasiado, lo que solo tía Olga sabía: que unos días quería ser actriz y otros escritora.

Fue entonces cuando Oskar me habló de la Academia de las Artes.

Allí se estudiaba teatro y cine, había talleres de escritura, de fotografía, de pintura, de música, de danza... Dirigía la Academia un matrimonio, Vera Anilevich, rusa, escritora, pintora, profesora de danza, y Floreal Gundín, un anarquista español, poeta y director de escena. Había, dijo, muy buenos profesores. Y, sobre todo, alumnos «inquietos»; fue la primera vez que escuché esa palabra. Una generación rebosante de ganas de hacer cosas, de crear, de inventarse a sí misma, una gran generación...

La Academia de las Artes, añadió, era un buen ejemplo de la política del Frente Democrático Nacional y del talante del presidente Modor. Oskar idolatraba a Konrad Modor, y había votado al FDN.

Eso me sorprendió.

Yo veía el Parlamento como un teatro antiguo, con gente que declamaba por turnos; había heredado de mi padre una desconfianza absoluta hacia los políticos, y se lo dije a Oskar. Hablé como solía hablar mi padre. Exageré, compuse un poco su personaje, porque yo ni siquiera llegaba a la desconfianza: no pasaba de una blanda indiferencia.

—Modor parece un buen hombre —dije, como una duquesa rusa hablando del nuevo médico del pueblo.

Hasta aquella tarde, Modor no era para mí más que un rostro distante, repetido en los televisores de los bares, en los periódicos de la biblioteca, que yo nunca leía, salvo para consultar las carteleras de los teatros y los cines, un rostro luego ahogado entre pancartas y banderas y gritos eufóricos la noche de la victoria electoral, cuando tuvimos que cerrar todas las ventanas para no oír aquel maldito estruendo, los bocinazos de todos los coches que invadieron

los bulevares, uno tras otro, como cañerías atascadas, para desaguar en la plaza del Congreso.

En las fotos siempre aparecía sonriente, como si acabara de recoger una buena cosecha de patatas, y los ojillos apenas se le veían tras aquellas gafas de vidrios gruesos y montura de pasta negra. Una imagen neutra, benévola — Modor el Afable, Modor el Bondadoso— comparada con el perfil rapaz del viejo mariscal Weigany, al que había derrotado limpiamente, y contra todo pronóstico, haciendo trizas su eterno Partido de la Justicia y el Desarrollo.

—... es mucho más que un «buen hombre» —dijo Oskar.

Me corrigió: el nuevo presidente era un hombre culto, un intelectual, pese a su aspecto de oso y sus grandes manazas de campesino. El doctor Modor era pediatra, pero —señaló, orgulloso— había combatido con los partisanos.

Era, sobre todo, un hombre sincero. Apenas llegado al poder había comenzado a cumplir sus promesas, y eso, dijo, era lo que muchos no soportaban.

—¿Qué promesas? —pregunté.

Oskar comenzó a enumerar, de carrerilla, y pronto le faltaron dedos: aumento general de salarios y pensiones, incremento de la participación de la clase obrera en el reparto de la renta nacional, nacionalización de los depósitos bancarios y del comercio exterior, reforma agraria...

—Perdona —sonrió tras su embestida casi militante—. Parece que esté a sueldo del Frente, ¿no? Es que, además, mis padres le detestan. Le encuentran insufriblemente *vulgar*.

Aquella tarde Oskar habló y habló de Modor y del Frente Democrático, y de la Academia, donde llevaba un año estudiando fotografía.

—Este verano habrá un curso, «Iniciación al Teatro», que podría interesarte. A lo mejor...

—¿Sí?

—Yo estoy en un taller de fotografía que da Charles Roche, el reportero. Son tres tardes por semana. Podría acompañarte, si coinciden los horarios... Y si quieres, claro...

Crucé las piernas. Sus ojos se posaron, unos segundos, en mis rodillas.

Le dije que sí, que claro, que cómo no iba a interesarme... Pero pensé: la familia de Oskar tiene mucho dinero.

Nada referente a la catástrofe rozó aquella tarde. Recuerdo las hojas inmóviles y las ramas tocándose sobre nuestras cabezas, el cielo alto y claro, mi camisa recién planchada y su rostro moreno y sus brazos desnudos, más fuertes de lo que suponía, y sus ojos en mis rodillas, y luego en el límite de la falda blanca. Acordamos ir juntos al teatro cualquier sábado.

El gran hueco estaba lejos; mi padre y tía Olga estaban lejos, al otro lado del cielo, detrás de nubes oscuras y antiguas. Bajo aquellos árboles y aquel cielo solo Oskar y yo como dos hermanos huérfanos, sin familia ni recuerdos, con ropa nueva y limpia, a las puertas de un país nuevo, brindando, tímidamente, con kir, aquella bebida desconocida, exótica, perfecta para nuestra representación. Éramos dos personajes de una obra que aún estaba por escribirse. Yo era una joven y sofisticada aspirante a actriz o a escritora, según habláramos de teatro o de libros; él era un joven fotógrafo nacido en París. Él era mi primer amigo; yo fui su primer amor.

12. Vera y el viento

Una semana después me fui, sola, a la Academia de las Artes, y Vera Anilevich me recibió en su despacho de paredes azules, y tomamos una taza de té helado. Yo llevaba un folleto con los horarios de los cursos, que había cogido en recepción; comenzaba a reblandecerse porque me sudaban las manos. Estaba atardeciendo. Un gato gris dormía, ovillado, en un sillón, al pie de la estantería con libros que cubrían toda la pared del fondo.

Me mordí los labios: cada vez que se me acercaba un gato se me llenaban los ojos de lágrimas y comenzaba a toser y a ahogarme.

Vera Anilevich era una mujer elegante y frágil. Hablaba poco, con las palabras justas. En su voz había una mezcla de suavidad y dureza, como si la vida hubiera juntado en su garganta un metal líquido y sedoso y un metal que ni el diamante más puro podía rayar. La voz suave y firme de quienes han aprendido que hay poco tiempo. Tenía el cabello blanco, recogido en una cola, y una sonrisa delicadísima, y caminaba como si no tuviera peso, como si se deslizara sobre las baldosas blanquinegras.

Aquella tarde hablé un poco de mí, de mis estudios, y de lo que Oskar me había contado.

—Me gustaría estudiar teatro.

—¿Por qué? —me preguntó, mientras me ofrecía la taza.

A cualquier otra persona le habría dicho que quería ampliar conocimientos o algo por el estilo. A ella no.

—Porque mi madre ha muerto —contesté.

Me miró a los ojos, calibrando la sinceridad de mi respuesta. Sostuve su mirada. Sus ojos eran muy hermosos y muy extraños, con el iris descolorido, como si hubieran visto demasiadas cosas horribles; ojos en los que parecía latir el recuerdo de una tormenta antigua, ya calmada.

—Mi compañero, Floreal —dijo— comenzó a hacer teatro en los días de la defensa de Madrid. ¿Has oído hablar de eso?

Dije que sí con la cabeza. Oskar me había contado que Floreal Gundín y Vera Anilevich conocieron a Konrad Modor en Madrid, cuando era un jovencísimo combatiente de las Brigadas Internacionales.

—Su ideal era cambiar el mundo, y lo sigue siendo. Llevar el teatro al pueblo. Hacerles conocer, sentir, soñar... Pero no lo explicaba así, no con esas palabras. Cuando le conocí, ¿sabes qué me dijo? Que hacía teatro para vivir más. Para vivir más —se echó a reír— y casi le fusilan. ¿Quieres ser actriz?

—No lo sé todavía. Sé —le dije— que cuando estoy en un teatro me siento bien. Y cuando leo, también. Pero luego se acaba la función, o se acaba el libro.

Casi puedo verme diciéndole aquello.

El mentón alzado, la seriedad absoluta, rotunda, de mis diecisiete años.

Vera Anilevich fue hacia la ventana y se sentó en el repecho. Arrancó, pensativa, las hojas muertas de una azalea que había en una maceta, con flores blancas estriadas de rosa.

—A tu edad yo leía muchísimo y soñaba muchísimo. Volaba, pero siempre sola. ¿Sabes por qué me dediqué a la danza? Para poder volar con otra gente.

Desmenuzó una de aquellas hojas y dejó caer los fragmentos por la ventana, como si los depositara en el aire inmóvil. Luego me preguntó:

—¿Cuál es tu obra favorita?

Pensé unos instantes.

—*El rey Lear*

—Shakespeare... Ese hombre tenía el cerebro de un tigre. Y sabía de qué iba la vida, ¿verdad?

Recitó, sonriente:

—«No hemos llegado a lo peor mientras todavía podemos decir: “Esto es lo peor”.» Muy sabio. Muy, muy sabio.

—¿Cómo se llama el gato?

—Gata. Rosalinda.

—Es preciosa —dije, conteniendo la respiración.

¿Cuántas veces habría dicho en su vida «Esto es lo peor»? ¿En San Petersburgo, cuando mataron a sus padres y a tres de sus hermanos? ¿En

Berlín, cuando llegaron los nazis? ¿Cuándo cayó Madrid, y tuvieron que refugiarse en Marsella, y luego en Buenos Aires, Roma, Moira?

Hubiera querido preguntarle entonces, de golpe, todo lo que fui sabiendo con el tiempo, a lo largo de tantas tardes en aquel despacho, o paseando juntas por los jardines de la Academia. Pero me encontré preguntándole por el nombre de la gata.

Un rayo del último sol enlazó entonces en una misma luz dorada dos fotos que colgaban en la pared, a la altura de mi cabeza. Vera Anilevich de niña, en la nieve, con chapka y abrigo de pieles, sujetando un trineo de madera, junto a su madre: la sonrisa y los ojos eran idénticos. En la otra foto, Vera Anilevich, adolescente, bellísima, danzaba con el cabello largo y suelto, con un traje pantalón de seda, los pies descalzos sobre una frase escrita en tinta negra de la que solo pude descifrar el final: «Berlín, 1929».

—... Sí, *Lear* también es mi preferida. Mucho más que *Hamlet*. Nunca me gustó *Hamlet*. Es un canalla egoísta y retorcido, un niño malcriado. *Lear* también es un viejo niño malcriado, pero su locura es más hermosa. ¿Qué es lo que más te gusta de *Lear*? —me preguntó.

No volvió el gran Dobosh a mi memoria. Ni la conmovedora escena final: «Nunca, nunca, nunca...». Como si se lo hubiera tragado el agujero que devoró a mi madre. Volvió el esquelético Jacob Hurel, el actor que interpretaba a Gloucester. El ingenuo Gloucester, con las cuencas vacías y sangrantes, buscando a su hijo perdido, diciendo: «Solo con que pudiera vivir para verte, con mi tacto, diría que vuelvo a tener ojos».

Recordaba aquella frase, y muchas otras.

Hablé de la escena en que Gloucester y su hijo llegan al acantilado, cuando Gloucester todavía no sabe que le guía su hijo, y que el acantilado no es tal acantilado. El ciego guiado por el loco, subiendo una montaña inexistente. Así lo representaban en el Metropol, bajo la dirección de Dobosh. No había en el escenario ni un saliente, ni una falsa roca. El hijo, el mendigo loco, hace ver a su padre ciego todo lo que hay en lo hondo. Los cuervos como escarabajos, los pescadores como ratones, el hombre que recoge hinojo entre las rocas... ¡Peligroso trabajo!... Volvía a mi memoria la escena entera, y el momento en que Jacob Hurel levantaba el pie, ligeramente, como un

payaso maravilloso, y caía en el falso abismo, en el agujero inventado, y su hijo le decía...

Vera Anilevich recitó la frase: «No sangras; hablas; estás sano. Diez mástiles uno encima de otro no alcanzan la altura de la que has caído. Mira arriba. Tu vida es un milagro».

Quedamos las dos en silencio. La gata gris estaba a mis pies, olfateándome, estudiándome con su mirada amarilla. No pasó nada. Por la ventana abierta entraba, apagándose ya, la música de piano que había escuchado al llegar, desde la calle.

Vuelvo a ver la Academia, como si Vera Anilevich me llevara de la mano. Estaba en la zona Este; había que tomar el tranvía 33. Venía del río y subía a lo largo de la empinada calle Marai, que dividía la zona en dos mitades: abajo, el barrio de Hoska, que olía a cuero y salmuera, y arriba, al otro lado de la colina, el esplendor caducado de la colonia Massuth. Cayó Hoska como había caído Massuth, antes de la guerra. Vera Anilevich me contó que Massuth fue una colonia residencial, la zona que los ricos de Moira eligieron para pasar el verano, un verano lejanísimo, cuando hasta allí no llegaban ni los tranvías. Construyeron sus mansiones, plantaron farolas de gas, se visitaron y se devolvieron las visitas, dieron fiestas, bailaron y volvieron a bailar, llegó el fox-trot y luego llegó la guerra, y con la guerra el viento, dueño y señor de los jardines abandonados.

Hoska, en cambio, era un barrio de viejos y artesanos, pequeñas vidas, pequeñas tiendas, pequeñas casas, y los alquileres eran muy bajos.

Cuando Sokel-Brod llegó al poder, y aún faltaban mil años para aquello, Hoska fue uno de los primeros barrios que entró en su punto de mira.

Una gran operación inmobiliaria: desahuciar a aquellos viejos que no parecían dispuestos a morir nunca, derribar aquellas tiendas minúsculas que apenas pagaban impuestos, abrir una gran avenida como el paso elevado que acabó con la calle Zuckmantel, y resucitar, modernizándola, la colonia Massuth. Mi padre contaba, furioso, que algunos propietarios rompieron cañerías y abrieron los grifos de las cisternas para que las casas de Hoska se inundaran, para que las paredes chorrearan agua y se resquebrajaran y así

poder derribar sin contemplaciones. Acabaron con Hoska, pero la nueva colonia Massuth nunca llegó a levantarse porque para entonces Sokel-Brod y los suyos ya habían abandonado el país.

En Hoska no queda nadie que me recuerde. Sopla el viento en la calle Marai, serpenteando entre los rieles del tranvía, hundidos para siempre en el asfalto, como huellas fosilizadas, el viento que se cuele entre los cristales rotos de las ventanas, empujando papeles de periódico, polvo, ratas, cucarachas, y después cae la niebla que sube del río.

Muchas calles de Moira se han ido borrando de mi memoria, barrios enteros. En algún lado leí que solo recordamos lo que vino a nuestra mente la última vez que pensamos en ello, y es así como los recuerdos originales van mudando y despoblándose de vez en vez, o se recomponen en capas superpuestas, reordenadas por un sentido posterior. Pero también quiero creer que al escribir siempre brota algo que traiciona o contradice ese sentido, que lo niega sin pretenderlo, o lo propulsa hacia un sentido imprevisto.

En París, para atrapar el sueño, cerraba los ojos y trataba de recordar algunas calles, algunas zonas, puerta a puerta, casa por casa, y siempre acababa en mitad de la niebla, pero sigo recordando la calle Marai.

Vuelvo a ver las casas bajas, de color ocre, y las humildes tiendas de Hoska, adormecidas por el sol de julio, con persianas verdes y toldos polvorientos y láminas de plástico amarillo sujetas a los vidrios, combadas por el calor, tal como las vi por primera vez desde lo alto de aquel tranvía en el que viajé sola, sin Oskar, para saber si realmente la Academia iba a gustarme...

Un mundo amarillo, teñido por una lámina requemada, por un sol perdido.

La vieja pastelería Barska, en la penumbra de sus maderas oscuras, y el escaparate con frutas confitadas en frascos, sobre tapetes bordados, sobre montes y valles de terciopelo ajado. La pollería, con los huevos en canastos de mimbre y lechos de paja, alineados frente al mostrador. La mercería Herzl,

con el rótulo pintado de azul celeste. En la primera curva, los calzados Rosenblat y sus horribles zapatos casi ortopédicos bajo un anuncio de rebajas que no se movería de allí ni en invierno ni en verano, con las letras rojas cada vez más desleídas.

En la segunda curva, abriéndose a una pequeña plaza con acacias y bodegas, aparecían los carteles del Slepoy, aquel cine estrecho como un estuche de madera para lápices, con bancos de iglesia y pantalla cuadrada, pero que cambiaba de programa dos veces por semana, películas que ya no se podían ver en los grandes cines del centro, compradas a lotes, películas alemanas, francesas, desconocidas películas americanas de serie B que Oskar y yo —y luego Jan, Oskar y yo— descubrimos allí, bajo aquel techo que se describía lentamente en las noches de agosto como la tapa del estuche, dejando ver las estrellas, las ventanas iluminadas de una cocina o un lavabo, los ojos de los gatos brillando en los tejados; aquel cielo abierto que a finales de verano descargó sobre nosotros la breve maravilla de una tormenta repentina mientras llovía también en la pantalla, en un velero de los mares del Sur.

Pasada la plaza, el barrio de Hoska quedaba atrás, en lo hondo, difuminándose en solares y huertos.

Como un acorde de bienvenida, aquella tarde sonaron las campanas alegres de la pequeña iglesia de Santa Teresa. El tranvía pareció retroceder unos metros, renqueó, tomó impulso y acometió el último tramo de la calle Marai, el más escarpado. De repente el paisaje cambiaba, se ensanchaba como una bahía, y al otro lado de la loma aparecían, tras una cortina de sauces, las mansiones de la colonia Massuth.

Me enamoré de la Academia de las Artes nada más verla, como antes me había enamorado de la biblioteca Kobel.

Era un palacete de muros rosados, con torres y miradores y tejados picudos, de pizarra, que había pertenecido a unos duques italianos, a principios de siglo. Vera me contó que se llamaba Villa Bassani, y cuando se convirtió en un hotel, antes de la guerra, los nuevos propietarios mantuvieron el antiguo nombre. Las puertas de las aulas todavía conservaban, en óvalos esmaltados, la numeración de las antiguas habitaciones. A cada lado de la entrada principal había unos ositos de hierro, de medio metro de altura, a

modo de benévolos guardianes. Sentados en el suelo, viendo pasar infinitas tardes, acariciaban una tripa feliz y suplementaria, una pequeña bola sujeta con sus patas traseras, como si protegieran un mundo redondo y perfecto.

Sobre la imponente verja, Vera y Floreal Gundín hicieron colocar una doble A que recordaba el emblema de un rancho, de un territorio virgen, recién conquistado.

Cuando fueron a buscarles, Vera y Floreal se atrincheraron en la buhardilla, tras una columna de armarios y pupitres, con un viejo rifle de caza y una caja de cartuchos, mientras en el estanque seco, la Brigada de Limpieza prendía una hoguera con todos los libros de la biblioteca.

Quiero que Floreal Gundín grite «¡No nos cogeréis vivos, cabrones!» con su voz rota, bronquítica, y que luego trepe jadeante hasta lo alto de la improvisada columna para disparar su rifle con las manos engarfiadas por la artritis, el escaso cabello blanco aureolado de humo y pólvora, y quiero que antes de caer reventado por una nueva ráfaga junto al cadáver de Vera se lleve por delante a un par de jóvenes sicarios del doctor Drazen.

En mis sueños, Vera Anilevich camina entre las ruinas de la Academia, como la guardiana de un templo inútil, de un culto extinguido.

Ya no se oyen voces, ni risas, ni música. Camina en la oscuridad, frágil e invicta, los tobillos rajados por los escombros, los ojos abiertos, acompañada por la gata ciega, la vieja Rosalinda, murmurando:

—No hemos llegado a lo peor mientras todavía podemos decir «Esto es lo peor»... —pero nadie la oye.

Luego vuelve a soplar el viento, que entonces tan solo era una brisa.

Las rejas y los muros, cubiertos de glicinas...

Al bajar del tranvía, la brisa mueve, en un vaivén lentísimo, las flores grávidas, cargadas de un perfume leve y dulzón a jabón de lujo.

La música de un piano llega, a través de una ventana abierta, de la torre más alta, y parece flotar en el aire. Siempre recordaré la música de aquella tarde: las primeras notas del *Va, pensiero*.

Escucho risas y rumor de agua al otro lado del seto, como si el río estuviera muy cerca. *Oh mia patria sì bella e perduta...*

Rodeo el edificio y al empujar la cancela veo a un puñado de chicos y chicas en traje de baño, chapoteando en el gran estanque que hay frente a los

arcos de la entrada principal, salpicándose, felices, con los cuerpos mojados
brillando al sol, y voy hacia ellos.

13. El nuevo mapa

Pasaron tantas cosas aquel verano, mi primer verano sola en la ciudad, que comencé a llevar un diario, un cuaderno rojo de grandes hojas blancas. Escribía un poco cada noche para atrapar los acontecimientos más importantes del día, tendida en el colchón que había arrastrado fuera de mi cuarto, entre el comedor y el pasillo, con el ventilador a mis pies.

A veces levantaba la cabeza, como un perro, para escuchar el silencio. Recuerdo el silencio de aquel verano. Circulaban tan pocos coches que cada vez que se acercaba uno por la avenida Schloma sonaba en mis oídos como una pequeña ola rompiéndose entre espumas en una playa desierta y muy lejana. Si me vencía el sueño, escribía a primera hora de la mañana, antes de que comenzara el calor.

Recorté y pegué un mapa de Moira en las hojas centrales del cuaderno, y sobre aquel mapa señalé cuatro círculos, con tinta verde.

El primer círculo marcaba el piso de la calle Zuckmantel, del que me había convertido en ocupante única y plenipotenciaria.

Una línea verde, ascendente como el tranvía 33, avanzaba por el mapa hasta llegar a la Academia de la calle Marai, rodeada por el segundo círculo.

El tercero abrazaba la casa de los padres de Oskar en la plaza de los Héroes, en el Strach.

El cuarto círculo, el último en llegar, ciñó el ático de Isa Novelski, en la avenida Ledru-Rollin.

Uniéndolas líneas aparecía, casi mágicamente, un cuadrado perfecto.

Aquel fue mi territorio, mi nuevo país, mi ciudad de aquel verano.

El verano en que conseguí mi primera libertad, el verano en que Isa Novelski encarnó una Klara futura y posible, el verano en que Oskar y yo nos acostamos por primera vez.

Cuando volví a casa después de hablar con Vera Anilevich, mi decisión ya estaba tomada. A mi padre no le hizo ninguna gracia, porque había alquilado una casita en la playa, en el estuario, después de tantos años, decía, asfixiándonos en la ciudad; una casita, repetía, sobre todo para ti, hija.

Iba y venía por el pasillo, en camiseta, empapado en sudor, fumando y agachándose para recoger pelusas del suelo, repitiendo que se me iba a secar la cabeza con tanto libro, que ya tenía un buen trabajo, que lo que me convenía era tomar el aire y que estábamos en verano, y yo iba tras él, argumentando, insistiendo, diciendo que precisamente era un curso de verano, hasta que llegó el momento de revelar que lo que quería era estudiar teatro. Tía Olga se metió en la cocina para preparar limonada y dejarnos solos. Agradecí mucho, muchísimo, la casita en la playa, una idea magnífica, una sorpresa de verdad, y dije, y mentí, que iría a verles allí algún fin de semana, pero lo que yo quería, dije, lo que yo realmente necesitaba, entonces y no más tarde, eran mil rupeks, solo mil rupeks, para la matrícula.

Mi padre agitó los brazos, como si estuviéramos en la ruina, y preguntó, tratando de resultar sarcástico, que si en cheque o en metálico. Pero yo tenía una carta en la manga, y nunca mejor dicho.

—Cuando ganaste la partida, ¿te acuerdas?, me dijiste que me regalarías lo que más me apeteciera, y entonces aún no sabía lo que quería. Eso es lo que quiero ahora: mil rupeks para la matrícula.

Aquel fue el momento en que tía Olga decidió intervenir.

—Se lo prometiste, Hektor. Tu hija ya no es una niña, ya es hora de que empiece a hacer lo que le apetezca.

—Si aún no he dicho nada... —dijo mi padre.

—Pero lo piensas —dijo tía Olga.

Mi padre se dio por vencido.

Una promesa era una promesa. Y, además, hacía demasiado calor.

—¿Pero de verdad quieres eso, hija? ¿Convertirte en una actriz como...?
No acabó la frase, que quedó flotando en el pasillo, como aquel perfume horrible.

—Papá...

—... está bien, está bien. Perdona.

Entró en su habitación, revolvió en un cajón, salió y me alargó los mil rupeks.

—Toma. Tómalos. Son tuyos. Lo prometido es deuda.

Le abracé.

—Quita, que me das calor. Sois tal para cual. Tú ya sabías esto, ¿verdad, Olga? Lo sabías y no...

—Nada de nada, Hektor. Primera noticia.

—Ya —dijo mi padre— y ahora yo voy y te creo.

—... pero me alegro. Me alegro mucho. Háblanos de esa academia, Kluka.

Les hablé de Vera Anilevich, de los profesores, de las clases. A mi padre pareció tranquilizarle que la matrícula fuera cara, y también mi descripción del edificio, y que se encontrase en la colonia Massuth. Se puso un poco palaciego, para estar a tono.

—Te quedas al frente de la casa. En tus manos la dejo.

—Sí, majestad.

—No dejes luces encendidas cuando salgas. Y cuando vayas por ahí, ten cuidado. Tú ya me entiendes. Ah, y para comer, en la despensa tienes todo lo que quieras.

A la habitación sin ventanas la llamaba «la despensa».

Mientras mi padre preparaba el coche, tía Olga me dio un fajo de billetes.

—Toma. El pobre Hektor se cree que puedes vivir de latas y de aire. ¿Me lo contarás todo? ¿Todo lo que descubras, todo lo que aprendas?

—Claro. Y gracias por... De verdad.

—Estoy orgullosa de ti. Ya te veía encerrada toda la vida en esa biblioteca...

Me despertaba muy pronto, y con la primera luz llegaba, invariable, un hormigueo de felicidad anticipada: la maravillosa certeza de que el día iba a regalarme algo nuevo y distinto. Bajaba las persianas y la casa se convertía en un acuario. Desayunaba, limpiaba un poco porque el agua y el suelo brillante

hacían que todo pareciera más fresco, y me tumbaba en el colchón, con los brazos extendidos y las piernas abiertas, rodeada de libros.

Escribía un poco en el cuaderno rojo; leía los libros que Oskar me dejaba, e imaginaba que quizás en aquel mismo momento él estaría leyendo alguno de los que le había dejado yo.

Libros de aquel verano, según consta en el diario:

Dejados a Oskar: *L'Eau et les rêves*; *Le Chef d'œuvre inconnu*; *Vasto mar de los Sargazos*; *Manon des sources*, *Flush*.

Dejados por Oskar: *El jardín de los Finzi-Contini*; *Uranus*; ¡*Adelante, Jeeves!*; *Los conceptos fundamentales del materialismo histórico*; *Días tranquilos en Clichy*; *Brassäi, el ojo de París*.

Regalados por Oskar: *Moi, Sarah Bernhardt*; *Stanislavski, una vida en el teatro*; *El espacio vacío*; *Les Jeunes Filles*.

Regalados a Oskar: *El puente de San Luis Rey*; *La calle de los cocodrilos*; *La Place de l'Étoile*; *El bosque de la noche*; *Mansfield Park*.

Entre las primeras páginas del cuaderno encontré, quebradizos como hojas secas, varios billetes de tranvía, una entrada del Slepoy y los restos de un folleto que Oskar me había dado, un folleto del Partido Republicano del Pueblo, poco antes de que Modor formara el Frente Democrático Nacional. Una obra de juventud de Modor, por así decirlo.

Fragmento sobreviviente:

«... un socialismo con democracia, que pueda tener una fuerte militancia combativa y de denuncia y, al mismo tiempo, suficiente estructura de demora [frase subrayada por Oskar, con un interrogante] para la producción de nuevos discursos posibles. Un socialismo poético y alegre, que se vaya inventando a sí mismo en nuevas prácticas concretas, sin renegar de sus principios ni de su ética. Políticos capaces de emocionarse, de ser próximos y de tener ilusiones que compartir. Personas creíbles y accesibles. Un socialismo apasionado que sea capaz de involucrar a las juventudes trabajadoras y universitarias. Un socialismo lúdico y creativo. Una verdadera utopía donde los jóvenes se sientan representados y nos acompañen en nuestras ilusiones, que también deberían ser las suyas».

Vuelve la voz de Oskar:

—¿Quién da este año el taller de teatro?

—Una profesora. Isa Narotzky... no, espera... ¿Nabelsky?

—¡La Novelski! Ah, te gustará. Es un poco extravagante, pero sabe muchísimo de teatro. ¿Qué horario te han dado?

El 15 de julio de aquel verano anoté en mi diario:

Isa Novelski. Desconsideradamente guapa. O más atractiva que guapa, que es peor. Debe de tener cuarenta años, y un cuerpo espléndido para esa edad. Cabellera roja —teñida con *henna*— hasta la cintura. Ojos verdes, de gata.

Va vestida como una zíngara, con anillos en las manos, uñas (también las de los pies: sandalias griegas) pintadas de azul cobalto y muchos collares de colores. Andrea Novak, mi compañera de mesa, dice que varios profesores y no pocos alumnos están locos por ella. Mira quién habla, he pensado, porque Andrea también es una belleza. Aquí la gente es muy guapa. Y muy alta. Parecen de otro planeta: una raza muy bien alimentada. Andrea ríe mucho, con una dentadura perfecta, y siempre va con otras dos amigas, Elli y Sonia, tan altas y guapas y rubias como ella. Grandes tetas, camisetas ajustadas.

De familias de clase alta, a juzgar por sus acentos. También estudian danza, por las mañanas. Muy simpáticas; creo que nos llevaremos bien, aunque me temo que junto a ellas voy a parecer su mochila.

La primera clase ha sido una especie de tarjeta de presentación de la Novelski. «Quiero que me conozcáis», ha dicho, y se ha lanzado a hablar sin parar durante una hora, del teatro que había hecho, siempre en compañías independientes, y del que hará, en otoño (una obra de Tennessee Williams, se me ha escapado el título porque era muy largo, algo de unos vagones llenos de algodón), y del teatro que ha visto, sobre todo en París, donde estudió.

Eso ha sido lo mejor. Muy apasionada y con las ideas muy claras. Me ha caído muy bien. Al final, nos ha hablado de un festival que va a empezar la semana próxima. Teatro al aire libre, en el bosque de los Álamos Negros, en la colina Racak. Primer Festival Racak, creo que se llama, organizado por la Agrupación de Actores Independientes, de la que forma parte.

Como Oskar, es una defensora absoluta de la política de Konrad Modor, porque nos ha repetido varias veces que gracias a su gobierno se pueden llevar a cabo iniciativas así, política social, vacaciones pagadas, centros de salud, residencias de descanso, protección social, nuevos barrios obreros, y dale y dale, casi tan pesada como él con la cosa política. Pero ha sido bonito cuando nos ha contado cómo los actores de la agrupación han levantado el teatro en pleno bosque y todo lo que van a hacer allí: clásicos, obras contemporáneas, marionetas y conciertos de rock.

Es la primera vez que oigo la palabra «rock» en boca de una adulta; me ha sonado rara. También nos ha dicho que serían precios populares, y que podía conseguir pases estudiantiles para quienes estuvieran interesados. Nos hemos precipitado a pedirle pases, por supuesto.

Ya en el pasillo, he estado hablando un buen rato de la Novelski y del festival con Andrea, Elli y Sonia. Hacía muchísimo calor. Debo de haberles caído bien, porque me han propuesto «ir a bañarnos juntas».

—¿En el estanque? —he dicho yo, como una idiota.

Andrea Novak se ha echado a reír y me ha contestado:

—¿En ese estanque, donde se mete todo el mundo? No, mujer. En la piscina del Club Massuth, que está a dos calles.

Hemos quedado en ir el sábado por la mañana. Me temo que estas tres deben nadar como sirenas, y estarán de muerte en traje de baño, así que ni palabra a Oskar.

14. Una Klara futura

Jamás hubiera dicho entonces que acabaría dejando los cursos de teatro por Andrea Novak, aquella rubia ubérrima, escandalosamente dotada en todos los sentidos, que parecía tomárselo todo a broma, que solo tenía ojos para ropas y chicos, que estaba en la clase de la Novelski por puro juego, como no se cansaba de repetir, por amistad con Elli y Sonia, porque «lo suyo», decía, era la danza y nada más que la danza. No le bastaba con ser guapa, simpática, hija de una de las mejores familias de Moira: además, la muy perra tenía talento. «Un repugnante talento natural para la interpretación», eso dijo la Novelski y confirmó Vera Anilevich tras las muestras de aquel otoño, un talento natural para memorizar y «entrar en situación» sin apenas ensayos, y sin haber visto un mal clásico porque, lo sentía muchísimo, Shakespeare y compañía le aburrían terriblemente.

Ni siquiera había pensado, ni por un momento, dijo, dedicarse al teatro.

Yo estudiaba horas y horas los papeles que me encomendaban, hacía todos los ejercicios de concentración y memoria sensorial, sufría, me angustiaba ante la posibilidad de quedarme en blanco, y a ella le bastaba con pisar el pequeño escenario de la segunda planta y colocarse bajo los focos, siempre en el ángulo justo, para convertirse en cualquier personaje que le tocara en suerte, para provocar la risa o la emoción con un chasquido de dedos.

Y todavía la odié más cuando supe que se había acostado con Jan.

Con el tiempo me daría cuenta de que no solo abandoné las clases porque no toleraba competir con Andrea, y perder, claro, sobre todo perder, sino también porque no soportaba las miradas entre conmiseras e indiferentes de Isa Novelski, y porque entonces temía más que nada en el mundo el día en que me dijera:

—Déjalo. No tienes talento. Que te apasione el teatro es otra cosa. Nunca serás actriz. No pierdas el tiempo y el dinero, Liboch Klara.

Me enamoré de Isa Novelski como me había enamorado de Vera. Vera Anilevich era una diosa tutelar, una presencia lejana, que aparecía en muy raras ocasiones. La Novelski era, por así decirlo, su encarnación terrena. Se había hecho carne y verbo y habitaba entre nosotros. Yo bebía sus palabras como si fueran mensajes del oráculo. Cada tarde, al salir de clase, le contaba a Oskar todo lo que nos había explicado, los ejercicios que habíamos hecho, las escenas que nos había repartido para la semana siguiente.

Sus clases eran la medida exacta de su temperamento: impredecibles, apasionadas, electrificadas por un encendido hilo de peligro.

No podías abandonarte, siempre tenías que estar alerta. Cuando algo no le gustaba, un gesto banal, un cliché, cualquier muestra de pereza mental o física, miraba muy fijamente, ojos redondos y cejas levantadas, y pasaba del tú al usted en mitad de una frase:

—No vuelvas a hacer eso cuando yo le esté mirando, señorita.

Una tarde entró en la clase con un teléfono en las manos. Sin decir palabra bajó las persianas, orientó la lámpara de la mesa a guisa de foco y nos dio la espalda, bajando la cabeza para concentrarse. Luego se giró hacia nosotros, encendió un cigarrillo, cogió el auricular y comenzó a hablar como si realmente hubiera otra persona al otro lado de aquella línea inexistente.

En pocos segundos dejó de ser la profesora Isa Novelski para convertirse en una mujer abandonada que intentaba retener a su amante.

Todos nos quedamos hipnotizados.

Susurraba, gritaba, lloraba, suplicaba, así durante treinta o cuarenta minutos. De repente se limpió con un pañuelo aquellas lágrimas auténticas y, sin darnos tiempo a aplaudir, nos dijo que lo que acabábamos de escuchar era un fragmento de un monólogo llamado *La voz humana*, de Jean Cocteau.

—¿Alguien conoce a Cocteau? ¿Ningún brazo alzado?

Cocteau, Cocteau, pensaba, sí, claro que me suena su nombre, pero no he leído nada, vamos, creo, piensa, piensa en algún título, tienes que haber visto algún título en algún lugar, en la biblioteca, claro, o en los cestos del viejo Fedak, en los arcos del bulevar, o en la sección francesa de la Casa

Byalistock, pero no, no puedo ponerme esa flor, podría preguntarme más datos y estaría perdida, Cocteau Jean, nada, nada, ficha en blanco, fracaso.

—No puede ser. ¿Nadie ha oído hablar *nunca* de Cocteau? Debería suspenderos ahora mismo.

Entonces, en lo que quedaba de clase, nos contó quién era y nos habló de sus principales obras. Al acabar la clase corrí a hablar con ella.

—¿Dónde puedo encontrar ese libro?

Isa sonrió, satisfecha ante mi entusiasmo.

—¿Te ha gustado, verdad?

—Es maravilloso. Y usted ha estado tan, tan... Bueno, no quisiera que esto sonase a... —balbuceé, en un raptó de elocuencia.

—No te preocupes. Te agradezco el cumplido. ¿Tú eres...? —repassó las fichas con nuestras fotos— Liboch, Klara. ¿Entiendes francés, Liboch Klara?

—Sí. Mi madre era francesa. Leo mucho en francés, conozco a muchos autores, pero nunca había oído hablar de ese libro.

—Hay gente que dice que es una obra menor de Cocteau, ya ves.

—¿Una obra *menor*? ¿Hacer... hacer hablar así a... un escritor capaz de... hacer hablar así a una mujer enamorada? Están locos...

Volvió a sonreír.

—¿Tienes algo que hacer ahora, Liboch Klara?

—No... Nada... Nada especial.

Tuve suerte: aquella tarde, Oskar no tenía taller de fotografía.

—Estupendo. Acompáñame. Vas a oír ese texto *realmente* bien interpretado.

Montamos en su coche, un Corvino abollado y renqueante, aparcado en la parte trasera de la Academia, para que no le diera el sol.

—No les digas a tus compañeras que has estado en mi casa. No quiero favoritismos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señorita Nov...

—Isa. Y de tú. De usted, en clase.

El Corvino se detuvo en la avenida Ledru-Rollin, frente a un edificio nuevo, muy alto y muy feo, inmenso, de cemento gris, con ventanas diminutas: la

clásica «vivienda popular» de la época. Subimos en el ascensor. Isa usaba un perfume exótico, entre incienso y sándalo. Vivía en el último piso, un ático. Un sobreático más bien, porque había que subir una escalerita y allí, bajo la azotea, estaba su piso, mucho más grande de lo que yo había imaginado, con un enorme ventanal desde el que se veía el río, la avenida Herzen, el verdor de los jardines de San Wenceslao y, a lo lejos, las luces del bulevar Narotzky con sus malditas librerías inútiles.

El ático, a la luz de aquel atardecer de verano, me pareció un torbellino de colores. Nunca había visto nada igual.

—¿Te gusta?

—Debe... debes de pagar una fortuna.

—No, fue un regalo. De mis padres. Mi regalo de boda.

—¿Estás casada?

Se echó a reír.

—No. No llegué a casarme. Era una cría entonces, una idiota. Me escapé en el último minuto. En plena iglesia. Aún no sé cómo me convencieron para que llegara hasta allí. ¿Has visto esa película americana, *El graduado*? Pero ya era tarde para que me quitaran el piso —dijo, mientras encendía un cigarrillo.

Mis ojos se convirtieron en una cámara para poder describirle a Oskar hasta el menor detalle.

Cada pared tenía un tono distinto: rojo Burdeos, yema de huevo, verde claro, fucsia. Las puertas y los marcos de las ventanas combinaban el azul y el violeta. Del techo colgaba una gran lámpara de papel anaranjado en forma de esfera. Estanterías lacadas en blanco, vencidas por el peso de kilos y kilos de libros. El suelo estaba cubierto por una estera de gimnasio japonés y un diluvio de almohadones. Había mil trastos y estatuillas y móviles que empezaron a moverse cuando Isa abrió el ventanal, y juguetitos de hojalata, y muchos discos en cajas de madera, y carteles y láminas por todas partes.

—Todos mis libros están a tu disposición. Los discos no, porque no se los dejo a nadie.

—De acuerdo. Muchas gracias... Isa.

—Así me gusta.

Luego se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, y yo hice lo mismo. Me quedé mirando la foto que había sobre el tocadiscos: un hombre con melena, bigote y barba, con una gorra negra ladeada e intensos ojos oscuros.

—¿Quién es? —le pregunté.

—¿Que quién es? ¿Lo dices en serio?

—¿Un cantante de rock?

—¡Un cantante de rock! ¡Qué juventud! Es el Che Guevara, niña. ¿No te dice nada ese nombre?

—Pues...

—Un revolucionario. Cubano. ¿Has oído hablar de lo que pasó en Cuba? ¿En qué mundo vives, Liboch Klara?

Es fácil reírse ahora, desde estos tiempos cínicos, implacables y sin brillo, de alguien como Isa Novelski. De su estampa, tan sobrecargada como su casa. De sus pasiones, que muchos, con una sonrisa despreciativa, tildarán de ingenuas. De sus clichés «de época». Y reírse, sobre todo, de la foto del Che. Pero cuando fueron a buscarla, una noche, aquella foto que aún no era cartel, que luego se repetiría, inocuo ya, en cien mil paredes, en cien mil anuncios, perdido en el panteón de los iconos juveniles de la década junto a Bogart o Marilyn o Jim Morrison, fue su perdición, la cara de su desgracia. Aquella foto se la llevó luego a su despacho de la Academia, y allí quedó, orgullosa, en lo alto de la pared, a la vista de todos. Fueron a buscarla por aquella foto, y por su forma de vestir, por aquella lengua desatada y sarcástica, por sus «opiniones subversivas» sobre Sokel-Brod.

Isa no militaba. Adoraba a Modor, pero nunca estuvo en Juventudes. Ni en Línea de Izquierda Mayoritaria, ni en Palabra Obrera, ni en el MPN. Fueron a buscarla y destrozaron todo y pintaron insultos en las paredes. Se la llevaron por todos los signos externos de su diferencia, de su voluntad de diferencia. Por la incongruencia excesiva de aquellos colores; por sus gustos, por todo aquello en lo que creía, por los libros que desbordaban las estanterías, por su vida desbordada. Y por la foto del Che, tan pequeña, tan en blanco y negro, tan pasada de moda, tan ni siquiera cartel, pero con aquella mirada que te atravesaba.

Isa se levantó, manoteó entre los discos, escogió uno y me alargó la cubierta, rajada y remendada por el lomo con cinta adhesiva, amarillenta.

—Ahora escucharás *La Voix humaine* realmente bien dicha.

En la cubierta resplandecía una mujer muy bella, rubia, de cabello corto. Podía haber sido su hermana francesa: tenían los mismos ojos, la misma expresión de voracidad y secreto desamparo. Yo la conocía. Casi estuve a punto de saltar de alegría.

Claro que la conocía. Había visto tres veces *Casque d'Or*. Y también la había visto en *Dédée d'Anvers*. Y en *Thérèse Raquin*.

—Ah, claro, Simone Signoret. Qué guapa.

—Este disco lo grabó en su casa, en la Place Dauphine. Yo estuve allí. Es una gran actriz, y una gran mujer. Nos recibió después de una función, uno de sus mayores éxitos. *Las brujas de Salem*. La estrenó hará unos diez años con su marido, Yves Montand.

Detectó, mierda, mis cejas estupefactas. Anoté: Yves Montand.

—¿Tampoco conoces a Montand? Liboch, Liboch... Habrá que ocuparse seriamente de tu educación.

—No puedo conocer a todo el...

—Calla. No añadas más oprobio a tu ignorancia juvenil. Otro día te pondré a Montand. Ahora calla y escucha a la Signoret.

Escuchamos juntas aquel disco, mientras anocheecía.

El sol había desaparecido tras las colinas pero el cielo todavía estaba azul, y su fulgor duró un buen rato, como si se resistiera a desaparecer. Cuando la oscuridad invadió el ático, Isa Novelski encendió una pequeña vela roja. Una ofrenda. Las palabras de Cocteau parecían escapar de un cuerpo incendiado, como si sus venas se desangraran a cada frase, a cada súplica.

Escuchaba y miraba el rostro de Isa, a la luz movediza de la vela.

Yo creí en todo aquello, en todo lo que ella creía. En el espíritu de aquel lugar; en nuestra comunión silenciosa frente a la vela roja mientras devorábamos las palabras de Cocteau en la voz de Simone Signoret.

Creí en la fuerza de sus palabras, en la fuerza de la mirada del hombre de la foto, en los colores que nos rodeaban.

Aquella tarde decidí que ella era la mujer que yo deseaba ser.

En mi cabeza adolescente, Vera Anilevich era una Klara anterior, una vida rotunda y plena y pasada.

Isa Novelski sería mi Klara futura.

Solitaria, hermosa, independiente y libre, con un ático propio, lleno de discos y libros y carteles en las paredes, y un gran ventanal.

Pintaría de colores salvajes las paredes y las puertas, y los muebles que habría recogido por la calle, y entre los libros y los discos colocaría objetos de cerámica, estatuillas de países lejanos, recuerdos de una vida entera, y creería para siempre que aquella vida había sido posible.

15. Agosto

Tres tardes por semana, Oskar tomaba el tranvía 33 conmigo. Comíamos juntos en una de las tabernas de la plaza Arpad, frente al cine Slepoy, bajo el cielo opalino y los plátanos polvorientos, y luego caminábamos, adormecidos por el calor, hasta la Academia. Las clases nos ocupaban las tardes, y las mañanas apenas existían, pero las noches eran nuestras. A la salida volvíamos a la plaza y entrábamos en el cine, si los carteles nos habían seducido, si Oskar tenía «información fiable» (y siempre la tenía, siempre sabía detectar joyas secretas, rarezas desconocidas, películas que apenas habían durado cuatro días pero se merecían «una revisión») o íbamos a cenar cualquier cosa a los cafés del centro, o a echar un vistazo por los canastos con libros de segunda mano.

Noches en el Slepoy, bajo las estrellas, entre aquel público de barrio que iba al cine en familia, con botellas de vino y grandes bocadillos, que fumaba y reía y aplaudía cuando mataban al villano y aullaba por igual ante los besos apasionados que en las secuencias de terror.

En aquella época, los dueños de cines como el Slepoy compraban las películas como yo mi ropa en los montones del mercado de la plaza Maisel, en lotes y a precios de saldo, y los programas eran un revoltijo de cintas y años y países, en copias ralladas donde siempre parecía estar lloviendo.

Una de aquellas noches vimos una película americana, en blanco y negro, que se llamaba *La locura de las armas* o algo por el estilo. Estaba hecha con muy poco dinero y los protagonistas eran desconocidos incluso para Oskar. Yo no quería ir porque no me atraía ni el título ni el cartel, en el que se veía a un hombre y una mujer, los dos muy jóvenes, con gafas oscuras y disparando sus revólveres con cara de furia, pero Oskar insistió diciendo que seguro que valía la pena.

—¿Pero tú ya la has visto? —le pregunté.

—No.

—¿Y entonces?

—La vio Jan, un amigo mío.

Aquella fue la primera vez que oí hablar de Jan.

La película me gustó mucho, porque en realidad era una historia de amor, de amor loco, contra todo y contra todos.

A la salida comenté:

—Tenía razón tu amigo. Estaba muy bien.

—Ya te lo dije. Jan tiene un ojo infalible.

Una molesta sensación todavía sin nombre comenzaba a abrirse paso en mí. Reparé en algo que no había visto antes: en el cartel, el hombre abrazaba a la mujer por la cintura, mientras disparaban en la misma dirección.

—¿Y sois muy amigos?

—¿Jan y yo? Es, como si dijéramos, mi hermano mayor. Y, a veces, mi hermano pequeño.

—¿Qué quieres decir?

—Que a veces le adoro y otras le machacaría la cabeza.

—Nunca me has hablado de él.

Oskar hizo un movimiento vago con la mano.

—Oh, bueno... Jan... Ya le conocerás. Va y viene. En todos los sentidos. Pero es una de esas personas que... ¿Sabes ese tipo de gente a la que puedes estar sin ver durante mucho tiempo pero que cuando vuelves a verla todo sigue igual? ¿Cómo si pudieras seguir la conversación en el mismo punto en que la dejaste?

—Claro.

Eran celos. Un pellizco de celos.

El Ciervo de Plata, en el bulevar Ackerman, reemplazó aquel verano al Café Werring, porque allí actuaba Licorice Kid, que tocaba versiones de Bob Dylan. En la entrada, a ambos lados del letrero con la cabeza del ciervo pintada de purpurina, colgaban dos cestas con macetas desbordadas de campanillas azules y blancas. Había una larga barra de madera, iluminada por la luz tenue de pequeñas pantallas con cuentas de colores. Carteles de grupos de moda, ingleses y americanos, y de algún conjunto local. Bebíamos cerveza con Amer Picon, que era la bebida de moda aquel verano. Era barato y

bastaban un par de copas para que cabeza y cuerpo se aflojaran. Una cortina, también de cuentas de colores, daba paso a la sala trasera, donde estaba el escenario y una docena de mesas, y en cada una de ellas una botella con una vela... Noches en el Ciervo de Plata, escuchando a Licorice y bebiendo *bière Picon* hasta que cerraban, como si estuviéramos en París; noches y noches de teatro y música en el Festival Racak, en bicicleta hasta el bosque de los Álamos Negros, y aquella luna tímida que parecía asomarse sobre el improvisado escenario, y el sonido de los grillos brotando entre las pausas de los actores, y luego bajábamos la colina a pie, sosteniendo las bicicletas por los manillares, porque no podíamos esperar para comentar lo que habíamos visto...

Nunca hablamos tanto ni estuvimos tan cerca como aquel verano.

Oskar quería saber más cosas de mí, y yo me hacía, a ratos, la misteriosa. Quería conocer mi casa, mi barrio, la historia de mi padre. Yo bromeaba, moviendo la mano como una aristócrata decadente:

—¡Ah, el viejo Conde Liboch...!

Oskar llevaba su cámara a todas partes. Le gustaba, sobre todo, hacer fotos nocturnas, sin flash, con película de alta sensibilidad. Yo caminaba a su lado y no veía nada. Oskar hablaba, sin dejar de mirar, siempre al acecho, y de repente me decía «Espera un momento», y disparaba, y seguíamos caminando, y a la mañana siguiente o dos días después me enseñaba aquellas fotos en blanco y negro, de grano grueso, muy contrastadas, y era entonces cuando yo veía la ciudad que él había sabido ver.

Fotos de calles abrumadoramente vacías, como si nadie fuera a pasar nunca más por ellas. Estatuas bañadas por la luna, que desde el ángulo elegido por Oskar (y solo desde aquel ángulo) parecían descifrar las escrituras secretas de las luces en el río. Portales inofensivos durante el día se volvían ominosos en la madrugada, con la amenaza indefinible del ascensor abierto y esperando. La soledad inconsolable de una silueta en una ventana, deshilachándose en el humo de su cigarrillo. Cuerpos acodados en la barra del último bar, vencidos hacia delante como en la cubierta de un barco a la deriva. La falsa luna de una farola entre el follaje de los tilos, escaparates refulgiendo en la noche, joyas ocultas o flores que solo se abrían para quien sabía verlas.

Frente a una foto de la perfumería Vetiver sentí algo que nunca había sentido. Contemplando aquel escaparate iluminado por una luz cenital, con los frascos ambarinos sobre el terciopelo azul, como minerales de una civilización extinguida, le dije que me costaba creer que yo hubiera trabajado allí, con el cuerpo enfundado en una bata rosa y la cabeza ocupada por marcas y precios, en una época que se me antojaba remotísima.

Aquel verano, ante aquellas fotos, a través de la mirada de Oskar, comencé a tener pasado.

La luz difusa de una farmacia de guardia, brillando solitaria bajo los arcos de una calle oscura, me devolvía a la calle Letka, la tarde en que vi a mi madre por última vez. Todo se contagió de aquel pasado, porque aprendí a mirar con los ojos de Oskar, a atrapar instantáneas sin cámara: bastaba un parpadeo. Nos tendíamos en el césped húmedo del parque Litvik, y el gran reloj de hierba volvía a medir un tiempo sin coches, cuando bastaba alargar una mano para que los dedos se llenaran de palomas. Brotaban recuerdos en ciertas esquinas, hitos humildes de mis años anteriores, y se alzaban también repentinos altares de un tiempo que no había vivido pero ya formaba parte de mí.

Aquí, le decía, tía Olga me contó la historia de la serpiente que salió del río y fundó la ciudad, y la fotografía se revelaba en un remoto cuarto oscuro de mi cabeza, y quedaba fijada para siempre con el fulgor de tormenta de aquella tarde de invierno; aquí contemplé durante años, cada mañana, un rótulo verde que ya no existe, destellando contra el cielo helado del amanecer, de camino al Instituto Singer; en esta plaza, mi abuela Irina vio volar caballos por el cielo, y las patas quebradas y los ojos desorbitados por la explosión de la bomba giraban en un remolino de colores, y el azul del cielo y el blanco y el pardo de las crines erizadas y el rojo de la sangre estallando en sus vientres, fluyendo de sus bocas, se desleían en el tiempo de un parpadeo, y viraban del amarillo al pardo y luego al sepia y al gris de la ceniza y luego nada.

16. Plaza de los Héroes

Algunos sábados por la mañana fui a la piscina Massuth con Andrea, Elli y Sonia, pero no se lo dije a Oskar. Uno de los sábados en que falté a mi cita con las tres sirenas fuimos juntos en bicicleta al mercado de la plaza Maisel, que él no conocía. Me regaló un pañuelo violeta, de seda, precioso.

También compró unos discos y, a la salida, me invitó a su casa para escucharlos, porque yo no tenía tocadiscos.

—¿Has comido alguna vez bizcochos de amapolas?

—No, pero suena muy bien. ¿Es un postre judío?

—Sí. La tía Sarah los ha preparado.

Oskar vivía en la plaza de los Héroes, en un inmueble de diez pisos, de piedra blanca con las esquinas redondeadas, como pulidas por el viento. Un edificio extraño, dislocado entre dos niveles. Estaba situado en la curva más alta del Strach, y allí daba su parte delantera, como volcada sobre un pozo, mientras que la espalda de la casa se hincaba en la loma en pendiente del parque Ephrussi.

El piso de los Klein era enorme; tenía dos puertas —la entrada de los señores y la antigua entrada del servicio— y ocupaba toda una planta. Un pasillo amplio, larguísimo, con muchas puertas, desembocaba en una rotonda acristalada, una gran sala con divanes forrados de seda, esteras, cortinajes de terciopelo rojo y retratos familiares.

Busqué, en vano, estrellas davídicas y candelabros de siete brazos.

La habitación de Oskar, en el extremo opuesto, era casi tan grande como aquella sala. La vieja Sarah la llamaba «el cuarto de juegos». Era un lugar protector, confortable, que sugería un refugio de invierno en pleno verano. Paneles de madera de cerezo, una chimenea de mármol. Una gran alfombra, redonda, en su centro. Muchos libros. Y la mayor colección de discos que había visto en mi vida.

La primera vez que entré en el cuarto de juegos pensé que atravesaba la portada de *Bringing It All Back Home*. Solo faltaba un gato de angora,

azulado. Escuchamos todo Dylan aquel verano. Y los Beatles, y los Kinks. Oskar adoraba a los Kinks. Flotaba en aquella habitación un olor indefinible pero muy característico que vuelve cada vez que escucho *Village Green* o *Sunny Afternoon*: una mezcla de aceite de linaza y naranja confitada, sobrevolado, los días de humedad, por un matiz picante de carbón de leña enfriado. La habitación daba a una terraza con vistas al parque. Había allí laureles, magnolios y castaños muy altos, que bañaban el lugar con una claridad verdosa y fresca.

La tía Sarah nos trajo una bandeja de bizcochos y una jarra de té helado. Sonreía plácidamente al vernos juntos, como si Oskar, al que trataba como a un niño, hubiera invitado a merendar a una amiguita del colegio. Otro sábado, al mediodía, cocinó para nosotros unos buñuelos chatos, de patata y cebolla, y un guiso de pescado: *Gefillte Fisch*.

Por aquellos bizcochos, por aquellos buñuelos, por aquel guiso de nombre impronunciable, hubiera entrado gustosa en la comunidad judía de Moira. Por curiosidad hacia los ritos y los signos de su familia, que en vano trataba yo de detectar; por pertenecer a lo que quería ver como una especie de fraternidad secreta; por su diferencia.

Grandes temas, grandes preguntas adolescentes, sentados en la alfombra redonda, despreciando el sofá y el sillón de cuero.

—¿Qué es para ti ser judío?

—Menuda pregunta, con el calor que hace. ¿Y qué es para ti ser mujer?

—Te ha molestado que...

—¿Tú me ves algún rasgo especial? ¿Nariz, *yarmulke*?

—No, claro. No quería decir eso.

—Soy judío por nacimiento, pero también soy francés, ¿no?

—De acuerdo, de acuerdo.

—Tú estudiaste en una escuela católica, supongo...

—Sí. ¿Por qué?

—Yo estudié en una escuela hebraica. ¿Recuerdas algo de la tuya?

—Cuentos. Cuentos de santos y santas. Santos con barba y vírgenes mártires. Coronas de espinas. Pechos mutilados en una bandeja, temblando

como flanes. Ah, y barritas de regaliz, de un cura muy viejo, encantador, que nos enseñaba la historia sagrada.

—Me ahorré los santos y las vírgenes, pero creo que tenemos el mismo Dios, eso es lo que quería decir. Un Dios terrible, que daba mucho miedo y no dejaba dormir. Literalmente. Un día, el rabino contó que por la noche Dios te coge el alma y no te la devuelve hasta la mañana. No dormí en toda la noche —rio— pensando que a lo peor Dios se olvidaba de mí, con tanta gente como había en el mundo, y no me devolvía el alma.

—¿Y también hay un cielo y un infierno? ¿Te explicaron dónde va a parar la gente cuando muere? —insistí.

—Hay un lugar llamado *sheol*, donde los muertos siguen existiendo. Pero no viven... exactamente. No entendí muy bien eso. El rabino decía que era una especie de vida congelada, la sombra de una vida. Decía que en el *sheol* no se experimenta nada ni se tiene conciencia de nada, ni siquiera de Dios —dijo, tragando un bizcocho.

El *sheol*, pensé, no parecía muy distinto al País de los Muertos que había visitado en sueños tía Olga. Así que a lo mejor, me dije, tía Olga es judía sin saberlo, y yo también.

—... cuentos, cuentos como los de los católicos. Muy bonitos y muy terribles, no te lo niego. Muy bien inventados. Pero yo no soy practicante, ni hablo *yiddish*. Mis abuelos lo hablaban —contestó.

Comprendí que para Oskar «el mundo judío» era el mundo de sus padres, una cadena invisible que quería romper, porque le vinculaba a ellos. Y a los padres de sus padres. No quería hablar de sus abuelos: habían muerto en los campos. En la casa de los Klein no se hablaba de los campos. Todo aquello había pasado ya: una horrible historia antigua, una foto que alguien tomó caminando por los intestinos sangrantes de un sueño viscoso. Más allá de los campos comenzaba una nostalgia que no sentía: la arcadia inverosímil, como una lámina pastoril, de la vida en los *shtetls*. Tampoco sentía nostalgia del futuro, de un futuro en Israel, aquel lugar bárbaro, ordenancista, donde el servicio militar duraba cinco años.

—No sé —decía—. No pienso en esas cosas.

Sin embargo, años más tarde, en mitad de una discusión, me dijo:

—Los católicos creéis en el perdón. Los judíos creemos en la culpa.

Una noche me invitó a cenar en un restaurante, el que yo quisiera, para celebrar una buena noticia. Elegí el Letenske, a orillas del río.

—¿Y qué noticia es esa?

—Me han dado trabajo en *La Jornada*, como fotógrafo. Será una suplencia de verano, en el turno de noche. Y la promesa de quedar fijo si les gusto, claro.

Brindamos. Bebimos dos botellas de vino blanco. Pregunté por Gustav, el dueño: no estaba. Tampoco vi por allí al viejo violinista que había tocado para nosotros, lástima. Aquella noche le hablé por primera vez de mi padre. Mi padre triunfador, mi padre ganándole la partida al tiburón. Mi padre en su época más feliz, cuando era el Conde Liboch.

—Mi padre —conté— venía mucho por aquí cuando trabajaba en los estudios Belvedere. Era muy amigo del dueño. Cada vez que terminaban un rodaje venían aquí a celebrarlo, y el violinista tocaba para ellos una canción que se llamaba *La fogata*. Lo que no deja de ser irónico, porque un incendio acabó con los estudios. Otra copa, por favor.

Oskar sonreía, como si me viera por primera vez. Esa es la sonrisa que prefiero en un hombre. La sonrisa de la curiosidad alegre, de la eterna primera vez. La sonrisa que Jan logró conservar.

Aquella noche me hubiera acostado con Oskar allí mismo. Estaba guapísimo, con su polo negro y sus pantalones blancos, y los ojos brillantes de felicidad. Pero no hubo el menor gesto por su parte, la menor insinuación. Llevábamos un mes viéndonos casi a diario y no iba más allá de enlazarme el hombro o la cintura. Algún beso largo y húmedo al despedirnos. Alguna caricia.

Yo le gustaba, de eso estaba segura. Pero Oskar no pasaba al ataque.

¿Dónde hacerlo, además? Imposible en la casa de sus padres, con la vieja Sarah siempre merodeando. Y yo no quería que Oskar viera el piso de la calle Zuckmantel, ni mi habitación.

En mi diario hay apenas una línea que indica, como un mensaje cifrado, el lugar y el día de nuestra primera vez. Debía tener miedo de que mi padre

leyera el cuaderno. Salvo la música que sonaba —Dylan, probablemente; aunque aquellos días escuchamos muchas veces *Summer in the City*— lo recuerdo casi todo. Estábamos en la habitación de Oskar. Media tarde, mucho calor. Yo había ido a la piscina por la mañana. Oskar leía una revista en el sillón, y comenzaba a adormecerse, ladeando la cabeza. No teníamos ningún plan para aquella noche. Un repaso a la cartelera. La visita obligada al Ciervo de Plata.

Yo también me adormecía. Las copas de los castaños del jardín, inmóviles tras las ventanas. Manchas alargadas de sol sobre las baldosas rojizas. Toda la habitación estaba bañada en una luz rojiza, como cuando cerramos los ojos después de un largo día de playa, a pleno sol.

Me levanté y caminé por aquel suelo caliente para parar el disco, que se había quedado encallado en la última canción. El aparato había pertenecido a su padre: uno de aquellos muebles alargados, ostentosos, con radio incorporada y espacio para guardar lo que entonces se llamaban «microsurcos».

Puedo escribir ahora lo que no me atreví a escribir entonces.

Me veo como en una foto, caminando descalza, con el cabello empapado en sudor, con mi camiseta rosa y mi falda corta. Oskar me está mirando. Me dejo caer en el sofá de cuero. Nos quedamos dormidos, él en su sillón, yo en el sofá, boca abajo. Pasan las horas.

Me despierto porque Oskar está acariciando mi pie desnudo. Comienza a hacerme un masaje, sentado en el reposamanos. Besa mis dedos. El talón. Levanto los pies, todavía medio dormida, para que se siente en el sofá, a mi lado, entre mis piernas. Sin girarme, poso mi pie en su regazo y empujo, muy suave, la planta contra su vientre. Noto el latido creciente bajo el pantalón blanco. Me giro entonces, cae sobre mí, nos besamos, nos abrazamos, comenzamos a desabotonarnos la ropa, frenéticos. Y en ese momento Oskar levanta la cabeza, como un perro en alerta.

—Espera...

La llave en la cerradura. La vieja Sarah que vuelve de comprar.

Oskar se levanta, se abrocha, vuelve al sillón de un salto. Yo me arreglo el pelo y pongo cara de niña buena. Oskar coloca la revista, estratégicamente, sobre su regazo. Entra la vieja y le pregunta algo que tampoco recuerdo.

Oskar contesta con absoluta seriedad. La vieja va hacia la puerta, yéndose, y Oskar aprovecha ese instante para mirarme, a sus espaldas, y señalarme sus pantalones abultados, que abanica con la revista, sacando la lengua y fingiendo jadear aparatosamente.

Me tapo la boca para no romper a reír. La vieja se vuelve, ya en el pasillo, para preguntarle si queremos algo de cena. Oskar cruza las piernas a toda velocidad y se cubre la cara con la revista, como en una película cómica. También está conteniendo la risa cuando le responde:

—No, nos vamos ahora mismo...

Luego me susurra:

—Espera. Espera un momento...

Abre un cajón de su escritorio, rebusca. Es la primera vez que veo el sobre de plástico azul de un preservativo. Me lo muestra, sujetándolo entre el pulgar y el índice, como si fuera un sello valioso. Asiento con la cabeza y también imito el jadeo exagerado de un perro en celo. Oskar lanza una carcajada feliz, cierra el puño y lo alza en señal de victoria.

En la escalera le pregunto, mientras volvemos a abrazarnos:

—¿Dónde vamos?

—¡Arriba, arriba!

Entramos en el ascensor.

—¿Arriba?

—Arriba hay un colchón. Creo.

—¡Bien!

El ascensor sube y sube hasta lo alto del edificio.

Oskar empuja una pequeña puerta, con la madera astillada. Agachamos las cabezas. Ante nosotros, una llanura erizada de chimeneas, tejados de pizarra, cúpulas de zinc, pináculos, columnas, rotondas como remates de pastel de bodas, palomares de madera enrejada, algunas antenas solitarias. Y estatuas. Como en un cuadro de Alma Tadema, las estatuas alegóricas de la balaustrada se recortan contra el cielo anaranjado. Semidioses forzudos de mármol blanco, diosas fecundas de mármol rosa, furiosos aurigas de mármol negro. Un águila imperial de erizada piedra gris: dos cabezas, cuatro ojos doblemente ceñudos.

En la azotea hay un trastero. Y, eureka, un colchón. Rayas que en otro tiempo fueron azules, borradas ahora por manchas de humedad. Pero no nos importa. Lo hacemos allí, rodeados de muebles viejos, herramientas colgando de las vigas, cisternas goteantes, zureos de palomas.

Muy rápido. Demasiado rápido. Oskar acaba en seguida.

—¿Has...? —me pregunta.

Le abrazo, aguantándome la risa.

—¿Siempre es tan rápido?

Oskar finge estrangularme.

Luego dice:

—Vamos a arreglar eso.

Lo arregla mientras los suntuosos culos de las estatuas se tiñen de un rojo extenuado y luego desaparecen en la oscuridad. Yo abrazo su cuello con mis muslos.

—¿Qué tal ahora?

—Un buen arreglo.

Nos besamos. El colchón huele a río revuelto, a cuarto de juegos, a vacaciones en el campo.

—¿Nos quedamos a vivir aquí? —dice Oskar.

—Mejor vamos a cenar. Me muero de hambre.

—La próxima vez será mejor —dice Oskar.

Las luces de la ciudad laten a nuestros pies, como un tesoro sumergido.

17. El cuarto de juegos

No hay apenas entradas de la segunda mitad de agosto en mi diario.

No tenía tiempo. Solo algunas palabras clave, como hilos de los que tirar.

Ascensor. Pintura. Varenka. Tres voces.

En el mismo cuaderno empecé a escribir una carta a tía Olga para contarle todo lo que me estaba pasando. No la acabé porque me di cuenta de que mi padre se sentiría celoso y querría leerla.

Subimos otras veces al trastero de la azotea, pero a los dos nos daba asco aquel colchón. Una tarde le dije a Oskar:

—La tía Sarah ha bajado a comprar.

—¿Y?

Oskar estaba repasando unos apuntes en su mesa de trabajo. Me acerqué a él por detrás y comencé a lamerle una oreja.

—Que podríamos hacerlo aquí. Ahora.

Me sentó en su regazo. Era una silla giratoria.

—Nos pillarán. Es muy arriesgado.

—Depende —dije, desabrochándole un botón de la camisa—. Se me ha ocurrido que...

—¿... mmm?

—... que podríamos...

—¿Sí?

—... dejar entreabierta la puerta del ascensor...

Otro botón. Otro. Otro.

—¿Mmm... Mmm?

Su mano recorriendo mi muslo.

—... y como no podría subir...

—Vaya, vaya...

—... la oiríamos llamar desde abajo y...

—¿Cómo se te ocurren esas cosas, pequeña?

—Porque soy muy lista para mi edad.

Avanzamos por el pasillo con la espalda contra la pared, como si fuéramos agentes secretos, dejamos entreabierta la puerta del ascensor y volvimos dando saltos, de puntillas. Lo hicimos en la silla giratoria. Desde aquella tarde, yo siempre quise ponerme encima, porque así duraba más.

Luego el cielo se oscureció y un trueno hizo temblar los cristales. Comenzó a llover, una tormenta furiosa, repentina, un aviso de que el verano se estaba acabando y los días pronto empezarían a acortarse. Yo estaba frente al ventanal, abierto por un golpe de viento, cuando Oskar me abrazó por detrás. Nos quedamos así un buen rato, viendo cómo la lluvia sacudía las ramas y brillantaba las hojas y sembraba la terraza de castañas. Las cáscaras erizadas se abrían al caer y mostraban el fruto liso, compacto, reluciente.

Algunas noches, en el Ciervo de Plata, cavilábamos cómo hacerlo de nuevo sin que la vieja nos pillase.

—Podemos repetir el truco del ascensor.

—Sospechará.

—Sí. Mejor pensar otra cosa.

Las doce. Licorice Kid, pálido, de nariz afilada y rizos grasientos, tan obstinado en parecerse a Dylan, atravesaba la cortina de terciopelo rojo con plateadas estrellas de cartón para volver al pequeño escenario. Un aplauso serpenteaba entre las mesas.

—Un somnífero en la comida. Dormiría toda la tarde.

—No seas bruta.

—¿Por qué? Igual le hacemos un favor. Los viejos duermen poco.

—O la empujas por el hueco del ascensor, directamente. Así le pagas los bizcochos y todos los platos que...

Licorice Kid. Había olvidado su nombre de guerra. ¿Cómo se puede olvidar el nombre de alguien a quien aplaudiste durante noches y noches, alguien en cuyo mundo, despeinado e ingenuo, llegaste a creer?

Licorice Kid tuvo más suerte que Isa Novelski: pudo escapar antes de que llegaran los lobos. A saber dónde iría a parar, a saber qué fue de su vida y su locura. Quizás ande perdido por Europa, con la cabeza reventada por un mal ácido; quizás viajó a la América de sus sueños y quedó anclado en un pueblo perdido en la frontera o en mitad de ninguna parte, trabajando en un supermercado, recogiendo entradas en un autocine; quizás creció, simplemente, como casi todo el mundo, y ahora sea un adulto asquerosamente normal, con familia, hijos, un trabajo estable.

Entonces estaba bastante zumbado y era un verdadero poeta. Llegó a grabar varios discos y durante unos años sus canciones fueron la banda sonora de muchos de nosotros. Un irrepetible hijo de aquella época: hoy día se evaporaría antes de brotar, se esfumaría sin tiempo a dejar huella, con el membrete de perdedor estampillado en la frente. Hoy solo podría cantar sus canciones en una esquina, con la gorra en el suelo, entre miradas indiferentes o apresuradas, rumbo al futuro, y recoger cuatro monedas compasivas antes de que el invierno se lo llevara por delante. O lo mostrarían, dos semanas, en un programa de televisión, entre enanos y gritos y sonrisas cómplices.

Solía aparecer por el Ciervo de Plata con una chistera abollada o con una chaqueta de alpaca brillante y una pajarita, como un vocalista de orquesta de barco, y siempre con gafas oscuras, de vidrios redondos: nunca le vimos los ojos. Pensábamos: ¿cómo se ganará la vida, qué hará durante el día, donde vivirá Licorice Kid? ¿Cómo será su familia, su novia, su pasado? Cuando encendía las velas de un candelabro sabíamos que iba a cantar sus propias canciones, desgranadas con una voz neutra y susurrada, como un niño que habla en sueños; extrañas historias con bañeras voladoras, princesas disecadas, siniestros y dulcísimos fantasmas de infancia.

Luego dejaba la guitarra acústica y la pequeña armónica, retomaba la eléctrica y volvían las versiones. Canciones de olvidadas comedias musicales, lamentos de esclavos en plantaciones coloniales, viejas tonadas populares, canciones de boda y fiesta, baladas de los Kinks y, sobre todo, de Dylan, su héroe, su modelo. No sabía inglés, ni una palabra, no entendía lo que cantaba, ni siquiera sabía que Licorice quería decir «regaliz»; había escogido su apodo por su sonoridad, por su eco.

Los primeros acordes de *My Back Pages*, coincidiendo con las campanadas del reloj del Ayuntamiento, marcaban el comienzo del segundo pase. Siempre era así. Cada noche el mismo ritual, los mismos temas en el mismo orden de loco minucioso, obsesivo; las mismas bebidas, siempre la misma gente, los habitantes del Café del Ciervo, los socios de la fraternidad.

—¡Ya lo tengo! Le cambiamos las llaves.

—Es vieja pero no tonta. Ni ciega. Se daría cuenta en el acto.

Por unos pocos rupeks atravesábamos la cortina de terciopelo, abandonábamos Moira, viajábamos en la nave espacial guiada por Licorice hasta San Francisco, Newport, Greenwich Village. Nos instalábamos, durante dos horas, en el país de las portadas de los discos. Cantábamos, como Licorice, en un idioma fonético que habíamos aprendido en las películas; cantábamos sin comprender la mitad de lo que decíamos; cantábamos, por así decirlo, el sentimiento, el espíritu de aquellas canciones. Coreábamos «*ah, but I was so much older then / I'm younger than that now*» como la cumbre de un himno, con voces fatigadas, como si tuviéramos mil años, queriendo creer que éramos mucho más jóvenes y libres que dos o tres o seis años antes.

Fuera, el cielo era una reverberación negra y ajena.

—¿Y por qué no vamos a tu casa? ¿Cuándo vuelve tu familia?

—No. En mi casa...

—¿Qué?

—Que no me apetece. Pensemos otra cosa.

Luego todos caminábamos calle abajo, algunos solos, borrachos, tarareando para olvidar que seguían solos y borrachos y en Moira, otros en parejas, precarias o solidificadas, enlazados por la cintura como en la portada de *The Freewhelin'*, inventando cuartos de juegos portátiles y pasando de uno a otro.

Un sábado, muy temprano, fui a comprar pintura a la droguería de la plaza Babecka. Saqué todos los muebles de mi habitación y pinté las paredes.

Una de cada color. Rojo Burdeos. Yema de huevo. Verde claro. Fucsia.

Por la tarde compré una lámpara de papel en los almacenes Posner y continué pintando. Pinté de blanco el armario y el cabezal de la cama. Y de

naranja la mesilla de noche, y la puerta y el marco de la ventana de azul cobalto.

Puse el ventilador en el centro de la habitación, para que se secase antes.

Ya era noche cerrada cuando caí rendida en el colchón, embriagada por el olor a pintura fresca.

A la mañana siguiente instalé la lámpara japonesa, volví a colocar los muebles y contemplé mi obra. Luego llamé a Oskar.

—Ven. Quiero enseñarte algo.

—¿Dónde estás?

—En mi nueva habitación.

Escuché sus pasos subiendo a zancadas la escalera. Uno de los sonidos más hermosos del mundo, ahora que nadie sube corriendo por mí. Cogí el pañuelo que me había regalado. Salí al rellano. Oskar llevaba la cámara en bandolera. En aquel tiempo nunca salía a la calle sin su cámara.

—Voy a vendarte los ojos.

—Pero si nunca he visto tu habitación. No voy a...

—No, tonto. Es para que no veas el resto de la casa. No existe. Imagínate que vas a entrar en un desierto y que solo existe mi habitación.

Le guíé por el pasillo.

—¿Ves algo?

—Nada de nada. Desierto absoluto. ¿Noto un extraño olor a pintura?

—Muy astuto, Holmes.

—¿Ya hemos llegado?

—Ya hemos llegado.

—¿Y ahora qué hago? ¿Me lo quito ya?

—No. Ahora te voy a llevar a mi cama y voy a desnudarte.

Luego me desnudó a mí, sin quitarse el pañuelo, acariciándome y palpándome como un auténtico ciego. Muy lentamente.

La camiseta rosa, con una pequeña mancha de pintura verde en el hombro. La falda. Su dedo índice se posó en el borde superior de mis bragas, allí donde había cosida una diminuta flor azul.

—Espera. Espera un momento —dije, saltando de la cama.

Me había olvidado de cerrar la puerta.

El desierto era el pasillo con su atroz papel pintado de tiras doradas y verduzcas y sus puertas comidas por la carcoma; la lámpara del recibidor, con sus brazos rectangulares de madera negra, como una araña mutilada; la calle Zuckmantel y su oscuridad apenas aliviada por tres farolas tristes.

Le besé en la punta de la nariz.

—¿Te gusta mi habitación?

—Mucho. Parece el Submarino Amarillo, pero con más colores.

—Te informo de que estás secuestrado, por si no lo sabías.

—¿Ah, sí?

—Mmm. No pienso dejarte escapar. Aquí tendrás todo lo que necesitas. Te alimentaré con las mejores latas de mi bodega.

—Solo diré mi nombre y mi número. Pero tengo derecho a hacer una llamada.

—¿A otra mujer?

—A otra mujer.

—Terminantemente prohibido. Órdenes superiores.

—Si no le digo que pasaré la noche fuera es capaz de llamar a mis padres, la conozco. O a todos los hospitales.

—Está bien, llama a la vieja. Pero vuelve a vendarte los ojos. Yo marcaré el número. Vamos.

Cenamos arenques ahumados, espárragos, piña en almíbar.

Boca arriba en la cama. Juntos.

—¿En qué piensas, soldado?

—En el techo. Quizás...

—¿Sí?

—Quizás habría que pintarlo también. Como si fuera un cielo ¿sabes? Con nubes blancas.

Quizás imaginaba ya el cielo de nuestra casa futura, un cielo concebido y pintado por los dos, repartiéndonos azul y nubes.

Yo pensaba en un cuarto de juegos portátil, eterno, de desierto en desierto.

Luego me dijo:

—No te muevas. Quiero hacerte una foto.

—¿Ahora?

—Ahora. Aquí. Así, como estás.

Dudé un poco antes de decirle que sí.

—¿Los dos juntos?

—No. Tú sola. No la verá nadie más.

Disparó.

18. Varenka

El nuevo cuarto de juegos no duró mucho. Comenzó a llover en el estuario, una tormenta tras otra, y mi padre y tía Olga anticiparon su vuelta.

Tía Olga entró en mi habitación como en una gruta submarina, fosforescente.

—Muy moderno, muy moderno —decía—. Y muy alegre.

Mi padre callaba.

—¿A ti qué te parece, papá?

—Yo ya no digo nada —respondió, alejándose por el pasillo.

Los padres de Oskar volvieron de Daryek poco más tarde.

No teníamos adonde ir. Todavía no habíamos descubierto las pensiones, los hoteles baratos. Una mañana de sábado, Oskar dijo:

—Se me ha ocurrido que... No, déjalo, es una tontería.

—¿Qué? ¿Qué se te ha ocurrido?

—Que podríamos ir al piso de Jan.

Yo ya no recordaba su nombre.

—¿Quién es Jan?

—Jan. Jan Bielski. Te hablé de él, ¿te acuerdas?... Cuando vimos la película de Joseph Lewis en el Slepoy...

—El que era tu hermano mayor y tu hermano pequeño...

—Ese. Me dejó las llaves.

—¿Tienes las llaves de un piso y no...?

—... es que me parece que no te va a gustar. Está en un barrio horrible.

En Varenka.

Yo nunca había estado en Varenka. Era uno de esos barrios «a los que no se iba». Un barrio-dormitorio, en las afueras. Lo había visto desde el tren, cuando iba a Luzhin. Bloques y bloques de pisos, idénticos, en mitad de la nada. Cuando el tren aceleraba, parecía que todos aquellos bloques eran uno solo, disgregado y repetido por la velocidad.

—¿Y a tu amigo no le molestará que vayamos?

—¿A Jan? —se echó a reír—. En absoluto. Además, estoy seguro de que tú vas a gustarle mucho.

Tomamos un taxi. Había un tranvía, pero daba toda la vuelta a la ciudad, y dejaba bastante lejos de Varenka. Oskar siempre tenía dinero para taxis.

—¿Y a qué se dedica Jan?

—Trabaja en una fábrica de conservas. En las oficinas. Es provisional —se apresuró a añadir—. Casi todo en la vida de Jan es provisional. Menos su talento. Tiene un gran talento.

Oskar había dicho una palabra mágica. Una palabra talismán. La llave con la que se podían abrir todas las puertas. Talento.

¿Y qué hacía un hombre de talento, de gran talento, en una fábrica de conservas, en un barrio como Varenka?

Aquellas hileras de árboles raquíuticos. Aquellos bloques construidos con los materiales más baratos que habían podido encontrar. Coches desventrados, motos sin ruedas. Basura humeante. Inacabables tapias de ladrillo rojo, ennegrecidas por el humo de las fábricas; un humo que crecía al otro lado de las vías y se adensaba, horizontal, como una nube baja y tóxica.

—¿Dónde está ahora?

—¿Perdona?

—Jan. Tu amigo.

—Ah, en un sanatorio.

—Qué romántico.

—Pronto le soltarán. Uno de estos días iré a verle.

Llegamos hacia las cinco de la tarde. El taxista se perdió y tuvo que consultar su mapa, porque allí todo tenía letras en lugar de nombres.

Zona E. Calle C. Bloque B. Escalera D.

Los bloques estaban agrupados de cuatro en cuatro, con una repetida plaza de cemento en su centro, desierta bajo aquel sol inclemente. Los mismos árboles, vencidos antes de crecer. Una caja de arena. Columpios inmóviles. Algunos viejos, algunos niños, buscando un hilo de sombra.

El calor nos golpeaba en la cara como una toalla mojada.

La puerta del ascensor, color sangre de buey, arañada por dibujos obscenos. Un largo pasillo, con muchas puertas pintadas de color marrón brillante. Suelo de linóleo rojo, abombado en las juntas. Bombillas sin globo ni pantalla. El aire olía a coliflor hervida y a aceite requemado.

—Si no te gusta, nos vamos ahora mismo...

Yo quería escapar de allí, salir corriendo, pero no me atreví a decirlo.

Oskar abrió la puerta de aquel lugar que no era ni siquiera un piso. Un solo espacio, con una cocinita y una pica estrecha, revestida de azulejos deslucidos, en la que apenas cabrían cuatro platos. Una nevera antigua, que ronroneó como un gato viejo al conectar la luz. Había también, tabicado, un aseo no más grande que un armario.

Era muy difícil hacerse una idea del tipo de persona que vivía allí. No había signos, rastros, evidencias. Ni un cartel, ni una postal, ni una foto. No había libros, ni discos, ni «objetos personales». Un colchón, muy grande, en el suelo, sin sábanas. Una mesa con un flexo de aluminio. Sobre la mesa, un montón de periódicos del invierno anterior. Una silla. Y un baúl muy grande: una caja alargada, de un par de metros de largo y uno de alto, de madera clara, pegada a la pared.

Los vidrios de la ventana estaban cubiertos con hojas de papel de periódico endurecidas por el sol. La luz, al atravesarlas, teñía el lugar de una claridad extraña, entre amarilla y naranja. Encarado hacia la ventana, un pequeño sillón de tela verde.

Entonces sucedió algo extraño. Oskar cerró la puerta a mis espaldas, y de repente quedaron afuera el olor a coliflor, y el linóleo abombado, y el sol inclemente, y los bloques idénticos, y Varenka entero.

Es difícil explicar una irradiación de paz. Procedía de la luz tamizada por los periódicos y de aquel desvencijado sillón verde. Se concentraba allí, como una fuente secreta, y bañaba toda la habitación. Como si Jan, Jan Bielski, siguiera allí. Como si aquel fuera el verdadero centro de la habitación, un raro lugar sagrado, en el que aún flotaba su presencia.

Un chico del que aún no sabía nada, ni rostro, ni pasado, ni edad, ni costumbres. El hermano mayor, el hermano pequeño. Un chico «de gran talento», perdido en Varenka, perdido en una fábrica de conservas, que llegaba agotado, embrutecido por la jornada, y se sentaba allí, al atardecer, y

respiraba, ajeno a todo lo que había dejado fuera. Solo, sentado frente a una ventana cegada con papel de periódico, con los pies en el charco de luz, en el centro de aquella recreada y humilde claridad, como la baldosa secreta bajo la que latía el recuerdo de mi madre muerta.

No quise irme. Volvió el deseo, que en el taxi se había ido achicando hasta rozar la hostilidad hacia Oskar, hacia aquel barrio, hacia su amigo desconocido. Oskar fue luego al aseo y yo me levanté para sentarme en el sillón de Jan, y me adormecí en la luz, mientras el agua de la ducha caía como una lluvia de primavera, y llegaba hasta mí un aroma que tardé en reconocer. Un olor muy antiguo, incomprensible en aquel lugar, en aquel edificio. ¿Qué era, de dónde venía? ¿Y por qué me conmovió tanto?

Un olor en el que había vestigios de tierra fresca, de sombra, de final de verano, un verano eternizado y lejanísimo. Olor a manzanas. Olor a manzanas ácidas madurando sobre hojas de periódico en la casa de tía Olga, en Luzhin.

Alargué la mano hasta posarla en la tapa del baúl. Acaricié la madera.

Estaba cerrado con un candado, pero se podía abrir un poco. Me pareció entrever ropa y libros, sin colores ni títulos.

Después me acerqué a la ventana pero no me atreví a abrirla. Con la uña rasgué un poco el papel de periódico y miré por el pequeño agujero. Vi, en lo hondo, un patio interior, unos niños jugando entre los escombros.

Una última entrada de diario, aquel mes de agosto. Retazos de una conversación, envuelta en olor a cloro y cemento húmedo, siseo de duchas, chasquidos de bañadores mojados sobre el banco de madera. Estoy en los vestuarios de la piscina Massuth. Hay una rendija, de unos dos palmos, bajo la puerta del lavabo, y otra similar sobre mi cabeza. Puedo ver pies descalzos y brazos alargándose para atrapar una toalla o un albornoz de las estanterías. Entran tres chicas. Tres voces. A través de la puerta reconozco la voz de Elli y la voz de Sonia. La tercera es una desconocida. Hablan de un chico. Alguien de la Academia.

—... eso es porque aún no le conoces —dice la voz de Elli—. Cuando le conozcas —ríe— se te caerán las bragas.

—¿Tanto? —dice la voz desconocida.

—¿Jan Bielski? No deja escapar una —dice la voz de Sonia.

Hablan de que pronto va a volver, de que una tal Marga Pisek ha ido a verle al sanatorio.

—Pues se habrá cruzado con Julia —ríe de nuevo Elli.

—Que no se haga ilusiones, pobrecita —dice Sonia—. Veremos cuánto le dura. Y si no, que le pregunte a Andrea. No estuvieron juntos ni dos semanas.

—¿Y dónde dices que está ahora? ¿En un hospital?

—No, boba. En un sanatorio. En Norderney. Para cosas del pecho.

—Cosas del pecho, seguro... —dice Elli—. Eso es que alguna se ha hartado y le ha clavado un cuchillo.

Ríen las tres.

Sigo encerrada en el lavabo, hasta que las voces desaparecen.

SEGUNDA PARTE

Oskar y Jan

19. El Hostal del Cisne

El sanatorio unía las dos imágenes que yo me empeñaba, sin éxito, en hacer coincidir. No encajaba el Jan Bielski de Varenka y la fábrica de conservas con el Jan Bielski seductor y codiciado de la Academia. A lo largo de aquellos años acabaría acostumbrándome a la multiplicación de imágenes de Jan. Le dije a Oskar que había escuchado aquel nombre por casualidad, en los pasillos, y que...

Sí. Era el mismo Jan Bielski.

Oskar parecía entre sorprendido y orgulloso de mi interés por su amigo.

Me contó muchas cosas. Cuando acabó, la sorprendida era yo. Sorprendida, fascinada, de nuevo celosa.

—¿Y por qué no me habías contado nada de todo esto?

—Porque no me lo habías preguntado.

Jan había nacido en Daryek. Su madre, Teresa Bielski, era camarera en el Hostal del Cisne. Era casi una niña cuando quedó embarazada de un viajante, un hombre de paso. Los padres de Oskar la disuadieron de abortar. Así, Jan nació y creció en el hostal. Un año después nació Oskar. Andaban siempre juntos, y les gustaba que les tomaran por hermanos. En la escuela de Daryek, Jan era siempre el primero de la clase. Una inteligencia natural, decían los profesores. Era bueno en todo, decía Oskar, en letras y en ciencias; todo lo comprendía a la primera, sin esfuerzo.

—Mi padre —dijo Oskar— siempre me lo ponía como ejemplo. «Jan llegará muy lejos —decía—. Puede hacer todo lo que se proponga.»

De pequeño, Jan estaba fascinado por el diccionario de tapas rojas que el señor Klein tenía en su despacho y le pidió poder consultarlo. Volvían Jan y Oskar de la escuela y el señor Klein le dejaba sentarse allí, y Oskar veía, desde la puerta, cómo su padre bajaba el diccionario de la estantería, y luego calibraba cuidadosamente el ángulo de la lámpara verde para que diera la luz

correcta, y le ajustaba la silla para que llegara a la mesa, porque Jan le había dicho que quería aprender diez palabras nuevas cada día. Y las aprendió. A los diez años ya había leído la mitad de los libros de la biblioteca del hostel.

Oskar tenía nueve cuando la familia Klein se fue de Daryek, porque su madre estaba cansada de vivir en el campo y quería que empezase a estudiar en la escuela judía de Moira.

—El hostel ya comenzaba a tener una clientela fija —me contó— así que mi tío Eliah se quedó al frente en los meses de invierno y solo volvíamos allí en verano. Moira me pareció un lugar horrible. Echaba de menos la montaña y añoraba muchísimo a Jan. Le escribí varias cartas, pero creo que solo me contestó una vez. Cuando volví a verle, el verano siguiente, le encontré muy raro, muy cambiado. Casi no hablaba, como si no le apeteciera verme. Tardé en enterarme de lo que estaba pasando.

Teresa Bielski les contó a los Klein que había conocido a un hombre, «muy bueno y muy formal». Se llamaba Johan Serf y tenía un pequeño garaje en Gorbach. Llevaban varios meses de relaciones y le había propuesto casarse. Y hacerse cargo de Jan.

—Se casaron en Gorbach y fuimos a la boda. Mi madre compró una cubertería, y mi padre le regaló a Jan una enciclopedia con muchas láminas que le gustaba mucho. Fue una boda triste, con poca gente. Solo recuerdo que nevaba y que Jan casi no probó la comida y apenas miró la enciclopedia.

Un par de años más tarde, Teresa Bielski se presentó en el piso del Strach. Oskar no la vio llegar ni la vio marcharse. Desde su cuarto reconoció su voz, que venía de la sala de estar, su voz sacudida por unos sollozos cada vez más fuertes. Pegó la oreja a la pared y pudo escuchar algunas de las cosas que le contó a su madre. La policía había detenido a Jan y un juez le había enviado a un reformatorio, en Sarkel, y que eso, dijo Teresa, en cierto modo era un alivio porque ni ella ni su marido sabían ya qué hacer con él.

Desde que se fueron a vivir a Gorbach todo había ido de mal en peor. Le habían expulsado de varias escuelas. No estudiaba, no se aplicaba como antes. Se escapaba de clase para ir al cine. Se pasaba la vida en el cine, o tumbado en su cuarto, leyendo noveluchas. Jan había cambiado mucho,

mucho, decía. Y no le hablaba, ni a ella ni al pobre Johan. O se ponía a gritar de repente, sin motivo. Una vez hasta llegó a levantarle la mano a su padre, porque aquel día...

Teresa Bielski rompió a llorar de nuevo, y Oskar no pudo enterarse de la barbaridad que había hecho Jan, de la vergüenza enorme que les hizo pasar cuando les llamaron de la comisaría. La señora Klein dijo luego que podían intentar «una gestión», pero Teresa Bielski dijo que no, que no hacía falta, que podían ver a Jan el primer domingo de cada mes y que estaba bien. Que seguía sin hablarles pero que estaba bien, y que el director del reformatorio parecía una buena persona, y les había dicho que allí le encarrilarían y le enseñarían un oficio, pero entonces volvió a llorar otra vez y la señora Klein ya no entendía nada, y Teresa Bielski se levantó y dijo que no quería molestar, que hablar con ella la había confortado mucho, que eso era lo único que quería, hablar un rato y decirles que todo iba bien, que lo peor ya había pasado, con la ayuda de Dios... ¿no?

A Oskar nunca le hablaron de aquella visita. Unos días más tarde, haciéndose el desentendido, dijo que tenía ganas de que llegase el verano para ir a Gorbach y ver a Jan, y su madre le dijo que Jan ya no estaba en Gorbach, que le habían cambiado de colegio y que ahora estaba en un internado muy bueno, estudiando mucho.

Volvieron a encontrarse por pura casualidad, si es que hay casualidades, en el cineclub de un ateneo popular del barrio Sur, en la avenida del Doctor Teyrsen. Oskar tenía dieciséis años, Jan diecisiete. Oskar había ido allí para cazar una película de Orson Welles que le faltaba en la colección, *El esplendor de los Amberson*, y allí estaba Jan, tanto tiempo después, en el estrado, presentando la película.

Oskar quedó cautivado por la pasión de sus palabras. Fue muy emocionante volver a verle, dijo, tan distinto y a la vez tan idéntico. De golpe le pareció muy mayor, como si tuviera cuatro o cinco años más que él. No imaginaba que el cine le entusiasmase tanto como a él, ni que supiera tanto. Lo que más le sorprendió fue la fuerza de su indignación al contar cómo le

robaron a Welles aquella película, cómo se la destrozaron mientras él estaba rodando otra en Brasil.

Le brillaban los ojos, agitaba las manos. No llevaba notas; todo estaba en su cabeza. Lo sabía todo de aquella película, tenía cientos de datos, pero no fanfarroneaba, no les abrumaba con ellos.

Oskar reparó en las mangas deshilachadas de su chaqueta, y en las caras de toda la gente que había a su alrededor, obreros que parecían no saber nada de Welles y que asentían ante las palabras de Jan, mordiéndose los labios de rabia, murmurando como si les contaran la injusticia sufrida por un compañero. Les enardeció. Les contagió su pasión y su rabia. La presentación se convirtió en una especie de arenga, y al acabar le aplaudieron muchísimo. Si el estudio que machacó la película de Welles hubiera estado en Moira, dijo Oskar, lo habrían incendiado aquella misma noche, todos juntos y con Jan a la cabeza.

A la salida, Oskar atrapó a Jan en el pasillo y Jan se le quedó mirando como quien ve a un fantasma. Se abrazaron, un abrazo que duró mucho. Había una tristeza rara en su mirada. A Oskar le temblaban las manos y no paraba de hablar, pero Jan se había quedado mudo, como si la elocuencia de la presentación le hubiera abandonado.

—Vamos a celebrar esto, compañero —dijo Jan.

Fueron al Eden Bar, que estaba muy cerca del ateneo.

20. Gisia

Jan bebía lentamente, sin apresurarse. Cerveza Spivo, aquellas botellas anchas, como pequeñas campanas de vidrio verde, con etiqueta dorada, imperial. A la segunda ronda, Oskar se envalentonó y le dijo que sabía lo del reformatorio. Jan se encogió de hombros. Para Oskar, la palabra *reformatorio* tenía entonces un prestigio de rebeldía absolutamente alejado de su mundo, de la casa familiar en el Strach.

—Debiste hacer algo muy gordo para que te enviaran allá —dijo.

—Me metí en un lío. Una tontería, en el fondo. Pero el juez no lo vio así. Era una mala bestia, aquel juez. Y yo tampoco puse las cosas muy fáciles, la verdad.

Comprendió que Jan no tenía demasiadas ganas de hablar de aquello, pero no pudo evitar seguir insistiendo. Jan había pasado tres años encerrado allá adentro y Oskar estaba asombrado: él no hubiera resistido tanto tiempo.

Jan dijo que no estuvo tan mal. Trabajó en los talleres, hizo mucho deporte.

Y leyó. Nada de novelas, dijo. Se acabaron las novelas. Devoró libros de historia, filosofía, arte, política, religiones. Al salir del reformatorio volvió a Gorbach, pero allí sí que se ahogaba, como nunca se ahogó en Sarkel. Su antigua habitación le parecía una jaula, un cubil. Y el piso de la calle Levin. Y el paseo de la estación, las tardes de domingo, y la ciudad entera.

—¿Y tus padres?

—¿Mi madre?

—Bueno, tu madre.

—Sigue en Gorbach. Está bien. Nos vemos de cuando en cuando.

Bebió otro trago, quedó en silencio, con la mirada baja.

—Salgamos afuera —le dijo a Oskar—. Quiero tomar un poco el aire.

Se había ido de Gorbach a los dos meses, una noche, sin despedirse. Subió a un tren y se fue. Era verano, no tenía trabajo, no tenía a donde ir. Recorrió el país haciendo autostop. Se ganaba la vida en lo que iba saliendo por el camino. Oskar le escuchaba con los ojos muy abiertos. Fue camarero y pinche de cocina. Lavó platos. Limpió hornos. Fue basurero, y guardabosques. Trabajó en una gasolinera, y luego recogió fruta, en el sur. Cuando llegó el invierno estuvo un tiempo en el estuario, en el astillero de Damia, descargando madera, pero era demasiado duro, y después le contrataron como vigilante en un almacén de grano.

Al final de aquella noche, Jan le dijo a Oskar que vivía en Varenka y que trabajaba en las oficinas de una fábrica de conservas del polígono Kristan, y que no era un mal trabajo, aburrido pero tranquilo, y con un sueldo decente. Caminaron, y Oskar le acompañó hasta su piso. Miraba a su alrededor y no lograba comprender. ¿Allí había ido a parar la vida y el talento de Jan, el muchacho que habría podido hacer todo lo que se propusiera?

Oskar habló con sus padres. «Hemos de hacer algo por él», les dijo. Jan volvió a Daryek y comieron juntos, los cuatro. Al acabar la comida le ofrecieron un trabajo en el Hostal del Cisne, pero se negó. El señor Klein lo entendió muy bien. Sonrió y dijo que Jan no había cambiado nada.

Aquel verano viajaron juntos haciendo autostop hasta la zona de los lagos de Krigstein. Comían en bares de camioneros que Jan conocía, dormían donde les sorprendía la noche. Una noche de frío repentino, Jan le enseñó a protegerse el cuerpo con papeles de periódico. Se lavaban en arroyos de montaña; se miraban la cara mojada y feliz y seguían viaje.

En Krigstein alquilaron unas bicicletas y recorrieron todos los pueblos de la comarca. Oskar llevaba su primera cámara, una Rolleiflex, y hacía fotos continuamente. Una tarde, Jan quiso parar en una gasolinera, en Dolgoruki. Había trabajado allí durante un tiempo y aquella gente, dijo, se había portado muy bien con él. El dueño de la gasolinera era un hombre llamado Jensen, de cara redonda, barba gris y cuerpo de oso, que le abrazó entre sus brazos fuertes y peludos como si fuera un hijo perdido. La señora Jensen cocinó para ellos.

Por la noche, fumando en la oscuridad en el porche de los Jensen, Jan miraba los árboles movidos por un viento que anunciaba tormenta, y le contó a Oskar que había pasado muchos días en la montaña, en los bosques de Gorbach, cuando estaba solo, y había pensado mucho en él y en los Klein y en el Hostal del Cisne. Fue cuando le echaron del segundo o tercer colegio y decidió que no les iba a decir nada a sus padres. Cada mañana salía con la cartera y tomaba el camino de las clases. Paseaba por la ciudad, leía o iba al cine, y a las seis volvía a su casa.

—¿Y luego? —preguntaba Oskar.

—¿Luego? Falsificaba las notas. Se me daba bien y tampoco preguntaban mucho.

—¿Y luego?

—Luego —rio— se dieron cuenta. Me pillaron.

—No, no, antes. Aquellos días.

Eso era lo que fascinaba a Oskar. Aquellos días, días enteros vagando, lejos del colegio, de la casa familiar, a la deriva. Todas aquellas horas por llenar. Sin programa, sin hablar con nadie. Solo y lejos.

—Luego se acababa el dinero, y había que conseguirlo. Vendía cosas, robaba algo. O me iba al bosque.

Pasaba días enteros en el bosque, en las afueras de la ciudad. No hacía nada especial. Hacía, dijo, lo que se hace en los bosques. Mirar. Caminar. Pensar, fantasear.

—¿Y por qué no me llamaste nunca?

Jan miró al suelo y se encogió de hombros. Dijo:

—Volvemos a estar juntos, ¿no?

A la mañana siguiente subieron a los lagos. Oskar era feliz imitando a Jan, dejándose llevar, sin horarios, sin padres, emborrachándose de cerveza y vino por primera vez en su vida, pero sin dejar de pensar en el regreso y en que aquellos días sin horas se acabarían de golpe, sin que se dieran cuenta.

Se levantaba cada día con un cosquilleo de felicidad y luego poco a poco el cosquilleo se convertía en casi pánico en el fondo del estómago, puro miedo al exceso de cielo y de vacío, como cada vez, dijo, que bajaban sin

frenos por una pendiente. De pequeño, dijo, le pasaba lo mismo cada vez que sus padres le llevaban al cine y la película le entusiasmaba: había demasiado éxtasis y sabía que tenía un final, que alguien encendería las luces y saldrían afuera, donde esperaba la ciudad gris y el colegio gris y las horas conocidas, minuto a minuto.

No dejaba tranquilo a Jan, decía; siempre, en el mejor momento del día, comenzaba a preguntarle por el futuro.

Estaban tumbados en un prado, junto a un lago inmenso, mirando pasar las nubes; el sol centelleaba en el verde del lago; una bandada de patos se alejaba trazando una uve en el cielo, hacia el oeste; entre la hierba asomaba el cuello de la botella de vino que acababan de vaciar; él debía elegir momentos así, silencios así, para romperlos y preguntarle:

—¿Qué planes tienes?

—¿Ahora? Esperar que acabe de pasar esa nube. Y ver si se convierte en un piano o un gorila. Fíjate. ¿Verdad que parece...?

—Digo que qué piensas hacer cuando volvamos a Moira —insistía Oskar.

—No sé... Vivir, ¿no?

—¿Y vas a quedarte toda la vida en la fábrica de conservas?

—Anda, vamos al agua.

Fueron a Kinkel. Jan le mostró, a lo lejos, una atalaya y una pequeña cabaña de troncos. Allí había vivido casi tres meses, cuando trabajó de guardabosques. Oskar preguntó si no se había sentido muy solo, y Jan sonrió.

—¿Qué te hace pensar que estaba solo?

Enrojeció, porque así era entonces. Era la primera vez, dijo, que la sombra de una mujer aparecía en sus conversaciones. Todavía era, dijo, un chico muy serio, muy educado, muy respetuoso, que seguía tratando de usted a sus padres. En su casa no había abrazos ni efusiones de ningún tipo. Su padre siempre había besado a su madre en la mejilla, nunca en la boca. Jamás le oyó un chiste verde, una alusión de doble sentido. En su casa, dijo, no existía el sexo ni las funciones corporales, que acababan siendo una y la misma cosa. Por supuesto que pensaba en mujeres, pero pertenecían a un mundo secreto, nocturno, mental: fotos escondidas entre libros de estudio, manos bajo las mantas, habitaciones cerradas. No se hablaba de mujeres con

un hermano mayor. Se hablaba de libros, de películas, del maravilloso paisaje de los lagos.

Se hablaba, un poco, de la vida anterior y, si había suerte, de la vida futura.

Jan habló de una camarera del refugio de Kinkel. Aunque no le gustaba hablar de sus conquistas, dijo Oskar. Quizás porque eran tantas. Había bailado con aquella camarera en las fiestas del pueblo. Bebieron y bailaron y volvieron a beber, y después se fue con él.

—¿La misma noche? —preguntó Oskar.

—Y las noches que siguieron.

Oskar tampoco podía concebir aquello. Si «conseguir» una chica ya le parecía entonces complicadísimo, dijo, «tenerla» rozaba lo milagroso: algo así como encontrar trabajo y que durase más de una semana.

—¿Y dónde está ahora? —se lanzó—. Preséntamela.

—Se fue. Era de Altair, casi no hablaba nuestro idioma. Volvió a su país, supongo.

Se llamaba Gisia; eso era todo lo que Jan supo de ella. Veían salir el sol desde la atalaya, juntos. Era muy morena, de piel oscura. Oskar siguió insistiendo, bromeando o haciendo ver que bromeaba. Llegaban a un pueblo y veía a una chica guapa y de piel oscura por la calle, en el mercado, en un bar, y le decía «Mira, ahí está Gisia», y Jan sonreía, y decía «No, no era así», su pelo no era así o Gisia era mucho más morena, y poco a poco, como un detective obsesivo, Oskar añadía nuevos rasgos a la fotografía inexistente, y yo escuchaba a Oskar y lo veía todo, lo imaginaba, lo reconstruía. Veía a Gisia con Jan, y a Oskar solo, soñando con Gisia...

Un cuerpo espléndido, unas manos soltándose el cabello azabache, que caía en cascada hasta media espalda. Una fotografía que se convertía en película y cobraba vida en la mente de Oskar, un cuerpo que caminaba, que ardía, abriendo de golpe la puerta de troncos con la urgencia de abrazar y ser abrazada, y con un movimiento rápido se despojaba del jersey de lana áspera y la falda barata, muslos aceitunados, manos oliendo a detergente de limón, y entraba en el catre de hojas donde él la esperaba, cada noche.

Una foto que cobraba vida porque había estado con él, latiendo bajo él.

Eso era lo que yo veía al escuchar a Oskar mientras caía la noche en su habitación y comenzaban a encenderse las farolas en el parque Ephrussi.

Una adolescente, una camarera de Altair en un lejano pueblo de montaña, que apenas conocía nuestro idioma, sin amigos, sin familia, añorando su tierra. Veía su soledad, veía la mirada de la extranjera en el fondo de sus ojos, grandes ojos de ciervo deslumbrado por los faros de un coche...

¿Quién había dicho aquella frase? Hace tanto tiempo...

Quizás fuera Jan o quizás Oskar la colocó en su boca o yo en mi recuerdo. Fue así como hubo tres Gisas: la que Jan conoció, la que Oskar soñó durante algunas noches del verano de los lagos, y la que yo construí a partir de aquellas dos, y reconstruyo ahora, y así todo, y así todo.

21. Linterna mágica

Cuando volvieron a Moira ya era como si no se hubieran separado nunca. Quedaban en el centro, cuando Jan terminaba su trabajo en la fábrica; iban al cine, intercambiaban libros, hablaban durante horas. Oskar le enseñó una libreta en la que entonces apuntaba las películas, con cruces en rojo si las había visto varias veces, y Jan se echó a reír y le dijo que él hacía lo mismo desde que empezó a ver cine en Gorbach.

Adoraban a Keaton y detestaban a Chaplin, preferían Rossellini a De Sica, despreciaban a quien se atreviera a negar que el cine americano era el mejor del mundo. Comparaban sus libretas, y en lo alto del palmarés estaban las mismas películas. Oskar había visto *Vértigo* diez veces, Jan doce. Le seguía *Toque de maldad*: ocho cruces rojas para Oskar, diez asteriscos para Jan.

Una tarde de verano fueron al Excelsior porque reponían *América América*, que Jan no conocía, porque la estrenaron cuando estaba en el reformatorio. No quiso irse de allí. La vieron tres veces, las tres sesiones seguidas, que entonces aún se llamaban *matiné*, *vermouth* y *gala*, muy a la francesa, porque en Moira todo lo elegante seguía siendo francés, y a la salida los ojos les brillaban, dijo, como si hubieran estado mirando al sol durante horas, y a su alrededor no había nada, absolutamente nada que pudiera compararse a lo que habían visto.

Estaban tan agotados, tan excitados por el largo viaje del joven Stavros en la película que no sabían qué hacer. Se emborracharon juntos, se acompañaron a casa varias veces, y cayeron en sus camas cuando ya amanecía, y Jan se fue a trabajar sin haber dormido ni una hora.

A la mañana siguiente, Oskar tuvo una idea genial, y como tampoco había dormido entró como un sonámbulo incendiado en el despacho de Vera Anilevich y le dijo que la Academia necesitaba un cineclub, y que él conocía a la única persona que podía llevarlo. Le habló de Jan, le dijo que era su hermano, su hermano del alma, y cargó las tintas en su historia, infancia

difícil, reformatorio, salir adelante por sus propios medios, y Vera le contestó que de acuerdo, que quería conocerle.

Por la noche, Oskar corrió al polígono Kristan a buscar a Jan, que también se movía como un sonámbulo, y parecía no entender lo que Oskar le estaba diciendo, hasta que le sacudió por los hombros y le gritó que era una oportunidad única, única, y que no volvería a dirigirle la palabra si le decía que no, y Jan sonrió y dijo que sí, que bueno, que de acuerdo, que probaría.

Oskar le llevó al despacho de Vera Anilevich y esperó en el bar, media hora, una hora, dos horas. Sabía que iban a entenderse, que iba a fascinarla.

Al salir, Jan dijo, eufórico, exultante: «Linterna Mágica. Se llamará Cineclub Linterna Mágica». Cuando vio la sala de actos casi se volvió loco, como un perro que ve por primera vez el mar. Un ataque de entusiasmo que le duró casi un año. Jan dedicó a aquel cineclub todas sus horas libres. Lo construyó, por así decirlo. Vera Anilevich le dejó un despacho con teléfono, en el sótano, y Jan se iba allí tan pronto acababa su trabajo en la fábrica, y a veces hasta dormía allí, en un catre. Desde allí llamaba a Oskar. «Hay que conseguir una pantalla.» Claro, una pantalla, a sus órdenes. «Y un proyector, desde luego.» Desde luego, mi capitán. Encontraron la pantalla y un proyector Vask en un cine que acababa de cerrar, un cine de pueblo, en la carretera de Griselk. Fueron allí, un sábado que no paraba de llover, dijo, en una camioneta que les dejó el señor Klein y que conducía uno de los camareros del hostel.

El dueño del cine le dio a Jan la dirección del proyccionista, un viejo llamado Baumann, y Jan pasó con él todo un fin de semana aprendiendo a proyectar, y llenó varias páginas de su libreta con dibujos e instrucciones, y se enamoró de su hija, Trudi Baumann, una belleza, rubia, altísima, de ojos azules, dijo, y ella también se enamoró de Jan, y durante el verano siguiente Oskar volvió a perderle de vista porque Jan se escapaba a Griselk siempre que podía para estar con ella. Oskar creía que Jan y Trudi se iban a casar o iban a estar juntos el resto de sus vidas, porque eran una pareja perfecta, «pero Jan nunca ha querido atarse», dijo, y la historia terminó tan de repente como había empezado.

Viajaban a los cineclubs de provincias, a las ciudades del cinturón industrial, Porlock, Joschka, Najdorf, para ver sus catálogos y transportar las latas. Luego Jan descubrió un ciclostil en las oficinas de la Academia y también aprendió a utilizarlo, y se lanzó a escribir textos y anuncios y programas de mano. Inauguraron Linterna Mágica con *Amanecer* de Murnau, y como era muda no fue demasiada gente.

Oskar se dio cuenta de que Jan escribía y luego leía los textos porque se sentía inseguro frente a un auditorio, decía, de estudiantes, de «gente preparada». «Olvídate de leer», le dijo Oskar, «tú sabes mucho más que todos ellos juntos, lo que tienes que hacer es hablar, hablar como hablabas en el ateneo la noche de *El esplendor de los Amberson*», y así lo hizo cuando pasó *La sombra de una duda*, que se convirtió en su gran éxito, un triunfo absoluto, apoteósico. Porque Jan le hizo caso, dijo, y habló de Hitchcock como había hablado de Welles, como si fuera un padre o un hermano mayor; habló de las películas que conocía y todavía mejor de las que no conocía pero se sabía de memoria porque había leído todo sobre ellas, casi gritando «Hitchcock no es un fabricante de chatarra, es un gran artista, un poeta maldito», y se fue soltando y empezó a relacionarlas con su propia historia, y así contó cómo aquellas películas le salvaron la vida en muchas ocasiones, y contó muchas cosas que Oskar no sabía, historias de su infancia en Gorbach, historias del reformatorio, como cuando se escapó una noche para ver *Vértigo* por primera vez, el descubrimiento absoluto, y a la vuelta le pillaron y como castigo le pusieron a enmarcar postales turísticas, las bellezas de Moira, durante doce horas seguidas, hasta que le sangraron los dedos, pero le daba igual, decía, porque había valido la pena, porque todas aquellas postales se le transfiguraban, en todas veía a Kim Novak caminando por las calles de San Francisco, y aquello lo contó, dijo Oskar, como si se lo estuviera contando en el Eden Bar, y era una historia espléndida, y volvió loca a la gente, se quedaron mudos, no crujía ni una butaca, y Oskar estaba feliz pensando «Ahora, ahora se los ha metido en el bolsillo», y pasó una hora sin que nadie mirase el reloj, y al acabar hubo un silencio enorme, y Vera Anilevich se puso en pie para aplaudirle, y le siguió Isa Novelski, y toda la primera fila de profesores, y la audiencia entera, y a partir de aquella noche Jan se convirtió

en la estrella de la Academia, y todo el mundo fue a ver las películas de Linterna Mágica y, sobre todo, a escucharle.

Oskar encendió la luz que había sobre su sillón, aquella lámpara de pie con una pantalla plisada, roja por fuera, blanca por dentro. Ya era de noche y yo quería ver una foto de Jan, una sola, pero no me atrevía a pedírselo. Oskar seguía recordando aquellos días, que a mí me parecían lejanísimos, con un brillo de felicidad en los ojos, con una gran nostalgia, cuando recorrían el país en tren, en coches prestados, a la caza de películas, y volví a sentir celos por aquella corta vida en la que yo no estaba, y por Jan a su lado, y por un momento les imaginé a los tres juntos, a Jan y Oskar y Trudi Baumann enfilando una carretera muy larga y bordeada de álamos, o en el instante en el que el tren entraba en el túnel, y la hija del proyccionista pasó a formar parte de la asquerosa raza superior, la raza de las rubias ubérrimas, altísimas y de ojos azules a la que también pertenecía Andrea Novak.

Pero Jan todavía no tenía rostro. Traté de agrupar algunos detalles, algún fragmento de descripción, rebuscando en todo lo que Oskar me había contado, y no encontré nada más que unas mangas deshilachadas, una mano agitándose con vehemencia en el aire, como si tuviera vida propia, un torso desnudo y mojado en el agua de un lago y unos ojos contemplando el amanecer sobre los bosques de Kinkel, y luego el fantasma de su cuerpo en la butaca verde del piso de Varenka, frente a la luz anaranjada (no: entre amarilla y naranja) de la ventana cubierta con periódicos.

Oskar se levantó y le vi rebuscar en la estantería y pensé, como una niña, que me había leído el pensamiento, pero no, no exactamente. No trajo fotos; volvió con un abanico de programas de mano, hojas ciclostiladas en papel amarillo, azul y verde claro, que ahora vuelvo a tener entre mis manos.

Hojas de papel barato, que contemplo como mapas de un tesoro irrecuperable, de un tiempo en el que todo aquello *importaba*, cuando las películas, el teatro y los libros eran pasiones, pasiones compartidas, grandes aventuras, concentrados de vida.

Jan proyectó *Sherlock Junior*, de Keaton. El programa decía: «Con el acompañamiento al piano de Isa Novelski». Y *El manantial*, de King Vidor, que era una de sus películas favoritas. Y *La tienda de la esquina*, de Lubitsch, y muchas otras.

La noche en que tenía que proyectar *El río*, de Renoir, desapareció.

La sala de actos estaba llena, todos esperándole, y Jan no se presentó.

Por una mujer. Otra mujer.

Oskar sabía que en aquellos meses había tenido historias con varias, incluso llegó a salir con dos de ellas a la vez, pero que aquella relación fue más larga e intensa que las anteriores. Yo veía un baile, siempre en el mismo lugar, al aire libre, una noche de verano, una sucesión de cuerpos bailando con él, entrando en el círculo de luz, bajo los farolillos de colores, Gisia que en un giro se convertía en la ubérrima Trudi con la boca devoradora de Andrea, hasta que Oskar dijo que la mujer era mayor que Jan.

Se habían escapado juntos, una locura, un fin de semana entero sin salir de la cama, en el piso de ella. Jan se lo contó, riendo, cuando Oskar le llamó a la fábrica, el lunes por la mañana. Reía, feliz, y Oskar se puso muy serio, y luego furioso, y le gritó, le llamó inconsciente, y Jan le dijo que no necesitaba padres ni madres, y Oskar le contestó con unas cuantas estupideces, dijo.

Entonces Jan también se puso a gritar y dijo que se podían ir todos a la mierda, Oskar y el cineclub y todo, y le colgó el teléfono, y así colgó también el cineclub cuando estaba en su mejor momento, y Oskar y Jan estuvieron mucho tiempo sin hablarse, sin saber nada el uno del otro.

Una tarde le vio tras los vidrios del Café Zlatny, bebiendo solo, con una mirada de absoluta fatiga, o apatía, o indiferencia, y pensó que debía llevar horas o días así, bebiendo de bar en bar, sin hacer nada. «Así es también Jan —dijo—, hasta que de repente algo se pone de nuevo en marcha en su cabeza y vuelve la agitación.» Aquella tarde, Oskar estuvo a punto de entrar en el Zlatny como yo había estado a punto de entrar en la farmacia Sleyen, pero pudo más el rencor y siguió caminando, sin volverse.

Una madrugada, cuando menos lo esperaba, sonó el teléfono en el piso del Strach. Sarah le dijo: «Es para usted, parece que es urgente».

Era Jan. Considerablemente borracho. Llamaba desde un bar.

Le dijo:

—¿Quieres ver *L'Atalante*?

Oskar no sabía qué decir. *L'Atalante* era la película soñada de los dos, de la que más habían leído, sin que nunca la hubieran podido ver, porque estaba fuera de circulación. Pensó que era una broma.

—¿Quieres verla o no quieres verla, hermanito? —repitió.

Oskar dijo que sí, que claro, que dónde la había conseguido.

—El próximo sábado, en Linterna —dijo.

Supo que había ido a pedirle perdón a Vera Anilevich. Y que gracias a una gestión de Isa Novelski, la Cinemateca de París, nada menos, había enviado la película. Cuando llegó la noche de su gran reaparición, Oskar intuyó que algo no iba bien. A Jan le temblaban las manos y luego todo el cuerpo mientras hablaba, y sudaba mucho, y los ojos le brillaban más que de costumbre, y en mitad de su discurso quedó mudo y se desmayó, cayó redondo, y de allí le llevaron al hospital, y en el hospital dijeron que era neumonía, que había llegado al límite de sus fuerzas.

«Demasiada entrega, demasiado alcohol, demasiada fatiga, y la fábrica, y preparar una película cada semana, y demasiadas novias, y tan pocas horas de sueño», dijo Oskar, y los médicos dijeron que necesitaba reposo absoluto, y entonces Vera Anilevich hizo que le ingresaran en el sanatorio de Norderney.

22. El señor Sleyen

Se había acabado el verano y no paraba de llover. Fue por aquellas fechas cuando tía Olga volvió a Luzhin. La señora Kulpik, la mujer a la que había subarrendado la tienda de frutas y verduras, se había ido a vivir con su hijo.

—... además, Hektor está mucho mejor. Las vacaciones le han sentado de maravilla. Le encanta esa casita; yo creo que acabará comprándola. Y tú...

—¿Qué?

—... tú ya vuelas sola, Kluka, aunque no quieras contarme nada de tus vuelos.

Le dije que lo de Oskar no era nada «serio».

—Es un buen amigo. Muy buen amigo.

—¿Pero le quieres?

—No lo sé. Estoy bien con él. Me gusta mucho. Es guapo, es inteligente, es bueno...

—Todo eso no abunda junto —dijo Olga.

—... pero no sé si le quiero. A lo mejor el querer no viene de golpe.

—No, a veces no. A veces no.

Mientras encendía un cigarrillo preguntó:

—¿Y es bueno en la cama?

Me quedé pensativa unos segundos.

—Niña, si tienes que pensarlo...

—No, me gusta, me gusta. Pero como no lo he comparado con ningún otro...

Nos echamos a reír como locas.

—¡Si tu padre nos oyera!

Mi padre contrató a un empleado (al que yo hubiera olvidado por completo de no llamarse Anatol) para llevar el taxi por las noches y algunos fines de semana. Volvió a jugar, pero siempre cantidades muy pequeñas, en lo que él

llamaba «el Casino» y era el café de la Federación del Taxi, en la calle Emmerich. Otras tardes las pasaba en el canódromo, donde las apuestas no iban más allá de cuatro o cinco rupeks.

En septiembre volví al trabajo, y Oskar fue a Norderney a visitar a Jan.

Una de aquellas mañanas turbias, de cielo denso y lluvia continua, un hombre vino a buscarme a la salida de la biblioteca.

Estaba sentado en uno de los bancos de la recepción, como un muñeco de ventrílocuo abandonado, con la mirada baja y la gabardina empapada, una gabardina muy parecida a la de mi padre. Alzó los ojos al verme aparecer. Ojos vidriosos, como si allá adentro continuara lloviendo. Un rostro demacrado y terriblemente envejecido, como si hubiera sufrido torturas atroces en un campo de concentración. La mirada del superviviente.

—¿La señorita Liboch, Klara Liboch?

Tardé en reconocerle. Mi última imagen era la de un hombre corpulento, sonriente, de mostacho fiero y aspecto de luchador, girándose, feliz, desde la barra del Salón Diamante.

Era el señor Sleyen, el dueño de la farmacia de la calle Letka, el hombre por el que mi madre nos abandonó.

Calculé que debía de pesar veinte o treinta kilos menos. Se incorporó con gran dificultad, apoyándose en un bastón de aluminio, rematado por una base de tres patas, y me extendió una mano temblorosa, un pellejo frágil y vacío.

Caminamos, lentos, sin hablar, hasta el Café Zlatny, que estaba junto a la biblioteca.

—Usted y yo no nos conocemos —dijo— y es imperdonable. Pero cualquier cosa que diga no... ¿Quiere tomar algo? Permítame...

Hablaba con voz entrecortada, como si respirar también le costase un gran esfuerzo.

Pedí un café. Él pidió lo mismo.

—No la entretendré mucho. Solo quería darle esto.

Rebuscó en los bolsillos de la gabardina.

—... lo encontré en un libro, entre los papeles de Josiane, de... de tu madre.

A través de los ventanales entraba una luz tormentosa, azul con reflejos de yodo, del color de un hematoma.

Me mostró un sobre alargado, con una gran mancha de humedad.

—Es una carta que nunca te llegó a enviar. Estuve... mucho tiempo en el hospital... y luego, al deshacer la casa... entre sus cosas...

El señor Sleyen rompió a llorar, sin aspavientos. Las lágrimas fluían por sus mejillas hundidas mientras hablaba, se descolgaban como suicidas de los flecos de su bigote mustio, casi blanco. Yo permanecía inmóvil, con la espalda tensa y los hombros como una escuálida vara de hierro, sin saber qué hacer ni qué decir. Me dijo que se sentía muy mal, que estaba en deuda conmigo. Dijo que él había sido siempre muy celoso, terriblemente celoso, y le prohibió a Josiane que volviera por la calle Zuckmantel, que volviera a vernos. Le exigió que nos borrara, como si nunca hubiéramos existido.

—La quería solo para mí. ¿Puedes entenderlo? ¿Puedes entender que...?

No pudo acabar. El llanto que arreciaba y quizás la vergüenza o el recuerdo no se lo permitieron.

Cogió unos instantes mi mano y la apretó.

—Léela. Léela y perdóname.

Fue en aquel momento cuando vi la cicatriz en la parte interior de la muñeca: un corte largo, torpe, oscuro.

Entonces atrapó mi mirada y vio lo que yo estaba mirando, las huellas de los puntos de sutura trazando un dibujo parecido a un alambre de espino, y volvió a bajar la cabeza y buscó el bastón de aluminio, que resbaló y se escurrió entre sus manos y golpeó en la mesa de mármol, entre las tazas de café que no habíamos probado, como el badajo de una campana fúnebre.

Quise ayudarle pero me disuadió, avergonzado, con un gesto de la mano encogida bajo la manga, engarfiada. Luego se levantó todo lo aprisa que pudo, con la barbilla clavada en el pecho, y salió de allí. Nunca volví a verle.

23. La carta

La carta estaba escrita a máquina, con muchos errores, sin acentos. Hileras de X tachaban algunas palabras, a veces una frase entera. Supuse que mi madre debió de escribirla de un tirón, apresuradamente, temiendo todo el rato que Sleyen apareciera. La imaginé en la trastienda de la farmacia, poco después de mi visita frustrada. Con las gafas en la punta de la nariz y de cara a la puerta, teclea con dos dedos en una vieja máquina que Sleyen debía utilizar para las facturas y pedidos comerciales.

Solo tía Olga conoció la existencia de aquella carta, que viajó a Luzhin antes de ocultarse bajo mi baldosa secreta, junto a las dos fotos.

Después de leerla en silencio, Olga me aconsejó no enseñársela a mi padre, «para no abrir viejas heridas».

—Fui muy injusta con tu madre, Klara. Muy mala y muy injusta —dijo, con la voz ronca.

Luego rompió a llorar. Fue la única vez en mi vida que la vi llorar.

querida hija mía:

¿como estas tu? yo contenta y triste contenta por haberte visto la otra tarde tan guapa y tan crecida y triste por haber sido tan ~~XXXXXXXXXX~~ las dos.

es de no creer que ~~XXXXX~~. cuando te fuiste cuando te deje escapar lloraba y me reía al mismo tiempo lloraba de pena porque ninguna de las dos supo dar el paso cruzar la calle y abrazarnos ya ves que sencillo y que difícil hija mía y también me reía como una tonta al recordar tus esfuerzos para que yo no te viera ~~XXXXXXXXXXXXX~~. te vi en seguida te vi casi desde el primer momento, intentando esconderte detrás de la columna del café y sacando la cabecita para mirar con tus ojos tan grandes. ~~XXXXXXXXXX~~ muy mala espionne, querida niña.

habías cambiado mucho pero te reconocí una madre siempre reconoce a su hija. que escena mas rara verdad? una hija escondiendose de su madre, una madre fingiendo que no ve a su hija cuando ~~XXXXXXXX~~

¿que nos paso? te dire lo que me paso a mi. fui cobarde he sido tan, tan cobarde varias veces estuve a punto de salir, de salir corriendo y echarme en tus brazos y gritarle a todo el mundo que eras mi hija pero tuve miedo a tu rechazo y espere a que tu hicieras ese el primer paso.

me habia portado tan mal contigo freddy me habia prohibido verte veros tantas veces pero no es excusa ya lo se ya lo se siempre lo supe. me mentia a mi misma ~~XXXXXXXXXX~~

si hubiera querido si realmente hubiera querido os hubiera visto sobre todo a ti y a hektor tambien y le hubiera ~~XXXXX~~ menos pero tambien. lo hubiera hecho a lo mejor solo una vez y freddy nunca se habria enterado. Sabia que hektor estuvo en la carcel por la politica sabia tambien que tu no estabas sola que tenias a Olga tan connasse pero tan fiel y no lo hice no hice el paso.

no hicimos el paso.

como explicarte tantas cosas pedirte perdón por tantas cosas.

quiero que sepas hija mia que quise mucho a tu padre y te quise y te quiero mucho a ti. y luego os odie a los dos y eso es lo que tarde tanto tiempo en perdonarme. pense tu ves que me habiais robado lo mejor de mi juventud.

yo era tan joven entonces y mala y egoista amaba y dejaba de amar no se puede ser así.

luego aparecio freddy tan gentil y volvi a enamorarme como una ~~XXXXXX~~.

es un buen hombre quiero que lo sepas pero tan celoso tan posesivo.

fue muy valiente como era tu padre cuando le conoci.

freddy lo dejo todo por mi. es alegre y bueno. su unique defecto son esos celos que le comen y no le dejan vivir y hacen que a veces a mi tampoco me deje vivir. tu veras cuando quieras a un hombre que no hay hombre sin defectos y que todos tenemos en nosotros cosas que no podemos ~~XXXXXXXXXX~~ aunque queramos.

tu estas muy guapa y yo se que bien. yo se desde ~~XXXXXX~~ que tienes un buen trabajo en el biblioteca kobel. te voy a dejar alli esta carta mañana mismo si puedo. lo que no puedo tu comprendes es enviarla a rue Zuckmantel porque si llegara a manos de hektor el seria capaz de romperla y no dartela nunca.

si todavia quieres verme hazme un signo dejame una nota algo en el cafe que hay junto a la biblioteca (se llama zlatny ya debes conocerlo).

yo pasare por alli y si quieres quizás podremos

Aquí se interrumpía la carta. ¿Habría llegado Sleyen en ese momento?

¿Por qué no la envió, por qué apareció entre las páginas de un libro?

¿Se arrepintió, quizás, de haberla escrito?

Cuando salí del Café Zlatny tenía la boca seca y no podía pensar en nada.

Miento. Pensé: ¿Por qué han de seguir las cosas? ¿Por qué todo se mueve y regresa y nada se está quieto nunca? Dos horas antes, mi madre estaba muerta e intangible en el Gran Hueco, sepultada y sin rostro bajo los escombros del Salón Diamante. Y ahora, al final de aquella mañana de cielo turbulento, volvía más viva que nunca, más madre que nunca, con un cuerpo atravesado de duda y deseo, y yo tenía que abrazar aquel pobre cuerpo mortal y reconocerme en ella. Luego me sorprendí preguntándome en qué libro... Sería un libro francés. Una novela de sus tantas novelas de amor.

Tiene ese libro sobre la mesa cuando oye el ruido de la puerta. Mete la carta en el sobre, y el sobre dentro del libro, y corre a abrazar a Sleyen, y los dos salen a la calle, jóvenes y perfumados, tomados del brazo, y con el sol en la cara embocan la avenida Leibniz rumbo al Salón Diamante.

24. El ángel de los dientes de madera

Entré en mi habitación como en un agua fría.

Bajo la cama, la carta palpitaba y emitía radiaciones, una débil fluorescencia que se extendía a ras de suelo como un charco de agua lechosa: bastaría hundir la punta de mi pie desnudo para electrocutarme.

Aquella noche viajé en tranvía hasta el barrio Sur.

A mi alrededor no había paisaje, borrado por la tiniebla y la cal del cielo y la lluvia que arañaba con furia los cristales. Las ventanillas estaban herméticamente cerradas, pero eso no impedía que el viento sacudiera las bombillas del techo, a ráfagas. Solo veía la nuca del conductor, muy próxima, a menos de un palmo de mis ojos; una nuca abombada, brillante, como un absceso chorreante de sudor, empapándole el cuello de la camisa.

Entrecerré los ojos para que el brillo de aquella nuca no me mareara.

Las bombillas parpadearon hasta alcanzar el límite de su incandescencia, gimiendo y chirriando como si hubiera insectos atrapados en su interior, y cuando los insectos murieron abrasados volvió la oscuridad.

Me guié aferrándome al pasamanos de hierro, que era estrecho y helado, como la barra en que se convirtieron mis hombros mientras escuchaba al señor Sleyen. Subí y subí contando los peldaños. Al final de aquella escalera larguísima estaba mi madre, en una habitación alquilada. No había muerto, seguía muriendo. O si había muerto no lo sabía, acurrucada en el suelo, sin brazos ni piernas. Un tronco de barro que apenas se movía, envuelto en vendas sucias, en medio del charco de agua lechosa, entre escombros y maderas roídas por la carcoma. Una respiración debilísima, una pequeña momia muda, sonriéndome con dientes también de madera roída, que comenzaron a caer como teclas de piano.

No pude volver a dormirme. Bebí mucha agua, hasta encharcarme. Caminé por la casa, descalza, vigilando donde ponía los pies. Los huesos de mis

tobillos estallaban como corazones de madera en un mueble viejo y solo yo los oía. La puerta de la habitación de mi padre estaba entreabierta. Roncaba acompasadamente, y había una sonrisa de felicidad pintada en su boca. Una sonrisa húmeda y viva, como solo suele verse en los rostros de algunos niños pequeños; una boca con todos sus dientes, en un orden perfecto.

En los días que siguieron desapareció el tranvía, y la nuca como una calabaza, y las bombillas con insectos friéndose, pero la incomprendible imagen de mi madre regresó muchas veces a cualquier hora del día o de la noche.

Así pasaron algunas semanas sin huella. Los periódicos anunciaron una larga temporada de lluvias, y en la plaza Arpad, frente al Slepoy, vi un revoloteo de crujientes hojas pardas, al anochecer, y una vieja se apresuró a montar un tenderete de castañas y patatas asadas, envueltas en un humo cálido de otoño anticipado, y la diminuta pareja de ébano siguió bailando su vals eterno, en círculos lentísimos, sobre la puerta de la charcutería Ogarev.

Despertaba ahogándome. La baldosa borboteaba, el charco crecía y la habitación se iba llenando poco a poco de agua, un metro de agua, dos, tres, empujando hacia arriba la cama, y yo solo me daba cuenta cuando mi cara estaba a un palmo del techo, y en cuestión de segundos el agua me cubría ojos, nariz y boca, y ya no había espacio para respirar.

—Anoche volviste a gritar —me decía mi padre.

—Es que fuimos con Oskar a ver una película de miedo y la sueño cada noche.

—No deberías ver esas películas, Kluka.

A veces también me llamaba Kluka, como tía Olga cuando yo era pequeña.

Me volqué en el trabajo y las clases. Isa Novelski estaba muy guapa y muy morena, y empeñada en que conociéramos, obra a obra, el teatro de Chéjov.

Empezamos por *Ivanov*, que me pareció irritablemente desordenada y quejumbrosa, y seguimos con fragmentos de *La gaviota*.

Nina fue, por supuesto, la maldita y rutilante Andrea Novak: no hay peor némesis que la que ignora su condición. Yo fui la modesta y olvidable Masha en la primera lectura, Masha vestida de negro, «de luto por su vida», y el doctor Dorn en la segunda, porque Isa repartía los papeles masculinos y femeninos según misteriosas intuiciones del momento y para «rompernos los esquemas».

No interpretábamos: nos limitábamos a «preparar» y «modular» fragmentos, inmóviles, con los brazos pegados al cuerpo. No pasó nada con mi Masha, seca como una rama muerta, pero con la parte del doctor obtuve una breve e inusual mirada de aprobación, una sonrisa que al principio fue una línea indecisa en sus labios, hasta que la sorpresa tiró lentamente de sus comisuras, como un engranaje levantando piedras o pesas idénticas. Algo se despegó en mí, en mi voz (muy ronca: arrastraba un resfriado) o en mi pecho cuando Dorn se perdió una tarde de verano por las calles de Génova, inundadas de gente, y salió volando por una ventana de mi cabeza y se convirtió en una molécula de color, y creyó por un momento, y yo con él, en «la existencia de un alma universal» en la que poder fundirse.

Oskar comenzó a trabajar a jornada completa en el periódico, fotografiando sucesos sin sangre, visitantes medianamente ilustres, actos sociales sin relumbre, paisajes más o menos poéticos para el suplemento en color de los domingos. Una tarde le acompañé a la inauguración de una galería de arte en el bulevar Meysenburg. Se presentaba la obra reciente de varios artistas locales, pero la joya de la exposición, el anzuelo del galerista, era una pequeña acuarela de Paul Klee que acababa de comprar para su colección.

Un hombre gordo, con jersey de cuello alto, patillas y gafas de montura negra, explicó que Klee la había pintado durante su servicio militar, y que en sus tonalidades sombrías podía detectarse claramente la amenaza de la guerra. Llovía, la sala estaba llena de gente, habían puesto la calefacción y hacía mucho calor. El hombre gordo terminó su parlamento sudando a chorros, y señaló con su gorda mano aquella maravilla. Sonaron aplausos

fofos y empezaron a estallar flashes, como fogonazos persiguiéndose por el tendido eléctrico de un tranvía, y la mano rosácea y blanda, como hervida, dio paso a una compacta ola de nucas que cubrieron la pequeña acuarela como limaduras de hierro atraídas por un imán, y aquellas nucas volvieron a brillar y a agrandarse ante mis ojos.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy un poco mareada. Salgo afuera un rato.

Apoyé la frente contra la corteza de un árbol, cerré los ojos y empecé a resbalar, casi sin darme cuenta. Un matrimonio muy bajito, como un par de vinajeras, evitó que me rompiera los dientes contra el suelo. Sentía las piernas como si estuvieran rellenas de arena. Abrí los ojos en un bar. Mis labios eran de corcho. Un sabor frío: Oskar me metía una cucharita en la boca. Pensé en el talismán de la abuela Irina, y sonreí, y tragué de nuevo el azúcar empapado en melisa. A mi alrededor ya no había nucas sino rostros: el de Oskar, el de un camarero muy viejo y solícito, y las cabezas del matrimonio bajito, muy juntas, como sujetalibros.

—Gracias, gracias. Estoy bien. Quiero caminar un poco.

Salimos de nuevo. Expliqué que si el calor, que si la gente, que si la comida debía haberme sentado mal.

—¿Estoy muy pálida?

Oskar me abrazaba tratando de disimular su inquietud.

Pensé que habría estado inconsciente un buen rato, porque la galería ya estaba vacía y a punto de cerrar, irreal como el escaparate de la perfumería Vetiver en la madrugada. Tenía calor y tenía frío, en oleadas. Me deshice blandamente del abrazo. No sabía lo que quería. Tampoco quería volver a casa.

—Espera un momento —dije—. El cuadro. Quiero ver el cuadro.

Se llamaba *Estrellas sobre la Casa Malvada*.

En la parte inferior, justo en su centro, estaba la casa, que parecía de hueso y emergía de una oscuridad terrosa, de un pardo enhollinado, para ser derrotada, aplastada por un cielo que ocupaba el resto del lienzo; un cielo azul cobalto enmarcado por felices cortinas de teatrito, un cielo ganador en el que campaban estrellas redondas y triangulares, como juguetes esparcidos por el cuarto de un niño. Rompí a llorar.

Oskar me acariciaba, me preguntaba qué me pasaba, y yo solo acertaba a decirle «Me acuerdo de mi madre, me acuerdo mucho de mi madre», sin parar de llorar, como había llorado ante mí el señor Sleyen, vaciándome, llorando todo lo que no había llorado hasta entonces.

—Te quiero, caramojada —susurró Oskar mientras me besaba, besos empapados y calientes en los ojos, las mejillas, la nariz, la boca.

25. Preparativos

A mediados de octubre, un misterioso anticiclón procedente del sur desbarató las previsiones meteorológicas. Un viento seco subió desde el estuario y sopló sobre Moira desplazando la borrasca, barriendo la erizada electricidad del aire y devolviéndonos una inesperada rodaja de verano, la última de aquella naranja que ya parecía arrugada sin remedio y sin olor.

Así desperté una mañana rodeada de colores vivos: un sol insólito y breve atravesaba la cortina de flores rojas para salpicar con una luz nueva las paredes de mi habitación.

Llamó Oskar, desde el periódico, envuelto por el tecleo de las máquinas, para decirme, con voz agitada y radiante, que Jan había vuelto.

—Ayer le soltaron. Está como nuevo, ya verás. Incluso ha pensado en seguir con el cineclub, y escribir y...

Aparté la oreja. Hablaba demasiado aprisa, con una felicidad que me recordó a la de un niño ansioso por conseguir un caramelo, o un locutor anunciando unas rebajas.

—... hemos quedado en el Eden Bar a las cinco. Acabo unas cosas y te paso a buscar.

—¿Dónde está eso?

—Barrio Sur. Esquina Orid y Bayer.

—¿Y por qué tan lejos?

—A Jan le gusta. Fue donde nos encontramos después de...

—Ya, ya me acuerdo. Me contaste.

—¿Estás bien? Te noto una voz un poco rara.

—No, estoy bien. Muy bien.

—¿De verdad?

—... pero a las cinco no voy a poder —mentí—. Le dije a la señora Scavac que hoy me quedaría para fichar unos libros nuevos. Puedo pasarme a las siete. ¿Seguiréis ahí a las siete?

—Claro —dijo Oskar.

Era la hora de comer pero se me había quitado el hambre. ¿Por qué estaba tan nerviosa? No tenía sentido... Tonterías. A las tres de la tarde me tumbé en la cama y traté de repasar mi papel (Astrov en *Vania*). A las tres y media había leído diez veces el mismo párrafo. No dejaba de pensar en la cita. Y en la ropa que me pondría, como una colegiala. Salté de la cama. Ponte cualquier cosa. Estás bien como estás. Lo de todos los días, boba. ¿Por qué vas a ponerte otra cosa? Decidí que tenía razón, muchísima razón.

Un toque de pintalabios, eso sí. Nada muy evidente. Rosa pálido, por ejemplo. Rosa pálido, perfecto. Y un poco de sombra en los ojos. Un poco, sin pasarse. Que no se note pero que se *perciba*. Un retoque. Un baño —no, mejor una ducha— y un retoque y me meto en un cine. Grandísima idea: dejo pasar las horas en un cine del centro, en primera sesión, y luego tomo el tranvía. Repasé la cartelera y resultó que en el centro todas las primeras sesiones comenzaban demasiado tarde, a las cinco y media. Salvo en el Majestyk, que abría sus puertas a las cuatro. El Majestyk, muy bien. La nueva comedia de Billy Wilder, *La galleta de la fortuna*, perfecto.

Busqué entonces un mapa de Moira y calculé lo que tardaría el 57 en llegar a la altura de Orid y Bayer, y luego añadí media hora, por si acaso, y sumé el resultado a las dos horas de la película.

Pero no. No era una buena idea. Era una idea peligrosa, porque el Majestyk estaba en el bulevar Worcell, en plena ruta del 57. ¿Y si Oskar me veía entrar en el cine? Poco probable, desde luego, pero las mentiras siempre convocan ese tipo de casualidades inverosímiles.

Oskar Klein y Jan Bielski han quedado a las cinco. Klein sale de su casa con retraso porque le han entretenido en el periódico, y toma el 57 en el Strach pongamos que a las cuatro menos cuarto, y el tranvía remonta con preocupante lentitud el bulevar. Oskar, nervioso, mira por la ventanilla hacia las grandes columnas recubiertas de espejitos cuadrados en el preciso momento en que Klara Liboch...

No, nada de cine. Un café: podía llevarme un libro y leer tranquilamente hasta que... No, tampoco. Podía verme cualquier otra persona relacionada

con Oskar, y al día siguiente, en la Academia, por ejemplo, un comentario casual... Levanté la cabeza y me contemplé en el espejo del lavabo.

Seguía muy pálida. Muy, muy. Pero nunca había llevado maquillaje. No, nada de maquillaje. Nada que pueda extrañar a Oskar.

Me pellizqué las mejillas mientras pensaba: ¿falda o pantalón? Mientras las mejillas recuperaban sorprendentemente su palidez cubrí la cama con varios conjuntos posibles y me probé tres faldas. Descarté la primera en el acto: demasiado corta. La segunda era demasiado seria, y la tercera no combinaba bien con la blusa blanca que acababa de elegir después de desechar otras tantas camisas.

Volví al cuarto de baño. Me duché. Me peiné y luego me despeiné un poco con los dedos. Un golpe de fatiga me empujó a uno de los sillones del comedor. El reloj marcaba las cinco; tenía tiempo de sobras. Aquel sol inesperado me daba en la cara y me adormecí, pero no por mucho rato, porque tenía miedo de quedarme definitivamente frita y despertarme ya de noche. Cabeceaba un poco y me despertaba de golpe, con un brinco en el corazón, y volví a cabecear y volví a despertarme, sobresaltada, a los pocos minutos, las cinco y diez, las cinco y cuarto, hasta que el ruido de una llave en la cerradura me despertó del todo. Era mi padre, felicísimo porque había ganado al ajedrez y me pidió que le preparase un café, si no me importaba, claro, y mientras lo tomaba se empeñó en explicarme todos los movimientos de aquella partida victoriosa.

A las cinco y media salí de casa vistiendo mi vieja camiseta rosa, tan cómoda y alegre y veraniega, y unos vaqueros y una cazadora de cuero de segunda mano que había comprado en la plaza Maisel, que aún no había estrenado y que tuve que quitarme, porque a la media hora ya estaba sudando y el tranvía no llegaba y no llegaba.

No podía estar quieta. Caminé hasta la siguiente parada, donde ya había una buena cola. Pasaron varios tranvías. Naturalmente, ninguno era el 57. Una gorda de voz chillona dijo que eso con el Mariscal no pasaba y que en su época todos los trenes y todos los tranvías llegaban sin un minuto de retraso. Un hombre de aire filosófico (es decir, triste, profesoral) le replicó que de

nada valía que «en su época» los trenes y tranvías llegaran a tiempo si, como era bien sabido, no llevaban a ninguna parte. La gorda se echó a reír, a graznar más bien, mirando a todo el mundo en busca de cómplices, barrenándose la sien con el dedo y diciendo «¿Pero ustedes entienden lo que dice este loco?». El hombre sonrió, conmisericordioso, y trató de aclarar la profundidad de su respuesta, y la discusión se encrespó.

No pude soportar los agresivos graznidos de la gorda ni las presuntuosas metáforas del hombre: levanté la mano y paré un taxi en el mismo momento en que, naturalmente, asomaba su morro el 57.

No fue un trayecto agradable, porque la espera y la estúpida discusión me habían puesto nerviosísima, y la rodilla se me disparaba en el asiento pegajoso y estaba empapada en sudor. Embocamos el barrio Sur y comencé a maldecirme. ¿Por qué había aceptado ir hasta aquella zona horrible, volver allí? Oskar y Jan podrían haber celebrado su romántico reencuentro hasta hartarse, y verles yo luego en el Café Werring, o en el Oso de Plata. Pero había dicho que sí, que de acuerdo, y eso me enfurecía. ¿Qué más daba las cinco o las siete, si el lugar de la cita permanecía inalterable? Entonces se me ocurrió que la discusión entre la gorda graznante y el triste sentencioso no había sido casual, que un ángel los había colocado en mi camino, en aquella parada, para que yo alzara la mano y tomara un taxi, para que no subiera al tranvía que en aquel mismo momento estaría remontando la cuesta de la calle Letka a la altura de la farmacia, y ese pensamiento me sonrió y me distrajo. Quizás el ángel era el viejo y lejano Ángel de la Risa; quizás era la forma que mi madre había encontrado para volver: un ángel mudo sin brazos ni piernas, de boca grande y dientes de madera.

Cuando llegamos al comienzo de la avenida del Doctor Teyrsen le dije al taxista que me dejara allí, allí mismo. Porque yo me había visto, parcialmente, en el retrovisor, y luego vi un bar, y decidí en aquel instante que necesitaba el espejo completo de un lavabo, y arreglarme un poco, y tomar algo que me tranquilizara. Bebí tres sorbos de una copa de coñac y en un quiosco de periódicos compré unas pastillas de menta para que no se me notara en el aliento, y luego caminé y de pronto recordé que no había comido,

y entré en una pastelería y pedí una rosquilla de crema. Mientras me sacudía las migas, sin dejar de caminar, el alcohol y la rosquilla se abrazaron en mi estómago vacío, contra todo pronóstico, con la esponjosa y feliz suavidad de un bizcocho borracho, y me sentí bien, y comencé a calmarme. El tranvía, que venía siguiéndonos, tintineó, burlón, a mi espalda, y desapareció por la avenida.

Iba demasiado aprisa. ¿Por qué iba tan aprisa?

Doblé por Orid cuando un sol de melocotón comenzaba a hundirse sin remedio tras el único edificio alto de la calle, y un rayo sesgado me dio en los ojos y luego se derramó sobre los adoquines como... sí, como oro líquido.

El Ángel de Dientes de Madera me había enviado las estrellas sobre la Casa Malvada, como un dibujo de tizas de colores sobre un muro negro; había colocado en mi camino a la Gorda y al Triste para esquivar, de milagro, la lápida metálica de la farmacia, y ahora yo había estado a punto de no ver bajo mis pies los lingotes inventados, resplandecientes, hechos de la misma luz que me bañó aquella tarde en el piso de Varenka, fluyendo a través de los vidrios cubiertos con papel de periódico.

Todo —Gorda, Triste, Taxi, Coñac, Rosquilla, Sol, Adoquines— se amalgamaba hasta formar un sendero, una armonía secreta y nítida.

Levanté de nuevo la vista y al final de la calle Orid, en la esquina con Bayer, vi la pequeña casa en forma de uve achatada, de paredes grises, con macetas ventrudas y ropa tendida en la azotea, y detrás y alrededor el cielo abierto como si a su espalda comenzara el campo, las definitivas afueras, casi una taberna del oeste, la última estación de las diligencias antes del desierto, y al acercarme vi la ventana enmarcada en madera negra y, tras el vidrio sucio, las dos sombras con las cabezas tan próximas, una frente a otra y casi tocándose, y a ambos lados de la puerta, como escudos nobiliarios de hojalata, un abollado disco rojo de Coca-Cola y el anuncio romboidal y herrumbroso de un jarabe de preguerra —Ribak—, y sobre la cortina de tiras metálicas, partida y anudada con lazos como las trenzas de una vieja, el rótulo en letras titubeantes pero orgullosas: Eden Bar.

26. Eden Bar

Piso el suelo de tablas desiguales y me detengo un instante en el umbral, todavía con el resplandor de los adoquines dorados en mis ojos. Parpadeo para acostumbrarme a la penumbra y pienso en el frescor de una gruta, en la bodega de un barco pirata. Olfateo: olor a humedad, a vino áspero y aguardiente de manzanas, a carbón enfriado. Y un aroma intenso y dulzón que tardo en identificar: absenta.

El bar es más hondo y alargado de lo que parecía desde fuera.

En el centro hay una estufa de carbón, y la chimenea de hierro parece sostener el techo, ennegrecido por años de humo de tabaco y vapor de café. Mesas redondas de madera, con el pringue enquistado. Un grifo de cerveza negra, coronado por un águila sin brillo. Botellas oscuras, esmeriladas de polvo. Viejas botellas de coñac, aguardiente, licores de hierbas, jarabes espesos como petróleo, anises escarchados, trepando en hileras hasta un gran espejo rectangular, inclinado y casi tan largo como la barra, con el azogue corroído en su base: manchas de óxido como islotes pardos en un océano glacial, y en lo alto, las letras biseladas del anuncio —Aperitivos Sendic— con tres estrellas a ambos lados.

Hay una pareja de viejos borrachos acodados en el mármol, bajo el reloj parado y las fotos amarillentas de ciclistas que ni ellos recuerdan, y varios hombres de edad indefinida jugando a cartas en una mesa del fondo, de espaldas a la puerta, silenciosos.

Oskar y Jan ríen junto a la ventana. No me han visto entrar. Ríen como si no hubiesen salido del Eden desde que se reencontraron, como si su conversación hubiera durado meses, años. Tan unidos y tan ajenos que estoy a punto de dar media vuelta y desaparecer, como si no tuviera derecho a romper su burbuja.

Es en ese momento cuando Jan levanta la cabeza y me mira.

Me ve mirando su imagen en el espejo.

Y en el espejo se encuentran nuestros ojos, nuestras cabezas coronadas de estrellas —Aperitivos Sendic— alzándose sobre el óxido.

Oskar no percibe ese encuentro de millonésimas de segundo en el que todo va a decidirse: está echando un chorrito de absenta sobre el terrón de azúcar; procurando que la cucharilla, en difícil equilibrio, no caiga dentro de la copa.

A partir de aquí comienza la niebla. Era Oskar quien más hablaba, sin parar, con exceso de afecto y de absenta, feliz y excitado de tenernos allí, por primera vez juntos, dirigiendo su mirada y sus palabras de uno a otro, mareante.

Probé la absenta, que no me gustó, pero apuré la copa, y luego otra.

La tarde no acababa de caer, como si el sol se hubiera enredado en las antenas, en los alambres de un tendedero que se hundían en su carne roja, cortándola en rodajas, muy lentamente. Intento volver a aquel primer encuentro para extraer y fijar un elemento esencial, la fuente de la irradiación, y no lo consigo.

Ah, desde luego que era guapo. Increíblemente guapo. Casi demasiado guapo para que le gustaran tanto las mujeres. Muy alto y delgado. Aquellos ojos verdes... Había una canción española o mexicana que comenzaba así. Creo que la cantaba Nat King Cole. A tía Olga le gustaba mucho. Cuando yo era pequeña sonaba una y otra vez por la radio.

Las mejillas hundidas, pálidas, con un tinte sonrosado, resaltando los pómulos. Aquella tarde llevaba una camisa color mostaza. Del respaldo de la silla colgaba una cazadora negra, de cuero, muy desgastada, como si le hubiera acompañado bajo muchas lluvias. La nariz afilada. Los labios eran demasiado finos, pero su sonrisa iluminaba toda la cara. El cabello castaño, abundante, largo y muy sedoso, como el de una mujer.

Siempre hubo algo profundamente femenino en Jan. En la forma de mirar y, sobre todo, de leer las miradas de los otros. Quizás por eso siempre prefirió la compañía de las mujeres. No era un seductor al uso, como yo había temido. Era un cazador, un cazador tranquilo. Eso era lo que nos conquistaba

a todas. La tranquilidad de su anhelo. Como si su mirada nos dijera: tarde o temprano te tendré.

La pierna volvía a temblarme, y yo la sujetaba con la mano, bajo la mesa. Oskar propuso una cena en el restaurante Letenske.

—Tenemos que llevarle al Letenske —dijo, mirándome—. Y luego... luego podríamos ir al Ciervo de Plata. ¿Has escuchado a Licorice Kid?

Jan no podía, no aquella noche.

—¿Cómo que no? —dijo Oskar—. Pero si es prontísimo... Pero si yo contaba con que los tres...

—No, lo siento, no puedo. Esta noche no.

Oskar bajó la vista y tamborileó con la mano en la mesa, como si le acabaran de robar un juguete.

—... cómo no me lo habías dicho antes... Este hombre es un desastre...

Pero no se dio por vencido. Planeó una excursión para el fin de semana siguiente, al bosque de los Álamos Negros. Para aprovechar la vuelta del buen tiempo.

—Estos días no durarán mucho —dijo.

Jan comentó entonces que conocía un lugar, un restaurante en medio del bosque: La Pagoda.

—¿Un restaurante chino? —preguntó Oskar.

—No, no es chino —sonrió—. Pero tiene una pagoda. Es un sitio muy curioso, una especie de restaurante con baile. Os gustará.

—¿Y está en la colina? ¿Donde el teatro?

—Justo al otro lado. Junto a la carretera de Griselk.

—¿Y qué pinta una pagoda en el bosque?

—Un capricho del antiguo dueño, el viejo Rocroy. Había sido fusilero naval, en Tonkin.

Yo evitaba la mirada de Jan. Y él se dio cuenta, se dio perfecta cuenta.

—¿Y tú nunca dices nada?

No fue una frase agresiva. Era una invitación. Una indagación suave, envuelta en una sonrisa. Sonreí yo también, para que no tomara en serio lo que iba a decir.

—Es que soy tímida.

Entonces dijo, serio, con voz pensativa:

—No, no creo. Los tímidos no se atreven a estar tanto tiempo callados. Quizás luego hablamos de cine, o de Modor, o de trabajos respectivos; nada demasiado vivaz o interesante. Habían bebido demasiado.
¿De qué más hablamos, qué más sucedió?
No tiene ningún sentido seguir rastreando, seguir insistiendo.
Aquella tarde no pasó nada más porque ya había pasado. En el espejo.

Salimos a la noche limpia y estrellada. Yo andaba muy recta, para que no se me notaran los efectos de la absenta. De camino a la avenida, casi en el límite de la calle Orid, un gato negro salió por la abertura de una puerta vieja y se acercó a Jan, caracoleando, enroscándose en sus piernas, como si le conociera de toda la vida.

Jan se agachó para acariciarlo; dijo que se parecía mucho al suyo.

—¿Tienes un gato? —pregunté, extrañada. No recordaba ningún gato en el piso de Varenka.

—Tenía. Se cayó por la ventana. Pero volveré a tener. Me gustan mucho. ¿A ti no?

—Oh, sí, claro. Son preciosos.

Oskar, que conocía mi alergia a los gatos, sonrió y me tomó del brazo.

Nos despedimos en la parada del tranvía.

Cuando Jan se marchó, Oskar miró el reloj. Estaba triste, con los hombros caídos. Yo miré, al otro lado de la avenida, un letrero verde, fluorescente, junto al matadero: hotel Berna.

—Es muy pronto, realmente... —comenzó a decir Oskar—. ¿Te apetecería cenar y luego ir al Ciervo...?

Me eché en sus brazos. Tapé sus palabras con mi boca.

—Sabes a absenta —dijo.

—Tú también. ¿Llevas dinero encima?

Cruzamos la avenida. Le dije que pidiera una habitación interior, que no diera a la calle.

27. Huida a Luzhin

Velocidad, fuga, chirridos metálicos, colores fundiéndose, traqueteo adormecedor. La cinta vuelve a desenredarse. Ahora nuestra heroína se encuentra en el compartimento casi vacío de uno de los viejos trenes de mi país, el tren que llevaba a Luzhin, con sus vagones azul oscuro ceñidos por una ancha tira plateada, y la vemos debatirse, pobrecilla, entre dudas concéntricas, con los nudillos apretados, como una triste adolescente de novela rusa. La noche anterior, Klara Libochova había sido feliz con el teniente Klein durante dos horas, en el hotel Berna, o así quiso creerlo, pero luego volvió el silencio como un murciélago torpe con las alas empapadas, calle abajo, y el beso de despedida fingiendo que no pasaba absolutamente nada, y al pie del tranvía, cruzando la plaza Babecka, comenzaron a arracimarse las preguntas como nubarrones neuróticos.

Al entrar en casa, mi padre me dijo que tía Olga había llamado: necesitaba mi ayuda para el inventario anual en la tienda. Para su sorpresa, me apresuré a decirle que sí, que contara conmigo. Hubiera tomado el tren aquella misma noche, pero ya era tarde y estaba cansada y confusa.

Durante un buen rato, el paisaje se despliega solo para mí, para cubrir con sus pinceladas el otro paisaje que insiste tras mis párpados: un bar oscuro, unos ojos verdes en un espejo desazogado, la colcha a cuadros de la habitación de un hotel de una noche, la mancha de humedad en el techo, como el perfil de un barrio al que nadie iría.

Vuelven las preguntas de la madrugada. ¿Era cierto lo que sentí en el Eden Bar, o mi deseo quiso imaginarlo? (Esa era la pregunta principal y la más repetida.) Y si no era cierto mi sentimiento, ¿por qué con la pregunta regresaba una y otra vez aquel momento eterno bajo las estrellas biseladas, creciendo desde el centro de mi estómago?

¿Y Oskar? ¿Qué pensaba, qué sentía, qué intuía Oskar?

Me llevé un libro para leer, no recuerdo cuál, pero no podía. Levanto la cabeza. Leo el paisaje, sumo y cuento el paisaje. El rostro de Oskar se desintegra entre campos color de pan, baldíos color tabaco. Largas tapias pardas, con destellos de color: jirones de carteles de circo, en rojo y blanco, con letras azules apagadas por la lluvia. Hemos dejado atrás las colmenas grises de Varenka —no he querido mirar— y Kristan, y Kajanus, y las fábricas humeantes, y los bloques de oficinas desiertos desde la tarde del viernes, con todos los fluorescentes encendidos para nadie. ¿Y por qué hasta entonces no había pensado en lo que podía pensar Oskar?

Se aleja la autopista, atascada de coches y camiones, y ya se ven caminos de tierra, algunas bicicletas, el abejeo de un ciclomotor solitario. La ciudad comienza a deshilacharse en improvisados campos de fútbol, con porterías hechas de troncos, y viejas granjas de piedra, y huertos misérrimos.

Jan despertándose, concluida su cita, fuera cual fuese. Oskar fotografiando, fotografiando, su cara oculta tras la cámara. Columnas de neumáticos, herrumbre apilada. Colinas bajas, a lo lejos, como animales mansos. Uno, tres, cinco, siete, nueve, doce plátanos ventrudos con cintura de cal. Hileras de álamos, borrosos por la velocidad en aumento: imposible contarlos. Fugaces estaciones blancas con relojes antiguos. La estación de Kisselef. El apeadero de Melan. Quioscos de prensa con persianas de hierro. Yo tenía muchas imágenes de Jan, pero probablemente él no tenía ninguna de mí.

La estación de Kvarner. Cruzamos un puente: un tamborileo sordo bajo nuestros pies. Estamos sobre el abismo. No soy Klara Libochova, ni mucho menos Klara Liboch o Liboch Klara sino, para él, la amiga de Oskar. A lo lejos, las gabarras avanzan lentas hacia el estuario, con la popa hundida en el agua color café con leche. Sobre mi cabeza hay viejas fotografías turísticas en blanco y negro, enmarcadas en madera. Las montañas de Gschwind. El gran Staad. Los balnearios de Daryek.

Entramos en un túnel y un aire negro presiona en los oídos. A la salida, el único paisaje es el suelo: un rectángulo pardo con dos colillas aplastadas, una oscura mancha de aceite, la esquina metálica de un radiador y las puntas de mis zapatos.

¿Y por qué dijo que tenía que irse? ¿Se fue del bar porque también sintió *algo*, algo que no podía sentir? ¿Fue un pretexto o era cierto que tenía una cita, probablemente con otra mujer? Una de las muchas mujeres que esperaban, en hilera, su salida del sanatorio. Mujeres altas, de piernas largas y grandes pechos y cabellos cayendo en cascada.

El viejo rótulo con letras blancas sobre fondo verde: Luzhin.

Trabajamos todo el sábado hasta entrada la noche, apilando latas y frascos, lanzando al aire precios y marcas que tía Olga atrapaba en pleno vuelo con la punta de su lápiz. ¿Estaba allí, con ella? Tenía que aspirar el olor de las manzanas para romper la hipnótica retahíla de precios y marcas como nombres y títulos, para no creer que tía Olga era la señora Scavac, y yo Kluka Liboch de la biblioteca Kobel; para no creer que el sótano era un duplicado difuso (la luz eléctrica ensanchaba las sombras) de la Habitación Sin Ventanas. Me equivoqué varias veces pensando en eso, hasta que pude entrar de nuevo en la letanía, que se desplegó como la cinta de colores del paisaje en el tren, y la letanía (neutra, pura, sin imágenes movedizas) me limpió la cabeza, impidiendo que entraran otros pensamientos. Apenas hubo tiempo para hablar y para unos bocadillos al mediodía. Al volver a la casa caímos en la cama como leños sonrientes.

Dormí sin sueños hasta entrada la mañana del domingo, que amaneció nublada y bochornosa. Bajo aquella luz cerúlea, el estanque y los manzanos y la casa misma me parecieron más pequeños, como si alguien los hubiera apretado con un puño. Hablamos de vaguedades (el tiempo, los perros, las clases de teatro) y, mientras comíamos tía Olga me miró varias veces a los ojos, y yo creí adivinar en los suyos lo que rastreaba en mis pupilas: las últimas líneas de la carta de mi madre, todavía brillantes, como los hilillos de un caracol muerto.

Había preparado también mi postre favorito, pastelillos de zanahoria y coco, aquellas bolas anaranjadas, moteadas de frescas ralladuras blancas, que había que dejar macerar en vino dulce toda una noche. Yo mascaba en un

silencio salpicado por onomatopeyas que buscaban duplicar una felicidad infantil, y cuando se me gastaron los «uums» y los «aaahs» hablé de Isa Novelski, y de Oskar y su nuevo trabajo en el periódico. Ella callaba y escuchaba, nimbada por el humo del mentolado. Sirvió dos copitas de licor de ciruelas y se relamió los labios.

—Te recuerdo bebiendo ese licor, cuando yo era pequeña —dije—. Como si fuera la misma botella, que no se acaba nunca.

—Eso es porque ya me conociste vieja. He bebido muchas cosas. Pero empecé con bebidas dulces, es verdad. Bebía vino dulce durante la guerra para sacarme el miedo, a escondidas de mis padres. Eso fue lo primero que bebí. Y luego en el bosque, para entrar en calor. Y para olvidarme de que me había quedado sola. O para aprenderlo, porque a estar solo se aprende, como todo, y a mí me costaba mucho. No te digo que fuera un buen sistema, pero era el que tenía más a mano. He bebido alcoholes ligeros y alcoholes fuertes. Son dos sensaciones distintas. Y dos calores distintos también. No es cuestión de gustos.

—¿No?

—Yo diría que es una cuestión de temperamentos. O de necesidades. El cuerpo te empuja hacia uno o hacia otro sin que puedas evitarlo. Los alcoholes ligeros te acompañan durante la vida, y los fuertes te sacan de la vida. Te llevan hacia otro lado. A veces tu cuerpo quiere que le den un poco de calor y que le acompañen pasito a pasito, a tragos cortos. Y a veces necesitas que ese calor te explote en el vientre y te recorra todo el cuerpo. Como una invasión, casi como una enfermedad. No puedes elegir. Muy pocas veces puedes elegir.

Apuró el vaso. Yo miré por la ventana. Las nubes crecían, manchando de gris las flores malvas de la alfalfa.

—¿En qué piensas, Kluka?

—En los pájaros. Me he acordado de cuando era pequeña y por la noche me despertaban los pájaros. Esta noche no los he oído.

—Porque estabas muy cansada, hija mía —sonrió—, y porque se han ido, como cada otoño. En la ciudad no os dais cuenta de esas cosas. Ya volverás a oírlos.

Al despedirnos me dio un saquito de almendras.

28. Ciudad Oculta

Cada vez que me adormecía, el traqueteo del tren hacía resbalar poco a poco el saquito, hasta que caía de mi regazo. Entonces me despertaba, lo recogía del suelo, miraba a mi alrededor con los ojos entrecerrados, algodinosos, y volvía a dormirme. Una de aquellas veces me alargó el saquito una mujer de dientes postizos, blancos como botones. Desvié la mirada hacia las imágenes turísticas que adornaban el vagón y pensé en las manos de Jan enmarcándolas en el reformatorio hasta que le sangraban los dedos, y sus ojos verdes viendo en ellas a Kim Novak caminando por las calles de San Francisco, y para detener la rueda, para escapar, volví a mirar a la mujer como quien mira una ventana cegada.

Una cara redonda, blanca, de mejillas fofas y azoradas. Ojos muy abiertos, de mirada vaga. La cara de alguien que usa habitualmente gafas y las ha perdido. Una cara que cualquiera habría calificado de «normal», si es que eso existe. El hombre que estaba a su lado, su marido, también parecía absolutamente «normal». Nada en ellos (indumentaria gris, cabellos grises) llamaba la atención. El hombre (tenía las mejillas muy rojas, como desolladas) hablaba de una casa en Palchin que necesitaba reformas y enumeraba los arreglos con voz monótona; la mujer le llamaba «papá» y sopesaba lo que iba a costar cada cosa. Un matrimonio de clase media de vuelta a la ciudad, unos sesenta años el hombre, la mujer quizás algo menos.

Cuando volví a abrir los ojos apareció su hijo, grueso, unos treinta, aspecto de oficinista o funcionario, en mangas de camisa, con una sonrisa boba colgada de su rostro, un cigarrillo entre sus labios. Desplegó una revista de mecánica y se dejó caer en el asiento junto a ellos. En la pulsera plateada de su reloj había una banderita de Moira, metálica. Cerré los ojos.

Abrí los ojos. El tren estaba parado y alguien golpeaba en los bajos de los vagones con un instrumento metálico, como un músico afinando con un

diapasón. La niebla, que nos había seguido desde Luzhin, enredándose entre las ruedas, ahora lo rodeaba todo: estábamos en mitad de la nada, del blanco absoluto y sin imágenes. La mujer frotaba el vidrio de la ventanilla con la manga, inútilmente, y hablaba con voz nerviosa de accidentes en aquella línea, demasiado antigua, que habría que renovar de una vez. El hijo seguía oculto tras las páginas de la revista. La voz de la mujer era ahora distinta; una cascada de preguntas y respuestas fluyendo a sacudidas casi eléctricas, con el tono gutural de quien se ha acostumbrado a que nadie le escuche.

Un golpe de viento despejó la superficie de un anuncio del que hasta entonces solo se veían las patas de hierro, cilíndricas, y el vago resplandor de una luz horizontal en lo alto, y cuando cayeron los celajes de niebla que lo cubrían, como esas hojas de papel cebolla que protegen las láminas en los libros antiguos, leí «Cerveza Spivo, la Rubia Más Deseada», y volví a ver el rostro de Jan en el Eden Bar sirviéndose otro trago y la Rubia Más Deseada me sonrió, sardónica, y su mueca decía «No te librarás tan fácilmente».

Apareció el padre por el pasillo, volvió al asiento y dijo, rebufando, que había un problema en las vías, un problema que pronto iba a solucionarse. Poco más tarde sonó un silbato y el tren comenzó a moverse. El hombre sonrió, satisfecho, como si su intervención hubiera sido decisiva. Emergieron las chimeneas de la fundición de plomo de Zishka, agujereando la niebla. Más tarde, brillantes de humedad, los ladrillos y las ventanas rotas de la vieja fábrica de vidrio. La última vez que había mirado en aquella dirección todavía estaba en funcionamiento.

El hijo se acercó a la ventanilla, descifró el letrero que ya se alejaba y dijo: «Zishka. Aquí comienza la mierda».

Un riachuelo amarillo, con espumas, avanzaba pegado a una larga lengua de tierra más gris que la niebla. En mitad de aquel descampado, calcáreo, lunar, sin un solo árbol, unos viejos con chilaba y gorros de lana removían el contenido de un pequeño caldero negro colocado sobre una fogata. Otros, más jóvenes, paseaban en parejas o permanecían quietos, apoyados en las torres del tendido eléctrico, con las manos en los bolsillos. El tren renqueó para remontar una curva elevada y entramos en un nuevo país, bordeado por montañas de basura humeante.

—Oh, por Dios... —dijo la mujer, tapándose la nariz con los dedos—. ¿Cómo puede vivir así esa gente?

—Gentuza, querrás decir —señaló el hombre.

—De todo habrá, papá —dijo la mujer.

—Mala sangre. Lee los periódicos. Entérate del mundo en que vivimos. No pasa un día sin que venga una noticia de esa gente en los sucesos.

Desde el cierre de la fábrica y la marcha de los obreros, Unseld ya no se llamaba así. En el periódico y la emisora de radio de Sokel-Brod (todavía no tenía la cadena de televisión, pero era cuestión de tiempo) comenzaban a llamarla Ciudad Oculta (en mayúsculas) o «la ciudad de los oscuros» (en despreciativas minúsculas).

—... gentuza, gentuza —repitió el hijo—, y cada día hay más. Si por lo menos se quedaran aquí, en la mierda... Pero luego salen. Y bajan a la ciudad.

—Una reyerta a cuchillo. Una fiesta que acaba a tiros... Robos, los que quieras. ¿Qué otras cosas pueden hacer? Porque trabajar...

Unos niños flacos, muy morenos, bellamente oscuros, trepaban y se perseguían por entre los escombros. Eran diez o quince, una banda, y parecían más pequeños que los niños de la ciudad. Uno de ellos tiró una piedra al tren. Algunos rieron, otros siguieron inmóviles, con los ojos fijos y los brazos pegados al cuerpo.

—¡Mira, mira, padre! ¿Has visto a ese? ¡Nos ha tirado una piedra!

—¿Qué te decía? Ya me diréis qué motivo hay. Golfos y mala sangre. Una piedra que si rompe el vidrio puede dejar ciega a tu madre, como poco.

Al fondo, en la hondonada, tras la cenicienta cordillera de basuras, tras las brasas rojizas y las columnas de humo, relumbraba un falso lago formado por incontables tejados de chapa.

El hijo se acercó a la ventanilla.

—... y lo que se ve desde aquí es solo una parte. Ni la policía se atreve a entrar ahí abajo.

Giraba el tren, abrazando la curva, dejando ver las chozas parcheadas con cajas de embalar, láminas de plástico, arpilleras.

—Cada día hay más —sentenció el hombre—, y todos te miran como si les debieras algo.

—¿Pero de dónde han salido? —dijo la mujer—. Porque antes esto no estaba así...

—¿Qué de dónde han salido? Pregúntaselo al señor presidente, que les ha abierto las puertas —dijo el hombre—. Gitanos, turcos... y los de Altair, y los de Ostrok... lo mejor de cada casa, vamos. Barcos y más barcos. Pasen, señores, pasen, que aquí hay sitio para todos. Muy bien, muy bonito. Todos somos hermanos. ¿Y luego qué? ¿A morir de hambre? No: a robar.

—... o a robarnos el trabajo —escupió el hijo.

—Ahí, ahí —dijo el hombre.

El tren entró en un túnel y luego aceleró con un bufido. Faltaban pocos kilómetros para llegar a Moira.

—Menos mal que se ha ido este hedor... —decía la mujer, abanicándose con el pañuelo doblado.

—Ahora —seguía el hombre— vas a un café o quieres tomar un taxi y también te los encuentras, ¿eh? Con esa arrogancia... Y sin saber hacer su trabajo. Porque también eso lo pagamos nosotros. Su aprendizaje, quiero decir. Te cobran lo mismo y te lo sirven tarde y mal, no como antes... Antes los camareros sabían hacer su oficio, cumplir con...

—Ay, déjalo ya, papá...

—No, perdona, es que son ellos los que no te dejan. ¿Qué les hemos hecho para que nos miren así? Este es nuestro país. Lo menos que podrían hacer...

Ya no quería seguir escuchando más. Salí al pasillo, mordiéndome los labios. Luego me encerré en el lavabo, y allí me mojé la cara y la nuca. Me quedé sentada en la taza y entreabrí la ventanilla. La autopista era una doble hilera de luces rojas como boyas flotantes, por entre las que intentaba avanzar, abriéndose paso a bocinazos, la luz azul, en haces giratorios, de un coche policial. Sonó un trueno: no tardaría en llover. El apeadero de Kajanus. Los bloques del polígono Kristan. Árboles solitarios, purpúreos por el otoño y la luz del atardecer. Faltaba poco, muy poco, para llegar, para que aquella tarde de domingo escapara por el desagüe. Alguien llamó con los nudillos, y luego con la palma, y luego con el puño.

—¡¡¡Ocupado!!! —grité.

Me ahogaba allá adentro. Ya no cabía, había crecido demasiado. Ya no era mi compartimento privado de tantos viajes, la ventanilla abierta, un libro en las manos, los pies en alto, uno en el cenicero metálico, otro sobre el rollo de papel. Salí otra vez al pasillo, y entonces recordé que me había dejado en el compartimento la bolsa con las almendras.

El hombre seguía y seguía hablando. La maldita bolsa estaba en el suelo, bajo la ventanilla.

—... y es que si alguien no pone remedio a todo esto, fíjate lo que te digo, pasará como pasó con los judíos.

—No es lo mismo, papá... —dijo la mujer.

—No es lo mismo, no es lo mismo... Al principio muy bien, estaban todos en su sitio, cada uno en su casa y Dios en la de todos. Pero a la que abrieron un poco la mano, ¿qué pasó? Se hicieron los amos. Los amos.

—Por cierto... el otro día... —dijo el hijo de aquella escoria.

En el momento en que me agachaba a recoger la bolsa, furiosa, el tren frenó de golpe y me di en la frente contra el borde del radiador.

—... un chiste buenísimo...

—Parece que esta noche vamos a tener tormenta... —dijo la mujer.

El padre y el hijo recogían unas maletas de mimbre de la rejilla.

—... ¿Cómo meter a treinta judíos en un coche? ¿Lo sabes?

—No, no...

—¿No lo sabes? Muy fácil: ¡en el cenicero!

Rompieron a reír, definitivamente unidos por la mala sangre.

Me incorporé, sudorosa, frotándome la frente.

—Perdona... —le dije a la mole—. ¿Me permites?

El tipo, que seguía riéndose a carcajadas, se ladeó, sujetándose a la rejilla para dejarme pasar.

Quedamos cara a cara.

Ni siquiera lo pensé. No fui yo: la atribulada heroína de novela rusa se convirtió en fugaz y celérica heroína de película de aventuras, y sonrió, y hundió en él la rodilla con todas sus fuerzas.

Mientras se doblaba con un gemido agónico, grité desde la puerta:

—¡Yo soy judía, imbécil!

Todo fue tan rápido que ni siquiera les dio tiempo a insultarme o a perseguirme. Salté del tren y eché a correr por el andén, sin volverme, con el corazón en la boca y las piernas temblando, apretando el saquito de almendras contra el pecho como un viático, y esa sí era yo, de nuevo, y mientras un relámpago de gloria desplegaba su manto iluminado sobre la gran cúpula de cristal pensé en la cara que pondría Oskar cuando se lo contase.

29. Otoño

En esta foto estamos Jan y yo saliendo del Slepoy, una noche lluviosa de finales de octubre. No recuerdo la película: el agua y la oscuridad desdibujan el cartel. Sé que era un sábado. Bonita pareja, pero hay que fijarse en los detalles. Mostramos a la cámara una sonrisa inofensiva y circunstancial. Nuestros hombros apenas se rozan. Con una lupa se advierte que miramos en direcciones distintas: hacia los árboles de la plaza, con las copas empapadas, al fondo; hacia la parada del tranvía, desierta, a la derecha, buscando el maldito tranvía que tardaba tanto en llegar. Oskar no quería salir en las fotos; decía que el fotógrafo era él y nosotros los fotogénicos. Pero si alguien (alguien que no nos hubiera conocido a los tres) encontrase esta imagen y las que siguieron podría creer que mi historia con Jan comenzó entonces.

Nos vimos pocas veces aquel otoño que pasó tan rápido, nos vimos casi siempre en fines de semana, siempre los tres. Llovió mucho aquel otoño, y el frío llegó de golpe, anulando muchas excursiones previstas. Quizás coincidimos alguna que otra noche de viernes en los cafés o los cines del centro (a Jan no le gustaba el teatro) pero rara vez entre semana: cuando la noche llegaba estábamos agotados y con ganas de ir a retiro, como decía mi padre.

Tampoco era fácil ver a Jan. Continuaba en la fábrica, por supuesto, y había vuelto, triunfal, a Linterna Mágica, aunque con menos sesiones, y tardé un buen tiempo en descubrir, y por pura casualidad, a qué dedicaba el resto de sus horas. Oskar seguía en el turno de noche del periódico, en días alternos, y eso le rompía el sueño y el humor. Jan siempre llegaba tarde y siempre sonreía, sin culpa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Al principio me irritaba porque creía que sus retrasos eran un juego o, peor, una estrategia, una forma de tener a todos (y a todas) pendientes de él. A mí me irritaba y a Oskar le ponía furioso. Una noche Jan llegó al Slepoy cuando la

película ya había comenzado, y Oskar le gritó, en el vestíbulo, estrujando las entradas.

Jan dijo:

—No, no, esta secuencia ha quedado fatal. Corten, corten. Vamos a repetirla. Ahora yo entro de nuevo por esa puerta, disculpándome, y tú me dices que no tiene importancia y me abrazas.

Así lo hizo Oskar, porque era imposible no querer a Jan.

Durante la mañana yo desaparecía tras montañas de libros y fichas, y por las tardes iba desapareciendo poco a poco tras mis compañeras de clase, que avanzaban hacia el futuro a grandes zancadas y se agrupaban como resplandecientes bolas de mercurio. Yo era una bola de plomo, lenta, pesada, sin brillo. Una bola insistente, rodando menos por voluntad que por inercia.

Representaba mi mejor papel fuera de la Academia. Yo era la novia de Oskar, y a esa actuación consagraba mi poca energía y mi escaso talento. Era la novia de Oskar porque así lo había decidido cuando salté del tren, porque así fui presentada a los señores Klein en una lujosa comida de domingo, y porque los ojos de Jan me dieron ese pie y nada más que ese pie en nuestra primera cena a tres, la postergada cena del restaurante Letenske. Y era, me repetía, la novia de Oskar porque le quería, claro que le quería, desde luego que le quería, pero una cosa es querer y otra desear, y yo le deseaba, digamos, a chispazos, de tarde en tarde.

El otoño y los horarios adelgazaron la frecuencia de nuestros encuentros. Nos acostábamos tres o cuatro veces al mes, siempre con prisas, manos y pies fríos, siempre los sábados, a veces entre dos clases o dos turnos, excitados por el breve regusto de la clandestinidad, en hoteles baratos que siempre parecían el mismo, el Hostal Bregovic, junto a los talleres de *La Jornada*, y el Splendor, un edificio estrecho que solo hacía honor a su nombre de puertas afuera —fachada victoriana, interior soviético— y que estaba en una placita cerca de la calle Janouch, y en los pocos fines de semana con sol y anhelo de campo siempre estaba Jan con nosotros. ¿Sabía Oskar lo que estaba haciendo cada vez que nos hacía una foto y decía «¡Más juntos!»?

30. El transistor blanco

Cuando mi padre se compró el transistor blanco comencé a creer que se había convertido en otro. Quizás aquel otro siempre había estado allí y yo no había sabido verlo; quizás, acabé pensando, había en él, como en todos nosotros, varias personas distintas, que se manifestaban a ráfagas o en ciclos, a medida que iba pasando la vida o las vidas.

Hasta entonces, mi padre había sido el Aventurero Conde Liboch, el Triste Mago de las Palomas Muertas, el Jugador Insomne, el Rey Loco de los Supermercados, el Orgullosa Amo del Bulgakian. Cinco vidas.

Pensé que su sexta vida había comenzado a la vuelta de las vacaciones, cuando aceptó, encogiéndose de hombros, los desaforados colores de mi habitación. Cualquiera otro padre se hubiera subido, nunca mejor dicho, por las paredes.

—No hay quien te entienda —me decía Oskar—. ¿Y qué querías? ¿Que te echara de casa?

No. Quería una exaltación, un enfrentamiento, una buena pelea en vez de aquella vida plácida y distante, rutinaria y sin sobresaltos, construida día a día con una sólida mezcla de resignación y desapego.

Una vida de hombre en vez de una vida de viejo. El Viejo Indiferente.

—No es tan viejo, ¿no? Vaya, a mí no me lo parece. ¿Qué edad tiene? ¿Cincuenta?

—Casi.

Un viejo, un viejo y punto, a mis ojos implacables de entonces. Un viejo repentino, como si todos sus años le hubieran caído encima de golpe. Un viejo al que todo le parecía estupendo, estupendo, que sonreía constantemente, como si le hubieran clavado la sonrisa a la cara de un mazazo, y que no parecía sentir el menor interés por lo que yo hiciera o dejara de hacer.

—A esa edad eran viejos antes, ahora no. Mi padre es mayor que el tuyo y yo no le llamaría viejo. Yo no le veo así.

—Bueno, está bien, no es que mi padre sea viejo. Pero hace cosas de viejo.

—¿Como qué?

Vagaba por la casa envuelto en una sempiterna bata de franela marrón que dejaba ver un pecho hundido y unas piernas escuálidas; la cabeza envuelta en una nube de humo que antes nunca me había molestado, el cabello despeinado, canoso, siempre con barba de dos días, en la que empezaban a despuntar mechones blancos. Cocinaba sus latas, pasaba horas en el lavabo, y parecía haber reemplazado las palabras por un permanente y crispante canturreo. ¿Por qué solo se alimentaba de aquellas malditas latas? ¿Por qué no dejaba de canturrear?

—Es que no le perdonas una, Klara.

Tarareaba durante horas. Podía pasarse horas enteras con la misma canción.

—Papá, me estás volviendo loca.

Sonreía.

—¿Por qué, hija?

—La canción. Llevas con eso desde la mañana, y son las ocho de la noche.

—Ah, perdona. ¿Te molesta? No me había dado cuenta.

Paraba un rato, entraba en el lavabo, salía y ya estaba tarareando de nuevo.

¿Y qué canturreaba? Yo no lograba reconocer ni una melodía. ¿Canciones antiguas, de antes de mi nacimiento? ¿Canciones que desfiguraba minuciosamente, como quien le pinta bigotes a una foto? ¿Y qué hacía, qué podía hacer tanto rato en el lavabo, si podía saberse?

Horas en el lavabo, horas canturreando, horas en el supermercado, sopesando latas, comparando marcas y ofertas. Horas entregado a las tareas más insignificantes. Limarse las uñas. Frotar las puertas con un pañuelo húmedo. Limpiar zapatos. Durante horas.

—Es que no limpia un par de zapatos: los limpia todos.

—Por lo menos se entretiene con algo...

Yo seguía:

—El sábado yo quería fregar la casa y llenó todo el comedor de papeles de periódico. Aquello parecía una zapatería. Todos los zapatos que se compró cuando le dio la fiebre y que a lo mejor no se pondrá nunca.

Pensé, al verlos extendidos: hay más zapatos que años. No vivirá tanto. No llegará a ponerse los de la última hilera. Porque se los ponía por orden, por riguroso orden de compra. Pensé: ¿qué haré con ellos? ¿Dónde irán a parar todos esos zapatos?

—... ¿tú crees que es normal?

—Mujer...

—Se fue a no sé dónde, lejos, a comprar latas de betún y un pincel y un cepillo, y por la tarde se puso unos guantes y estuvo hasta la noche haciendo eso. Todo el día limpiando los zapatos y tarareando la misma canción. Esta vez sí que la conocía. Una canción que cantaban los Beatles.

Oskar se echó a reír.

—Qué moderno...

—*Till There Was You*. ¿La conoces? Yo sí. Me la sé de memoria.

—¿Me la cantas un poco, a ver si me suena?

—Idiota.

Oskar siempre me hacía reír, pero yo estaba furiosa.

—¿No te parece que exageras un poco?

No podía evitarlo: mi padre me ponía frenética. Había algo que iba más allá de la simple irritación, algo que no lograba explicarle a Oskar. Debajo de las manías y de los canturreos había algo que me causaba una pena grande e inconcreta. Era como si ese algo hubiera muerto para siempre. Como si se hubiera retirado de la vida.

Y yo no quería sentir pena por mi padre ni por nadie.

—Por lo menos parece tranquilo —me decía tía Olga— y hasta parece que fuma menos, ¿no?

Pero lo decía para tranquilizarme. Ella le conocía perfectamente, y tenía que saber que todo aquello era una fuga, una máscara. Una noche tuve un pensamiento horrible, del que inmediatamente me arrepentí. ¿Qué pasaría, me pregunté, si descubriera lo que había bajo la baldosa de mi cuarto? ¿Se

borraría su sonrisa al leer la última carta de Josiane o continuaría sonriendo y canturreando, como si ella nunca hubiera existido?

Me sentía un monstruo, una bestia innoble, al pensar cosas así.

—¿Pero tú hablas con él? —me preguntó Oskar.

—¿Y tú hablas con tu padre?

—Sí... No demasiado, pero hablamos.

—¿Y qué le cuentas?

—Pues... cómo me van las cosas.

—¿Se lo cuentas o él te lo pregunta?

—Mitad y mitad.

—Qué suerte tienes.

Cuando yo me levantaba para ir a la biblioteca, mi padre todavía dormía. Y si no estaba durmiendo, estaba ya en el lavabo a primera hora, como si hubiera pasado allí la noche. Luego se vestía y se iba caminando hasta la Federación, para leer los periódicos y jugar al ajedrez, hasta el mediodía.

—Pues la verdad es que no parece una mala vida.

—No. Mala no es.

—Entonces, ¿qué problema hay?

Aquel otoño mi padre se compró el transistor, uno de los primeros, porque había oído un capítulo de *Encrucijada* en un bar y volvió entusiasmado.

—¿Qué es *Encrucijada*? —preguntó Oskar.

—¿Pero tú en qué mundo vives? ¡*Encrucijada*, la gran radionovela de nuestro tiempo! «¡Todos escuchan, todos comentan, todos se apasionan con *Encrucijada*!»

Era un transistor blanco, portátil, con un auricular. Ideal, dijo, para llevarlo a todas partes y no molestar a nadie. Cuando yo volvía de la biblioteca ya estaba mi padre en el sillón, con el transistor en las manos como un cáliz.

Yo lavaba sus platos y preparaba el café que tomábamos juntos, durante la escasa media hora que separaba el fundamental parte meteorológico del esencialísimo capítulo de *Encrucijada*.

—¿Todo bien, Kluka?

A veces la pregunta tenía una variante, que apenas me dejaba tiempo para cabecear afirmativamente en mitad de la frase, aunque no me hacía ninguna falta, porque él contestaba por mí.

—¿Todo bien, verdad? Estupendo, ¿no? Perdona, va a empezar... Grazina Polski, la dulce protagonista de *Encrucijada*, acabó convirtiéndose en un miembro de la familia. Llegué a conocerla como si se tratara de mi propia hermana. De boca de mi padre, que cada día me resumía el capítulo anterior, supe de su desdichada infancia, y de las bondades de los Lemberg, su familia de adopción, y de las asechanzas del temible Vilnius, al que ella había rechazado una y otra vez, y también su amor secreto por Jacek, el honrado y atractivo capataz de la fábrica.

Yo no lograba comprender qué veía mi padre en aquella sarta de tópicos.

—Le gusta Grazina.

—¿La actriz?

—No, qué va; la actriz no sabe ni quién es ni le importa. La actriz es una voz. Le gusta Grazina. El personaje. Se ha enamorado de Grazina, te lo digo yo.

—No me digas que estás celosa de un personaje de radionovela.

¿Por qué le gustaba tanto aquella mujer inventada, mal inventada?

Quizás algo en ella, pensaba, le recordaba a mi madre joven, o a una novia anterior a mi madre. Algún detalle, alguna circunstancia de su biografía, algo en su modo de hablar, algo que a mí se me escapaba, que solo le pertenecía a él.

Era cuestión de días, pensé, que acabara llamándome Grazina.

—¿Todo bien, Grazina?

El Viejo Indiferente. El Habitante del Lavabo. El Hombre del Pasillo, yendo o volviendo de comprar tabaco, o del canódromo, tres tardes por semana. El Hombre del Transistor Blanco, cruzando la ciudad con el auricular pegado a la oreja, como si anduviera a la caza de misteriosos mensajes secretos.

Luego, la cosa fue mucho más allá de *Encrucijada*. El auricular en la oreja y el transistor en el bolsillo de la bata ya por la mañana, en el pasillo. Y

mientras paseaba hasta la Federación. Y por las noches, en el sillón del comedor o en su cuarto. Escuchaba todo lo que le echaran. Conciertos. Debates. Concursos. Recetas de cocina.

El sábado por la mañana yo limpiaba la casa, hacía un par de lavadoras, y si Oskar no tenía guardia desaparecía con él: cine, paseos, café, Bregovic o Splendor. Algunos domingos venía tía Olga y comíamos los tres juntos, pero al acabar, mi padre no tardaba en quedarse dormido en el sillón o se iba al lavabo con el transistor. Oíamos un rato su canturreo y luego llegaba el silencio, y tía Olga se encogía de hombros y me pedía el periódico para ver la cartelera de los teatros.

Cuando mi padre desaparecía, tía Olga decía que había bajado a pasear el transistor.

—Por lo menos —dije— cuando está con el transistor no canta.

Una noche llegué con la noticia de que, por primera vez, Isa Novelski me había repartido un buen personaje, el duende Ariel de *La tempestad*, que iba a ser la función de final de curso.

Mi padre estaba en el sillón, casi a oscuras, tan solo iluminado por la luz de la farola. Tenía una manta sobre las rodillas y el auricular en la oreja. Sonreía y cabeceaba, asintiendo, con la cabeza ladeada. Parecía un leoncito viejo. Más viejo y más lejano que nunca.

Se sacó el auricular.

—¡Pero eso es estupendo, Kluka! —dijo—. Yo también tengo una buena noticia. ¿Sabes que Grazina y Jacek se casan?

Le miré. Por primera vez pensé que si no había felicidad en su cara, aquello se le parecía bastante.

Me dejé caer en el sofá. Acepté. Comencé a aceptar.

—¿Sí? ¿Y la amenaza de Vilnius?

—Jacek le ha dicho que se ríe de sus amenazas.

—Espera —dije—. Hago un café y me lo cuentas.

31. El otro Jan

Ahora Jan está solo, en lo alto del estrado, frente a un atril con una pequeña lámpara de pinza, que ilumina sus manos y deja su rostro en la sombra. A su espalda, la pantalla blanca y una pizarra verde en la que se lee, escrito en tiza, el nombre de la película y de su autor: *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, de Wojciech Has. Detrás de la foto está la sala llena, y Oskar (en primera fila, a mi lado) fotografiando el acontecimiento: el gran retorno de Jan al Cineclub Linterna Mágica.

Una noche de finales de invierno; febrero, probablemente. Los abrigos, las narices heladas, la nieve en el estanque. Hay papeles en el atril, pero Jan apenas los lee. Ha comenzado leyendo, estableciendo datos, hablando de la película y del libro, aquel libro misterioso a cuya búsqueda dedicó su vida entera el anticuario francés Serge Plantureux, y ahora, en el momento de la foto, el rostro de Jan está a punto de salir de la sombra para volar y hacernos volar con el relato de las aventuras de su autor, su tocayo, el conde Jan Potocki. Si Oskar hubiera esperado unos segundos, habría atrapado el brillo de sus ojos, como la repentina embestida de un caballo incendiado por la fiebre, quemando en su galope aldeas y praderas.

Jan contó la vida de Potocki como si fuera una fábula, un encadenado de sueños, una sucesión de intensidades, y en su voz escuché por primera vez el latido de una nostalgia furiosa. ¿Cómo pudo aquel hombre, se preguntó, vivir tantas vidas en tan poco tiempo? Sus palabras hicieron crecer la mansión familiar, el castillo de Pikow, en Podolia, y el rótulo rojo entre jirones de bruma: 1761. Vimos al pequeño Jan a los trece años con un uniforme negro y zapatos de hebilla dorada, rodeado de libros y probetas, estudiando en Lausana y Ginebra, y luego a los dieciséis con la casaca blanquiazul de la artillería austrohúngara, sirviendo en una guarnición de Budapest durante la guerra de sucesión de Baviera, y le oímos reír a carcajadas mientras cabalgaba bajo el que habría de ser el lema de su vida: *Fortissimus quisque tutissimus*, «los más valientes», tradujo, «son los más seguros».

Yo nunca había oído hablar del conde Potocki, y era bibliotecaria, y leía sin parar: corrí a buscar el libro a la mañana siguiente, como había hecho con el de Cocteau. Si hubieran colocado a la salida del cineclub un tenderete con ejemplares del *Manuscrito* se habrían vendido todos. Por primera vez me imaginé como escritora, viviendo en un ático como el de Isa Novelski, rodeada de libros y de notas, escribiendo una biografía, mi *Vida y obras de Jan Potocki*. Tendría que rastrear, recorrer bibliotecas, viajar por media Europa... No, era un error. Era él quien tenía que escribirlo; yo jamás podría escribir como él contaba.

¿Cómo sabía Jan todo aquello? ¿Cuándo había leído tanto sobre Potocki, dónde? ¿En el reformatorio, por la noche, sujetando el libro con sus dedos llagados, con una pequeña linterna bajo las sábanas? ¿En el sillón verde de Varenka, a la vuelta de su trabajo en la fábrica de conservas? ¿O más atrás, mucho más atrás, en el piso de Gorbach, un niño solo, esperando el regreso de su madre, vuelto hacia la pared, blanca como una pantalla?

Hablaba ocho idiomas, incluido el árabe. A los dieciocho recorrió Italia, Sicilia y Túnez con los Caballeros de Malta y participó en una expedición de castigo contra los berberiscos; a los veinte, las cartas que escribía a su madre fueron la base de su primer libro, *Viaje a Turquía y Egipto*, relato de una expedición arqueológica. En Constantinopla conoció a Osman, su fiel *valet* turco, que le acompañaría hasta el fin de sus días... Llegó a París en 1785, recién casado con la joven hija del príncipe Lubomirska, y quedó fascinado por las ideas de Voltaire, de los Rosacruces, de Swedenborg y la Cábala, y yo le escuchaba hablar y sentía lo que Oskar debió sentir la noche de su reencuentro, en aquel cineclub obrero del barrio Sur, narrando la tragedia de Orson Welles, y también sentía que me miraba a mí; la sala llena de gente, de mujeres que bebían sus palabras, un bosque de mujeres, y él me estaba contando a mí y solo a mí todo aquello...

Y luego, sudoroso, en mangas de camisa, al frente de una «imprensa libre» en Spa, luchando por las ideas de la Ilustración y la abolición de la esclavitud en Polonia, componiendo los sesenta y siete libelos que le valdrían

la acusación de jacobino, y su *Ensayo sobre la Historia Universal*, y los primeros volúmenes de sus *Investigaciones sobre la historia de Sarmacia*.

Un enorme globo de seda, con franjas rojas y doradas, cruzó el cielo azul: en la barquilla de mimbre, poco antes de regresar a París y nacionalizarse francés, Jan sobrevoló Varsovia junto al aeronauta François Blanchard y tomó parte en la conjura (capas negras, susurros, esquinas) para ofrecer la corona polaca a Gustavo III de Suecia, cuyo fracaso le obligaría a huir a Londres, donde el pobre Osman atrapó un resfriado que le duró tres años...

Ahora que ha pasado tanto tiempo me doy cuenta de lo que no alcancé a percibir entonces. Demasiado atenta a la mirada de Jan, al envío de su mirada y a las hermosas figuras que sus palabras iban haciendo aparecer en la pantalla desnuda, descuidé la suma de las imágenes, su sentido último: la potencia de su identificación con el personaje, con su sed de aventura y conocimiento, con el malestar que propulsaba su movilidad. No supe ver, más allá de la seducción del mito, el turbulento ideal que encarnaba, presagiando los giros y las obstinaciones del Jan futuro.

Vimos a Jan sentado en una alfombra escarlata con las piernas cruzadas, compartiendo un narguile con Muley Yesid, el emperador de Marruecos, interrogándole sobre el paradero del manuscrito de *Las mil y una noches*; Jan dando palmas y bebiendo manzanilla en una cueva gitana de Sierra Morena y luego visitando el taller de Goya, con el barón de Rosenstein; Jan alistándose en el ejército lituano y Jan tras la derrota, retirado en San Petersburgo como consejero del zar, en una habitación enorme y helada, con el suelo ajedrezado, escribiendo comedias italianas, estudios científicos, noche tras noche, los dedos entumecidos, enfundados en guantes de armiño, y la nieve que no deja de caer mientras comienza la redacción del *Manuscrito*, la obra de su vida, aquel libro en el que iban a engarzarse todas las historias, todos los relatos posibles, el libro sin fin, que llegaría a tener más de mil páginas...

Y cuando la pantalla quedó cubierta de nieve contó su expedición a China al frente de doscientos científicos, naturalistas y agrimensores rusos cuando ya apenas podía cabalgar, su último gran viaje, Jan a caballo con un

rifle Beran al hombro y Osman siempre a su lado montado en una mula, y la princesa Lubomirska enfurecida en París, y sus hijos quién sabía donde, y la caravana serpenteando entre colinas amarillas y descendiendo por quebradas tortuosas, vadeando torrentes hasta llegar a la cordillera de Tian-Shan, la de los Montes Celestes, y al regreso sus locos intentos de inventar aquella máquina para fabricar oro que le llevaría a la ruina, y las enfermedades y la soledad en el viejo castillo de Uladowka, y sus hijos combatiendo contra el zar en el ejército de Napoleón, y contó también de qué modo, antes de que comenzara la decrepitud, comenzó a pulir noche tras noche la tapa de una tetera, con la misma lenta obstinación con que escribió el *Manuscrito*, y la tapa tenía la forma de una fresa, y él recordaba que una adivina zíngara le había pronosticado que una fresa acabaría con él, y riendo convirtió la fresa en una bala de plata, esférica y perfecta, y una noche de otoño de 1815 la llevó a un sacerdote para que la bendijera, y poco antes del amanecer se mató de un tiro en la boca, sin nota de despedida, sin explicaciones ni disculpas.

32. La Pagoda

En esta foto no se ven nuestras cabezas; solo nuestras piernas y nuestros cuerpos, por primera vez juntos, y una mano de Jan en mi cintura, y pétalos de flores blancas y azules sobre nuestros hombros.

Estamos bailando en La Pagoda, donde luego levantaron un campo de golf, en un claro del bosque de los Álamos Negros, al otro lado de la colina, junto a la carretera que llevaba a Griselk.

La especialidad de la casa eran las truchas asadas en espetones, recién pescadas, brillantes, resbaladizas, en un vivero adosado a la parte trasera, en la balsa de un antiguo molino. Jan nos presentó a la dueña, Ilona Rocroy, que le recibió con un gran abrazo. Ilona trajo una botella y cuatro vasos y se sentó a nuestra mesa. Bebimos aquel aperitivo, amarillo, muy frío. Era una mujer de unos cincuenta años pero todavía muy atractiva: ojos negros, trenzas rubias en rodete, jersey de lana verde, pechos grandes y sueltos. Hablaba y bebía mucho, y reía, y Jan reía con ella. Al levantarse, Ilona tropezó. Jan, que estaba a su lado, impidió que cayera al suelo y ella le echó los brazos al cuello y sin dejar de abrazarle improvisó unos pasos de baile, alzando la cabeza, con los ojos entrecerrados y el sol en la cara. Canturreaba junto a su oído:

—*On l'appelait le dénicheur... il était rusé comme une fouine...*

—¡Ilona Rocroy, señoras y señores! —dijo Jan, siguiendo el baile.

—... *c'était un gars qu'avait du coeur...*

—¿Aún te acuerdas de eso?

—... *et qui dénichait des combines...*

Jan bebió otro trago:

—¡A la memoria del fusilero Rocroy!

¿Sería aquella la mujer con la que había pasado un fin de semana entero en la cama, la mujer por la que se olvidó de Linterna Mágica?

Aplaudimos. Ilona se sacudió la falda e hizo una reverencia. Luego nos paseó por el restaurante, un enorme casón de madera, alto como un granero y

largo como un hangar, cuyo insólito interior, de paredes rojas y lámparas de globos blancos, intentaba evocar el aire de un *bal musette* de principios de siglo. Había allá adentro muchas mesas con manteles a cuadros, una gran estufa en el centro y un amplio espacio para bailar, con una tarima para los músicos. En la pared del fondo, sobre la tarima, presidía la sala una gran foto enmarcada del viejo Rocroy con el uniforme colonial: un hombre de cabeza rotunda y cabello blanco muy corto, con ojos pequeños y duros, muy parecido al actor francés Jean Gabin.

El comedor al aire libre era un semicírculo de bancos y mesas de tabla, bajo un emparrado, frente al que se abría una terraza, también con pista de baile: un óvalo de cemento blanco sobre el que colgaban farolillos de papel con formas de lunas y estrellas. A la izquierda, entre las raíces de un árbol muy grande, con la copa cuajada de flores azules, se alzaba, para la orquesta, la pequeña pagoda que daba nombre al establecimiento: un templete descascarillado por la humedad, con columnas retorcidas, inscripciones orientales y un tejadillo dorado que hacía pensar en las desafiantes guías de un mostacho.

Ilona Rocroy nos contó que, cuando ella era una niña, el restaurante no cerraba nunca, porque al otro lado de la colina, junto al teatro de Racak, había un casino, y era tradición entre los ricos entrar en el bosque y parar allí para bailar, comer truchas recién pescadas o tomar una taza de *borsch* antes de volver a casa.

Aquel día se celebraba una boda, y Oskar pidió permiso para fotografiar a los novios y sus familias, todos gitanos, vestidos con sus trajes de gala: de terciopelo negro, faja roja y sombrero, los hombres; de blanco y oro las mujeres y las niñas, con faldas bordadas y pendientes de aro y diademas de plata, y las cabezas cubiertas por pañuelos delicadísimos.

Es un domingo por la tarde, y la luz benévola preludia la primavera. Del comedor cubierto llegan los sonidos de la boda, risas, aplausos, brotes de canciones, cucharillas tintineando en los vasos, y en las pausas escuchamos el agua saltando entre las piedras del río, el aleteo de los álamos. Después de los

discursos cae el tradicional diluvio de pétalos de flores sobre los novios, y todos salen afuera desperezándose y abrochándose los pantalones.

Los músicos ya están aquí, los más jóvenes con camisas blancas y abiertas, los mayores con trajes baratos y corbatas pasadas de moda, y ocupan su puesto en la pagoda. Son seis. El violinista, con gafas y chaleco, parece un oficinista a punto de jubilarse. El contrabajista es tan grueso como su instrumento, con una panza descomunal, y se seca el sudor del rostro con un gran pañuelo amarillo. El cantante tiene el aspecto de un campesino en día de mercado: sombrero marrón de ala corta y cabello blanco, planchado hacia atrás con gomina, los brazos pegados al cuerpo. A su lado hay dos gitanos guapísimos, con caras de cobre recién bruñido y melenas y sombra de bigote, que no tendrán más de quince años: uno toca la guitarra y el otro golpea un salterio que lleva colgado del cuello. El acordeonista viste de pana negra, con un clavel rojo en la solapa. Es el más viejo de todos, diminuto, flaquísimo, de orejas muy grandes y boca sin dientes, como una resquebrajadura en un charco de barro seco.

Se diría que han hecho un viaje muy largo, Lisboa, Sevilla, Tánger, Nápoles, Tel Aviv, Budapest, Altair, y que están agotados, que no pueden con sus almas, hasta que el padre de la novia les sirve vino, y tras romper los vasos comienzan a tocar una *czarda* y los dedos de todos se convierten en arañas velocísimas enloquecidas por la luz, y de repente todos tienen la misma edad, la edad sin tiempo de la música.

Una gran sonrisa árabe ilumina la cara del cantante al ver que la pista se ha llenado. Los invitados giran y ríen y cambian de pareja en cada quiebro, y la melodía culebrea entre sus pies como una cinta de colores, como los reflejos del sol en el río, y cuando el acordeonista avanza unos pasos y suenan las primeras notas de *Talijanska*, hay un estallido de palmas, y los bastones golpean el suelo siguiendo el ritmo, y el cantante envía la canción como un regalo de bodas.

Canta como nunca he oído cantar a nadie, llenándose la boca de canción, como si la canción fuera un pan recién hecho para un día de hambre, abriendo mucho los brazos, como si quisiera abrazar a todo el mundo, y la canción pasa de boca en boca igual que un himno.

Hemos bebido mucho. Todos han bebido mucho. Estamos solos en la mesa, porque Oskar se ha levantado de un salto con los ojos muy abiertos y se mueve dando tumbos entre la gente, con un vaso en una mano y la cámara en la otra, disparando sin encuadrar, inclinándose a un lado y a otro, girándose de vez en cuando para alzar el vaso y sonreírnos. Fotografía a Ilona, que intenta arrastrarle a la danza, fotografía a los novios y a las familias abrazándose, y retrocede para encuadrar a la orquesta completa, pero el vino le hace tropezar contra una raíz del gran árbol y cae sentado, riendo a carcajadas, con el cabello rubio sembrado de pétalos azules, como si estuviera bajo mi árbol infantil de la calle Zuckmantel, y allí queda, saludándonos con el vaso y disparando desde el suelo. Ilona se acerca para ayudarlo a levantarse y él dice que no, que está bien así, con la cabeza apoyada en el tronco y las piernas extendidas, que está muy y muy bien, y al decirlo su voz suena alta y él no se da cuenta, mucho más alta que de costumbre, colándose en un hueco de la música.

Un gitano muy alto y corpulento, con sombrero de fieltro y cara muy roja, borrachísimo, feliz, nos planta sus manazas en los hombros y nos dice:

«Me llamo Roman». Sonreímos. Insiste: «Me llamo Roman. Rrrrrroman Lobic. ¿Cómo os llamáis vosotros?». Su sonrisa resplandece, llena de dientes de oro. Le decimos nuestros nombres. Dice: «Muy bien, Jan y Klara, Klara y Jan. ¿Y por qué no bailáis? Hay que bailar, amigos; no bailar cuando (se interrumpe, con la lengua pastosa, buscando las palabras adecuadas) no bailar cuando suena la música es un pecado, es un insulto a Dios, señorita».

Jan sonrío y dice: «Amén a eso». Yo bajo la vista, como si no estuviera allí, esperando que se marche, pero no se marcha, dice «Arriba, arriba, hay que bailar», y es imposible decirle que no. Roman nos lleva hacia la pista; nos junta y nos abraza como si fuéramos sus hijos, rebusca en su bolsillo y esparce sobre nuestras cabezas una pequeña lluvia de pétalos rojos y azules mientras repite «*Ashen Devlesa Romale*. Que el Señor os proteja».

Su manaza hunde luego mi cabeza en el pecho de Jan.

La piel de Jan huele a vino y almendras.

El rey gitano dice, acercando mucho su cara redonda a las nuestras: «Una canción, señorita. Elija una canción y ellos la tocan. Una canción».

Entramos en el círculo.

Insiste: «Vamos, una canción. ¿No conoce ninguna?».

Mis dientes parecen de madera.

Mi boca pide el vals *Fascinación*.

Hay un momento de pausa, un gran silencio bajo los árboles y las primeras estrellas, mientras el gitano avanza como un barco hacia la orquesta. Estoy temblando.

Digo: «Tengo un poco de frío».

La orquesta comienza a tocar el vals, y el cantante derrama sobre todos nosotros su voz antigua, como un sortilegio.

Las parejas se abrazan. Tú me abrazas por primera vez.

Oskar, desde el suelo, aplaude y dispara la tercera foto.

33. Una nueva voz

Aquella primavera dejé el teatro, o digamos que el teatro me dejó a mí.

Ya he dicho que mis clases no iban bien. De hecho, iban cada vez peor. Ensayábamos *La tempestad* y, para variar, mi papel no salía. Me olvidaba de aquellos versos tan largos, me trabucaba, entraba cuando no debía, un desastre.

—¿Dónde estás? —me reñía Isa—. Parece que tengas la cabeza en las nubes.

Isa había convencido a su maestro, el imponente Aleksander Bardini, para interpretar el papel del mago Próspero. Miranda, su hija, sería la joven actriz más prometedora de la Academia: Andrea Novak. Suyo sería el reino, suyo el poder y la gloria.

Una tarde, al acabar la clase, Isa me dijo:

—Tenemos que hablar a solas.

Nunca ha salido nada bueno de esa frase.

—Esto no va bien, Liboch Klara... He estado pensando...

Yo aún no había decidido abandonar, pero no soportaba la idea de que me quitaran el papel. Me adelanté y le dije que dejaba los ensayos, las clases, la Academia. Que no avanzaba, que no lo veía claro, que el trabajo en la biblioteca... Se quedó callada, pensativa, posiblemente liberada.

—Si esa es tu decisión...

¿No iba a insistir, no iba a tratar de convencerme de que me quedara? Fuimos al bar, casi desierto a aquella hora, a tomar un café. Ella pidió un coñac, que mantuvo un rato en la boca: le dolía un diente, me dijo, un incisivo. Hablamos de otras cosas, como en los entierros. Se masajeaba la encía y fumaba un cigarrillo tras otro; parecía triste, ajena.

—Quizás el teatro no sea lo tuyo. Pero hay algo, sin embargo... Algo que vi en ti desde el primer día...

—¿Sí?

—La voz.

—¿Qué le pasa a mi voz?

—Es una voz extraña. ¿Nunca te lo han dicho? Rica y extraña, como dice la canción.

Yo no entendía nada.

—¿Qué canción?

Isa ya se había levantado. Hizo un último buche de coñac.

—La canción de Ariel. ¿Tienes un rato? Me gustaría hacer una prueba.

Fuimos a la sala de actos y se sentó al piano. Abrió la carpeta donde llevaba el texto de *La tempestad* y me alargó una hoja.

—Ariel canta varias canciones. Vamos a empezar con esta.

—¿Estás loca?

Yo no había cantado en mi vida, nunca. «Ni en la ducha», dije, y se echó a reír. Me colocó bajo la pantalla blanca, vacía, inmensa.

—La tocaré dos veces y luego tú la cantarás. Presta atención.

Presté atención. La canción era todavía más rara que la obra.

Hablaba de un padre ahogado en el fondo del mar, y cómo sus ojos se convertían en perlas, sus huesos en corales.

Comencé a cantar. ¿Era aquella mi voz?

—Bien, bien —dijo Isa—. Ya me lo imaginaba: puedes seguirla. Con dos veces te ha bastado. Tienes oído y musicalidad, pero esa todavía no es tu voz.

—¿Cómo que no es mi voz?

—No. Es una voz asustada. O impostada, que viene a ser lo mismo. En teatro no logré que fluyese la otra, la verdadera. Pero cantando puede ser distinto.

Carraspeé. Sacudí los brazos y probé de nuevo.

—No, no. Estás forzando porque tienes miedo.

—Claro que tengo miedo. No lo he hecho nunca.

—Es como cuando ensayabas: querías hacerlo *importante*. No fuerces, no subrayes. Canta. Grita, si hace falta. Como cuando eras un bebé y querías hacerte oír, ¿entiendes? Expande tu voz, para que no se ahogue en la garganta. Tu boca es un túnel por el que ha de salir la voz hacia fuera.

—De acuerdo, pero no sé si saldrá algo de...

—Inténtalo.

Lo intenté de nuevo.

Canté —grité, más bien— con los ojos cerrados.

Y entonces pasó que a mitad de la canción, Isa dejó de tocar el piano para escucharme, pero no me di cuenta, como cuando tía Olga soltó el sillín de mi primera bicicleta y de repente me encontré pedaleando libre y veloz y sin miedo, calle abajo.

Canté hasta el final, y al abrir los ojos bajé la cabeza, avergonzada y confusa, porque no sabía lo que estaba sintiendo o lo que debía pensar. Creí que Isa había dejado de tocar por puro abandono, porque lo mío no tenía remedio, pero a la vez noté un hervor en el pecho, muy similar al recuerdo de aquel cruce de miradas en el espejo del Eden Bar.

—¿Podrías volver mañana? Me gustaría que siguiéramos trabajando. No hace falta que vengas a la clase si no quieres. Ven a esta hora; estaremos más tranquilas.

Había leído historias de locos que un buen día se despiertan balbuceando en una lengua extranjera, preguntándose si la metamorfosis durará para siempre: así me sentía. Volví. Isa ya me estaba esperando en la sala de actos. Paseaba de un lado a otro, fumando un cigarrillo. Su cara estaba un poco hinchada y tenía ojeras.

Canté de nuevo la canción del ahogado, varias veces, y luego la canción de la abeja.

—Bien. Empieza a salir *algo*. Empieza a salir la voz que he creído escuchar, debajo de la otra. Pero falta mucho trabajo.

Luego se levantó y vino a mi lado. Instintivamente, contuve la respiración.

—No, no. Coge aire con el diafragma, no con los pulmones.

—¿Y eso cómo se...?

Colocó una mano bajo mi pecho y la otra en la espalda, a la misma altura.

—Eso será lento. No se aprende en un día, ni yo puedo enseñártelo. A ver... La boca quieta... No, no. Con el estómago. La bomba de aire está en el

estómago. Respira. Canta ahora. Solo las dos primeras frases. Ahí. Mantenla ahí.

Volvió al piano.

—Otra vez, desde el principio.

Probamos de nuevo, y luego otra vez, y otra, y pasaron dos horas sin que me diera cuenta. Isa me pareció un tanto ausente, y más silenciosa que la tarde anterior. Al final me dijo:

—Bien, bien, muy bien, Liboch Klara. Aquí lo dejamos hasta mañana, ¿te parece? No me encuentro muy bien.

Fue entonces, bajo la misma luz que había iluminado el atril de Jan, cuando vi el hueco en su boca: un agujero negro, en la encía inferior.

La tarde siguiente, al acabar de cantar seguidas las dos canciones, Vera Anilevich avanzó desde la oscuridad del patio de butacas, donde había permanecido en silencio. Vino hacia mí y me felicitó.

—¿Dónde has guardado esa voz todo este tiempo?

Yo no sabía dónde meterme. Canté una vez más. Sin miedo, curiosamente. Al acabar, sin embargo, me temblaba todo el cuerpo.

—Tenías razón —le dijo Vera Anilevich—. Aquí tenemos a una soprano. Una soprano con un timbre muy especial...

—¿Lírica? —dijo Isa—. No, no es eso exactamente, ¿verdad?

—Es otra cosa. Hay otra cosa *ahí*.

Yo comenzaba a sentirme como un caballo en día de mercado.

—Veronika diría lunar —rio Isa—. Una soprano lunar.

—¿La ha escuchado ya?

—No, todavía no.

Vera Anilevich se dirigió a mí:

—Dice Isa que ya no quieres seguir con el teatro...

—Aunque... se me ha ocurrido... —comenzó Isa.

—¿Sí, querida? —dijo Vera Anilevich.

—Podríamos *desdoblar* a Ariel... Dos actrices. O una actriz y una cantante, dentro y fuera del escenario. Klara podría ser su voz, una voz flotante. Cantar desde cajas —dijo Isa.

Pensé: ¿Cómo puede proponerme eso?

—¿Qué te parece, Klara? —dijo Vera Anilevich.

—No —dije, rotunda—. No, creo que no.

Vera Anilevich sonrió.

—Me lo imaginaba. Está bien. Está bien así.

Luego puso una mano en mi hombro.

—Quizás te gustaría cantar en el coro de la Academia para aprovechar la matrícula. Ahí podrías encontrar tu lugar. Piénsalo y dinos algo.

Cuando nos quedamos solas, Isa me dijo:

—Con Veronika puedes aprender mucho. Y con Bendych. Bendych te amarrará al suelo y Veronika te soltará.

—Pues no sé si va a gustarme eso —bromeé.

—Lo importante es que no corras. Llevará tiempo.

Aquella noche se lo conté a Oskar. Habíamos quedado los tres en el bar de la plaza para ir al Slepoy, pero Jan no se presentó.

—No me sorprende —dijo—. Siempre he pensado que tienes una voz preciosa.

—Nunca me lo habías dicho.

—¿Hacía falta?

Me besó. Miró su reloj y apuró la cerveza.

—Vamos entrando. Ya entrará Jan, si llega. Yo no sé dónde se mete últimamente.

34. Jan y el pelirrojo

Te vuelvo a ver en el bulevar Meysenburg, casi en la esquina del puente Bratunac. Es una espléndida mañana de primavera, con frío aún, y el cielo muy azul y el sol radiante. Una mañana de sábado, a finales de abril. Yo voy al centro, a comprar un regalo para tía Olga: mañana es su cumpleaños. Hay mucho tráfico y el tranvía se ha parado. ¿Eres tú? El tranvía está muy lleno, ahora acaban de levantarse tres señoras y me tapan la ventanilla. Sí, sí, creo que eres tú. Te veo de espaldas junto al pretil del puente, con las manos en los bolsillos. Te reconozco por la cazadora de cuero con el cuello levantado, pero sobre todo por la forma de caminar, rápida e indolente al mismo tiempo.

El viento mueve tus cabellos, que parecen no tener peso. ¿Por qué no se pone en marcha el tranvía? No estás solo, vas hablando con un pelirrojo, pequeño, de unos treinta o treinta y cinco años, jersey negro, pantalones negros, una cartera bajo el brazo. Estáis cruzando el puente, giráis por el bulevar. Ahora camináis demasiado rápido y el tranvía apenas se mueve, avanza un poco y vuelve a pararse. Te pierdo... Han pasado tantos días desde el baile en La Pagoda... y he pensado tanto en ti...

Oskar está lejos. En Cantelecor, donde se celebra el magno congreso del Frente Democrático Nacional. Durante todo el fin de semana «cubrirá» el acto, como se dice en su jerga. Él y tres o cuatro fotógrafos más. Quizás si lograra abrirme paso entre los pasajeros y llegar hasta la plataforma... No, demasiado tarde, demasiada gente, ni siquiera lo intento. Una hilera de coches se desliza veloz hacia el bulevar Ackerman, como si alguien hubiera levantado el tapón de una bañera, y el camino de Meysenburg queda libre. Avanzamos y dejamos atrás el puente, me olvido de ti o al menos lo intento mirando hacia el otro lado, entre cabezas y espaldas, hacia la larga verja dorada y los arcos del parque Belinsky, y al poco rato los ojos se me van otra vez hacia la ventanilla contraria, y premio: vuelvo a verte, a veros, en la acera, riendo, a la entrada de un edificio muy alto. El pequeño pelirrojo saca

un papel de la cartera, da un paso atrás, mira hacia arriba; tú taconeas en el suelo, en un rápido paso de baile.

Te seguiría. Te seguiría durante toda la mañana para ver lo que haces y lo que dices cuando crees que nadie te mira.

Suena la campanilla de la parada, la gente avanza en tropel hacia la plataforma y yo con ellos. Decidido: me bajo aquí, será un maravilloso encuentro casual. Pero hay una vieja que casi no puede moverse, y su hijo ha de ayudarla a bajar del tranvía, y cuando logro saltar vosotros ya no estáis, habéis entrado en el edificio alto, gris, antiguo.

El tranvía ya se ha ido, Meysenburg abajo, y yo me siento una completa idiota, sola y en mitad del bulevar, preguntándome qué hacer ahora. Esperar al siguiente tranvía, no, es humillante. Echar a andar a paso rápido, para descargar el impulso acumulado, sin mirar atrás. Pero no me muevo. Junto al edificio hay un callejón estrecho, apenas un pasadizo, con cajas de cartón y cubos de basura. A la izquierda, en la esquina con la calle Wilka, un bar con terraza y un quiosco de periódicos.

Compro *La Jornada*, me siento en la terraza, pido un café. ¿Por qué no? Son las doce y media, el sol me da en la cara, las tiendas del centro no cierran al mediodía. Al otro lado de la calle, familias con niños y perros entran lentamente en el parque por una de sus puertas laterales. ¿Quién será el pequeño pelirrojo? ¿Un compañero de la fábrica? ¿Un viejo amigo que ni siquiera Oskar conoce? Llega hasta mí el aroma del césped todavía húmedo por la lluvia de anoche. Empiezo a leer el periódico por las últimas páginas, como era entonces mi costumbre. Cartelera: *Doctor Zhivago* seguía en el Lux; ni la habíamos visto ni pensábamos verla. *La galleta de la fortuna*, en cambio, ya no estaba en el Majestyk. Oskar insistía en ver *Blow-up*, por Antonioni y porque el protagonista era un fotógrafo. Yo prefería *Fahrenheit 451*, en el Excelsior, pero Oskar decía que había tenido muy malas críticas. En el Slepoy daban *Viva las Vegas*, con Elvis, y una francesa, *Un mono en invierno*. Pronóstico del tiempo: nubes y claros, pero subirán las temperaturas. Modor presidirá en junio la tercera edición de la Muestra Internacional de Cine de Moira. En el Studio, la nueva obra de ese Pinter que le gusta tanto a Isa, *Regreso al hogar*. Cerveza Spivo, la rubia más deseada. Horóscopo para hoy: Láncese.

Intento concentrarme en la lectura de noticias que no me importan. Entrevista con Diana Arkus, nuestra popularísima Grazina: «*Encrucijada* apasiona porque habla de la vida real». Sorprendente foto: la grácil Grazina de voz aniñada es «una veteranísima locutora de Radio Moira» con aspecto de marimacho. Trato de concentrarme luego en fotografías que tampoco me importan, porque no dejo de mirar hacia la entrada del edificio. Alterno un sorbo de café, un vistazo a las fotografías, una mirada hacia el portal. Pasan diez o quince minutos. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué tontería estoy haciendo?

Soy una espía en misión secreta: averiguar qué busca, qué pretende el misterioso pelirrojo. Evidentemente, no es eso lo que quiero, lo que busco, lo que deseo. No estoy aquí para eso, no soy una espía. Soy una idiota que no deja de pensar en ti. Podéis estar horas allá adentro, sea lo que sea lo que hayáis ido a hacer. Aunque si es una oficina cerrarán a la una, y media hora pasa pronto. ¿Y luego? ¿Qué haré luego, cuando os vea salir? Si al salir vais hacia la izquierda, hacia el bar, no me muevo y sois vosotros los que os encontráis conmigo: hace un día tan bueno que he aprovechado para tomar el sol en la terraza y leer el periódico. ¿Que qué hago por aquí? Diré la verdad, la parte más sencilla de la verdad: iba a comprar un regalo para mi tía. Mi tía Olga, la que vive en Luzhin. Le encantan los pisapapeles de vidrio, y cerca de aquí hay una pequeña tienda que... Oh, tengo tiempo; no cierran al mediodía. En cambio, si veo que vais a cruzar la calle, hacia la acera del parque... Entonces está claro: te llamo, te hago una seña sin moverme de la terraza. Pero ¿y si volvéis hacia la derecha, por donde veníais, en dirección al puente? No voy a correr hacia ti, desde luego, eso ni pensarlo. Tiene que haber una solución más sencilla que echar a correr por el callejón y tropezar en la carrera con un par de cubos de basura, como en las películas, y dar la vuelta al edificio y recuperar el aliento y la compostura antes de que nos topemos de cara, por el otro lado.

Trato de pensar en otras cosas. *Debo* pensar en otras cosas. En la propuesta de Vera Anilevich, por ejemplo. Habrá que estudiar solfeo, algo de solfeo, y no sé si me apetece. Bendych te amarrará al suelo y Veronika te soltará. El sol en la cara, en las manos. Pronto estará aquí otro verano. Lo decía una mujer en el tranvía: «Ni nos daremos cuenta y ya estaremos otra vez en verano». *Estar en* verano. La una menos diez. En este mismo

momento, mi padre mueve un peón o un alfil o lo que sea en el café de la Federación; mueve una pieza de ajedrez como quien deja caer una piedrecita en un pozo. El ajedrez, el juego más silencioso del mundo. Tía Olga sale al jardín con la olla de tripas de vaca y peladuras de patata, y los perros la rodean. Oskar hunde las pinzas en la cubeta de revelado y contempla la foto que comienza a formarse.

En la portada del periódico, la única mancha negra de aquella mañana: «Joachim Sokel-Brod, el joven empresario de prensa y radiodifusión, propietario de las cabeceras de *La Tarde* y *Tarjeta Roja*, del semanario de información general *Verdades* y de la emisora Cadena 66 ha decidido “saltar a la arena política” y ha comprado la sede y el nombre de Justicia y Desarrollo, la semiextinta formación del mariscal Weygany para crear un nuevo partido y “no perder el tiempo en trámites fundacionales”».

Ya estáis ahí, primero el pelirrojo, luego tú. Me parapeto tras el periódico, miro de reajo y enseguida bajo las páginas hasta la mesa, sin dejar de fingir que estoy leyendo, porque has elegido la dirección correcta y vienes hacia aquí, vienes hacia aquí, vienes hacia aquí.

Un abrazo. Un doble beso. Apenas nos rozamos las mejillas.

Un temblor en la base del vientre, porque vuelvo a sentir el olor a almendras de tu piel, como si de nuevo estuviéramos a punto de bailar.

Me presentas. Dices: «Klara Liboch, actriz». Estoy a punto de proclamar: No, ya no, ya no soy esa Klara, ese personaje. Recito mi papel: cumpleaños, pisapapeles, pequeña tienda. El pelirrojo se llama Stefan, y acaba de conseguirte un nuevo piso. Estáis muy, muy contentos. Tus ojos brillan, más verdes que nunca. Yo digo que hay que celebrarlo y Stefan acepta una cerveza pero solo una, porque se tiene que ir. Espero unos segundos y tú no dices nada, lo que significa que no tienes prisa, que no has de irte con él, y que dentro de unos minutos, cuando el pelirrojo acabe su cerveza, nos quedaremos solos tú y yo.

Será la primera vez que estemos solos y juntos. Un nuevo temblor.

Llegan las cervezas y aplaudes y dices que se acabó lo de Varenka, y que el nuevo piso es una maravilla, que quedará libre dentro de poco, en verano.

—Una buhardilla en un viejo edificio casi vacío, un edificio de oficinas con expediente de derribo —dice el pelirrojo.

—¿Lo van a derribar? —pregunto.

—Bueno, ya se sabe que esas cosas van para largo, cuatro o cinco años como mínimo —contesta.

—¿Y está por esta zona?

—Junto a la avenida del Libertador —dices, orgulloso.

—Ah, más céntrico, imposible.

—Ya veréis, ya veréis —dices, y brindamos, y el pelirrojo acaba su cerveza de un trago y se levanta, encantado de conocerme. Me estrecha la mano, una mano firme, cálida, como su sonrisa, y antes de irse te dice, sin dejar de sonreír, que no olvides la clase del lunes por la noche.

Al fin quedamos solos.

—Qué simpático —digo—. ¿A qué se dedica?

—Es cura —dices.

—No. Es una broma. Me tomas el pelo.

—Pues todo el mundo le conoce como el padre Stefan. O el páter.

—No parece un cura.

—Eso es verdad. ¿Te suena el apellido Cyrus-Wieck? —dices.

Claro que me sonaba. Una de las mejores familias de Moira. Una de las cien familias.

—Es el hijo pequeño. La oveja negra —dice él—. El desheredadísimo. Un gran tipo.

Me hablas de Stefan con verdadero cariño, con pasión casi. Me cuentas cómo lo tenía todo y un buen día dejó todo, cómo dejó a un lado todo lo que le esperaba, todo lo que se esperaba de él, las grandes esperanzas en él depositadas, etcétera, etcétera, para meterse a cura, para gran infarto de su señor padre, el viejo coronel millonario.

Intento bromear. Intento parecer adulta, sarcástica, Novelski. No te imagino siendo amigo de un curita.

—¿Vio la luz, o algo así?

Pero tú no bromeas.

—No sé si vio la luz. No sé si se ve ninguna luz. En los tebeos, quizás. O en las novelas malas. Quiso ayudar. Meter las manos.

—Claro —digo, mordiéndome un labio.

—Yo le debo mucho. Si no llega a ser por él me hubiera hundido.

—¿Cuándo?

—En el reformatorio. Él me sacó del pozo. No sabes lo que era aquello, ni en lo que yo me había convertido. Stefan me consiguió mi primer trabajo, en el almacén de grano. Y luego en la fábrica de conservas. Y ahora, ya ves, un piso para salir de Varenka.

Recorrió, dices, las peores parroquias del país, las que nadie quería. Hasta que encontró una de las peores. Los suburbios de Unseld.

Dices, levantando la cerveza:

—Brindo por él. Está haciendo un gran trabajo.

Brindamos.

—¿Y qué es eso de las clases? ¿Vas a alguna clase con él?

—No, las doy yo. Clases nocturnas, en la escuela de la parroquia. Matemáticas y Lengua, para los críos. Aritmética, más bien.

—Ah.

¿Tú, dando clases? ¿En la escuela nocturna de una parroquia?

La escuela de Unseld. El despacho de Stefan, con el esquelético Cristo de Olin, y el cartel con las espigas y la frase «Si el grano de trigo no muere, no dará fruto». Aquel pasillo donde te esperé tantas veces. Las paredes desconchadas, pintadas de verde pálido. Los fluorescentes llenos de polvo. Bancos de madera raspada. Mesas manchadas de pintura. Sillas de plástico de varios colores. Niños oscuros, que siempre parecían más mayores o más pequeños de lo que eran. Y aquel olor a desinfectante y a tiza y a colonia barata unificando todas las cabezas.

Nos hemos quedado callados. El tintineo del 57 llegando a la parada.

El sol en el centro del cielo. Los pájaros de primavera que vuelven a casa.

Me miras. Vuelvo a pensar que estamos solos, los dos. Dices:

—¿Y tú qué me cuentas? ¿Qué es de tu vida?

Hablo. Lanzo, sin escucharme, un torrente de palabras.

Tú me miras, sonriente, divertido por mi aceleración.

Dios, qué guapo estabas aquella mañana...

Hablo del trabajo en la biblioteca, te cuento que he dejado las clases de teatro y que he comenzado las de canto, que es un mundo nuevo, totalmente nuevo, y pienso que debo de parecerle una colegiala nerviosa, y así me encuentro diciéndote de golpe lo que aún no le he dicho a Oskar, ni a mí misma: que voy a entrar en el coro de la Academia.

—¿Cantar? ¿Vas a cantar? —dices.

—Sí. Voy a intentarlo, vaya.

—Lo conseguirás. Porque tienes una voz preciosa. Yo siempre he querido cantar. O saber música y tocar algún instrumento.

¿Me puse roja? ¿O fue el calor del sol y la cerveza?

No te dije ni un «gracias» de cortesía. Me quedé muda, al borde del abismo que empezaba a abrirse. ¿Qué vendría a continuación? ¿Un paseo, una comida? Tal como estabas sentado, tal como hablabas y mirabas y bebías, sorbo a sorbo, no costaba adivinar que aquella tarde no tenías otra cosa que hacer. Toda la tarde por delante, los dos juntos, si yo quería. No, no es una buena idea, yo tan nerviosa, tú tan calmo, con todo el tiempo del mundo.

Y encontrar las palabras justas, las palabras precisas para decir...

No quise. Me levanté. Cumpleaños, pisapapeles, pequeña tienda, trabajo, compromisos, hemos de vernos, hemos de...

—Y repetir lo de la Pagoda —dijiste.

—Sí, claro.

Y antes de correr hacia el tranvía:

—Una cosa. No le digas nada a Oskar...

—¿Cómo?

—Lo de las clases de Unseld.

—¿Por qué?

—Porque lo hago gratis. Ya sabes como es. Si se entera me dará la lata diciendo que pierdo el tiempo en tonterías. ¿Me guardas el secreto?

—Claro. Claro que sí.

Un beso, con la punta de los dedos, en el aire claro de aquella mañana.

Nuestro primer beso.

35. El espejo empañado

Vera Anilevich me felicitó por mi decisión y me dijo algo parecido a lo que me había dicho Isa:

—No puedes entrar en el coro todavía. Antes has de prepararte. Lo primero, aprender a respirar; verás que no es la misma respiración que has practicado en las clases de teatro. Y lo más importante: aprender a abandonarte y a recuperarte.

Empecé a trabajar con mis nuevos profesores y canté para ellos las canciones de Ariel hasta que acabé odiándolas.

Wieslaw Bendych era el «maestro repetidor». Muy amanerado, unos setenta años. Cabeza de ternero, melena blanca, ojos agrandados por unas gafas enormes, dos círculos de pasta negra y vidrio grueso, como lupas. Vestía invariablemente un jersey de cuello alto, tenso sobre aquella tripa redonda que parecía comenzar en su clavícula.

—Tiene usted buen oído, señorita. Y un bonito color, con fuerza. ¿Ha estudiado solfeo?

—No, señor Bendych.

—Lo de siempre... ¡*Molta voce e poca solfa!* Pero no se apure. En un mes aprenderá las nociones básicas para leer una partitura. Se guiará por el dibujo de las notas y le irán marcando el ritmo. Luego hay que estudiar, por supuesto. Siempre, siempre hay que estudiar. Eso nunca se acaba.

Bendych era apasionado, minucioso, con fugas repentinas. Solía estar callado durante mucho rato, fumando sin parar, dándome las entradas con unos dedos amarillos de nicotina y deformados por la artritis, y de pronto dejaba de tocar para contarme una historia que acababa de cruzar por su memoria como un pájaro. Otras veces, si el día era seco y soleado y los dedos no le dolían, se abandonaba a arrebatos cómicos: rompía a cantar como una diva o bailaba como un oso con un tutú imaginario. Cuando se fatigaba echaba una cabezadita en un sillón desvencijado que había al fondo de la sala, cinco, diez minutos, y luego seguíamos.

Ensayábamos en el sótano, una sala de techo bajo, con paredes recubiertas por varias capas de cartón, donde antes estuvieron las cocinas del hotel. En el centro, junto al piano, había una mesita con una jarra de agua y un vaso.

—Beba toda el agua que necesite. Los primeros días se quedará seca y hay que tener cuidado con eso. Ah, y procure evitar los carraspeos. Prefiero que tosa a que carraspee. Si carraspea, la garganta se resiente y eso se convierte en un tic.

También había una estufa eléctrica, y un espejo frente al que me colocó desde el primer día, para que pudiera verme los ojos y la boca.

—¡*Gli occhi!* ¡Se canta con la boca y con los ojos! ¡Nunca los ojos cerrados! ¡Siempre bien abiertos, y expresando!

Me colocaba la boca, el paladar, los labios, el mentón...

—Ahora un vibrato... Suba... baje... suba... boca quieta... ahora la boca como si comenzara un bostezo... así... como si aspirase el aire hacia adentro... Otra vez...

En un rincón aún podía verse el antiguo hueco de un montaplatos que comunicaba con el piso superior, la sala de actos. Sabía que la clase estaba a punto de acabarse porque el viejo Bendych siempre repetía la misma broma. Se levantaba haciendo crujir los nudillos, caminaba hasta el hueco, metía la cabeza y gritaba:

—¡Una taza de *borsch* con mucha remolacha y un pato a la Chéjov, por favor! ¡Dos raciones! ¿Cómo? ¿Nada? ¿Nadie me responde? Ah, ah, deben de estar todos muertos. Entonces habrá que ir a cenar a otro sitio, señorita.

¿Con quién cenaría Wieslaw Bendych? ¿Dónde viviría, qué haría después de las clases, con quién soñaría?

Había sido pianista en el hotel, antes de la guerra, y me contó que en la platea de la sala de actos estaba el restaurante, y tras la pantalla, sobre el escenario, hubo una pista de baile y la tarima de la orquesta.

—En el mismo piano en el que yo tocaba tocó una vez Ivor Novello. ¿Le dice algo ese nombre, Ivor Novello?

Bendych tocaba valeses, foxtrots, canciones alemanas de Zarah Leander (una tarde tocó y cantó para mí su preferida, *Der Wind hat mir ein Lied*

erzählt) y muchas canciones napolitanas, que antes de la guerra estaban muy de moda.

—Los italianos —decía— han hecho la mejor música del mundo, de Verdi a las canciones napolitanas. O al revés, da lo mismo.

Alternaba sus clases con las de Veronika Stuhr, profesora de canto y directora del coro de la Academia. Veronika tenía la edad de Isa pero parecía una chica de mi edad: menuda, frágil, cabello corto y flequillo rubio, una sonrisa desarmante. Ojos muy abiertos e intensos, como si lo estuviera viendo todo por primera vez. Siempre parecía tener mucho frío, y siempre aparecía frotándose las manos, envuelta en una bufanda roja que le llegaba a los pies. Hablaba y se movía con una suavidad singular, como si se deslizara un palmo por encima de la áspera superficie del mundo, sin parecer en ningún momento distante o altiva.

El primer día me dijo:

—Lo primero que has de aprender es a reconocerte en tu voz, sentir que eres tú. Esa identidad te sorprenderá, porque viene de un rincón muy profundo de ti misma.

—Isa me dijo algo parecido. Que mi voz habitual no era mi voz.

—Así es. Todos tenemos dos voces. Hay que encontrar la voz secreta, la que nos da miedo sacar. La voz natural.

Comenzamos con una canción de Thomas Campion, *Come Let Us Sound*, que formaba parte de su repertorio. Como solista, Veronika se había especializado en los compositores isabelinos, de los que yo nunca había oído hablar. Me contó que en aquella época enseñaban aquellas canciones a las damas como parte de su aprendizaje: estudiaban geometría, aritmética, astronomía y música, el *Quadrivium*, las cuatro vías del conocimiento, para fundirse, a través del equilibrio y la armonía, en la «perfecta canción del Universo». Escuchaba a Veronika cantando *Come Let Us Sound* y no me era difícil imaginarla en un grabado de la época, tañendo un laúd bajo un cielo de estrellas armónicamente enlazadas.

—Es ideal para empezar, porque habla de la base del canto, que es el aire. La voz es aire, el sonido es aire vibrando, elevándose. Cantar es jugar con el aire. Para los isabelinos, el aire del canto era una vía de comunicación

con Dios, con lo sagrado. Cantaban la alabanza de Dios por la belleza de sus formas.

En boca de cualquier otra, todo aquello me habría parecido una jerigonza monjil, pero siempre hubo en sus palabras una convicción tranquila y poderosa, una autoridad secreta que brotaba de ella como un halo. Tardé en comprender que para Veronika la música era un apostolado, una búsqueda espiritual.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —le dije.

—Claro.

—¿Eres católica?

Sonrió y me contestó:

—Soy creyente, sí.

Otro día, poco antes de acabar la clase, me dijo:

—Hay que dar gracias a Dios cada día por sus dones, y el canto es una de las mejores vías.

Al principio me sorprendió que Isa y Veronika fueran amigas, porque no podían ser más distintas. Veronika jamás se irritaba, jamás imponía sus ideas o sus opiniones. A veces Isa se burlaba de ella y la llamaba Sor Iluminada, pero lo cierto es que las dos eran creyentes, cada una a su manera, y a ninguna de las dos les asustaban lo que los cínicos o los sarcásticos llaman «grandes palabras».

A veces también pensaba que Veronika podía haber sido hija de Vera Anilevich; otras, en cambio, me recordaba a Oskar: una paciencia infinita, una calma que convenía no confundir con lasitud o indiferencia.

Aunque *Come Let Us Sound* se parecía un poco a las canciones de Ariel, no me resultó nada fácil cantarla. Entonces estaba demasiado alta para mí, y no me refiero a la tesitura: me temblaba la voz cada vez que entraba en ella.

—Siempre pasa al principio —me dijo Veronika— hasta que aprendes a canalizar el miedo. Tienes miedo a lanzarte. Hay que desprenderse del miedo, no agarrarse a la silla cuando el caballo galopa, aunque parezca que te vas a caer.

Mi mayor miedo, le confesé, era haber empezado a cantar tan tarde.

Veronika sonrió y me dijo que eso no importaba:

—Yo empecé a cantar antes de los cuatro años. Eso es lo que me contaron, porque la verdad es que no lo recuerdo. Me veo cantando más tarde, a los ocho o nueve. Cantaba en cualquier momento, me encontraba cantando, sin pensarlo, en casa, en la calle, en el colegio, con una naturalidad absoluta, con una facilidad increíble para las notas agudas y la afinación. Lo curioso es que en aquella época era muy tímida. Me daba vergüenza ir a comprar el pan o hablar en clase delante de todo el mundo, pero no sentía ningún reparo en cantar delante de las visitas o de quien fuera. Cantaba por el puro placer de hacerlo. Luego, al crecer, perdí aquella espontaneidad, aquellas maravillosas cadencias infantiles, y tuve que aprender a buscar de nuevo aquel estado con la técnica. A veces lo consigo, y cuando eso pasa, no hay nada mejor en el mundo. A ti te sucederá lo mismo. Un día saldrás de tu cuerpo. Sentirás que tu cuerpo no es una carga ni una barrera física. Es muy parecido a cuando sueñas que vuelas. Hay días de gracia que son como una revelación. No creas a los que dicen que el alma no existe, porque sentirás como tu alma viaja hacia el público con la voz. Sentirás esa conexión. Luego intentarás repetirlo y no podrás. Ese momento de gracia se repetirá cuando él quiera, no cuando tú lo busques.

Unos días más tarde, Wieslaw Bendych sugirió probar por otro camino y me enseñó una canción napolitana, *Dicitencello vuie*.

Ensayamos varias veces aquella canción, sin suerte.

—¡Sentimiento! ¡Sentimiento! ¿Dónde está el sentimiento?

—Es que no entiendo la letra. ¿Qué quiere decir?

—La letra es lo de menos, querida. Lo importante es el sentimiento.

Escucha la canción, decía. Escucha el sentimiento. Y la tocaba una y otra vez.

—La música es preciosa, pero no puedo llegar al sentimiento si no sé lo que canto.

—Error, error. ¿Qué pasará cuando cantes en latín?

—Señor Bendych, por favor...

—Está bien. El título quiere decir *Díselo tú* y es el lamento de una persona enamorada. Con eso te basta.

—¿Un hombre?

—¡Un hombre, una mujer, qué más da! En las canciones no hay sexos. Hay una voz que canta. Hay amor, hay deseo. ¡Anhelo, exaltación, pérdida! Esos son los movimientos, eso es lo que mueve la música. ¿Sabes por qué no has podido llegar a lo que te pedía Veronika? Porque Vero es una santa, y le gusta la música sagrada. Yo no soy un santo y solo puedo enseñarte canciones profanas. Esta puedes cantarla. Aquí hay alguien que quiere conseguir algo y se dirige a un interlocutor... No le habla a Dios, le habla a quien tiene a su lado... Fíjate... *Dicitencello a 'sta cumpagna vosta ch'aggio perduto 'o suonno e 'a fantasia...* Dile a tu amiga que he perdido el sueño y la alegría... Es una obsesión que no le deja vivir... ¿sabes lo que es eso? ¿Puedes imaginarte eso?... *Cchiù forte 'e na caten, ca mme turmenta ll'anema...* ese amor que es como una cadena que le atormenta...

—... el alma...

—Llámale alma si quieres, pero es deseo, puro deseo... *L' nce 'o vvulese dicere, ma nun 'ce 'o ssacio dí...* una pasión que le consume, que no le deja hablar... no sabe cómo expresarla... querría oír de su boca que le ama... y le pide que le haga llegar su mensaje... *Dicitencello vuie ca nun mm'a scordo maie...* dile que nunca le olvido... que no consigo olvidarle...

Vi, como un relámpago, a una mujer, una mujer de luto por su vida, recorriendo sin rumbo las calles de Nápoles, bajo el sol inclemente del mediodía. Y también a un hombre, un hombre de cabellos rizados y manos trémulas, tocando el piano en el restaurante de un hotel, casi oculto entre cortinajes y grandes plantas verdes de hojas afiladas, mientras a su alrededor todos bailaban, ajenos, deslizándose sobre el suelo de baldosas relucientes. Una calle de Nápoles, con los adoquines dorados, borrados casi por el sol de la tarde. Un hotel de lujo, un baile de lujo, antes de la guerra, de los bombardeos que acabaron con los bailes y con el barrio de la Estrella y con toda aquella vida.

—¿Y qué sucede entonces?

—¿Qué *sucede*, querida? Sucede que cae una lágrima de los ojos del amigo al escucharle... *Na lácrema lucente v'è caduta...* una lágrima brillante... Y la voz se da cuenta entonces... *Cu st'uocchie doce, vuie sola*

mme guardate... Le dice, le confiesa: con estos dulces ojos solo tú me has mirado... *Levammece 'sta maschera, dicimmo 'a verita...*

—Quitémonos la máscara...

—Eso es... *Si' tu chesta catena ca nun se spezza maie...* Porque es a él a quien ama, a quien ha amado siempre. Eres tú esta cadena que no puedo romper... Eres tú, eres tú, le dice... Eso es lo que cuenta esta canción. ¿Tienes bastante? ¿Puedes cantarla ahora?

Veronika, que había llegado hacía un rato, se acercó a nosotros y colocó una mano en el hombro de Wieslaw.

Dijo, sonriente:

—¿Y no le traduces la última estrofa?

Tomó la hoja de mis manos.

—*Suonno gentile, suspiro mio carnale...* Hermoso sueño, mi suspiro carnal... *Te cerco comm'a ll'aria...* Te busco como el aire... *Te voglio pe' campá...* Te necesito para vivir...

Aquella tarde canté *Dicitencello vuie* y me sucedió algo que jamás me había sucedido en las clases de teatro. Bendych y yo estábamos muy cerca. Veronika estaba más atrás y no pudo ver nada, porque me miraba a mí y él le daba la espalda.

El viejo Bendych tocaba el piano con una sola mano, alzando la otra en el aire, trazando arabescos, acompañando la melodía, hasta que la mano flotante, viajera, se le convirtió en un puño cerrado, inmóvil.

Yo no reparé en eso inmediatamente porque estaba ocupada en no perder la melodía ni el sentimiento que se trenzaba en ella, como una enredadera creciendo en el lomo de un árbol y trepando por sus ramas.

Yo me miraba en el espejo de la sala de ensayos, como me habían aconsejado, pero no veía nada, porque hay espejos ciegos. No todos los espejos sirven.

Lo primero que vi, de reojo, a mitad de la canción, fue el puño de Wieslaw, que seguía cerrado, que duraba así, más tiempo de lo normal, como si su corazón hubiera dejado de bombear. O como si bombeara a una velocidad superior a la habitual. Acabé la canción y levanté la cabeza.

Miré la cara de Wieslaw Bendych.

Mis ojos secos contemplaron sus ojos llenos de lágrimas.

Yo sentí la canción, su espíritu y su historia, pero no me poseyó. Yo la canté, me limité a cantarla, y no sentí nada especial, nada distinto a otras veces. Pero estaba claro que algo había sucedido, algo que mi razón se resistía a explicar. Toda aquella emoción la provocaba yo.

Brotó de mí y Wieslaw me la devolvió, como un espejo.

Un espejo empañado.

Permanecemos en silencio. Diez, veinte segundos. Yo no podía moverme, ni dejar de mirar aquellos ojos.

Veronika se acercó hasta mí y me abrazó, sin palabras.

No podía creerlo. Pero no me quedó más remedio. A mi cuerpo no le quedó más remedio. Todo mi cuerpo se trastornó entonces, como un acceso de fiebre que empezó en las plantas de los pies, hirviéndolos, y subió, tobillos, muslos, vientre, pecho. Como una embestida de sangre nueva.

Veronika se apartó de mí, como si quemara.

—¿Te encuentras bien, Klara?

—Estoy... estoy un poco mareada...

El calor había llegado a mi cara. Se distribuía de un modo extraño, porque sentía la frente ardiendo y las mejillas heladas.

—Has hiperventilado... has tomado demasiado aire... Voy a buscarte una bolsa de papel... —dijo Veronika.

—No, no, gracias. Saldré afuera. Si camino un poco se me pasará. ¿Podemos dejarlo por hoy?

—Claro.

Wieslaw me miró y bajó la cabeza, y luego la tapa del piano, y se puso a ordenar sus papeles.

Yo sonreí, para que Veronika no se preocupara, recogí mis cosas y salí del sótano. Los oídos me zumbaban y apenas me daba cuenta de que estaba caminando. El sótano me pareció inmenso, como si las sombras hubieran borrado sus dimensiones.

36. Dentro del círculo

Caminé por el sótano buscando la salida y luego me perdí en aquellos pasillos que había recorrido mil veces, como si pisara una nueva zona de la Academia, un espacio desconocido para mí, sin voces ni alumnos. Si estaban allí, yo no les oía. Mis latidos cubrían cualquier otro sonido, y mis ojos solo veían el recuerdo de los ojos de Bendych. Un destello multiplicándose en la penumbra, como los óvalos esmaltados en las puertas. Estaba confusa, desconcertada. Había hecho llorar al viejo.

Algo había salido de mí por vez primera, algo que bullía en mi interior y había encontrado una vía de escape, un vehículo, una forma. Me apoyé en una pared: necesitaba luz y aire fresco.

Luego recuerdo que hundí las manos en el agua del estanque y me mojé la frente y la nuca. El aire, el sol y el agua me despejaron, y poco a poco el aturdimiento se convirtió en excitación. Una excitación como la que sentía Oskar cada vez que atrapaba un instante fugitivo o un paisaje secreto con su cámara. Una excitación como la que exhalaba Jan haciéndonos ver en una pantalla blanca el globo azul y dorado del conde Potocki.

Tenía que hablar con ellos. Con los dos. Ellos entenderían.

¿Cuánto había durado aquel momento? ¿Diez, veinte segundos?

El tiempo era lo de menos. Ahora yo estaba dentro, dentro de algo mucho más poderoso que los libros y el teatro. Caminaba y ante mí desfilaban, clarísimas, indudables, las etapas del viaje, enlazadas y resplandecientes como las estrellas de una constelación.

Cómo había podido no verlo hasta entonces...

Un viaje que había empezado con la nave espacial de Licorice Kid y la fraternidad del Ciervo de Plata... no, más atrás, mucho más atrás, con las canciones que me cantaba tía Olga, y las orquestas de Abe Brandwein en la radio de Luzhin, aquellas noches, siempre de noche, y también aquel violinista que tocó *La fogata*... y la definitiva entrada en el círculo, la tarde del baile en La Pagoda...

La campana de la iglesia de santa Teresa sonó cinco veces.

Jan estaba en la fábrica, Oskar en el periódico.

Iría hasta el periódico, y luego iríamos a buscar a Jan. Cenaríamos los tres juntos y les diría... ¿Qué? ¿Qué iba a decirles?

No, no hablaría. Solo quería verles, estar con ellos. Cenaríamos, beberíamos. No harían falta palabras. Ellos entenderían que había pasado algo importante en mi vida. Quizás solo bastaría decirles «He cantado. He cantado por primera vez». Entré en la pastelería Barska y devoré un budín de miel, un *leijak*.

Al salir, mi rumbo se desvió porque pensé en Isa. Era pronto, tenía tiempo de sobras. Hablaría primero con Isa y le daría las gracias. Por haberme empujado hasta el centro del círculo, por haber creído en mi nueva voz, por las canciones de Ariel. Unos días atrás había ido a buscarla a la salida de su clase, pero no la encontré en el aula de teatro. Vera Anilevich me dijo que estaba de baja, que no se encontraba bien.

Tomé el tranvía hasta la avenida Ledru-Rollin y compré un ramo de flores azules en el quiosco que había junto a la parada.

Me abrió envuelta en una vieja bata oriental, como si acabara de saltar de la cama en mitad de un sueño. Estaba muy pálida, el cabello sucio y revuelto.

Me miró como si no me reconociera.

—¿Te he despertado? Vera Anilevich me dijo que no te encontrabas bien...

—No, no estoy demasiado... Pero pasa... Bonitas flores, muchas gracias. ¿Qué hora es?

Hablaba en susurros, con largas pausas y repentinas aceleraciones.

—Me han dicho, Veronika me dijo que... siéntate, anda... que eres ¿cómo dijo?... «todo un descubrimiento». Una joya por pulir, o algo así... ¿Estás contenta?

—Claro. Mucho.

Aún era de día, pero las persianas estaban bajadas. Apenas se veían los colores vibrantes que tanto me impresionaron la primera vez. La lámpara de papel anaranjado estaba apagada. La única claridad provenía de un pequeño

flexo metálico colocado en el suelo, sobre la estera japonesa, con la pantalla vuelta hacia la pared rojo Burdeos, como si allá adentro fueran eternamente las tres de la madrugada. Alrededor de aquella mínima luz había una botella de coñac, una taza, frascos de medicamentos, velas derretidas, el cenicero lleno. Entre los almohadones, la funda de un disco de Barbara: *Dis quand reviendras-tu*.

Yo quería hablar, contarle lo que me había pasado. No pudo ser.

Isa cabeceaba, con los ojos entrecerrados, como si fuera a caer dormida de un momento a otro.

—Volveré otro rato... —dije.

—No... quédate... quédate un poco.

Eché un chorro de coñac en la taza y lo bebió de un trago.

—Son las pastillas... estoy un poco atontada... ¿Te he preguntado si querías tomar algo?... Ah, ah, espera. Aquí hay algo que podrías... que deberías cantar. Muy bueno. Muy, muy bueno. Difícil, pero...

Yo entonces todavía no sabía nada de pastillas, pero intuí que no podía ser buena cosa mezclarlas con alcohol.

El aire encerrado olía a tabaco negro, frío, como en la habitación de mi padre. Isa alargó la mano hacia el montón de discos, que se vencieron y quedaron desparramados por el suelo, como cartas de una baraja. Escogió uno y lo puso en el plato, con dedos torpes.

Bajo el débil cono de luz leí su título:

Concierto en mi menor, de Van den Budenmayer.

Isa se llevó un dedo a los labios reseco y luego lo alzó en la penumbra cuando brotó la música.

Una flauta. Un pequeño río al anochecer, serpenteando entre hogueras. La orquesta como una tormenta acercándose. Una voz de mujer, casi una niña, que parecía cantar bajo las nubes negras, desde lo alto de un acantilado. Entonces el cuerpo de Isa cayó lentamente hacia atrás, se venció de lado como un juguete sin pilas. Su pie golpeó sin querer en el tocadiscos; la aguja chirrió como un torno de dentista. Luego, un silencio abrupto. Su voz en un susurro, desde muy lejos. La boca hundida en un almohadón rojo.

—No puedo más... perdona... ya no puedo más.

Su cara quedó en la sombra, y desde allí empezó a hablar.

Empezó a hablar y yo no pude decir nada. Hablaba como si estuviera sola, como si recitara un papel en voz baja. Al principio me costó mucho entender lo que estaba diciendo. Un flujo de palabras confusas, que subían a borbotones por su garganta, se interrumpían o acababan en sonidos guturales, como si no pudieran salir de su boca. Repetía las cosas, volvía atrás, se perdía en largos y dolorosos silencios.

Los móviles del techo colgaban inertes, como exvotos de cera.

Había un hombre, entendí eso. Un hombre con el que ya no podía seguir.

Todo había terminado. Se mordía los labios, hundía la cara entre las manos. Era ella la que había cortado porque no podía más, los celos la comían, «me están matando y fui yo la que rompí —se golpeaba el pecho— porque él seguiría, siempre, para él no hay ningún problema, nunca hay ningún problema. Hubiera podido tener un hijo con él. Si él hubiera querido, yo...». Me miró por primera vez en mucho rato. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Se retorció las manos.

«¿Sabes lo que es un agujero negro? Lo absorben todo. Atraen y tragan todo lo que hay a su alrededor. No hay forma de escapar. Creí que podría soportarlo pero no puedo. Claro que ya sabía que no era la única, no soy tan imbécil... Lo supe siempre... pero no puedo, no puedo verle con otras, se lo dije... creí que podría pero no puedo. Y él me dijo que era así, que siempre había sido y siempre sería así, que nunca me había engañado. Las reglas del juego. Qué escena tan patética, ¿verdad? Una vergüenza. Qué vergüenza», decía, tratando de sonreír, una mueca. «Qué espectáculo más penoso», decía, entre sacudidas de llanto. «Perdona. Perdona. Pero no puedo vivir sin él. No puedo. Y tampoco podía llorar, ya ves. Todo este tiempo... sin llorar... ni una sola vez. Como si estuviera seca.»

Se mordía los labios, jadeaba, los ojos cerrados. Balanceaba la cabeza de un lado a otro. «Le quiero tanto, tanto...» Pero yo la escuchaba y pensaba en una representación, recibía todo aquello como una representación que no podía creer o no quería creer. No podía dejar de pensar en aquella maravillosa tarde de verano, la primera tarde con Isa en el ático, allí mismo, justo donde estábamos sentadas, y la Signoret recitando *La voz humana* desde otro

apartamento, sola y desesperada, en la place Dauphine. No quería ver aquello, la lenta y terrible demolición de mi Klara Futura.

Había algo más. No lo vi hasta entonces, cuando abrió mucho la boca para atrapar un puñado de aire. Tardé en verlo porque se mordía los labios y su cara estaba en la sombra.

Un diente. Le habían cambiado un diente. Había un diente, un incisivo, donde antes estaba el agujero. Llevaba una funda nueva, justo en el centro de la boca, en la encía inferior, pero la funda estaba mal hecha y el diente quedaba más largo que los otros, algo salido, levantado y más blanco. Parecía una astilla clavada en la encía.

La escuchaba y tenía que bajar la cabeza, no podía mirarla, tenía que apartar la vista para no echarme a reír porque aquel diente era ridículo.

Me vino la risa como un golpe de vómito, tuve que taparme la cara con las dos manos, como hacía ella, y pensé: «He de salir de aquí». Ella seguía hablando y yo apenas podía oírla, hasta que atrapé las palabras «Potocki», «Manuscrito», y la frase «aquella noche en la que estalló todo». «Me hablaba a mí —dijo Isa—, eso creía, creía que era a mí a quien dedicaba todo aquello, sabes, porque yo le había dejado el libro, yo le había contado las historias de Potocki... Todo... todo... Como una idiota creí que... Oh Dios, qué vergüenza... y luego al ver su sonrisa, al acabar... cuando todas se acercaron a él... no pude... no pude soportarlo... me fui de allí corriendo para que no me viera... fue aquella noche cuando empecé a volverme loca, Liboch Klara... y aguanté, y me lo guardé dentro, y eso creció y creció hasta que no pude más y se lo escupí todo... y así se rompió... así acabamos...»

Aquellas eran las historias que brotaban a mi alrededor entonces, como perros saltando a mi paso, enseñando sus dientes blancos en la noche, golpeando con sus patas en las rejas metálicas, girando sobre sí mismos, sin dejar de moverse, como poseídos.

Tanto amor perdido, fracasado, inútil o roto...

¿Aquello era la vida? El señor Sleyen encerrando a mi madre en la farmacia de puertas doradas de la calle Letka. Mi padre enamorado de Grazina, aquella Grazina imposible, con voz de niña y cuerpo secreto de vieja avinagrada. El viejo Bendych tocando en un hotel de antes de la guerra, con los ojos empañados, quién sabía si por un camarero, un alumno, un lejano amante italiano, al escuchar una canción olvidada. Isa Novelski con los ojos secos, como rociados por arena, y de repente desbordados de agua, y entre sus largos dedos los restos de una imaginaria foto de Jan Bielski, del que aquella tarde que era noche cerrada ni una sola vez llegó a decir su nombre.

Recuerdo mi mano sobre la cubierta del disco.

Miré hacia mi mano y era como si alguien la hubiera cortado y dejado allí. Alargué aquella mano hacia Isa pero se apartó como de una alimaña.

Hundió de nuevo la cara en los almohadones.

—Por favor, vete. Ya basta, perdona todo esto. Quiero estar sola. Vete —dijo.

Aquella fue la última vez que vi a Isa Novelski.

La tempestad no llegó a estrenarse. Cuando Isa se fue a Gorbach, Veronika ocupó su piso y vivió allí algunos años. Y cuando Veronika lo dejó para marcharse del país, Isa cometió el error de volver a Moira para venderlo y conseguir algo de dinero y marcharse también, y aquella misma semana, la mano de algún canalla, en un oscuro despacho, rastreó la ficha donde todavía figuraba su dirección en la avenida Ledru-Rollin, y así fue como la encontraron y arrasaron todo y se la llevaron.

Durante mucho tiempo, cada vez que pensaba en ella no veía a la mujer de espléndida cabellera roja que me empujó al interior del círculo, no escuchaba su voz feliz, radiante de proyectos, ni su voz sacudida por el dolor.

No veía su rostro. Veía un diente, un diente blanco, mal colocado, incongruente, flotando en el vacío.

37. La plaza de San Bruno

Cuando abrí los ojos por la mañana, me faltó el aire porque vi los colores de mi habitación y creí que estaba todavía en el ático de Isa Novelski.

Su voz había seguido hablando durante mi sueño, cada vez más rauca e incomprensible, y no había forma de callarla, como un grifo del que no dejaba de manar agua, agua sucia con grandes huecos o burbujas que hacían temblar la cañería como disparos, y cada disparo era el nombre de Jan. Yo estaba junto a Isa y era incapaz de tocarla, y tampoco podía escapar porque no tenía brazos ni piernas.

Jan también estaba allí, pero no parecía vernos. Se movía a nuestro alrededor como si estuviera en otro espacio o en otro tiempo, cruzando de un lado a otro, con papeles en la mano, silbando con el torso desnudo y una toalla al cuello, sentado de espaldas en el sillón verde de Varenka. La persiana estaba bajada y los colores muertos, repentinamente intolerables: el verde claro era ahora un verde de pared de hospital; el amarillo parecía sepia; el fucsia, una peluca mal teñida; el rojo Burdeos, sangre seca.

Miré el despertador. Las diez de la mañana. Había dormido más de doce horas. Recordé que estaba sola en casa: mi padre se había levantado muy pronto porque tenía un campeonato de ajedrez en la Federación. Abrí todas las ventanas para que entrase el sol de mayo y barriera las pegajosas sombras de la noche anterior. Si no hubiera sonado el teléfono en aquel momento, habría corrido como una loca hasta la droguería de la plaza Babecka para comprar pintura blanca, y no habría parado hasta cubrirlo todo, paredes y techo, varias capas, todo el sábado. Aquel fue mi primer impulso. Pero ya no era una niña para pensar así, ¿no? Pensé que para dejar de ser una niña tenía que hacer, esencialmente, dos cosas: romperle el cuello a mis impulsos irreflexivos y dejar de dormir con aquel pijama ridículo, pero tan cómodo, de florecitas blancas y azules.

Oskar me sacó de aquel laberinto de colores muertos.

Su voz sonaba divertida, como si hubiera bebido varias cervezas, pero eso era imposible, pensé, porque era demasiado pronto y porque Oskar apenas bebía.

—¿Estás en casa? —bromeó.

—Sí, creo que sí —bostecé, todavía con costras de miedo en las mandíbulas—. ¿Dónde estás tú?

—En la ruidosa y soleada plaza Maisel.

—¿A estas horas de la madrugada?

—Abre los ojos. Hace un día precioso. Los árboles están llenos de pájaros, y el mercado lleno de gente. ¿Les oyes?

Escuché un bullicio vago y cálido que recordaba a las olas del mar rompiendo contra un espigón. Un sonido cargado de verano.

—¿Quieres que vaya? Me visto y voy. Aún no he desayunado.

—No, no te muevas. Voy yo.

—¿Pasa algo, Oskar?

—Sorpresa —dijo. Y colgó.

Llegó en media hora, acompañado de un chico muy moreno, bajito, de brazos fuertes. Traían cuatro cajas grandes de cartón. Oskar llevaba las más estrechas sobre las palmas, como si fueran bandejas; el chico acarreaba las otras dos, rectangulares, en unas bolsas de plástico negro. Yo ya me había quitado el pijama cómodo y ridículo y me había puesto una falda corta y una camiseta naranja.

—¿Pero esto qué es?

—Ya verás, ya verás.

Dejaron las cajas en la mesa del comedor y Oskar le dio una propina al muchacho.

—Venga, ábrelas —dijo.

Era un tocadiscos de segunda mano, un Krenek. Completo: el plato, el amplificador, los altavoces.

—Pero bueno... esto... —acerté a decir—. ¿Te has vuelto...?

—¿Loco por ti?

Nos abrazamos.

—Espera, espera —dijo Oskar—. Aún no lo has visto todo.

—¿Aún hay más?

—¡Y hop!

Discos. Muchos discos. Callas. Tebaldi. Elisabeth Schwarzkopf cantando a Schubert. Madrigales renacentistas. Las *Canciones isabelinas* del Deller Consort. Los grandes éxitos del coro Berzelius. La *Rusalka* de Dvořák.

—Y tu tocaya: Klara Taklacks cantando romanzas de Verdi.

—Tú estás loco, Klein.

—Ahora que va usted a cantar, señorita Liboch, necesitará inspiración.

—Qué maravilla... qué preciosidad...

Volvimos a besarnos.

—¿Y qué hacías tú en la plaza Maisel a esas horas?

—Hoy me he despertado muy pronto. El sol me daba en la cara y no podía dormir, así que tomé el tranvía y me fui a Maisel. Quería comprarte algo. Di un par de vueltas sin saber qué comprar hasta que de repente lo encontré. Un viejo vendía el aparato completo y sus discos. Se había quedado sordo y ya no podía escuchar música.

—Pobre hombre... Y menuda suerte...

—No lo pensé dos veces. Y aquí lo tienes.

Me senté en sus rodillas. Le besé en la boca, en la nuca, en los ojos.

—Ahora es cuando aparece tu venerable padre y nos pilla.

—Mi venerable padre jugará al ajedrez durante todo el día. ¿Has desayunado, rey del Oriente?

—No, no he tenido tiempo. Fue llegar a Maisel, verlo y...

—Espera. Déjame a mí.

Fui a la cocina a preparar café y huevos revueltos. Desde allí dije:

—Estás loco, en serio. Te habrá costado carísimo.

—¿Pero te gusta o no te gusta?

—¿Tú qué crees?

Después de desayunar instalamos el tocadiscos en mi habitación. No había mucho espacio, así que Oskar colocó el amplificador y el plato en el suelo, junto a la cama, y los altavoces en lo alto del armario.

—Ya está —dijo Oskar—. Ahora hay que probarlo.

Me senté en la cama con las piernas cruzadas. Oskar se agachó junto a la maraña de cables y empezó a desanudarlos.

—¿Alguna preferencia?

—Escoge tú —dije—. Yo no sabría ni por dónde empezar.

Me mostró la cubierta de *Rusalka* y colocó el disco en el plato.

—La *Canción de la luna*. Era la preferida de mi madre en Daryek, cuando yo era pequeño... A Jan también le encantaba esa canción y siempre se la pedía. La escuchábamos los tres, muchas noches. Verás qué bonita es —dijo.

¿Por qué tenía que hablar siempre de Jan? Me pregunté si Oskar sabría algo de la historia entre Isa y Jan. No, seguro que no; no me imaginaba a Jan alardeando de sus conquistas. Mientras bajaba la persiana, el sol me dio en los ojos y una imagen se formó tras mis párpados: Jan besando en el cuello a Isa Novelski. Como un vampiro dispuesto a sorberle toda la sangre, toda la vida. Isa inmóvil, con los ojos muy abiertos, ofreciendo su cuello ladeado.

Volví a la cama y Oskar se tendió a mi lado, mirándome.

—¿Qué pasa? —dije.

Me besó y me susurró al oído:

—Nada. Que tienes unos ojos increíbles. Tendrías que dormir siempre con los ojos abiertos.

Comenzó a sonar la canción y borró la imagen de Isa y de Jan, y limpió la luz sucia de las paredes como un agua nueva.

Nos quitamos la ropa muy lentamente, mecidos por aquella voz.

—Vuelve a ponerla, por favor —le pedí.

La *Canción de la luna* sonó varias veces.

Oskar metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó un preservativo.

—No hace falta —dije.

—¿Estás segura?

—Sí.

Coloqué una pequeña toalla de color granate en el centro de la cama.

Oskar puso la almohada bajo mi vientre. Clavé los codos en el colchón.

Un pájaro cantaba afuera, sobre la tapia de los vidrios de colores, pero su trino parecía recorrer el interior del cuarto, como un reflejo de luz en el techo.

—¿Por qué querías comprarme algo? —le pregunté.

—¿Perdona?

—Antes has dicho que fuiste a Maisel porque querías comprarme algo.

—¿Y? ¿No puedo hacerte un regalo?

Tardó un poco, pero acabó contándomelo.

—... no me he decidido hasta esta noche. La noche pasada, quiero decir.

—Cuando no podías dormir...

—Sí. Eso era. Llevo una semana dándole vueltas.

Se iba. Iba a marcharse.

Se iba a París, a hacer el servicio militar. Como voluntario.

—Bueno, no es exactamente el servicio —dijo.

Un amigo de su padre le había conseguido un buen destino: fotógrafo en el departamento topográfico del ejército de Tierra. En Versalles.

—Y tendré las tardes libres, me han dicho. No podía decir que no.

—No, claro...

—Escucha: si lo hago ahora, serán tres veranos. Es mejor hacer nueve meses allí, en tres veces, que un año aquí, ¿no te parece? Jan tendrá que hacer un año. Seguido. Hemos hablado mucho. Ha pensado mil historias para librarse, pero son disparates. Tomar pastillas, hacerse el loco. Yo prefiero...

Se abrió entonces un vacío, redondo y duro como una bola de metal, en la boca de mi estómago. Se iría Oskar, se iría Jan, y yo me quedaría sola.

—¿Te has quedado triste? No me voy a la guerra. Me voy a París... Piensa que son como unas vacaciones... Y podrás venir a verme.

Yo no decía nada.

Oskar se levantó y tiró de mi mano.

—Vamos a comer a la Sirena. Esta mañana ya estaban poniendo las mesas en la terraza.

El Café de la Sirena estaba en la plaza de San Bruno, el corazón de Myrna, que en los últimos años se había convertido en un barrio de estudiantes. Myrna comenzaba en la ladera de la colina coronada por el mercado de

Maisel y luego se extendía, como una laguna con callejuelas como pequeños afluentes, entre la Universidad y el parque Beyer, a la orilla del río. Los domingos por la mañana, la calle Montague se llenaba de gente que bajaba del mercado cargada de ropa, fruta, discos o lámparas antiguas, y se detenía a tomar el aperitivo en las terrazas de la plaza de San Bruno. Cuando las terrazas estaban llenas, bebían cerveza de pie, en grupos, a las puertas de los bares.

Las casas de Myrna eran estrechas y antiguas, humildes, con muros de argamasa y balcones cortos, desbordados de plantas. Podía adivinarse en qué pisos vivían estudiantes por la ropa tendida, pantalones vaqueros desteñidos y camisas o jerséis de colores, o porque entre las plantas despuntaban molinetes y colgantes hechos con espejitos o porque a través de las ventanas abiertas se escuchaba música o se veían lámparas de papel con formas de sol o de luna, o por las plantas mismas.

—Mira —dijo Oskar, señalando hacia un piso alto—. Eso de ahí es marihuana.

—¿Tú crees?

—Seguro. Fíjate en la forma dentada de las hojas. Y ahí también, en esa otra casa. Donde la vidriera de rombos. Y ahí, en ese tejado, junto a la chimenea rota. Esa ha crecido sola.

Mirábamos hacia los pisos más altos, de balcón en balcón.

Oskar tenía una teoría pintoresca. Estaba convencido de que las semillas volaban por el aire con el buen tiempo y crecían en cualquier lugar donde hubiera un poco de tierra, multiplicándose como los loros en los países cálidos. Yo también creí entonces que aparecían así, de repente, entre los geranios y los helechos de las señoras del barrio, sorprendidas ante la milagrosa aparición de aquellas matas imperiosas y exuberantes, de perfume áspero, hasta que un hijo o un sobrino comenzaban a desmocharlas a escondidas o les revelaban, riendo, su naturaleza.

Así parecían haber crecido también, de un día para otro, los pequeños bares, con grupos de rock en sus trastiendas, y los talleres de cerámica y cuero repujado, y las tiendas de discos y tebeos y ropa de segunda mano que permanecían abiertas hasta tarde entre los silenciosos establecimientos de

legumbres y pesca salada, y las bodegas tranquilas, y los antiguos establos, y los colmados eternos.

En la plaza de San Bruno había una fuente central, con un estanque redondo, muy parecido al de la Academia, y la estatua de una sirena en su centro. Los plátanos cubrían el cielo, agitándose suavemente por la brisa, como gigantes perezosos, y los rayos de sol que atravesaban el follaje hacían brillar las mesas de las terrazas con destellos plateados.

Habíamos acabado de comer. Oskar alargó la mano y sacó un periódico arrugado de una papelera. Lo sacudió, lo extendió sobre la mesa.

—Qué canallas... Mira esta portada...

Era *La Tarde*, el diario de Sokel-Brod. «El diario de extremo centro», como proclamaba el subtítulo.

Reprimí la risa. Había una gran foto de la cara de Modor con los ojos achinados tras las gafas, la nariz enrojecida, el labio inferior torcido hacia un lado y hacia abajo, como si le hubieran pillado en mitad de una gran borrachera.

—Está guapísimo —dije.

—Ríete, ríete. Ese es el plan. Que la gente se ría. Y está claro que funciona.

—No hay para tanto. Ni que Modor fuera tu padre. O tu hijo.

—Parece una tontería, ¿verdad? Una broma inofensiva. Pero no es una broma. Conozco a Milo Borstein. Es uno de los fotógrafos de *La Tarde*. Le conocí en Cantelecor, en el congreso del Frente Democrático. Me contó el encargo: seguir a Modor y a los del Frente en cualquier acto público y esperar. Durante horas. Esperar un tropezón, un bostezo, un estornudo, y entonces hacer la foto. Cualquier cosa que pueda dar una foto ridícula.

—Eso sí que es ridículo... Eso no hay quien se lo crea.

—Compruébalo tú misma. Tienes todos los periódicos en la biblioteca. Echa un vistazo a unos cuantos ejemplares de *La Tarde* de los últimos meses y fijate en las fotos. Y no solo en las fotos. Es un goteo constante. Cada día publican editoriales ridiculizando al Frente, artículos llenos de calumnias, reportajes acusándoles de todo. Malversaciones de fondos culturales para

cosas que «no interesan al pueblo», denuncias que no prosperan pero que aparecen en portada durante semanas... Todo desde que Sokel-Brod anunció que quería dedicarse a la política.

«Está demostrado que los políticos profesionales —había dicho Sokel-Brod— solo trabajan para su propio interés. En cambio, nosotros, la gente común, podemos resolver los problemas de todos.»

—Pero ese es un fante. ¿Quién va a hacerle caso? ¿Quién lee *La Tarde*?

—No tan fante. Y *La Tarde* tiene más lectores de lo que parece. Borstein me dijo que han metido mucho dinero en el periódico. Una «inyección de capital». Hay gente interesada en hacerle a Modor todo el daño que pueda. Y en que Sokel-Brod entre en política. Comprar un partido muerto, como ha hecho él, es barato, cualquiera con algo de dinero puede hacerlo. Pero que eche a andar, y mantenerlo, no es tan barato.

—¿Y quién está detrás de eso?

—Nunca se sabe exactamente, pero si te paras a pensar... Modor ha nacionalizado muchas empresas, empresas grandes, que vivían muy bien con el mariscal. Los obreros nunca han estado como están ahora. Va a seguir haciéndolo, cumpliendo el programa. Borstein dice que detrás de Sokel-Brod está el Club de Empresarios, y la General Eléctrica, y quién sabe cuántos más. Y que el acoso no ha hecho más que empezar.

Oskar estrujó el periódico y lo devolvió a la papelera.

—¿Damos un paseo?

Caminamos hasta el parque Beyer, a la orilla del río. Las hamacas de lona, a rayas blanquiverdes, ya estaban extendidas sobre la hierba pero no había mucha gente a aquella hora. Algunos ciclistas. Parejas remando, o a caballo. Un grupo de chicos y chicas en el restaurante, en las mesas de madera, bajo un sauce gigante peligrosamente inclinado. El tronco estaba sujeto por un anillo y una barra de hierro clavada en la tierra para evitar que se venciera sobre la clientela. Sonaron unas risas porque un golpe de viento se llevó las servilletas de papel, pero apenas movió los majestuosos castillos de nubes que parecían viajar lentamente hacia el estuario.

A lo lejos, entre los árboles, por encima del quiosco de música, brilló un destello rojo: una cometa enredada en la copa de un olmo, danzando con los movimientos de la flora submarina.

Pasó una chica patinando por el sendero de cemento blanco que bordeaba el río. Yo miraba las hojas de los álamos, verde y plata, y así me sentía, flotando en una extraña ligereza, feliz por un lado, melancólica por el otro, según me diera el aire.

No decíamos nada, pero Oskar adivinó lo que yo estaba pensando, de la misma manera que yo había adivinado que algo se ocultaba tras su regalo. Me tomó de la mano.

—... ni nos daremos cuenta, ya verás. Nos escribiremos. Mucho. Si puedo, todos los días. Yo te contaré todo lo que vea en París, todo lo que haga. Nos contaremos todo. ¿De acuerdo?

—Sí. Todo.

Luego nos adentramos en el bosque y Oskar me abrazó y me besó de pronto, empujándome contra una cabaña de jardinero.

Mis manos bajaron su cremallera.

Lo hicimos de nuevo tras aquella cabaña, sin quitarnos la ropa ni mirar a nuestro alrededor, como si el parque ya estuviera cerrado.

Volvimos a Myrna cuando anochecía. El cielo estaba blanco por el insólito calor del día. Comenzó a caer una lluvia fina, delicada, que tamborileaba en el estanque y en las mesas de la plaza. De una de las buhardillas brotaba una luz cálida, rojiza, y la música de una guitarra, que atravesó, como humo, el sonido de aquella lluvia de primavera.

Oskar miró hacia la ventana de la buhardilla y me estrechó la cintura.

—Estaría bien poder escuchar la lluvia ahí arriba algún día...

No quiso despedidas. No quiso que nadie le acompañara a la estación. Nos engañó maravillosamente: dijo que se iba a Daryek a ayudar a sus padres y se fue a París, solo, en un tren de madrugada. Una tarde sonó el teléfono, yo le pregunté que cuándo volvía de Daryek y me dijo que estaba en el cuartel de Versalles, que todo iba bien, que hacía mucho calor y que pronto me escribiría, y que también escribiría a Jan.

38. Hektor y Kolya

Cuando mi padre me dijo que Kolya estaba en la cárcel, lo primero que pensé fue que se refería a un personaje de *Encrucijada*.

—Kolya, Kolya Verbytski. ¿Te acuerdas del pequeño Kolya?

Le llamaba «el pequeño Kolya», pero tendría mi edad. La familia Verbytski: un vago recuerdo de infancia, algunas tardes de domingo, frías, de cielo negro, en torno a la estufa. Siempre traían unos pastelillos de mantequilla y almendra, espesos, incomibles. El padre, Leo, su mujer (nunca recordé su nombre) y su hijo, Kolya. Leo era un gigante que apenas cabía en el sillón. Había sido luchador y le faltaba la parte superior de la oreja.

—¿Tenía la nariz muy redonda, verdad?

—Como una bola. Tú la apretabas, como si fuera un timbre, y entonces Leo se sacaba un caramelo de menta blanca de detrás de la oreja. ¿Te acuerdas?

Sí, recordaba eso. La mujer iba siempre muy abrigada, con un pañuelo oscuro en la cabeza. Kolya no parecía tener muchas luces. Un niño gordo, con la barbilla hundida, siempre mirando al suelo, atándose y desatándose los cordones de los zapatos, grandes y viejos.

Leo Verbytski era un compañero del sindicato, de la época de los estudios Belvedere. Había compartido celda con mi padre y con un tercero, al que yo no llegué a conocer, Rade Birnbaum.

—Siempre andaban juntos —me contó tía Olga—. Hektor, Leo y Rade. Les llamaban el Trío de la Benzina. Por una película alemana de antes de la guerra... y, sobre todo, por su afición a los cócteles...

—¿Bebían mucho? —pregunté, como una idiota.

—... Molotov, Kluka. Eran años muy revueltos, y tu padre tenía la cabeza llena de locuras. Por eso fueron a buscarles los primeros cuando el incendio. Rade se fue al Uruguay, a Montevideo, y no volvimos a saber de él. Al salir de la cárcel, Leo encontró trabajo en un salón de baile como portero. Y quien dice portero, dice matón —puntualizó.

Leo murió, luego murió su mujer.

Kolya vivía con unas primas de su madre que lo recogieron. Era albañil.

Podría decirse que la séptima vida de mi padre comenzó la tarde de domingo en que Kolya Verbytski se volvió loco.

La noticia apareció en todos los periódicos. Otra desgraciada historia de amor, esta vez muy cerca de casa. El restaurante Mersich, en la plaza Babecka. Una historia de amor con la dueña del restaurante, la viuda Mersich, a la que yo veía, a través de las palabras de mi padre, con el cuerpo y la cara de Ilona Rocroy.

—Kolya llegó al restaurante con la cuadrilla, con su jefe y otros dos albañiles, para reformar la barra, los lavabos y la fachada. Parece que la viuda le echó el ojo, porque Kolya es ahora muy buen mozo, ya has visto la foto —dijo.

Sí, había visto la foto. El niño gordo se había esfumado. Ahora era delgado, y la delgadez resaltaba sus pómulos y unos bonitos ojos oscuros y tristes. Pero quedaba algo en la mirada, entre las líneas de la cara, de aquella opacidad infantil, del rostro que yo recordaba, ensimismado, con la mirada baja.

—Comenzaron a acostarse juntos. La historia duró lo que duraron las obras, un par de meses. Hasta que se acabó de repente. He hablado con la gente de allí y nadie sabe exactamente lo que pasó. Les vieron discutir, eso sí. Ella gritaba y le decía que no volviera más. Pero Kolya volvió. Sale a su padre: Leo no se rendía nunca. Empezó a volver y volver, a obsesionarse, a plantarse en la barra sin decir nada, a esperarla a la salida. Quién sabe lo que habrá pasado por la cabeza de ese pobre chico —dijo mi padre.

—¿Pobre chico? —estuve a punto de gritarle.

La tarde de aquel domingo, varios testigos que tomaban el sol en la plaza vieron llegar al pobre chico alrededor de las seis. Le vieron entrar en la pastelería Salko y salir con un bizcocho de chocolate. Le vieron sentarse, solo, en el banco que había frente al restaurante. Estuvo allí un buen rato, una media hora, comiendo el bizcocho, con la mirada fija en la puerta. Apenas se movía, salvo cuando se inclinó para atarse los cordones de los zapatos. Muy

lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Después de atarse los zapatos repartió las migas entre las palomas y se limpió las manos en la fuente, pero no la cara, porque uno de los testigos dijo que cuando entró tenía la boca manchada de chocolate, como un crío.

La viuda Mersich estaba tras la barra, de espaldas. Le vio en el espejo y se giró, pero no tuvo tiempo de decir nada.

El pobre chico tampoco dijo nada: sacó una pistola del bolsillo y comenzó a disparar. La primera bala hizo pedazos el espejo. Las tres siguientes atravesaron el cuerpo de la mujer, que intentó correr hacia la trastienda y cayó entre unas cajas de cerveza. Eso la salvó.

Entonces vieron como el pobre chico se metía el cañón en la boca y apretaba otra vez el gatillo, pero la pistola se había encasquillado y no disparó. Volvió a intentarlo de nuevo, sin suerte, y dejó caer el arma al suelo, como un juguete inútil. Al golpear en el suelo se disparó y la última bala hirió a un parroquiano en el tobillo. Mientras unos corrían a la farmacia para socorrer a la viuda, otros se abalanzaron sobre él. Según el periódico, no ofreció la menor resistencia. Sus brazos parecían de mantequilla, dijo uno de los testigos.

—La mujer está en el hospital. Grave, pero parece que se salvará. Kolya está ahora en espera de juicio en la cárcel de Blawut, donde estuvimos nosotros...

Mi padre se echó hacia atrás en el sillón con aire de fatiga y encendió un cigarrillo.

—... y la pistola, tantos años durmiendo en un cajón...

—Eso iba a decirte. ¿De dónde sacó Kolya la pistola?

—Era una König. La pistola de Leo.

—¿Ibais con pistola en aquella época?

—No había más remedio —dijo—. Los nuestros caían como moscas. A Leo habían intentado matarle un par de veces los amarillos. Los pistoleros de la patronal.

Una tarde de la semana siguiente encontré a mi padre planchándose la camisa blanca y los pantalones negros. Había ido al barbero. Se había afeitado y

cortado el pelo. Olía distinto: un perfume nuevo, Arab. De una percha colgaba su chaqueta gris de verano, que hacía siglos que no se ponía, y una corbata a rayas grises y negras. En la mesa había una bolsa con dos cartones de tabaco rubio. Cuando acabó de planchar los pantalones entró en la habitación sin ventanas y sacó varias latas y un par de tabletas de chocolate.

—Me voy a Blawut —dijo—. Hoy es día de visita, y el chico está solo.

—¿Y las primas? ¿No vivía con unas primas?

—Esas brujas no quieren saber nada de él.

—Ni él de ti. ¿O es que en todo ese tiempo se acordó de ti alguna vez? Que yo sepa, nunca se acercó por aquí cuando iba a ver a esa mujer. Ni una sola vez. Y no es que la plaza Babecka esté muy lejos.

—No seas así, hija —dijo, ajustándose el nudo de la corbata—. Kolya perdió la cabeza. Por amor.

—¿A eso le llamas amor? ¿Por amor le metió tres balas y casi la mata?

—A mí no me toca juzgarle. Es el hijo de un compañero. Y ahora está solo.

Tía Olga me contó que cuando mi padre estaba en la cárcel soñó muchas veces conmigo. En aquel sueño repetido yo tenía tres o cuatro años, mi edad de entonces, y estaba sola en casa. Era una cálida noche de verano. Avanzaba por el largo pasillo bañado por la luz de la luna y llegaba hasta el comedor. Las ventanas de la galería estaban abiertas. Yo miraba hacia la luna, grande y redonda en mitad del cielo, y trepaba por la barandilla de hierro y alargaba el brazo hacia lo alto para cogerla. Mi padre comprendía en el acto lo que iba a pasar y echaba a correr por el pasillo, pero también comprendía que no estaba allí sino en la cárcel de Blawut. Dividido en dos, el padre que corría por el pasillo era una sombra, incapaz de sujetarme y evitar mi caída; un doble incorpóreo condenado, sin embargo, a ver desde el sueño, en la realidad de su celda, lo que sucedía en el piso de la calle Zuckmantel: verme trepar por la barandilla con mis piernecitas desnudas, vencerme hacia delante y caer en la oscuridad. Sus brazos no llegaban a sujetarme, pero sus ojos me veían caer lentamente al vacío, como una hoja, y estrellarme contra el suelo, una noche

tras otra, sin ruido, como si no hubiera existido nunca, y sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

Sigue soplando el viento en la calle Marai. Mi padre la cruza todos los jueves, sin faltar uno, al volante de su taxi, rumbo a la carretera del Este, para visitar a Kolya Verbytski en la cárcel de Blawut.

Un mediodía vuelvo de la biblioteca. Mi padre está comiendo, con un periódico apoyado en la botella de vino. Voy a la cocina a preparar café, y tardo unos minutos en darme cuenta de lo que falta en el cuadro.

—¿Y tu transistor?

—Se lo he dado a Kolya. Lo necesita más que yo.

39. El consejo de Veronika

Seguía con las clases. Wieslaw y Veronika, en tardes alternas.

Las clases con Veronika se me pasaban volando.

—¿Ya está? ¿Ya hemos terminado? ¿Qué hora es?

Ella sonreía y decía que íbamos por buen camino, que aquella era la mejor señal. Lo decía para tranquilizarme, porque conocía mis eternas y malditas dudas. Un año antes, yo estaba convencida de que el teatro era «lo mío», de que había nacido para ser actriz. ¿No sería la música, le confesé, un nuevo espejismo, un nuevo malentendido?

En una de mis primeras cartas a Oskar le escribí:

¿Por qué todo ha de resultarme tan complicado? Tú sabes lo que quieres, siempre lo has sabido, desde que hiciste tu primera foto. ¿Me equivoco? Eres lo que querías ser: fotógrafo. Yo no sé lo que quiero ser, o lo que quiero hacer, que viene a ser lo mismo. Todavía no lo sé. Siempre me has dicho que le doy demasiadas vueltas a las cosas. Me dices que tenga bien presente lo que te conté, lo que sentí aquella tarde, cantando la canción napolitana... de acuerdo, de acuerdo. Sé que cuando canto no dudo. Cuando estoy *dentro*. O cuando pongo y vuelvo a poner los discos que me regalaste. Cada vez que escucho a la Taklacks o a la Schwarzkopf... es como entrar en una buena novela, en un mundo fluido, elegante y perfecto. Y también cuando tomo el 33 para ir a la Academia, pese al calor brutal que está haciendo. (¿Llueve ahora en París, como en las películas?) Siento entonces una especie de temblor en la boca del estómago, un temblor de anticipación, casi de felicidad... el mismo temblor que tú sientes cada vez que ves una buena foto ante ti, esperando a que la atrapes... y entonces me digo que también sentía eso un año antes en el escenario, cuando iba a las clases de Isa, y me veo como una veleta o, peor, como una impostora. No puedo evitar pensarlo.

Después bastan las primeras notas del piano para volver a estar dentro, y es como si no hubiera hecho otra cosa en mi vida... pero al acabar, de camino a casa... o por las mañanas, en la biblioteca... es como si me sacara un traje y quedara colgado en el fondo de un armario, lejos... Quizás es porque está saliendo demasiado fácil, no sé... Por cierto: ¿te obligan a llevar uniforme por las tardes? No hago más que hablar de mí, de mí, de mí. Soy una cochina egoísta. Pero tú eres muy escueto en tus cartas, amigo mío... ¿Es por falta de tiempo? Quiero saber más. ¿Ya has ido a la Cinemateca de la Rue d'Ulm? ¿Has recorrido el Louvre en 9 minutos 43 segundos? ¿Es cierto que París se despierta a las cinco de la mañana? Cuéntame lo que haces, dónde vas, lo que ves, calles, lugares, películas. Cuéntamelo todo.

Me gustaba escribir a Oskar, porque haciéndolo me sentía un poco como un personaje de novela francesa del XIX, pero quizás también (o sobre todo) porque instantáneamente le convertía a él en personaje: un joven fotógrafo que acababa de llegar a París para perfeccionarse en la técnica del daguerrotipo; un joven húsar en su acuartelamiento de Versalles. Galopando al atardecer, entre una doble hilera de álamos, el viento en la cara, etcétera. Se desdibujaban así las distancias reales, las nostalgias verdaderas y dolorosas. Y, fundamentalmente, mi deseo por él, tan tornadizo como mi relación con la música.

Quizás ninguno de los dos sabíamos todavía que justamente de eso hablaban aquellas cartas. Aquel era su mensaje secreto, escrito entre líneas con tinta invisible o el jugo de limón de nuestra infancia:

Cuando estoy contigo, no dudo. Pero cuando me alejo o te alejas...

—La facilidad nos asusta —me dijo Veronika una tarde— porque nos han enseñado que todo ha de costarnos un enorme esfuerzo, un gran sufrimiento. ¿Sabes por qué se te pasan tan rápido las clases? Porque disfrutas. En seguida *entras*, y no te hace falta concentrarte...

Aquello era cierto, aunque yo nunca lo había pensado. En las clases de teatro, Isa siempre hablaba de la «concentración emocional». Y lo único que yo conseguía era fruncir las cejas y apretar la boca hasta que me dolían las mandíbulas. Lo intentaba, pero acababa pensando en cualquier cosa menos en lo que estaba haciendo.

—La concentración viene sola. No se puede forzar. Cuando estás realmente interesada en algo, te concentras sin pretenderlo, y todo lo que hay alrededor desaparece. El tiempo, para empezar. Y lo que llamamos «el mundo exterior».

Entonces, para mi sorpresa, la virginal y sacrosanta Veronika añadió:

—Es como hacer el amor. Ahí no te hace falta concentrarte ni pensar en lo que estás haciendo: sale solo. Claro que hay una técnica, y hay que aprenderla. Pero es el impulso lo que te guía. El impulso, el deseo, las ganas.

Enrojecí. Las puntas de las orejas, como siempre. En el bar de la Academia hacía mucho calor y no creo que ella lo notase. No enrojecí por oírla hablar de sexo sino por la repentina intimidad de aquella frase, que me devolvió el recuerdo de las primeras conversaciones con Isa, en el ático de la avenida Ledru-Rollin. Como si, de alguna forma, la estuviese traicionando.

Hablé mucho con Veronika, hablamos mucho, muchas tardes de aquel verano, pero tardé un buen tiempo en preguntarle por Isa. Me sentía mal por no haber ido a verla, por no haberme atrevido... Yo tenía varios libros suyos por devolverle. Todavía los tengo: *Justine y Clea*, de Lawrence Durrell. *Shakespeare, nuestro contemporáneo*, de Jan Kott. *Poèmes à Lou*, de Apollinaire. Y la *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada* de Aleksandra Kollontái.

—¿Qué sabes de Isa? —pregunté—. ¿Qué hace, cómo se encuentra?

Creo que fue la primera vez que escuché el término «depresión endógena». Me tranquilizó, un poco, saber que tampoco ella quería ver a nadie, que había estado en un hospital y que estaba «medicándose». A finales de aquel verano supe, por Vera Anilevich, que estaba mejor y que había pedido el traslado a Gorbach.

Wieslaw, por su parte, tiraba de mí, e intentaba convencerme para que me quedara con él.

—Tú has de ser solista. Puedes hacer una espléndida carrera. Tienes todas las cualidades, solo te falta dedicación y estudio —me repetía, como un padre insistente.

Yo le veía como un doctor loco de película de terror que pretendía tenerme amarrada en el sótano, y me debatía... Era la frase «hacer carrera» lo que menos me gustaba.

Le dije a Veronika:

—Lo que quiero es cantar hoy y mañana, pasado ya no sé. Tú eres solista y diriges el coro. ¿Qué me aconsejas?

—Son dos cosas muy distintas. Ser solista es estar sola. Hay que sacrificar muchas cosas y es duro. El coro es un solista con muchas voces que se apoyan. O muchas voces y un solo espíritu —me contestó.

Recordé la frase que me había dicho Vera Anilevich un año antes, cuando me contó cómo eligió la danza para poder «volar con otros». Con aquella idea había comenzado yo a hacer teatro, sin suerte.

—Wieslaw es un pelmazo y me va a oír —dijo Veronika—. Solo te falta a ti que te metan más dudas en la cabeza. ¿Por qué has de elegir? Eres muy joven. Vive lo que estás haciendo ahora. Disfrútalo. A fin de cuentas, uno casi nunca elige.

—¿Qué quieres decir?

—Que creemos tomar decisiones, pero no es cierto. Es como lo de la concentración que te contaba el otro día. Cuando llega el momento —dijo Veronika— tu cuerpo siempre decide por ti.

No tardaría en comprobar la verdad de aquel consejo.

Aquel verano, Joachim Sokel-Brod fundó el Partido del Progreso. Instaló su cuartel general a cuatro pasos de la biblioteca, en el histórico edificio de la plaza Kuron, que durante miles de años había albergado la sede de Justicia y Desarrollo, donde solo quedaban, como sombras tras las ventanas polvorientas, unos cuantos seguidores del mariscal cumpliendo inútiles tareas administrativas. Estaba tan cerca de la avenida Kornblum que cada mañana

llegaba hasta nosotros el estrépito de martillos y taladros remozando el edificio.

Una mañana, a la hora del desayuno, el señor Cornescu, el jefe de bedeles, nos sorprendió diciendo que pensaba votar a Sokel-Brod tan pronto hubiera elecciones.

—¿Por qué? —pregunté yo, escandalizada—. Es un farsante. Lleva la mentira escrita en la cara.

—Es muy posible —razonó el señor Cornescu— pero es un hombre rico, y así no robará, como la mayoría de los políticos.

—Es usted un ingenuo, Cornescu —contestó la señora Scavac—. Si ese se ha metido en política es para tener inmunidad parlamentaria y hacerse todavía más rico.

La opinión de la señora Scavac era irrefutable.

Pero la del señor Cornescu, multiplicada, acabaría llevando a Sokel-Brod al poder.

Como aquellos días no había demasiado trabajo, aprovechaba para escribir a Oskar, y luego, siguiendo su consejo, repasaba ejemplares de *La Tarde*. La estrategia de Sokel-Brod (y de quienes movían sus hilos) no era tan estúpida como creí en un primer momento. Iba mucho más allá de las fotos ridículas del presidente Modor, y de los chistes acerca de su afición por las mujeres y los trajes caros. La maquinación cubría varios frentes. El más contundente era el que podríamos llamar «Apartado de Agitación Social». Por un lado, como Oskar me había dicho, estaban las continuas denuncias de mil y una supuestas corruptelas (malversaciones de fondos culturales, discriminaciones a la hora de subvencionar a este o al otro en razón de su «color político») y escándalos que brotaban día tras día (el primo del sobrino de un subsecretario metido en un negocio turbio), motivando virulentas peticiones de dimisión del gobierno en pleno. Seguían, una y otra vez, las acusaciones de «cerrarse al exterior» para, en cambio, abrir las puertas «a lo peor de cada país: vagos y delincuentes».

—Nunca he entendido eso —decía mi padre—. A los amos es a quienes más les conviene que vengan emigrantes, que ya no quepa uno más en

Ciudad Oculta. Son la perfecta carne de cañón. No tienen papeles, no protestan, se les puede pagar una miseria y nunca se quejarán, nunca abrirán la boca. Y así aumenta el paro, que es lo que conviene a Sokel y compañía. Son los sindicatos del Frente los que tendrían que frenar la entrada de emigrantes o legalizarles. No basta con abrir las puertas. Esa zona se convertirá en un polvorín, si no lo es ya.

Lo mejor de la campaña era, como un goteo constante, su habilísimo trabajo de denigración colectiva. En artículos, reportajes, editoriales y pies de foto, Modor y «su gente» siempre aparecían como personajes de otro siglo, como reaccionarios empeñados en frenar «el auténtico progreso: el del bienestar social, el del crecimiento económico y tecnológico». Siempre se referían a ellos en pasado, como si ya hubieran muerto. Eran «profesionales de la queja y del resentimiento, porque nunca lograron lo que realmente querían: hacerse oír». Si habían ganado unas elecciones era «por cansancio de un pueblo harto de ver, año tras año, la vieja cara del viejo mariscal». Pero «nadie les escuchaba ya» porque eran «un gobierno de maestrillos, siempre dando lecciones», siempre «malgastando el dinero del pueblo en arte que nadie entiende, en cine y teatro para salas vacías». («Elitista», «trasnochado» e «impopular» eran los adjetivos infaltables en cualquier reseña de un acto cultural organizado por el gobierno.)

Eran feos. Eran viejos. Eran tristes. Eran pesados. Pesados y pasados.

El juego era obvio, y se repetía machaconamente, porque sabían que esa era la verdadera clave del éxito. Aunque Modor tuviera mayoría parlamentaria y Sokel-Brod fuera un recién nacido, el Frente Democrático era el pasado a enterrar y el Partido del Progreso encarnaba el «rutilante futuro».

Aquel verano llegó el juicio de Kolya Verbytski. La viuda Mersich se presentó en el tribunal con muletas. Apenas podía andar, pero estaba viva. Para mi sorpresa, no quiso declarar contra él, y rompió a llorar cuando enviaron a Kolya a un psiquiátrico.

Aquel verano entré en el coro de la Academia. Era un coro pequeño, de doce personas, lo que entonces se llamaba una coral de cámara. Me acogieron con simpatía y una previsible pizca de recelo. Yo era la número doce:

sustituía a una soprano que había dejado la Academia por motivos que no me explicaron.

Es cierto que mi paso por aquel coro fue tristemente breve, pero debería recordar sus caras. Estuve con ellos el tiempo suficiente. Viajamos juntos muchas veces. Pienso que cualquier otra persona menos centrada en sí misma los recordaría con facilidad. Yo no. Sigo escuchando sus nombres en la voz de Veronika, pero apenas logro relacionarlos con sus rostros.

—Katia, arriba... Muy bien, Dany... Venga, venga, Lucía... *Coperto è sul fiato*... Adam... Jerzy... Vanda...

Nombres flotando en la sala de ensayos, hasta desvanecerse...

Quizás los olvidé porque Veronika tenía razón: un buen coro es un cuerpo único. Muchas voces y una sola respiración.

Aprendí a acompasarme. A respirar al unísono. En un coro, si uno respira tarde, se oye. Terriblemente.

También es verdad que hablábamos poco. Llegábamos. Calentábamos. Cantábamos. Ensayábamos tres tardes a la semana, de cuatro a ocho.

Aquel verano cantamos piezas de Mozart, Rossini y Palestrina.

También es verdad que al acabar, yo salía corriendo. Para encontrarme con Jan.

Era una tarde de finales de junio. Estábamos cantando algo inhabitual, una canción pop en inglés, *God Only Knows*, porque Veronika acababa de descubrir a los Beach Boys y estaba entusiasmada. Detestaba la música «moderna», pero aquel disco le encantó. Le parecían ángeles, decía que era raro encontrar música moderna «tocada por la gracia». Resultó, de eso me enteré luego, que el disco se lo había dejado Stefan, el padre Stefan. Habían estado juntos en el mismo grupo de Acción Católica.

Tuviste que asomar por allí justo aquella tarde, cuando yo llevaba un buen tiempo sin creer en casualidades. Podías haber aparecido cualquier otra tarde de aquella semana o de las semanas anteriores. Pero lo hiciste justo cuando cantábamos aquella canción que enlazaba los nuevos puntos de mi mapa.

Tú y Stefan. Stefan y Veronika. Veronika e Isa. Isa y tú.

Y tú y yo, claro. Estabas en la oscuridad, al fondo del patio de butacas. ¿Cuánto tiempo llevabas allí sentado? Aplaudiste. Con ganas. Quizás con un poco de ironía: aquella canción debió de resultarte demasiado sentimental. Dijiste que habías escuchado las voces desde el despacho. ¿Cómo? Habías ido a preparar una sesión del cineclub, la última de la temporada, y te llegaron las voces del coro por el sistema de ventilación. Dijiste algo de las sirenas y Ulises, o del flautista de Hamelín, eso no lo recuerdo bien.

Recuerdo otra cosa. Recuerdo que yo llevaba una blusa blanca y una falda corta de algodón azul, y que mientras hablabas y sonreías, mirándome fijamente, los pezones se me endurecieron bajo la blusa y tuve mucho miedo de que se me notara. Te miraba a los ojos para que no los bajases hasta mis pechos, y luego miraba a Veronika.

Estaba claro que Veronika no sabía nada de tu historia con Isa, pensé, porque vino, te saludó sonriente, te dio un beso, y preguntó:

—¿Qué película nos preparas, Jan?

Luego estábamos en el bar de la plaza Arpad, bajo los plátanos, bebiendo *bière Picon*. Tú y yo. Solos de nuevo. Completamente solos, y Oskar tan lejos... Hablamos de Oskar, por supuesto. De la inmensa suerte de estar en París. De lo poco que te escribía a ti, reíste, y de lo mucho que me escribía a mí. Sonaron las campanas de la iglesia de Santa Teresa como si alguien, de repente, golpeará con la uña en el borde de una copa.

Me contaste que ya te habías trasladado al centro.

—¿En el misterioso edificio de oficinas?

—En lo más alto del misterioso edificio.

—¿Una buhardilla, verdad?

—Algo así.

Fui yo quien dio el paso.

—¿Y cuándo me la enseñarás?

Tú dudaste. Unos segundos en silencio, no sé si sorprendido. También sabías lo que iba a pasar.

Dijiste:

—Si quieres vamos ahora... si no tienes otra cosa que hacer...

El cielo, muy nublado, amenazaba tormenta, y había en el aire una especie de vibración eléctrica, y el aire estaba tan quieto que se escuchaban con nitidez los truenos que retumbaban lejos, en las montañas.

Aquel verano, mi cuerpo siguió el consejo de Veronika y decidió por mí.

40. *Il cielo in una stanza*

Llegamos con la lluvia, corriendo, chapoteando en los charcos del pasaje.

El misterioso edificio de oficinas estaba al final del corto pasaje Legolas, junto a la avenida del Libertador, en pleno centro, a espaldas del tráfico constante de gente y coches y tranvías. Era un inmueble de principios de siglo que se caía a pedazos. Parecía que hubiéramos entrado en una iglesia abandonada, de paredes renegridas por el humo de mil velas antiguas.

Te paraste en el vestíbulo, mientras yo miraba hacia lo alto.

«Escucha —dijiste, levantando un dedo—. Escucha la lluvia.»

El agua repiqueteaba en las claraboyas. Algunas gotas resbalaban por el pasamanos. El ascensor no funcionaba. Pintado de negro, con jambas de vidrio y toques dorados, parecía un ataúd familiar aguardando su ración. Me advertiste: «Toma aire, son seis pisos».

Subimos una interminable escalera en espiral, con grandes peldaños de mármol, resquebrajados, que se remansaban en descansillos amplísimos. Ventanas de vidrio verde, esmerilado, y cuatro o cinco puertas por planta. Puertas pintadas de marrón o negro, con pequeños rótulos, en celuloide blanco y cajetines de latón, de oficinas o empresas que ya no existían.

—Casi no queda nadie aquí —dijiste, volviéndote hacia mi—. Tres o cuatro vecinos en toda la casa. Esa es la suerte.

Algunas de las puertas estaban entreabiertas, y así permanecieron durante todo aquel tiempo, dejando ver retazos de pisos vacíos: la huella blanca y enrejada de una estantería en una pared amarilla, cables arrancados y enchufes en el suelo, cajas olvidadas, montoncitos de serrín. Recuerdo las letras en relieve de Conservas Blotna, en el primer piso, que yo acariciaba ritualmente cada vez que subía, cerrando los ojos, como una ciega leyendo braille. Y el rótulo de Ancerl y Asociados (Productos Veterinarios), en el tercero, con el pequeño dibujo de un perrito sonriente, que guiñaba un ojo. Y la hucha, conmovedoramente infantil, de la Aseguradora Pinsk.

Jan vivía en lo más alto, justo bajo la bóveda. No era exactamente una buhardilla, sino la antigua zona de archivos, me explicó, de una agencia de espectáculos llamada Magik, que había cerrado sus puertas cinco años antes: dos espacios, de planta circular, unidos por una escalera de hierro que parecía un sacacorchos. En el primer piso, por así decirlo, había una cocinita, un fregadero y una puerta que daba a un baño. En el centro, una alfombra vieja, de esparto, también redonda, con cojines alrededor, y el baúl que había visto en Varenka, ahora abierto y desbordado de libros. El cartel de *Lawrence de Arabia*, con el rostro de Peter O'Toole en la sombra, ocupaba media pared. Bajo el cartel estaba su mesa de trabajo.

Un gatazo rubio bajó a recibirnos por la escalera de hierro.

Jan lo tomó en brazos e hizo las presentaciones.

—Klara, Alfie. Alfie, Klara.

—¿Alfie?

—Porque se parece a Michael Caine. Y porque entra y sale y va y viene por ahí arriba cada vez que quiere ver a sus novias, ¿verdad, Alfie?

El gato Alfie me contempló con sus ojos amarillos y procedió a olfatearme concienzudamente. Milagro: no tosí, ni me ahogué, ni se me llenaron los ojos de lágrimas, como con otros gatos.

Luego Alfie se alejó, y yo miré hacia arriba, siguiendo sus pasos. En lo alto de la escalera, en el «segundo ambiente», como se diría hoy, había una puerta que llevaba al tejado, en la que Jan había abierto una gatera. Más allá, bajo la bóveda y las vigas desnudas, estaba la cama.

Me acerco a la ventana, en forma de ojo de buey, que hay frente a nosotros. Al otro lado de la calle, un caparazón de láminas de pizarra, brillantes por la lluvia: la cúpula de los almacenes Brandsen, gobernando el horizonte de tejados que rodean la plaza del Congreso. A lo lejos, la cinta parda del río, y las copas de los árboles del parque de San Daniel.

Paseo la mirada por tu mesa de trabajo. Libros de historia y matemáticas. Hojas de ejercicios escolares. Una postal, clavada sobre aquel archivador de madera que los dueños de la agencia se habían olvidado, se

abre ante mis ojos como una ventana secreta, inadvertida hasta entonces, y más verdadera que el mundo real de la avenida del Libertador.

Tú ahora estás a mi espalda, muy cerca, repentinamente cerca, pero no te he oído llegar hasta mí. Noto tu aliento erizando mi nuca, como una pequeña corriente eléctrica. Apoyas la mano en la mesa y con la otra señalas la postal.

Una gran palmera de cuello inclinado, flexible, cruza un cielo azul con nubes de un blanco muy limpio. Un mar de aguas transparentes. Pequeñas casas de tejados rojos en la ladera verde de una montaña.

—Ese es el lugar donde me gustaría vivir algún día... Santo Amaro. Un pueblo pequeño, en Bahía...

—¿Un poco lejos, no?

Adorabas todo lo que tuviera que ver con Brasil. El calor constante. La vegetación desbordada. El mar. Las películas del *cinema novo*, que comenzaban a llegar a nuestro país. Y la música. Para mí, el recuerdo de Jan no tiene nada que ver con las horribles «canciones revolucionarias» de la época, que él también detestaba, sino con aquella música brasileña, aquella *bossa* como un oleaje suave en una tarde de sol.

Aquellas canciones que oímos juntos tantas veces, que me hacías cantarte en voz baja, y que no he podido volver a escuchar.

Chega de saudade. Chuvas de verão. Eu sei que vou te amar.

¿Todo sucede muy rápido?

Quizás sí, pero en mi recuerdo es lentísimo.

No nos abalanzamos el uno en brazos del otro, como los amantes de las películas.

Tus labios se pasean por mi nuca.

Tus manos desabrochándome la blusa.

No veo tu cara. En ese momento no podría mirarte.

Siento tu boca, tus manos, tu aliento, avanzando.

Me acaricias un pecho, envolviéndolo en la palma de tu mano.

Siento mi pecho, como si lo estuvieras modelando en ese mismo instante.

Mi espalda se arquea. Me sujeto a la mesa. Me muerdo los labios.

Entonces levantas mi falda y bajas, muy suavemente, mis bragas.

Mueves tus dedos dentro de mí, como si recorrieras la parte interior de un anillo.

Yo llevo hacia atrás mi mano hasta atrapar el bulto que crece entre tus muslos y lo hundo entre los míos.

Jan no agarraba ni apretaba, que es la obsesión de la mayoría de los hombres. Acariciaba, se deslizaba; era como si pasara a través de mí.

Tan solo, algunas veces, le gustaba cerrar sus manos, como esposas, en torno a mis tobillos.

Nunca me había sentido así antes.

Nadie volvió a hacérmelo así, nunca.

Después de la segunda vez, dejó de llover y las nubes se descorrieron como un decorado. Después de la segunda vez, ya estaba en tu país.

Cubrí tus labios entreabiertos con los míos. Bebí tu aliento tibio.

Recorrí con el dedo la cicatriz de tu pecho, como si remontara el curso de un río.

—¿Y esto? —susurré—. ¿Una amante despechada?

Sonrías.

—No. Una pelea en las duchas. En el reformatorio.

Sin dejar de besarte te digo:

—Escúchame. Oskar tiene que saberlo. No puedo engañarle.

Sin dejar de besarme contestas:

—Claro. Se lo diremos. Se lo diré yo.

—No. Se lo he de decir yo.

Caminaba mirando hacia las cúpulas doradas y brillantes de la plaza del Congreso cuando me vino a la cabeza una canción, una canción de Mina, un

single que había comprado en el mercado de Maisel sin saber quién era ella, solo porque me gustaba su cara en la portada, la cara felina y la melena rubia, y sus ojos, muy abiertos y ávidos, y así sentí yo mis ojos cuando crucé por la plaza del Congreso después de aquella primera vez, mis ojos registrándolo todo como la cámara de Oskar, el pasaje Legolas bajo la lluvia, la escalera de peldaños resquebrajados, las puertas entreabiertas, la gran ventana ovalada, las vigas de la bóveda, la postal de la palmera, tus manos y tus ojos en mí, tu cuerpo y mi cuerpo indistintos, y así fue como rompí a cantar, en plena calle, como aquella loca italiana.

Yo era aquella loca italiana de los ojos abiertos y ávidos, como quizás lo había sido, en su juventud, el viejo Bendych. Yo entendía perfectamente la letra de aquella canción porque la loca la cantaba «alta y clara», como hubiera dicho él, y porque la había escuchado muchas veces desde la mañana del mercado de Maisel.

Il cielo in una stanza. Un hombre y una mujer, después del amor, y ella no ve techo ni paredes, sino el cielo sobre sus cabezas, y árboles, árboles infinitos...

Canté en plena calle, mientras caminaba. Sin vergüenza, con toda la boca, como el cantante de la orquesta de La Pagoda...

Nunca había hecho algo así.

Cantaba:

*Quando sei qui con me
questa stanza non ha più pareti ma alberi,
alberi infiniti...*

No me hacía falta música... Todos los tranvías campanilleaban alegres, al cruzarse... y brillaban los cromados de plata de las bicicletas... Los tranvías rojos, los taxis de color crema, las bicicletas en negro y plata girando en torno a mí, como un carrusel...

Y aquel cielo, desorbitadamente azul...

*Il cielo sopra noi
come se non ci fosse*

più niente più niente al mondo...

Veía rostros de gente que reía a mi paso... otros aplaudían...

Unos chicos me arrojaron un rupek, y se quedaron desconcertados, porque me agaché a recogerlo, con una reverencia, tan y tan contenta estaba, y tan poco me importaba que me tomaran por loca. Me guardé aquel rupek, como un talismán. Aquí está, en un cajón de mi mesa. Lo tomo de nuevo en mi mano, lo aprieto en el puño y creo, por un momento creo, que vuelvo a sentir tu calor, como un eco de aquel sol de entonces.

TERCERA PARTE

Nosotros tres

41. Mado

Nunca lo comprobamos calendario en mano, pero lo más posible es que mientras yo me acostaba con Jan en la buhardilla del pasaje Legolas, Oskar lo estuviera haciendo con Mado en Versalles: perfecta simetría.

Mado. Madeleine Lachenay. Bonito nombre, muy novelesco. Curioso vodevil, dirían algunos. Otros dirían: el aire de aquel tiempo, en el que todo parecía posible. Aquel aire, aquellas lecturas, aquellas películas, aquella actitud. Una educación sentimental. Éramos jóvenes, éramos libres, etcétera. Como quien alarga la mano y toma una fruta, la primera manzana del árbol más próximo. O bebe un vaso de agua para una sed repentina. ¿No era Aleksandra Kollontái, feminista y revolucionaria, la diosa tutelar de Isa, quien había escrito eso en su *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada*?

Quizás el tema último de nuestra historia sea la fe. Las creencias.

Creíamos o queríamos creer que la vida podía vivirse así.

No hubo gritos de traición ni rupturas ni resentimiento. Todo lo contrario: fue un regalo del cielo que nos permitió mostrar nuestro rostro más inesperadamente adulto y libre. Hay que decir que todo eso llegó algo más tarde, después de la llamada y las cartas.

Durante la llamada hubo una cierta sobreactuación por mi parte. Muchas pausas, mucho retorcimiento de deditos. Muchos suspiros y frases incompletas, como si cayeran en un pozo demasiado solemne, perdiéndose en la distancia, y eso que las conferencias Moira-París no eran precisamente baratas. «Ha pasado», dije yo, y el tiempo verbal era incorrecto porque seguía pasando, había comenzado y ya no dejaría de pasar. Oskar preguntó: «Qué, qué ha pasado», inquieto, temiendo un accidente o una enfermedad repentina y fatal, y yo dije: «Jan y yo nos hemos acostado».

Oskar estuvo espléndido. Callaba y escuchaba. Aceptó tan rápido que tuve la plena sensación de que hacía tiempo que lo intuía. Luego empezamos a duplicar frases como tontos. Yo decía «Ha pasado, ha pasado», y él «Está bien, está bien», por no decir «Déjalo ya». No por ahorrarse los detalles, sino para evitar una escena innecesaria. En ningún momento, dato a mi favor, dije «Lo siento» ni nada parecido, pero mis palabras sonaban como el eco de un irreversible golpe del destino. Isa tenía razón: hubiera sido una pésima actriz. Sobreactué porque la dicha era más fuerte que la culpa. Estaba claro que no podía mostrar esa dicha, y cargué demasiado la mano en la dirección contraria, y la gravedad de mi tono y mis pausas acabaron por irritar a Oskar, que no logró encontrar un hueco, y eso que huecos no faltaron, para hablar de Mado: realmente no era el momento.

De golpe, sin violencia, cortó con todo aquello y dijo lo que había que decir, lo que yo no conseguí que llegara hasta mi boca.

—Escucha —dijo—. ¿Tú me quieres? Quiero decir: ¿me sigues queriendo? ¿Ha cambiado algo?

Yo hipé y dije:

—No. Quiero decir, sí, que sí, claro que te sigo queriendo.

—¿Y no puedes querer a dos personas? —preguntó, con su deslumbrante calma de siempre.

Ni me olí entonces lo que conocería por carta en un par de días. Entonces me limité a doblar palabra:

—Claro. Claro.

—No salgas de mi vida —dijo—. Yo nunca saldré de la tuya.

La carta que Oskar me envió era corta:

Yo también he conocido a alguien. No podía decírtelo el otro día, no por teléfono: hubiera sonado a revancha infantil.

Mado Lachenay. Oskar no contaba ni cómo era ni dónde la había conocido. Me ahorraba literatura, evocaciones, paseos parisinos. No quería

herirme con un revés. La verdad justa, la información necesaria. Estudiante de letras, supe luego. Residente en Versalles. Pensé, como un aneurisma, que Mado Lachenay no existía, que Oskar la había inventado para que yo no me sintiera culpable. Qué estupidez. Y qué enorme soberbia.

No puedo decir que la quiero. No como te quiero a ti. Me he acostado con ella, varias veces, eso es todo. Bueno, no es todo. Eso suena asqueroso. No quisiera dar la impresión de que es la típica historia de verano, no quiero reducirla a eso. No sé nada. No sé qué pasará mañana. Lo único que tengo claro hoy es que seguiré acostándome con ella y que te sigo queriendo a ti y te querré siempre. Esta historia no cambia nada entre nosotros. Y espero que tu historia con Jan tampoco cambie nada.

También quiero que sepas otra cosa, y te ruego que me creas. Me alegro de que haya sido con él. Con mi hermano pequeño o mayor. Tarde o temprano tenía que pasar. ¿Verdad que los dos lo sabíamos?

Es más fuerte que él. ¿Por qué no iba a quererte?

¿Por qué a tantas y no a ti, que eres maravillosa?

42. Rosa Malibrán

Aquella carta me llenó de felicidad. Una felicidad nueva, distinta: una felicidad triangular. Cuadrangular, de hecho, porque también estaba Mado, pero seguía siendo una figura borrosa, inconcreta, como mal filmada. Una actriz secundaria en el fondo del plano. Cuando le enseñé la carta a Jan también me abrazó de un modo distinto: me abrazaba a mí y a Oskar en la distancia, nos abrazábamos los tres. Aquella carta, aquella aceptación, nos unió como nunca y para siempre. Por supuesto que todo estaba empapado de irrealidad. Era tan difícil creer que estuviera sucediendo... Flotaba en un júbilo constante, como si hubiera bebido muchas copas de un alcohol desconocido, suave, fresco, de efectos poderosísimos. Mejor: como si alguien me inyectara, cada quince minutos, una nueva dosis para mantener la exacta combinación química en mi sangre.

Cuando Oskar volvió a finales de agosto, de permiso, fui a recibirle a la estación, sola, porque Jan no pudo escaparse aquella tarde de la fábrica. Fuimos al Strach, y tras los abrazos y las anécdotas y la cena familiar, Oskar dijo: «Vamos a dar una vuelta por ahí», y papá Klein dijo: «Claro, tendréis que ver a vuestros amigos». Oskar llevaba el pelo muy corto, a cepillo. Le sentaba muy bien. Y una camisa blanca, de lino, y unos tejanos azul celeste como no se veían en Moira: última moda de París. Antes de salir fuimos a su habitación y nos abrazamos como dos caníbales. Abrió la maleta. Me había traído discos y libros. El nuevo Dylan, *Self Portrait*. «En París lo están poniendo mucho por la radio —dijo—. Es muy raro, ya verás. Parece que le haya cambiado la voz. No es *Blonde on Blonde*, desde luego, pero sigue siendo él. Y esta antología de la Callas. Y aquí tienes —dijo, rebuscando entre camisas—, las nuevas novelas de Modiano y la Sagan; acaban de salir. Yo ya las he leído.» También me había traído un fantástico libro de fotos, *Le Paris de Colette*. Estaba envuelto en los pantalones de su uniforme.

Fuimos al Splendor, para probarnos que todo seguía igual entre nosotros. No seguía igual: había mejorado, esa era la verdad. Yo dije: «Has aprendido mucho con la francesita», y él me echó las manos al cuello fingiendo que me estrangulaba. Un gesto deliciosamente antiguo (¡ya teníamos gestos antiguos!), del verano en el piso del Strach. Pudo haberme devuelto la pelota, porque tras acostarme con Jan mi cuerpo y mi deseo eran también un poco distintos, más seguros, más radiantes, pero no dijo nada. Oskar siempre fue más adulto que yo.

Así echó a volar aquel día gigantesco. Por la noche, Oskar y Jan se abrazaron también como dos caníbales, dos caníbales lentos, en la terraza de la Sirena, bajo la hilera de bombillas que Vogler, el dueño, había tendido entre los árboles de la plaza. Parecían mecerse el uno en el otro, retrasando el mordisco. Jan pasó luego la mano por mi cabello.

La terraza estaba llena, desbordada de gente. Un acordeonista de cabellos blancos tocaba *On The Street Where You Live*. Apenas nos oíamos, y gesticulábamos como en una película muda. Nos sentamos en una mesa cerca de la fuente. La brisa empujaba hacia nosotros un agua imperceptible, como vaporizada. Habíamos pedido la primera ronda para celebrar el reencuentro y estábamos a punto de ver las fotos de París cuando Oskar dijo:

—Por ahí viene la Malibrán.

—¿Qué? —preguntó Jan.

—La Malibrán. Rosa Malibrán. Que no me vea —dijo Oskar, hundiéndose en la silla.

Me encantaban aquellas sillas, de tiras de plástico trenzadas, blanquiazules, de balneario en verano.

—¿Una antigua novia? —preguntó Jan.

—La Malibrán es su nombre de guerra —dijo Oskar—. La... le conozco de... espera... parece que —en aquel momento, el hombre menudo del panamá y la boa de plumas, que se había detenido para hablar con la gente de otra mesa, lanzó una carcajada doblando la cabeza hacia atrás, se echó un extremo de la boa sobre el hombro, con un gesto de gran dama, y entró en el café— parece que pasó el peligro. De momento.

Oskar le había hecho un reportaje fotográfico para el periódico. Rosa Malibrán era pintor.

—Pinta y hace *collages* con artistas de cine, y vírgenes, muchas vírgenes. Vírgenes rubias y negras, entre palmeras y lunas y estrellas de purpurina, con chicos desnudos o vestidos de marinerito, abrazados a sus pies. Muy ingenuo todo, pero con mucha gracia. Pinta como un loco. O una loca, mejor dicho. Pinta sobre cartones, papel de embalar, paredes, techos, lo que pilla. Su cubil parece el carnaval de Venecia, o una caseta de feria. Y habla. Habla que no para. Es encantador pero pesadísimo, sobre todo si ha bebido. Y hoy parece que viene bueno. Oh, oh. Si antes lo digo... Ahí vuelve. Tapadme. Abrazaos, haced cualquier... Me va a ver. Me está viendo.

—Y parece que le gustas —dijo Jan.

Rosa Malibrán le había visto y avanzaba entre las mesas, manoteando y haciendo reverencias. Llegó hasta nosotros, envuelto en un halo de marihuana y aguardiente y aterrizó en las rodillas de Oskar. Ojillos brillantes, nariz afilada, un porro enorme colgando de sus labios.

—*Oh là là*, mi amoroso, el rey de los fotógrafos —dijo, besando a Oskar en la coronilla y acariciándole con la boa a guisa de plumero.

—Vamos, vamos, Malibrancia, repórtese usted —dijo Oskar.

—¿Y quién es este? A este no le conozco yo. Qué guapísimo, mejorando lo presente. Qué ojos más verdes. Qué lagos, qué esmeraldas.

—Jan —dijo Jan, alargándole la mano.

Camisa y pantalón blancos, sucios pero con una cierta elegancia. ¿Qué edad tendría entonces? ¿Treinta, cuarenta años, todos los años del mundo?

—Rosa Malibrán —contestó, besándole los dedos— Rosa por Rosa Luxembourg, la gran revolucionaria asesinadita. Y Malibrán por la gran María, la Callas del XIX. Una diva libre, loca de amor. ¿Puedo sentarme? O quizás: ¿debería sentarme? Sí. Lo voy a hacer. Voy a correr ese peligro.

La Malibrán me miró de arriba abajo. Tardó poco.

—¿Y esta princesa? Hmm, qué linda también. Parece un chico —dijo, revolviéndome el pelo—. ¿Es tu novia?

—De los dos —dije—. Soy la novia de los dos.

—Oh, de los dos. Qué moderna. Me siento con vosotras. Hembra débil soy y me entrego. ¿Qué tomáis? Sea lo que sea, invito yo. Hoy invito yo.

Bueno, me pagáis la primera. Slívovitz, *s'il vous plaît*. Vengo de la prisión y celebro mi libertad. Llevo todo el día bebiendo y bebiendo como Ray Milland durante *El fin de semana perdido*. He estado entre barrotes, queridas. Dos días en la Central. Pero me han tratado bien. No me dieron tormento.

—¿Y eso? —preguntó Jan, ignorando la mueca desesperada de Oskar.

—Gran redada a la salida de Los Centauros, calle Blech, 210. Contraseña, por si os animáis, Ifigenia. Hasta anteayer por lo menos. ¡Ay, Modor, Modor! ¡Tan de izquierdas y tan estrecha! Gracias, Vogler adorado. Slívovitz para todos ¿no? Muy bien. ¿Qué decía? Que yo entré la primera. En la camioneta o furgón o como le llamen a ese trasto. Entré como un relámpago, a la que abrieron las puertas. El *poliziotto* me dice: «¿Adónde va usted?». Y le digo: «A coger sitio, centurión, que la vez anterior me tocó ir de pie» —dijo, echando hacia atrás la cabeza.

Rompí a reír, y eso le gustó, porque dejó caer su mano en mi rodilla, quizás porque era el camino más corto y más seguro para llegar a la de Jan.

—¡Qué fiesta maravillosa! La Jacobi —hablaba como si todos tuviéramos que conocer a la Cocó y a la Jacobi y a la Knock On Any Door, cualquiera de sus amigas, o, según ella, hermanas, correligionarias, desde sus respectivas infancias, y así acabamos creyéndolo— iba de monja, y asomaba la cabeza con su toca por la ventanita de atrás, con perdón, y gritaba «He sido una monja mala pero vuelvo al convento redimida, redimida», y hasta los centuriones se reían.

—¿Y tú? —dijo Jan.

—¿Yo qué, príncipe estudiante?

—De qué ibas disfrazada.

—Te hubiera excitado *very very much*. Yo iba de Catalina la Grande, la que se tiró a cuatrocientos hombres en una noche y todavía pedía guerra.

La Malibrán era, decía, una mujer de mundo. Infancia en Buenos Aires, adolescencia en Berlín, veranos en Amalfi. Hablaba en una mezcla de varios idiomas, un torrente esmaltado de palabras en español, francés, alemán, inglés, italiano. Había viajado una vez con sus padres a Nueva York cuando era casi bebida, decía, y, de creerle, se encontró allí con todas las reinas de la Metro. Aquel viaje le suministró material para cientos de conversaciones.

—Ay, no sé, decía, debían de tener el día libre, porque estaban todas sueltas.

Y Santa Judy, oh aparición suprema, en Central Park. Tan pequeñita y tan sola y tan divina.

El encuentro mitológico tenía muy diversas versiones. Según la noche, Malibrán se había arrodillado a los pies de Santa Judy, o la había besado, o simplemente le había dicho «Gracias por toda la belleza que le ha dado al mundo».

Nos pasó el porro de marihuana y comenzó a liar otro. En aquella época todavía se podía fumar en la calle. Llegaron los vasitos de Slíovitz, y más vasitos luego. Yo bebía y fumaba y escuchaba a la Malibrán, y reía, feliz.

Jan siempre decía que mi risa le recordaba las campanas de la iglesia de Santa Teresa, y que cada vez que oyera aquellas campanas pensaría en mí.

Yo volvía a reírme, en la buhardilla del pasaje Legolas, en mitad del puente Bratunac o a la salida de la escuela de Unseld, y Jan decía que hablaba en serio, que siempre hablaba en serio, que nunca mentía y que nunca me mentiría.

La Malibrán habló aquella noche de Nueva York y de su lejaníiiiisima infancia en la Pampa, en un pueblo que era como de B Western, decía, una especie de pesadilla, un sitio tan antiguo que ni siquiera tenía ruinas, a doce horas de tren de Buenos Aires, y habló de sus cuadros, que teníamos que ver, imperativamente, y palmoteando de alegría anticipada habló también del festival de Niort, que iba a ser regio. El gran encuentro. Las Doce horas de Rock y Hermandad. Dijo unos cuantos nombres, que nos sonaron tan extraños como la Jacobi o la Cocó. No nos gustaban entonces los grupos y cantantes «locales», nos parecían malas copias. A excepción de Licorice Kid, por supuesto: era lo bastante raro y lo bastante marginal como para que continuara entusiasmándonos. Era nuestro, el fetiche de un mundo de doscientas personas. A los demás apenas les escuchábamos. ¿Para qué, pudiendo oír los discos originales? «Pero a mí sí me vendréis a ver —dijo— porque soy la estrella invitada, la reina de la noche.» Iba a actuar con BIG, la Banda Internacional Galáctica, en el fin de fiesta. El broche de oro.

—Tenéis que venir a verme, chicas. Claro, pues claro que voy a cantar. Canto muy muy bien. Iré a vender algunos cuadros primero, en mi tenderete, porque habrá, dicen, muchos tenderetes, y a cantar luego. Programa doble. Y a enviar un mensaje a la Sokela.

La Sokela, por supuesto, era Sokel-Brod. Su bestia negra.

—Es una mujer malísima, como Cruella de Vil, os lo digo yo. Mala de maldad mala. La Sokela está todo el día con la palabra «invertidos» en su boca putrefacta. En su periodicucho. «Invertidos», qué palabra asquerosa. Nos odia, no nos soporta. Invertidos y oscuros y tristonos. Y la pobre vieja Modor, qué manía le tiene también, todos en el mismo saco. Que los invertidos no producimos, no entregamos nada a la gran causa nacional. Que no contribuimos al progreso del país. Aquí, aquí lo dice. No es el único papel, claro. No para de escribir o de mandar escribir a sus sicarios sobre nosotras. Leed, leed esto. No, la leo yo: «Esa gente», dice, «esa gente gusta de llamarse mariposas, cuando no son más que polillas que corroen el tejido social». ¿Quién le escribirá estas cosas? Pues va a ver la Sokela, va a ver si produzco o no produzco. Un terror inmenso le voy a producir.

Se aceleraba, se le atropellaban todavía más las palabras, y escupía mucho, cuando hablaba de Sokel-Brod.

—Antes del verano —dijo— vivía en un sótano divino en la plaza Kuron, pero cuando llegaron la Sokela y compañía tuve que irme porque infectaron todo. Oskar sonreía, feliz, y golpeaba el aire con el puño.

—¿Y lo feísimo que es? Con esa cara de pájaro gordo, y esas corbatas, y esos anillos de gánster, y esos dientes que parece que se los afile. Y el pelo. Teñido.

—¿Seguro? —dijo Oskar.

—Teñido, rey, teñido de caoba. Como una vieja maricon.

Oskar enarcó las cejas.

—Oh, sí, querida. No hay que confundir. Hay reinas, como yo, y mariconas, que es algo muy distinto.

Decidimos que iríamos al festival. Claro que iríamos. Y a su nuevo estudio.

—Tenéis que ver mis cuadros, mis vírgenes, mis ángeles. Ahora he subido de categoría, tengo el sótano en lo más alto. Todo igual pero ahí

arriba, en esa buhardilla —dijo, señalando la casa donde Oskar había deseado que una noche escucháramos la lluvia golpeando en el tejado en otoño, arropados en la cama, juntos.

Más Slívovitz. La última ronda. El acordeonista tocaba ahora *C'est un gars*. A caballo de la música, yo quise ver, por unos instantes, a Oskar y Mado bailando en una pequeña plaza de París, bajo los farolillos tricolores de la noche del 14 de julio. Más típico, imposible. Mado con un vestido de diminutos topos azules y blancos. Una falda ligera, que se movía al girar en sus brazos. La imaginé rubia, con una frente alta, un poco abombada, ojos claros. Sangre alsaciana. Hombros anchos, muslos poderosos. Volvieron a girar y desaparecieron.

Cuando volví, la Malibrán estaba mirando al cielo, encomendándose a San Dino para que guiara sus pasos en la gran noche de Niort. Santa Judy y San Dino estaban en lo más alto de su santoral.

—¿San Dino? —preguntó Jan.

—San Dean Martin, lindo. Qué joven eres, qué rabia me das. ¿Otra copa? ¿No os gusta Dino?

—Sobre todo en *Río Bravo* —dijo Oskar.

—Y en *Some Came Running* —dijo Jan.

—¿Cómo la titularon aquí? Ah, sí. *Pasiones fugaces*. El lema de mi vida, nenas. ¿Os acordáis, siempre con su sombrero puesto, en la cama, en la bañera? Yo tampoco me lo quito nunca. Bueno, casi nunca. Y Shirley MacLaine, tan rica, con el pelito tan como tú. Frankie es un genio, eso está claro, pero atormentado, encabronadísimo. Cómo padece ese pequeñín. Dino, en cambio... Qué italianazo. Y qué *nonchalance*. Frankie canta desde la noche, los amores perdidos, *all that bullshit*, todo precioso, pero desde el pasado, siempre el maldito pasado. Qué ganas de sufrir como una perra. Dino canta desde el presente, con todo el sol en la cara. Canta para pasarlo bien, que es lo *charmant*. Lo hace todo como si no fuera con él la cosa.

Habló y habló de Dino, y habló muy bien, pese a las mil copas, o quizás por eso.

—Cuando Frankie canta —decía—, las canciones dibujan un retrato, una especie de biografía sentimental. Pero mi Dino no mira hacia atrás. Dino es el puro movimiento. El movimiento, digo esto con la ceja alzada de Claude Rains, es la única verdad, primores.

—Amén a eso —dijo Jan.

—Frankie canta como si se muriera de ganas de llegar a alguna parte, y Dino simplemente va —dijo, posando el extremo de la boa en el aire—. Un maestro zen. Como esos arqueros japoneses que disparan con los ojos vendados, sin pensar en el objetivo. Tiene tantas y tantas canciones hermosas.

Se levantó y fue hacia el acordeonista, que asintió con la cabeza. La Malibrán volvió palmoteando de alegría. Comenzó a sonar entonces una melodía que yo nunca había oído. Levantó la cabeza, entrecerrando los ojos, para entrar en ella. Alzó el vasito, extendió la boa sobre nuestros hombros. Cantó para nosotros. Ya quedaba poca gente a nuestro alrededor. Vogler le miraba divertido, desde la puerta del bar, los brazos cruzados.

*Take one fresh and tender kiss
Add one stolen night of bliss...*

—Podrías hacer un dúo con Licorice —dijo Oskar.

—Chsss. Calla. Calla y escucha las divinas palabras, cepillito.

*Your lips and mine, two sips of wine
These are the dreams you will savor...*

Cantaba muy bien. Sin gestos estereotipados de loca, sin parodia, sin forzar nada, con muy poquita voz, con las notas justas, casi susurrando, como si nos acunara. Coreábamos, marcando el ritmo con los vasos. Oskar volvía a estar en Moira, como si nunca se hubiera ido. Jan estaba en capilla, pero quién pensaba en eso. El futuro, quizás, comenzaría en invierno, cuando le llamasen a filas.

Aquel verano se alargó hasta entrado el otoño, lo que hacía presagiar frío y grandes nevadas, según tía Olga. A mediados de octubre todavía hacía calor, y la gente andaba por las calles en mangas de camisa, y las terrazas de los cafés seguían llenas. Todas aquellas músicas, saliendo de cada bar de la calle Montague, de la plaza de San Bruno, confundiéndose como afluentes de un mismo río. La Malibrán como una figura inmutable en aquel paisaje, vendiendo dibujos de mesa en mesa, contando los últimos chismes, los recuerdos desafortunados de su vida rutilante. La Malibrán fue la heroína triunfal del festival de Niort durante unos días, unas semanas. La Malibrán apoyada luego en la barra de la Sirena, rogándole a Vogler una última copa, solo una, anda, anda, bonito. La Malibrán cantando *The Man That Got Away*, y *Non Dimenticar* en un italiano imposible.

Escuchábamos a la Malibrán, bajo los racimos de luz. Nosotros tres.

Me gustaba repetir aquellas palabras como una divisa, o el lema de una sociedad secreta. Nosotros tres.

*One girl, one boy, some grief, some joy
Memories are made of this...*

Todo se movía lento, feliz, irreal, como la sinuosa boa de la Malibrán sobre nuestros hombros.

43. El secreto

Después de los besos y las promesas de que sí, que iríamos a ver sus cuadros y que desde luego estaríamos en la gran noche de Niort, la Malibrán dijo: «Me retiro a mis aposentos, que tengo que dar de mamar a un niño», y se alejó contoneándose y arrastrando la boa solo para nosotros. Nosotros nos quedamos solos, y no mucho más airosos que ella, en la plaza ya desierta. Jan, con la cabeza echada hacia atrás y los pies en la mesa de aluminio, dejaba vagar la vista hacia las luces que el aire de la madrugada movía, un poco, entre el follaje de los plátanos.

—Qué personaje. Qué personaje increíble —dijo.

—Le han detenido tantas veces —dijo Oskar—, que ya le conocen en todas las comisarías.

Luego chasqueó los dedos y se levantó de golpe, tambaleándose, y fue hasta el árbol que había junto a la fuente, el árbol más viejo y más grande de la plaza, tanto que le cubría por completo. Desde allí continuó hablando.

—Hasta se echó un novio policía. De la montada. Y bien montada, como dice él. O ella, que para el caso es lo mismo y la misma cosa.

—¿Qué haces, viejo? —preguntó Jan.

—Puedes imaginártelo —dije yo—. Este chico antes no era así. Eso son las costumbres parisinas.

—Y la milicia —dijo Jan.

—*Nein*. Ni una cosa ni otra.

—Como salga Vogler se va a poner de buen humor. Meando en su árbol favorito.

—Que no, que no. Que no es eso.

—¿Vas a tardar mucho? Yo tengo que irme. ¿Sabes la hora que es?

—Qué vergüenza. Mi hermano del alma preocupándose por la hora.

—¿Pero qué haces, amor? No se oye el chorrillo —dije.

—Callad, borrachos. A falta de cámara, estoy inmortalizando este momento. Sistema sioux. Ya casi —rebufó— está.

Nos acercamos. Con una de sus llaves había dibujado un círculo más bien ovoide, titubeante, y estaba acabando de trazar nuestras iniciales. Él y Jan y yo en el centro. Aplaudimos. Oskar hizo un amago de reverencia, pero tuvo que apoyarse en el árbol. Casi en el suelo, propuso que acompañáramos a Jan hasta su casa.

—No, compañeros. Esta noche no voy a casa —dijo Jan.

Un relámpago de celos. Pero muy, muy amortiguado. Le acompañamos hasta la parada del 32. ¿Dónde estaba la parada del 32? Lejos. Nunca tomé ese tranvía. ¿Cómo conseguimos llegar hasta allí? Misterio. Dejamos atrás el mercado y luego caminamos por calles estrechas y empinadas hasta la avenida Herzen. Recuerdo, a lo lejos, los sauces borrosos, como derretidos, del parque del Barón Brambeus. Las mansiones silenciosas del bulevar Josipovic. La mole imponente del hotel Astor.

—Ahí trabajé yo un tiempo. Hasta que me echaron.

—¿Qué hacías? —preguntó Oskar.

—Camarero. Ahí comí salmón noruego por primera vez. Y huevo hilado, y gelatina de pollo, muchas cosas que nunca había visto.

—Qué hambre me está entrando —dije.

—Había muchas fiestas y recepciones oficiales, con bandejas y bandejas de comida que luego tiraban. Me cosí una bolsa de plástico en la chaqueta, porque a la salida obligaban a los camareros a ponerse en fila y vaciarse los bolsillos. Aún así me pillaron.

—Hijos de puta —dijo Oskar.

El calor del día enturbiaba la alta claridad amarillenta de las farolas.

—Podríamos ir en bicicleta —dijo Jan.

—¿A estas horas? —dijo Oskar.

—A Niort, bobo. El camino es muy llano. ¿Os parece bien?

—Claro. Buenísima idea —dijo Oskar—. Será una excursión estupenda. Llevaremos comida y bebida. De eso me encargo yo. O sea, Sarah.

—Y una manta —dije yo—. Son doce horas.

Jan sonrió. Antes de trepar al tranvía nos abrazó y dijo:

—Os quiero mucho a los dos. Condenadamente mucho.

Su mano iba ya a acariciarme la mejilla. Tomé su cara entre mis manos y besé su boca. Un beso rápido. Volvió a abrazarnos. A los dos.

El cartel metálico del tranvía tintineó al ponerse en marcha. Myrna-Jasarev-Meysenburg. Jan bajaría en alguna parada entre aquellos tres puntos. Daba igual. Aquella noche daba absolutamente igual.

Caminamos Oskar y yo, y hablamos de todo menos del círculo en el árbol. De Rosa Malibrán, y de la inminente excursión a Niort, y de París, reina del mundo, hasta que se acabaron las palabras. Cada tanto parábamos para besarnos.

—A ver si habremos bebido un poco bastante —dijo Oskar.

—¿Tú crees? —dije yo.

—Lo digo porque me parece que nos hemos perdido.

—Algo de verdad hay en eso. ¿Dónde estamos?

—Ni cerca de tu casa ni de la mía. Eso está claro. Estamos yendo hacia atrás. Diría —dijo Oskar.

—Hacia atrás y un poco bastante de lado —dije yo.

Ante nosotros se abría un paisaje inhabitual. La llanura rapada que unía el final del bulevar Worcell con el comienzo de la avenida Ledru-Rollin, desangrándose en tiendas de neumáticos y ropa al por mayor.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Estamos tontos? ¿O en la Dimensión Desconocida? —dijo.

Un paisaje lunar, de tierra rojiza y polvorienta, como el pueblo natal de la Malibrán. B Western.

—Estamos tontos, cepillito. Tontísimos —dije yo, besándole de nuevo.

—Es fuerte esa hierba, ¿verdad? —dijo.

—Para no hablar del Slívovitz —dije.

—Santa verdad.

—Ha estado bien, ¿no?

—Muy bien.

—Muy bien.

Los dos sabíamos a qué se refería. Y volvíamos a duplicar frases. Nos quedamos callados de nuevo. Yo contemplaba aquellos pocos edificios de piedra antigua, ennegrecidos por la pólvora del cuarenta y por todos los

malos vientos que siguieron, aquellos edificios sombríos donde solo parecían vivir viejos y gatos. El pasado.

En aquel solar donde ni siquiera revoloteaban papeles, vencidos por el calor, se había levantado durante muchos inviernos la carpa del Circo Krosky, un recuerdo infantil de narices frías y paja y lana húmeda, y el aire me pareció oler aún a gasolina alegre de tragafuegos, a basura fresca en bolsas rajadas por los perros, a humo espeso de patatas fritas y refritas en grandes calderos.

Un olor dulzón y dichoso a feria en desbandada.

Allí, en aquella zona vulgar, sin el menor encanto, sin nada memorable, algo tembló como un mensaje cifrado entre los hilos del tendido eléctrico. Todo se detuvo por un momento con una nitidez repentina y exhaló ante nuestros ojos su humilde secreto, como en una fotografía de Oskar.

El secreto era un fulgor de presente eternizado que unificaba formas banales y volúmenes indiferentes, como una segunda piel. Los camiones que al amanecer irían a Porlock, dormitando bajo el paso elevado. La vieja estación del Norte, en sombras, con las ventanas cegadas, a un paso del derribo. Los metales repetidos en los charcos de aceite de la gasolinera. Aquel pequeño bar de comidas baratas y cristales sucios, perdido como un matojo de hierba conejera entre las grandes pilastras del puente Adlon.

Como en una fotografía de Oskar o, para ser más precisos, como en una película. Una película que ya había empezado. Una película francesa, con blancos y negros y grises coexistiendo sin mezclarse, purísimos, inalterables, por los siglos de los siglos de los siglos.

Amén a eso, habría dicho Jan, estuviera donde estuviese en su resto de la noche.

44. La ruta encantada

Pedaleamos sin esfuerzo, acompasadamente, como si nadáramos hacia una orilla, empujados por la corriente. Jan tenía razón: el camino es muy llano. Yo llevo pantalones, una camiseta blanca, una gorra para el sol. Oskar dice que parezco un obrero. Que solo me hace falta un bigote y un cigarrillo ladeado entre los labios. Hay tanto silencio que las palabras se difuminan apenas dichas, como si nunca hubieran sido pronunciadas.

El cielo está limpio. Respiramos un aire fragante, fino como papel de seda. Es muy pronto y apenas hay coches. Hemos ido en tren hasta Djurno. Dejamos atrás la pequeña estación, roja con esquinas blancas, y enfilamos una carretera bordeada de abedules. Jan lleva gafas oscuras y una mochila gris a la espalda. Oskar lleva pantalones cortos y carga con una cesta de mimbre, sujeta con correas en la parrilla de la bicicleta. Lleva la cámara en bandolera. Todavía no ha hecho ni una sola foto. Hay demasiado espacio alrededor, dice. Uno no sabe dónde mirar.

La bicicleta de Jan es negra. La de Oskar es roja. La mía, de color avellana. Avanzamos, jugando a adelantarnos, haciendo sonar los timbres como niños, entre pastos ondulantes. El calor espejea en las colinas. No hace ni dos horas que hemos salido y ya tenemos hambre. Tenemos ganas, sobre todo, de abrir las cestas. Oskar es el primero en abrir la suya. Sarah ha preparado *knishes* y bocadillos de pastrami con rábano picante. Yo tenía que hacer una tortilla, pero se me olvidó. He comprado un queso y luego pan de jengibre y un pastel de manzana en la panadería del señor Kratz. Al encontrarnos en la estación, Jan alzó una garrafa de vino y varias botellas de cerveza negra como si fueran trofeos de guerra. No se ha olvidado de la manta, una gran manta a cuadros. No hace falta extenderla porque la hierba está muy seca, tapizada de pinaza. Devoramos los *knishes*, un trozo de queso que Oskar corta con su navaja suiza, medio pastel. «Es la primera vez que la uso», dice Oskar,

contemplando la navaja en la palma de su mano, como una rara piedra roja, ovalada. Nos pasamos la garrafa. «Si no vamos con cuidado —digo con mi mejor voz de madre— no quedará nada para la noche.»

Huele a resina y a musgo caliente. Oskar se echa hacia atrás, con los brazos tras la cabeza.

—¿Te acuerdas de aquellos días en Krigstein, Jan? ¿La excursión por los lagos? —dice Oskar.

Cientos de cigarras invisibles comienzan a desperezarse.

—Me acuerdo de todo —dice Jan, levantando la garrafa para un último trago.

Las piñas negras chasquean con la brisa. La sombra de las ramas nos raya la cara.

Montamos de nuevo. Oskar lanza un grito para ver si hay eco. No hay eco, y sin embargo sigo escuchándolo. Comienza a cantar, jugando a hacer eses, una vieja canción de Trenet. Nunca antes había oído cantar a Oskar.

*On sent que bientôt c'est la fête
La jolie fête du printemps
qui fleurit par-dessus nos têtes
le ciel d'avril comme les champs...*

Grandes cuadrados de maíz. Cilindros de heno, arrollados en cobertizos. Me pongo al lado de Oskar. Me sumo a la canción.

*Une étoile m'a dit
Deux étoiles m'ont dit
Connais-tu l'pays du rêve...*

Jan no conoce la canción. Está mirando hacia la derecha, donde dos perros parecen esculpir un rebaño de ovejas. Se la cantamos, a voz en cuello.

*Pars, c'est du mystère
Pars, viens avec nous tu verras
Les joyeux matins et les grans chemins*

où l'on marche à l'aventure

Ahora, los tres:

La route enchantée!

Entramos cantando en un túnel de plátanos. Bajamos luego por una pendiente con las laderas tapizadas de helechos, que casi cubren un cartel donde se lee: Niort, 20 kilómetros. El aire huele a madera recién cortada.

En la última colina, rosada por el atardecer, nos adelantó una furgoneta destartalada, una especie de pequeño autocar pintado de amarillo, con nubes blancas y peces sonrientes y círculos concéntricos, y el signo de la paz en el morro. Una matrícula extranjera, con letras y números inhabituales. Una familia *hippie*, con varios niños, muy rubios, que parecían agotados tras un largo viaje. Luego vimos un tren rebotante de chicos y chicas de nuestra edad. Iban también hacia el valle de Niort, gritando, saludando, sacando brazos con botellas y banderas por las ventanillas. Banderas negras, anarquistas. Banderas rojas. Banderas nacionalistas. Cuando el tren desapareció dejó ver la carretera, paralela a nuestro camino de tierra, en la que ya se agolpaban coches y motos y bicicletas, todos rumbo al festival, en una algarabía de voces, risas y bocinazos. Jan se quitó las gafas oscuras. Hacia el oeste cruzaban el cielo, iluminadas por el sol poniente, dos estelas de aviones que parecían abatidos en pleno vuelo.

45. Niort

Llegamos cuando anunciaban por los altavoces la primera actuación. El recinto estaba amurallado por altas vallas metálicas, pero muy poca gente debió pagar la entrada aquella noche. «¡Adelante, compañeros!», gritó un chico con larga melena rizada y un sombrero de paja que parecía robado a un espantapájaros. Nos colamos alegremente por un desmonte, como los veinte o treinta que nos precedían. La policía, en parejas, contemplaba todo con rostros apáticos. Los focos, recién encendidos, destellaron contra el cielo azul cobalto, bajo las primeras estrellas.

Tengo en mi mesa el folleto naranja con el orden de las actuaciones. Había olvidado por completo los nombres de todos aquellos grupos que se esfumaron en pocos años. El primero se llamaba Delirium. Jazz-rock, con largos y pesadísimos solos de piano eléctrico. Música de fusión, decían entonces. Intentamos abrirnos paso entre la multitud que rodea los tenderetes. Avanzamos con dificultad, diez o veinte metros por minuto, como si tuviéramos los tobillos hundidos en arena. Buscamos, sin suerte, el puesto de dibujos de la Malibrán.

—Quizás esté al otro lado —dice Oskar, pero un mar de cabezas y cuerpos ya tendidos en colchonetas y sacos de dormir nos separa del otro lado.

—Esto parece un campo de concentración —dice una chica a mi espalda.

—¿Cuánta gente debe de haber aquí? —pregunta Jan.

—¿Tres mil personas? —digo yo, por decir algo.

—Y diez mil también —calcula Oskar, levantando la cámara para fotografiar a ciegas.

Tenderetes de artesanía. Cuero. Joyas de hojalata. Clic. Clic. Clic. Discos. Más discos. Aguardiente de cerezas en pequeños vasos de plástico. Revistas ciclostiladas. Tebeos que imitan a Crumb, a Gilbert Shelton. Compramos tres trozos de sandía. Máscaras hechas a mano, con papel maché.

Tartas. Huele a salchichas fritas, a incienso, a pachuli, a nubes de marihuana. Hay velas sobre los mostradores de madera, y también en el suelo, en círculos. Rostros pintados con franjas azules, rojas, amarillas, saltan a nuestro alrededor, espasmódicamente. Clic. Clic.

—Hay que buscar un sitio para echarnos —dice Oskar, guardando la cámara—. ¿Tenemos la manta?

Sí, tenemos la manta, y la garrafa de vino, que cada vez pesa menos, y nos quedan algunos bocadillos y algo de tarta, pero no parece haber un centímetro disponible. Quizás allá, donde aquellos pinos... Delirium se retira entre la indiferencia general. La voz del animoso presentador canturrea ante el micrófono —«Somos cien, somos mil, somos cien mil»— y anuncia a Los Cosacos, música tradicional eslava. Abucheos y aplausos dispersos. No son rusos, naturalmente. Llevan gorros de astracán y uniformes abiertos, de los que se despojan en el acto, por el calor. Quedan en calzoncillos o bañadores que imitan la piel del leopardo. Gorros, bañadores de leopardo, grandes botazas. Son diez o quince, una afiebrada formación de balalaicas y guitarras eléctricas que ataca *Talijanska*. Los aplausos se convierten en palmas. Jan abraza a un mocetón de camisa a cuadros abierta, torso desnudo y sudoroso. Nos lo presenta: «Marek, un compañero de la fábrica. Meta, para los amigos». «¿Por qué Meta?», pregunto. «Por Metalúrgico.» Muestra entonces, orgulloso, su mano derecha, como si fuera a hacer el signo de la victoria. Un signo trunco, porque tiene cortadas las últimas falanges de los dedos índice y mediano. «Fue en el taller —dirá luego—. La máquina me llevó las puntas. Un compañero la paró a tiempo, si no, me chupa la mano ¿eh?» Jan asiente. Marek o Meta sujeta en la otra una bolsita con hierba. «Cosecha propia.» Nos invita. «No sabía que te gustaran estas cosas», dice Jan, contemplando el porro perfectamente liado.

Sensación de caminar en círculos, dando tumbos. Jan y Meta avanzan delante de nosotros, tomados por los hombros. Hablan y ríen a carcajadas. Se conocen desde hace mucho tiempo. Desde el reformatorio. Ahora Meta vive y trabaja en Damia, en los astilleros. Pregunta por el Páter. El Páter, claro, es el padre Stefan. Un dúo de violín y sitar ocupa el escenario. El violinista lleva

cola de caballo, pantalones de peto. El del sitar viste una túnica amarilla o dorada. Piden un gran aplauso para recibir a la luna, redonda, enorme, que acaba de aparecer entre los árboles. Todos aplaudimos a la luna. Según el folleto naranja, debían de ser Last Trip to Heaven, psicodelia folk. No recuerdo ni a Salamandra (rock sinfónico), ni a Helter Skelter (rock duro) ni a Amatista Atómica, «la respuesta de Moira a Tangerine Dream».

Licorice Kid no actuó en el festival: le buscaron, pero no le encontraron. Decían que un ácido en mal estado lo había puesto fuera de combate. Oskar había escuchado otra versión. De cuando en cuando, según el crítico musical del periódico, tenían que ingresarle en el manicomio. O ingresaba por su propio pie. Esquizofrenia. Se discutió si el ácido en mal estado podía haber sido el detonante de su ataque y su ingreso. Oskar opinaba que el ácido debió tomárselo mucho antes, en su infancia, en el biberón.

Mágicamente, se abre un hueco ante nosotros y podemos extender la manta. Yo empiezo a estar cansada, muy cansada. Cuando abro los ojos, Oskar me está acariciando los pechos y hay un nuevo grupo en el escenario: Mystery Train, soul-rock. Un cantante que se esforzaba mucho en parecerse a Jim Morrison. Cantaba como si le hubieran disparado por la espalda, con morritos desesperados y quiebros agónicos. Meta se puso en pie e hizo bocina con las manos para gritar: «¡Que no eres Jim Morrison, idiota!». Risas, chistidos. Los puntos luminosos de los cigarrillos, moviéndose en la oscuridad. Luego se encenderían cientos de cerillas y mecheros, durante la actuación de Doctor Mesmer & Los Mesméricos. Era la primera vez que veía yo aquello, aquel mar de llamitas alzadas y ondulantes. ¿Cómo se llamaba la cantante de Doctor Mesmer? No consigo recordarlo, y tampoco figura en el folleto naranja. Surgió como una aparición. El fantasma de una virgen *hippie*. Ojos maquillados con *kohl*. Vestido indio de lino. Collares. Cabello teñido de henna. Leotardos negros.

Pregunté: «¿Y Jan?». Oskar dijo: «No sé, se fue hace rato, con Marek. Iban a buscar bebida, creo». «Tengo un poco de frío», dije. Oskar me envolvió con la manta y nos abrazamos. La manta se cerró sobre nosotros como el tejado de la buhardilla en la plaza de San Bruno. Solo faltaba un poco de lluvia. Besos cálidos, húmedos. Besos de madrugada. Por una rendija de la manta veía las velas lejanas, borrosas, como lámparas de petróleo

flotando en un agua oscura. Escuchábamos aquella voz extraterrestre, fragilísima, a ratos sublime, a ratos bordeando los abismos del ridículo. Cantaba *Moon River*, pero era difícil reconocer la melodía. ¿Dónde estaba Jan? ¿No estaba tardando mucho? Se me hacía tan difícil medir el tiempo aquella noche... ¿Por qué estaba siempre yéndose? ¿No estábamos bien juntos?

Acabó *Moon River* y hubo un gran silencio, que rompió el presentador. Llevaba un papel en la mano. «La organización —dijo— acaba de pasarme un dato. ¡Somos quince mil, hermanos y hermanas! ¿Sabéis qué somos? ¡Yo os diré lo que somos! ¡Somos una fuerza! ¡Somos una NACIÓN! ¡NACIÓN NIORT! ¡NACIÓN NIORT!» Oskar me susurró, irónico: «El nacimiento de una nación». Yo también sonreí, pero no costaba creer en aquello. Una gran fraternidad. Por un momento, un segundo o doce horas, pudimos jugar a creer que no existía nadie más en el mundo. Que nadie estaba hilando sus redes sobre nosotros, sobre el futuro, no lejos de allí. O alrededor. Todo lo que iríamos sabiendo luego. La fortuna de Sokel-Brod sigue aumentando. Controla ya la mayor parte de las revistas semanales y mensuales de gran tirada. Y Edir, sobre todo Edir, la mayor agencia publicitaria del país. Y varias compañías de seguros, de forma «más o menos indirecta», con testafierros. El doctor Drazen ya ha publicado *El escudo y la lanza*. Ya ha salido de la «oscura provincia» y en breve se hará cargo de *La treceava noche*, su programa de radio, su estrambótica plataforma, con sesiones de adivinación, y entrevistas a famosos, y lo que llamará «sus inspiraciones», monólogos delirantes que repasan la actualidad y los «cultos y mitos ancestrales».

Habrá tiempo, demasiado tiempo, para hablar del doctor Drazen. Y del general Ratko. Quizás aquella misma noche, la noche de Niort, Sokel-Brod escuchó por primera vez el programa del doctor Drazen, o comenzó a hojear, para combatir el insomnio, para ocupar un largo viaje en tren, un ejemplar de *El escudo y la lanza*. Quizás aquella misma noche, mientras la cantante de Doctor Mesmer gorjeaba *Moon River* como un pajarillo crucificado, o un poco más tarde, cuando el presentador proclamaba el orgulloso nacimiento de

la Nación Niort, un alto directivo de General Eléctrica, en un despacho de madrugada, abriría la carpeta con el historial de Sokel-Brod, y los egregios miembros del Club de Empresarios formarían un círculo de cabezas aquiescentes; quizás también, aquella misma tarde, una mano firmó el ascenso del coronel Ratko a general de Brigada.

Todo esto es, naturalmente, incierto. Pero hay un dato, un dato real para la otra historia: aquella noche estaban en Niort tres miembros fundadores de los Compañeros de la Noche. Jan, Marek/Meta y Pavel.

Pavel Kobach también estuvo allí. Todavía no le conocemos. También habrá tiempo para hablar de Pavel, el ideólogo de los Compañeros. Vuelvo a escucharle, años más tarde, en París, recordando el festival. Pavel, que siempre se rio de casi todo, hablaba de Niort con un extraño afecto, una especie de ternura insólita.

¿Qué era lo más importante de todo aquello? No era, desde luego, decía, la música, ni la ilusión de hermandad. Era su forma misma. Aquella inocencia, decía, desarmante, y sin embargo poderosa, *operativa*. Lo hicieron, decía, porque no sabían que era imposible.

Aquella era su fuerza. Aquello era *la* fuerza.

En aquel tiempo no había mercado, ni *marketing*. Todavía no importaba vender, arrasar, hacerse de oro. Los organizadores eran como los músicos y como el público. Como nosotros. Eso era lo importante, decía: la pasmosa identidad común, tan parecida a la música misma. Porque la música era más buena o más mala, más mimética o más original, eso era lo de menos, pero fluía caótica, libre, hasta conformar una sorprendente, poderosa, efímera armonía. Pavel siempre habló escuchándose, como si escribiera en el aire, como si dictara sus discursos. Parecía el comienzo de algo, dijo, pero era su culminación, su final. Nunca volvió a repetirse. Nunca hubo otro Niort. No de aquella manera: por generación espontánea, sin organización. Por puro deseo.

46. La bruja buena

El amanecer está cercano. Suena música country. Bastante buena, en mi recuerdo. «Con todos vosotros —dice el presentador—, los Flying Burrito Brothers de Moira: ¡Beautiful Losers!» Llevan sombreros tejanos, blancos. Camisas marrones con flecos, a lo Buffalo Bill, y camisas psicodélicas, con paramecios. Un calco tan extraño como el de los falsos cosacos. Rusos, americanos, da lo mismo. Una redonda sensación de irrealidad.

«Y ahora —dice el cantante—, una canción de nuestro buen amigo Gram Parsons: *We'll Sweep Out the Ashes in the Morning*. O lo que es lo mismo: “Esparciremos las cenizas en la mañana”.» Abro los ojos, acunada por el vaivén de las guitarras *slide*, y no sé dónde estoy, si en Moira o en Zabriskie Point, ni si es el amanecer del nuevo día o seguimos en el atardecer del anterior: solo un continuo, la instalación en una lejanía imprecisa y sin fronteras, blanda y fresca, entre azul y rosa y con el centro blanco como un Stetson o una cornamenta de vaca bajo el sol del Mojave.

—¿Qué escribes? —le pregunto a Oskar.

—El nombre de ese tipo, Gram Parsons. Esa canción es muy buena. Podría ser de Dylan.

—Sí, sí que lo es —digo, desperezándome—. ¿Y Jan?

—Yo que sé —dice—. Hace horas que le perdí la pista.

Cuando volví a abrir los ojos, Jan estaba de nuevo allí. Como si no se hubiera ido, como si solo hubiera ido a comprar cervezas.

—¿Me hacéis un hueco? —dice.

Aterriza en la manta, a mi lado. Me besa la mano. El brazo. El hombro.

—¿Dónde te habías metido? —dice Oskar.

—Buena pregunta —contesta Jan.

—¿Y tu amigo?

—Otra buena pregunta. Ni idea. Desaparecido en combate, supongo —dice.

Los Big, la Banda Internacional Galáctica, llenan el escenario. Son muchos, una verdadera tribu, con tambores y guitarras pintadas de colores vivos, y saxofones enormes, como toberas de avión a reacción. Tocaban rock clásico, *twist*, chachachás. Tras una versión frenética, agotadora, del *Florida Twist*, el cantante, gafas de espejo, camisa hawaiana, pantalones blancos y las mejillas pintadas con colorete, anuncia a ¡la GRANDE! ¡La ÚNICA! ¡¡¡La in-com-pa-rable... ROSA MALIBRÁN!!!

Alzamos las cabezas. No le vemos. ¿Dónde está? Se escucha entonces su voz todavía sin cuerpo, oculto en un lateral del escenario:

—Esto es *un peu grandiose, non?*

—Dios mío, qué borracha está —dice Oskar—. Emborracha solo verla.

Camina lenta, como si midiera las dimensiones de la bestia: la extensión de todo el público que tiene literalmente a sus pies.

—¿Estoy viendo lo que estoy viendo? —dice Jan.

—Todos lo estamos viendo —digo.

Lleva una pamea negra, gafas oscuras y picudas, un vestido de noche rojo furioso, su boa talismánica. Piropos aullados, silbidos admirativos, risas anticipadas que esperan un número cómico. La Malibrán se recuesta en el piano.

—Maestro —dice—, cuando usted quiera. Foco, por favor. Una canción para todas mis hermanas, para todas las reinas del mundo. Para que sigamos soñando.

Mira hacia el cielo. Quizás solo nosotros sepamos que se encomienda a San Dino. Oskar se muerde las uñas.

—La van a machacar —dice.

—No —digo yo—, ya verás, la van a sacar en hombros, se los va a meter a todos en el bolsillo.

Y así es. Está cantando otra canción que tampoco conocemos, *Dream a Little Dream Of Me*, con una gracia incomparable.

—No les va a gustar —susurra Oskar—, demasiado americana, no la van a...

—Cállate, anda, cállate y escucha.

Ha llegado al primer estribillo sin abucheos, sin risitas.

La bruja buena canta una nana para todos los niños de Niort.

Promete, con un guiño secreto, un viaje al país de esmeralda, invita a recorrer el sendero de ladrillos de oro. Respira hondo, sujeta el micrófono, abandona al pianista tras besarle la cabeza. Avanza luego hasta el centro del escenario con su contoneo de gran dama y remata la canción alzando el brazo izquierdo como si sujetara la antorcha de la libertad. Hay un enorme aplauso. Reverencia.

—Gracias, gracias, un millón de gracias, queridas. Y ahora, para todos los hijos de mil putas que nos quieren amargar la vida...

Aquí y allá crece un rugido de sorpresa feliz. Más aplausos. Se despiertan algunas banderas.

—... una bonita canción española que sin duda algunas de vosotras recordaréis. Maestro, *please*...

*Negras tormentas agitan los aires
Nubes oscuras nos impiden ver
aunque nos espere el dolor y la muerte...*

—¿Qué demonios está cantando?

—El himno de los anarquistas —dice Jan.

—Qué loca está. Lo canta como si fuera un bolero —dice Oskar.

*Aunque nos espere el dolor y la muerte
contra el enemigo nos llama el deber...*

Todavía faltaba lo mejor. El gran momento de Rosa Malibrán. A mitad de la canción se arrancó el vestido. Se abrió en dos mitades, como una cáscara, y lo agitó en el aire, como una bandera.

*Alza la bandera revolucionaria
que llevará al pueblo a la emancipación...*

No nos lo podíamos creer. Nadie se lo podía creer. Allí estaba, desnudo, desnuda, como recién nacida, el cuerpo minúsculo, solo con la pabela y la boa.

—Mierda, mierda, mierda —dijo Oskar, manoteando entre la mochila de Jan, la cesta de mimbre, las botellas, todas las cosas revueltas en la manta—. Si seré imbécil, cómo se puede ser tan imbécil...

—¿Pero qué pasa, qué buscas? —le dije.

*A las barricadas, a los parapetos
por el triunfo de la Confederación...*

—Foto, foto, foto —repetía él, atrapando la cámara, mientras todos a nuestro alrededor se levantaban y avanzaban en dirección al escenario—. Venga, Jan —dijo—, haz algo útil, aúpame.

Jan, riendo, se agachó y Oskar trepó a sus hombros, disparando como un poseído. Aún tuvo tiempo de girarse, sin dejar de disparar, y decirme:

—Tú no te muevas, que aquí va a haber follón.

—Y un cuerno —dije yo, y fui tras ellos.

No pude ver nada, así que mis recuerdos son los de las tres fotos.

En la primera, la Malibrán está desnuda, juntando las manos sobre la cabeza en el saludo anarquista.

—No las publicarán —decía Jan—. Ya verás como no.

Las publicaron. Todas. Entonces todavía se podía.

A la Malibrán no le gustaba nada la primera foto.

—Fíjate —decía—, casi no se me ve el pito.

Retumbó un abucheo salvaje.

—¿Qué pasa? —pregunté—, ¿qué está pasando ahí arriba?

—Lo que oyes —dijo Jan—. Abuchean.

—¿A la Malibrán?

—A la poli.

En la segunda foto, más borrosa, aparecen los policías en el escenario. Ella todavía no se ha dado cuenta.

—Ni me enteré —decía—. ¿Queréis creer que ni me enteré? Estaba en éxtasis. Helada, pero en éxtasis.

El abucheo se convirtió en palmadas rítmicas y una palabra repetida.

Al principio no entendí lo que decían.

Decían: «¡Salta! ¡Salta! ¡Salta!».

La tercera foto es maravillosa.

—¿No parezco un ángel, nenas?

«Un ángel —dijo—, o el anuncio de los bañadores Jantzen.» Oskar le regaló aquella foto y ella la hizo ampliar y la colocó en la cabecera de su cama. Cubría media pared. La Malibrán parece flotar en el aire, con los brazos en cruz, lanzándose en plancha sobre los cientos de manos que van a detener su caída y atrapar su cuerpo y convertirlo en invisible, en colectivo. «Miles de manos —contaría luego una y otra vez—, que eran como una sola, una mano suave y firme y habilidosísima, la mano del mejor amante que te puedas imaginar, guapa.»

Jan hizo entonces algo realmente bonito.

Le dijo a Oskar: «Sujétate ahí. Desde ahí puedes seguir disparando».

Ahí era un pino. La rama más gruesa de un pino, justo a la altura del culo de Oskar.

—¿Pero qué dices? ¿Ahora? —dijo Oskar.

—Solo tienes que alargar la mano. Pesas mucho, compañero.

—Menuda ayuda tengo contigo —dijo Oskar—, mientras se sentaba a horcajadas en la rama, sin problemas.

Jan se volvió hacia mí y se agachó y dijo: «Venga, sube».

Subí a sus hombros. Me levantó como a una pluma. Sentí los músculos de su nuca contra mi vientre. Sujetó mis muslos.

—Gracias, compañero —dije.

La Malibrán ya no estaba allí. Vista y no vista. Los guardias, desconcertados, iban de un lado a otro del escenario, con cara de policías de película cómica.

Volvieron a sonar las palmadas. La gente coreaba ahora:

«¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!».

Podía haber pasado algo terrible. Algo trágico.

—Se va a liar. Se va a liar —decía Oskar.

No pasó nada. Entonces todavía no pasaba nada.

El pianista de la Banda Internacional Galáctica miró a los policías. Miró a la gente que gritaba. Sonrió. Colocó las manos sobre el teclado. Y en un raptó de grandísima inspiración, arrancó a tocar *Roll Over Beethoven* como

un personaje de dibujos animados, un ciempiés con levita, el Sombrero Loco.

Como por un conjuro, las palmadas cambiaron de ritmo y de sentido.

Los polis se miraron y se fueron.

Nosotros también. La fiesta había terminado.

—Vámonos —dijo Jan, bajándome—. Aquí ya no va a pasar nada mejor.

—Esparciremos las cenizas en la mañana —dijo Oskar.

47. Regreso a La Pagoda

La voz de la radio dijo que iba a ser el día más caluroso del verano.

—Este café es horrible —dijo Jan.

—Y este tipo es un imbécil —dijo Oskar.

Un bar impersonal, con barra metálica y taburetes incómodos y paredes salpicadas de fotos deportivas. Un bar pequeño de pueblo pequeño. No recuerdo el nombre. Un pueblo con demasiadas casas nuevas, vulgares y sin la menor gracia. Paramos allí a desayunar porque corríamos el peligro de quedarnos dormidos pedaleando. Acababan de abrir, y olía a lejía y, realmente, a café malo, requemado, remolido, recolado. En la radio hablaban y hablaban a gritos. Cuando callaban, la emisora supuraba una música babosa o ratonera, en alternancia. Música ajena, de adultos. Y, sí, el hombre nos había lanzado una mirada de infinito fastidio, de extrema reprobación, como si fuéramos Bonny, Clyde y Baby Face Nelson, repostando entre dos atracos, y golpeó los platos del café contra la mesa, uno tras otro. El café derramado comenzaba a empapar las bolsitas de azúcar, como una infección.

Sobre la barra había un ejemplar de *La Tarde*, es decir, del día anterior. Muy simbólico: como si nuestro día no hubiera sucedido. En portada, una caricatura de Modor. Una tortuga con gafas y rostro de inmensa tristeza. No se le veían los ojos.

—Bienvenidos a Moira —dije.

El hombre no me oyó. Fue hasta el final de la barra y apartó de un manotazo una persiana de tiras de plástico, probablemente pringosas. Si hubiera sido una mosca se hubiera quedado pegado. Allí continuó haciendo ruido, apilando platos, sacando vasos y tazas, abriendo y cerrando cajones.

—No nos merecemos esto —dijo Oskar, y tenía toda la razón.

No en aquel momento, no después de aquella noche.

—Vámonos —dijo Jan, levantándose—. Tengo un plan mejor. Para empezar, no pagamos. Ni un rupek. Que le den por el culo.

—Amén a eso —dijo Oskar.

Salimos a la carrera, pero con una gran dignidad. Cogimos las bicicletas, dimos la vuelta a la plaza y nos sentamos junto a una fuente que parecía de otro pueblo, de otra dimensión.

—Vamos a ver. ¿Cómo andamos de dinero? —preguntó Jan.

—Peor que de rodillas —dije.

Hicimos balance y arqueo. Jan expuso su plan. Estuvimos a punto de aplaudir. Un desayuno como Dios manda, dijo. Truchas frescas, vino. Un desayuno de señores. Juntamos lo que teníamos en un pañuelo. Oskar hizo el cálculo.

—Cincuenta kilómetros, ciento veinte rupeks, más lo que le pagaremos a Ilona...

—De sobras —dijo Jan.

Nos dijeron que el único taxi estaba en un garaje, al otro extremo del pueblo. Un Stromberg, maravillosamente viejo, amplísimo, como un salón rodante.

—Su carruaje, señora —dijo Jan, abriéndome la puerta.

El taxista, que también parecía de otro pueblo y de otra época, sonrió, y nos ayudó a cargar las bicis en la baca. El sol asomaba la nariz tras las colinas, y yo recostaba la cabeza en el hombro de Oskar o en el hombro de Jan, y parecía que no habían pasado ni cinco minutos cuando Oskar me dijo «Mira», y abrí los ojos y vi el destello de la cúpula dorada entre los álamos.

—¡Pero qué sorpresa! —dice Ilona, secándose las manos en el delantal—. ¿Qué horas son estas?

Unas gallinas picotean a su alrededor. Deben de ser las nueve o las diez de la mañana, pero el sol quema como si fuera mediodía y ya estamos empapados, boqueantes.

—Si queréis bañaros estaréis tranquilos. La gente no empieza a llegar hasta la una —dice.

Un sendero estrecho bajaba hasta la ribera. Un olor denso y ácido a helechos y juncos. Las piedras planas, desiguales, se movían bajo nuestros pies descalzos, hundiéndose un poco en la tierra húmeda, la hierba empapada. Abajo, el río se remansaba entre mimbrales. Las ramas de un saúco, vencidas

de bayas, se hundían en el agua. Nos desnudamos al mismo tiempo. Oskar comienza a cantar *A las barricadas* mientras se quita la camisa, contoneándose. Entrecierro los ojos. La luz del sol, en un solo haz, como un foco teatral, atraviesa los álamos como la vidriera de una catedral y aureola el cabello rubio de Oskar y hace brillar los hombros de Jan, fuertes, redondos, y culebrea en el agua. Resbalo en las piedras del fondo, casi mullidas de verdín, y mi pecho encuentra el pecho de Jan. Un baño rápido, porque el río está helado. Nos sacudimos el agua como perros. Nos tendemos luego sobre las rocas de la orilla, allí donde el haz de sol se ensancha. Dos libélulas trenzan y destrenzan sus vuelos. Una brisa repentina mueve las copas de los álamos. Los troncos giran sobre sí mismos en círculos lentos. Llega hasta nosotros el olor de las truchas recién asadas y la voz de Ilona.

Después de las truchas y el vino cayó sobre nosotros todo el sueño del universo. Como si no hubiéramos dormido en días o semanas. Estábamos sudando de nuevo. Yo crucé los brazos sobre la mesa y reposé la cabeza, rodeada de moscas blancas, muy pequeñas. Oskar e Ilona hablaban de París.

—Pero dime una cosa, ¿dónde se está mejor? ¿En París o aquí, ahora?

—Aquí mil veces —dijo Oskar.

Yo miraba, ladeada, la madreSelva que cubría las columnas del emparrado. Las abejas se hundían en las flores perfumadas. Ilona recogió los platos. Jan fue tras ella. Oskar dijo:

—Me pregunto qué debe de estar haciendo ahora la Malibrán.

—Ah —dije—, debe de tener diez muchachitos colgando de cada brazo. Ha sido la gran estrella de la noche.

—Vamos a descansar un rato —dijo Jan.

Subimos, dóciles, una escalera que se abría tras el salón de baile. Los peldaños de madera olían a polvos de fregar. Jan me alargó una llave antigua, grande, deliciosamente fría.

—Las llaves del reino —dijo.

Era una habitación de techo alto, con vigas. El calor aún no había llegado hasta allí. Una sola cama, enorme. La persiana bajada. Me desnudo sin dejar de caminar, como en el río. Me arranco la camiseta, el pantalón.

Oskar y Jan hacen lo mismo. No hablamos. En el suelo queda nuestra ropa, sobre las losas rojas, fresquísimas.

Un gran silencio, atravesado por pájaros que parecen muy lejanos.

Caigo en la cama, con los ojos abiertos. Oskar se tiende a mi lado y comienza a besarme el cuello. Jan hunde la cabeza entre mis piernas.

48. El dragón

Lo hicimos varias veces en el parque Beyer, yo sentada sobre Jan, al principio clavándome en él muy lentamente, dejándome resbalar, todavía con miedo o algo de vergüenza, mirando hacia los lados o dándome pequeños y ridículos tironcitos en la falda, tendidos luego tras las hamacas de lona apiladas entre los sauces, mi espalda contra el quiosco de música, como una casa abandonada en la sombra, nunca tras la cabaña del jardinero, donde lo había hecho una vez con Oskar. Había otras parejas, más lejos, en el bosque que bajaba en suave pendiente hasta el río, inmóviles como en un cuadro de Seurat, emporradas hasta las cejas, y grupos tocando guitarras, y una oscuridad perfumada y amable.

Una bestia feroz y dichosa emergió una de aquellas noches tras el seto elegantísimo, perfectamente recortado, que bordeaba la avenida de los cipreses, rasgando el marco del cuadro. Un dragón de doble voz y doble risa, aguardentosa y chillona, cuerpo jorobado y sudoroso y gateante, con cuatro brazos y cuatro piernas como un garabato, y el garabato rugía y jadeaba y se estremecía en lo que parecían sacudidas eléctricas, mitad espasmo mitad carcajada. Levantamos nuestras cabezas y reconocimos aquella risa, la mascota repentina de aquellas noches y aquel tiempo, una criatura casi mitológica aureolada por nubes de marihuana, pantalones bajados, torso desnudo y lechoso, camiseta a rayas, una botella medio vacía junto a la cola, derramándose: Cocó y Malibrán, ajenos a todo y a todos, bebiendo y riendo y follando como si se fuera a acabar el mundo.

Al final de aquel verano, como si siguiéramos la consigna muda del dragón borracho, nos lanzamos a follar con una avidez nueva, rara, febril, en cualquier lado, solos los dos y yo sin culpa, quizás porque Oskar se había ido unos días a ver a Mado, quizás porque la llamada a filas de Jan estaba cada vez más cerca, quizás por la ola de calor, lo que sea.

Unas bragas negras, arrolladas en mi tobillo como una pulsera, se deslizaron hasta el empeine, saltaron, quedaron olvidadas o abandonadas en

la hierba del parque Beyer cuando el dragón rugió por vez primera. Dos o tres noches más tarde me las quité justo antes de salir, en el último momento, mordiéndome los labios de excitación anticipada, anhelando el momento en que Jan, su mano o su pierna, descubriría la tarántula desnuda bajo la falda, y yo miraría, sonriente, sus ojos sorprendidos. Así caminaría por las calles rumbo a cada nueva cita, y solo él y yo lo sabríamos, ese sería el juego, y también era aquella una felicidad nueva, secreta, tumultuosa: nunca antes había hecho algo así.

La falda blanca, la falda de lunares negros, la falda rosa con una franja dorada, la falda de rayón verde, tan vaporosa y tan *hippie*, que me llegaba hasta los tobillos, los tejanos recortados casi al comienzo de los muslos, el vestido azul claro que tan bien me quedaba y tan peligrosamente se me pegaba al culo, y nunca nada debajo aquel final de verano, aquella eternidad, solo aire y carne libre y deseo, porque así le gustaba a Jan, porque así lo quería yo.

Jan llamaba, yo iba. Nos abalanzábamos uno en brazos del otro, comiéndonos con bocas y manos y buscando ya con los ojos, a nuestras espaldas, un lugar propicio. Follábamos de pie hasta que nos temblaban las piernas, follábamos cuando no nos daba tiempo de llegar a la buhardilla, en portales oscuros, en los lavabos del Slepoy, en cualquier parque, el primero que se cruzaba en nuestro camino, o entre los pilares tan parisinos del puente Bratunac o el puente de San Daniel, y hasta una vez sobre su mesa de la escuela de Unseld, tras la ultimísima clase, nunca en hoteles, y luego cenábamos, siempre muchísimo, a bocados, y subíamos a la buhardilla del pasaje Legolas, y volvíamos a hacerlo una y otra vez, y luego caíamos rendidos en aquel silencio que jamás volvió.

Aquí parece que los engranajes del proyector se hayan encallado porque la velocidad cambia y la película parece avanzar a cámara lenta, los gestos muy lentos, las bocas lentas, lentas las manos bajo la falda o hacia la polla, pero no es una extraña avería: así era, nos abalanzábamos despacio, era Jan quien marcaba siempre el ritmo, nos moríamos de ganas de entrar el uno en el otro pero él nunca se apresuraba, y cada vez era como la primera, como si nos

estuviéramos descubriendo, aquella tarde de lluvia en el pasaje Legolas, avanzando sin mapa en el territorio desconocido, temerosos y deseando que aquel temblor de anticipación no se acabara nunca.

Otoño. Tardes con Oskar, noches con Jan. Nunca le escondía mis citas con Jan. Ese era el pacto: contárnoslo todo. Decía: «Esta noche veré a Jan». Él decía: «Pero ahora estás conmigo». De cuando en cuando le preguntaba: «¿Y qué hace tu amiga francesa?». Yo nunca decía su nombre. No decía Mado, decía «tu amiga francesa». Oskar siempre acababa de escribirle o estaba a punto. Luego dejamos de hablar de todo eso, de las citas y de la amiga francesa, porque sonaba falso, como una obligación.

Apenas recuerdo conversaciones con Jan, no en aquellos días. Con Oskar podía hablar durante horas, con Jan intercambiábamos las palabras justas, pero aquellos silencios nunca pesaban, nunca caían. Era yo quien hablaba, la que preguntaba, la que quería saber datos, historias, pasado, futuro, la que señalaba un árbol, un bar, los carteles de un cine, los reflejos en el río, la que hacía planes que poco a poco fueron dejando de tener sentido, porque con Jan era imposible hacer planes. Nunca hablaba de su trabajo en la fábrica, nunca de compañeros, jefes, vida cotidiana, noticias, política, vaguedades, nunca tampoco de su incorporación a filas tan jodidamente próxima.

Acabábamos de hacerlo y quedábamos callados, en un café, bajo el cielo abierto de todos aquellos parques, bajo la bóveda agrietada y lluviosa de la buhardilla, y no hacía falta hablar, poner música. No queríamos salir nunca del estado de cada momento, y cuando el momento caía al suelo, devorado, consumido, saltábamos a otro que era nuevo y distinto, y el salto llegaba de improviso y era tan elástico como su silencio, como esos leopardos que saltan sin que parezca que van a saltar, que parecen no tomar impulso, no pensarlo, el impulso y el salto unidos en un mismo movimiento. Quizás esa fue la película de su vida: una serie de saltos que eran uno solo como una suma de fotogramas, un camino de piedras relucientes en un río, todas parecidas y

todas únicas. El problema fue que yo quise ser la piedra principal, la más reluciente, el centro del río.

49. El bosque

Puedo fechar cuándo empezó la crisis o, al menos, sus primeros indicios.

A mediados de septiembre, yo había vuelto a la Academia para preparar la que sería mi primera actuación pública, la presentación en sociedad de la coral Budenmayer, así bautizada porque estrenaríamos la cantata *Verso il cielo*, de su *Concierto en mi menor*, arreglada por Bendych para nosotros. Durante los ensayos pasé por todas las fases que me había anunciado Veronika, una tras otra, aunque no en el orden previsto. Sus palabras fueron la más perfecta descripción de aquellas tantas tardes y no pocas noches.

«Al principio —me había dicho—, no te oirás, y creerás que no tienes suficiente voz, y querrás abandonar. Eso dura pocos días. Después tendrás la sensación de que solo te escuchas a ti, con todos tus defectos, y no al grupo, lo que todavía es más molesto. Más tarde quizás oigas sus voces amplificadas, y durante unos días estarás convencida de que tienes algún defecto en el oído, y echarás mano de gotas y bastoncitos de algodón: no hace falta. Hasta que un día, cuando menos lo esperes, entrarás en lo que yo llamo el estado de flujo. Subiréis juntos, como si estuvierais en un ascensor que os lleva a las nubes. No te rías, no te hagas la escéptica, porque no lo eres. Ya conoces un poco eso, el pequeño vértigo en la boca del estómago, el escalofrío recorriéndote la espina dorsal, pero nunca has subido en grupo, con todos los vértigos empujando hacia arriba, los escalofríos atados como una corriente eléctrica. Y cuando bajes, tendrás ganas de llorar, aunque no lo creas, porque aún flotará en el aire, como partículas en suspensión, el hermoso sonido que habréis hecho vibrar entre todos, y al mismo tiempo se habrá acabado para siempre, es decir, hasta la siguiente vez.»

Debutamos una noche de finales de octubre o principios de noviembre. Llovía mucho, la sala olía a paraguas empapados, podíamos escuchar la lluvia en las pausas, repiqueteando sobre los tejados de la Academia,

siseando mansa en el césped, desbordando el estanque. En la primera parte cantamos las piezas de Mozart y Rossini que habíamos ensayado antes del verano, y la *Canción de Corpus Christi* de Benjamin Britten y, deferencia hacia Veronika, *God Only Knows*. Salió bastante bien y hubo muchos aplausos, para mi gusto un poco excesivos. Abrimos la segunda parte con el *Benedictus* y el *Kyrie* de la misa de Palestrina. El estado de flujo desplegó sus alas, muy adecuadamente, con *Verso il cielo*. Subimos juntos de la planta baja al piso veintisiete sin apenas darnos cuenta, y seguimos unidos en lo alto, las voces como hebras entrelazadas de una alfombra mágica, y cuando llegó el momento del solo, mi gran momento, la parte de Beatriz, caminé dos pasos hacia el gran vacío bullente. «No te preocupes por el público —me había dicho Veronika—, no les verás, estarán ocultos por los focos, solo me verás a mí.» Solo vi a Veronika, sonriente, alzando la mano derecha.

Abrí la boca como si quisiera devorar un puño.

*O voi che siete in piccioletta barca
desiderosi d'ascoltar, seguiti
dietro al mio legno che cantando varca...*

Las once voces continuaban allí, a mi espalda, alrededor, un hálito conjunto que sostenía la alfombra en el aire. No me preocupaba el público, no les veía, pero vi o creí ver en el cercano rostro de Veronika, dirigiendo tras su atril, algo parecido al espanto. Levanté la frente para no mirarla, canté con los ojos cerrados mientras el sudor perforaba mi cara y resbalaba por mi cuello. Sentía el apoyo de los once pero estaba sola, sola y equivocada, y así seguí cantando como quien corre lenta en sueños, perdida en un bosque del que no divisaba el final, hasta que el final llegó como un claro.

*... fecemi la divina podestate
la somma sapienza e'l primo amore...*

Al lanzar la última nota arreció el silencio como una puerta abierta al viento de la noche. Un silencio que me pareció inacabable, deshabitado. Había olvidado la enseñanza de *Dicitancello vuie*, mi lección de espejo, su

eco en el rostro y los ojos de Bendych. Aquel nuevo silencio era una forma de eco, pero yo no lo percibí así. ¿Cómo hacerlo, si nunca había sentido nada igual? El silencio siguió (¿dos, tres, cuatro segundos?) y yo no podía ni tragar saliva. Pensé: «no he llegado, no he llegado», y, de repente, desde el fondo del silencio subió el aplauso, una ola gigante que también parecía no acabarse nunca, un aplauso de telón rojo y franjas doradas como solo había oído de pequeña, tan lejos, en el Metropol, en la sala Masaryk, en el Gran Hofzinsler.

«No era espanto —me dijo luego Veronika, abrazándome, riendo, besándome — cómo podías pensar que era eso, tonta, tontísima, tienes que aprender de una vez a leer las caras y los silencios», y Oskar tomándome de las manos, «Ha sido como si se me hubiera parado el reloj, increíble, increíble», besándome, y mi padre con los ojos húmedos, y tía Olga vestida de gran gala por dentro y por fuera como si hubiera ido a ver a Dobosh, y Vera con una sonrisa tan joven, tan de descenso en trineo, y Jan haciendo el signo de la victoria, y Stefan a su lado, abrazando a Veronika, abrazándome, todo el mundo se abrazaba aquella noche, padres, amigos, alumnos y exalumnos, vecinos, parientes, como si hubiera acabado una guerra, nadie quería irse de la sala, y Stefan decía: «Tenéis que venir a cantar a la parroquia en Navidad», y también apareció aquella noche un tal Duvel o Duveltz, un gordo con peluca y traje Príncipe de Gales hablando de actuaciones futuras, una *tournee*, decía, por las Casas de Cultura, los fines de semana, Timoka, Herford, Porlock, Cantelecor, Svalbard. Y sin embargo, y sin embargo, y sin embargo... ¿Por qué aquella sensación de impostura, por qué mi voz — espléndida técnica, dijo Duvel o Duveltz— no había resonado en mí como cuando canté en la calle *Il cielo en una stanza* para todos y para nadie, por qué perduraba aquel abrirse paso a manotazos en la maraña del bosque y no aquella voz de sol en domingo, entrando lento y jubiloso en las habitaciones de la casa de Luzhin?

«Eres la reina de la noche», había dicho mi padre. Pero no he sido la reina del bosque, pero no he sido la reina del bosque, estuve a punto de decirle.

Al salir afuera se habían descorrido las nubes y colgaba en el cielo una luna fría, como de loza.

50. Nuestra Señora de Unseld

Por aquellos días empezamos a ir al Fussli, un café antiquísimo, con techo artesonado y chimenea al fondo, siempre apagada, divanes de felpa roja, grandes espejos de marco dorado, y una escalera metálica de caracol que llevaba a un altillo donde había un piano que nadie tocó nunca.

El Café Fussli estaba a medio camino entre Jan y Oskar, por así decirlo: en el bulevar Ackermann, a la altura de la avenida Kornblum, junto a la redacción de *La Jornada* y muy cerca de la plaza del Congreso y del pasaje Legolas.

Los camareros eran antipáticos y lentos, pero nos gustaba porque era enorme, destartado y tranquilo, y su clientela muy variada: periodistas, vendedores del mercado de San Daniel, viajeros que iban o venían de la estación central, y jóvenes que, como nosotros, creían haberlo descubierto.

Estamos en el Fussli, tú, Stefan, y yo. Stefan no quiere que le llame padre: Stefan a secas. Recuerda todo de mí. Esa es la primera característica que me deslumbra, me inquieta casi: memoria fotográfica. ¿Diez minutos, quince minutos había durado nuestro primer encuentro? Lo recordaba todo.

—Un bar con terraza —dice— en la esquina de Meysenburg y Wilca, frente al parque Belinsky, la primavera pasada.

—Sí, sí, cierto —respondo.

—Leías *La Jornada*, tomabas café, estabas muy guapa, como ahora.

—Gracias —digo—, tú tampoco estás nada mal.

Se echa a reír. Tú también ríes, orgulloso de las habilidades de tu amigo.

—¿Qué más? —pregunto.

—¿Qué más? Bueno. A ver... llevabas... una camiseta rosa. Unos vaqueros. ¿Una cazadora?

—Impresionante. Equivocaste el camino, tendrías que haber sido poli.

—Y entonces eras actriz —remata—. No sé qué tal actriz serías, pero yo diría que hemos ganado con el cambio.

—¿Y tú? ¿Ganaste con el cambio?

—¿Qué cambio?

—De Cyrus-Wieck a Páter.

—Ah, caramba. También estás bien informada. No sé. No sé si ha sido buen negocio, pasar de nada a todo.

—¿Cómo se come eso?

—De nada que hacer a todo por hacer. Eso es la revolución —dijo Stefan—: todo lo que está por hacer.

Hablaba de la revolución sin perder nunca la sonrisa, aquella sonrisa entre pícara y dulcísima. Fue la primera vez que oí a un cura hablar de la revolución.

Stefan había abandonado la selecta parroquia de la virgen de Krasin, en General Vilmos, después de celebrar, decía, ochocientos veintidós bodas, setecientos cincuenta bautizos, novecientos diez entierros.

—Era como trabajar en una fábrica —decía—. Horas y horas escuchando confesiones ridículas de viejas beatas, de señoras bien, que si me he enfadado con mi hija, que si he criticado al vecino. ¡Ni un solo pecado de verdad, de altura! —reía—. Y las bodas en hilera cada domingo, y las comuniones de mayo, y cobrar por tocar el órgano, y por la alfombra roja, y aguantar a los monaguillos, pobrecitos, de las mejores familias, como la mía. Suficiente para que cualquiera perdiese la fe. Sobre todo yo. Me escapé antes de que pasara. Y ahora, ya ves, me voy otra vez. A Ciudad Oculta, en Navidad, lo quiera o no el señor obispo. Ah, lo de la otra noche iba en serio. Me gustaría mucho que vinierais a cantar a Unseld. Como despedida. En Oculta sí está todo por hacer. Urgentemente. No hay agua, no hay luz. Falta auxilio médico, techos nuevos en las chabolas, caminos decentes. Enseñarles todo. A leer y escribir, lo primero, para que no tengan que firmar nunca más con el dedo, para que no sigan engañándoles. En comparación, Unseld es una urbanización de lujo.

—Te vamos a echar mucho de menos —dijiste.

Luego, los dos empezasteis a hablar de clases y horarios, de gente a la que no conocía. Planes por cerrar, asuntos por solucionar. Yo miraba vuestras caras entusiasmadas, la taza, la lluvia.

Una tarde de viernes, nublada, vacía, voy a Unseld porque de repente quiero verte. Una visita sorpresa. Oskar está de guardia en el diario. Saldrá, dice por teléfono, a quién sabe qué hora. Tus clases acaban a las siete y media, recuerdo, pero hay un embotellamiento descomunal en el puente de San Nicanor, que convierte la rotonda del general Seipel en un sumidero atascado. La Perspectiva Bevan no está mucho mejor, con todos los coches saliendo de fin de semana, pese al cielo cubierto y el anuncio de grandes lluvias. Después hay que caminar veinte minutos desde la última parada del 46, entre desmontes y torres eléctricas y el verde ceniza de los campos de alfalfa. Un puente elevado, de hierro, una pasarela más bien, cruza las vías.

Llego a Unseld pasadas las ocho, maldiciendo el tráfico. Así que este es uno de tus países secretos. Ya es de noche, noche cerrada. Un poste de luz cada cincuenta metros. Poca gente en las calles, sin asfaltar, de tierra rojiza.

Una cuadrícula de casas bajas, idénticas, en hileras. Un Varenka horizontal, un Varenka de antes de la guerra, o de la inmediata posguerra. Casas baratas, construidas en serie para los obreros de una fábrica que quebró o que ni siquiera llegó a levantarse. Paredes encaladas, paredes de argamasa pintadas de amarillo pálido, paredes que sus dueños han querido alegrar echando rosa o azul o verde estridente en la mezcla, y que bajo la luz famélica del casi invierno en descampado adquiere tonalidades desleídas, como de acuarela abandonada. No hay niños arracimados y semidesnudos, rebuscando en montañas de basura. Hay pequeños huertos protegidos con plásticos, y niños que juegan con perros bajo los halos de luz débil, como si buscaran el calor improbable de esas bombillas demasiado altas, o simplemente están juntos, alargando el momento que les separa de la voz de su madre llamando a cenar.

No todo es triste aquí. Tía Olga siempre dice que hay que escarbar debajo de la tristeza, que muchas veces la tristeza no es más que un decorado, un lugar común, un dejarse ir. No son tristes esos niños ni esos perros tranquilos, ni el gallo lejano que canta en la sombra. Hay que fijarse también en las plantas que adornan algunas ventanas, plantas de un verdor humilde y resistente, acostumbradas a soportar los embates del viento y las heladas, matas de helechos, madreselvas sin flor, alguna parra sin rumbo. Es triste la tarde, y ese silencio húmedo del suburbio en invierno, y el blanco humo de

leña que se confunde con la panza baja del cielo, y la creciente convicción de que ya no estás aquí, de que nuestros tranvías se han cruzado en el puente, de que podíamos habernos visto de haber mirado por el lado preciso.

En alguna ventana, tamizada por visillos, se recorta la luz gris y casi amable de un pequeño televisor, tan distinta a la claridad chirriante de los fluorescentes en la clase vacía. Un hombre que barre, con los hombros salpicados de polvo de tiza, me dice que quizás estés en la iglesia, en misa de ocho. Me cuesta imaginarte en misa.

La iglesia es un edificio alargado, con portón metálico y ventanas muy altas y estrechas, como troneras, y techo de uralita. Si no fuera por la pequeña cruz de hierro que hay en lo alto, se diría que es un almacén, o un garaje. Entreabro el portón. La iglesia está llena y están todos en pie, como si esperasen la tanda de un hospital, el visado para la tierra prometida. Me hacen un hueco en la última fila. Bancos de escuela, dispares, de escuelas diversas, oscuros y claros, con tajos de llavín o cortaplumas, nombres grabados, raspados, cubiertos de mugre. Stefan no lleva sotana: un jersey grueso, de cuello alto, y sobre los hombros, esas tiras doradas o violetas que suelen llevar los curas.

Mi padre se moriría de risa si me viera aquí.

—... y Jesús habló en la sinagoga de Nazaret: el espíritu del Señor está en mí, porque él me ha consagrado con la unción. Él me envió a llevar la buena nueva a los pobres, a anunciar la vista a los ciegos, y a los cautivos, la liberación...

Gente con abrigos pasados de moda, cazadoras de falso cuero, gorras en las manos. Hay estufas insuficientes en las esquinas, flota un olor antiguo a petróleo y madera quemada. También las palabras de Stefan me parecen pasadas de moda, embarazosamente antiguas y solemnes.

—Agradecemos el tiempo que nos ha sido concedido. Dijo el profeta Isaías: «Porque tuvieron el doble de vergüenza y recibieron oprobio y confusión, así recibirán el doble también sobre la tierra y gozarán de eterna alegría».

No hay crucificados ni santos ni ángeles. Una virgen con un manto azul y una corona de estrellas, al fondo. No distingo su rostro. El altar es mínimo: una laja de piedra sobre dos pilastras de cemento sin revestir, una copa

dorada, una cesta de pan. Tampoco hay púlpito. A la izquierda, un pequeño piano vertical que parece haber sobrevivido a varios naufragios.

—Palabra del Eclesiastés, palabra del Señor: «El pan de los pobres es su vida. Aquel que les prive de él es un asesino». La revolución que necesitamos es la única capaz de dar de comer a los hambrientos, de dar casas a los que no tienen techo, salud a los que están enfermos, dignidad a los despojados. La única capaz de liberar a los explotados, de incorporar a los marginados...

Te busco y no te encuentro. Quizás en las primeras filas, pero no me atrevo a moverme, no quiero que Stefan, más padre que nunca, me vea. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? Ya tendría que haberme ido.

—... de hacer felices a los que lloran, de dar la tierra a los mansos, de recrear la fe en la vida y en los hombres, de realizar el mandamiento fraternal por la solidaridad entre los pueblos. Esta revolución es la única manera de rescatar para la humanidad la esperanza y el amor. Ya estamos en camino. Cantad conmigo. Salmo 27.

Stefan se sienta al piano. Acerca mucho la cabeza al teclado, como si buscara las notas una por una. Aprovecho para rastrear las primeras filas. No, no estás, definitivamente, pero sigo girando el cuello como una idiota, convencida de que tu voz está aquí, muy cerca, enhebrada en la alfombra barata. Estoy loca por ti. Ha empezado la fase de las alucinaciones. Te veo en mitad del día, de espaldas, en la biblioteca, al doblar una esquina, tras los vidrios empañados de un café.

Te oigo ahora a mi lado, a su lado, cantando palabras antiguas:

¿Habrás estrellas en mi corona cuando caiga la tarde,
cuando despierte en la mansión del eterno reposo?
¿Habrás estrellas en mi corona cuando el sol se ponga?

Un coro de voces torpes y humildes que entran a destiempo, desafinadas, roncadas por el tabaco negro y los resfriados eternos, sin la menor técnica. De algún lado, de alguna fuente secreta debe brotar entonces esa extraña fuerza, ese anhelo seco que repite una y otra vez la misma pregunta, como una gota insistente.

¿Habrás alguna estrella, alguna estrella en mi corona?

Abro la boca, por inercia, pero vuelvo a cerrarla.

Soy incapaz de cantar. De cantar con ellos y contigo.

Doy media vuelta, me escurro, mi cuerpo apenas pasa por el portón que abro unos centímetros, muy despacio, sin hacer ruido. Salgo casi corriendo a la noche de Unseld con la maldita canción pegada como un chicle en mi cabeza, tu voz ausente y presentísima cantando el que sería el himno de tu vida, de todas aquellas vidas anónimas a las que te sumaste.

51. El álbum de cromos

Stefan llevó a Oskar a Ciudad Oculta. Tras el éxito de las fotos de Niort, Oskar tenía cada vez más encargos. Estaba muy excitado con el nuevo reportaje, como un explorador ante un territorio del que no se conocen mapas, solo datos dispersos y demasiadas leyendas. «Quince mil personas viven ahora allí», dijo. Tantas como en Niort, aunque era una cifra forzosamente aproximativa, porque la mayoría no tenía papeles. La policía no se atreve a asomar el pico. Y si aparece, les reciben con palos y piedras. Resuelven sus diferencias al margen de la ley. Ajustes de cuentas a navajazos, a tiro limpio. «Y dicen que escapan por túneles —dijo Liliana—, una red de túneles como una enorme conejera, o una casbah, pero eso parece más bien una fantasía.» Lo cierto es que era imposible entrar allí sin un guía, y aquel guía fue Stefan. Stefan les llevó, a él y a Liliana. Liliana Dobosh. «¿Eres hija del actor?», pregunté, con ojos casi iluminados. «¿Qué actor?», dijo ella. «Emil Dobosh. *Rey Lear*. Metropol.» Nada. No le sonaba. «Muy buena —había dicho Oskar—, especializada en reportajes que no quiere hacer nadie.» No me cayó bien al principio, pero sí era buena, había que reconocerlo, y valiente. Jamás pensé que acabaríamos siendo amigas.

Aquel fue su primer trabajo juntos. Oskar firmó las fotos con otro nombre: no quería que sus padres se enterasen de que había ido a Ciudad Oculta. Volvió escandalizado: miseria, miseria y más miseria. Yo les pinchaba, a él y a Liliana: «¿Y Modor? ¿Qué hace Modor?».

«Di más bien qué hacemos nosotros», dijo Liliana. Las fotos mostraban un hormiguero de callejuelas sin salida y chabolas infinitas, el doble o el triple de lo que yo había visto aquella tarde desde el tren, volviendo de Luzhin. Sobre las chabolas y los rostros que esquivaban la cámara se extendía una telaraña de cables como un cielo bajo, un cielo de tormenta. «Para compartir la electricidad —dijo Oskar—. El día menos pensado se hundirá sobre sus cabezas. El día menos pensado, todo eso estallará.» Poco después de aquella visita guiada, Oskar se afilió a las Juventudes Modoristas.

Liliana ya militaba entonces en Juventudes. Las bases, como decía ella. Lideradas por Saul Hecker. Hecker era entonces el futuro, el delfín de Modor, la joven esperanza del Frente. Un Frente, sin embargo, decía, demasiado lleno de grupos y grupúsculos. Liliana era pequeña, pelirroja, de cabello rizado. Muy informada. Muy conectada, decía Oskar. Con opiniones bien fundadas, contundentes, a primera vista irrefutables. Muy activa, sobre todo. En sus manos siempre había un cigarrillo, una taza de café, libros, libretas, una grabadora, un bolígrafo, dedos nunca quietos, siempre enumerando puntos a considerar.

—Tanto partido resta más que suma. El Frente integra ahora —alzó el pulgar— a la Alianza Republicana de Nele Kastelboim, bien, es un grupo fuerte, y Nele es fiel a Modor. Dos, el Partido Socialista Democrático de Ivan Lisak.

—Que ya sabemos de dónde viene —dijo Oskar.

—Pero no adónde puede ir —respondió ella—. Lisak es una incógnita. Tres, la Línea de Izquierda Mayoritaria de Lazar Smolianski. Un fantoche reformista —los dos estaban de acuerdo en eso—. Cuatro, Palabra Obrera. Los más radicales, aunque Fedak Avompla sí es de fiar. Maximalista, pero honrado.

—Sin olvidar —añado ahora—, el sindicato modorista, las Plataformas de Unidad de Dusan Skazall.

El sindicato era muy poderoso entonces, y lo demostró en las huelgas de Damia y en lo que vino después. Si hubiera echado aquel naípe entonces, aquella tarde, sobre la mesa del Café Fussli, los dos se hubieran quedado boquiabiertos ante mis conocimientos políticos. Pero yo bien poco sabía de Skazall. Un nombre más. Kastelboim, Lisak, Smolianski, Avompla, Skazall. Una buena delantera para un juego errático que demasiadas veces perdía de vista la portería contraria.

¿Y nuestra derecha? ¿Dará alguna sorpresa? El gran partido de la derecha, el heredero del ideario del mariscal, era entonces la Unión Cívica Nacionalista de Osva Stubrin, un caballo viejo, plateado, pomposo, que imitaba en todo al mariscal: porte, frases, ademanes. No había que confundir,

eso nunca, la Unión Cívica con el Movimiento Socialcristiano de Radovan Lupick, una escisión del anterior. Con más base popular, eso sí. En el centro, sin saber por dónde le daba el aire, la Alianza Federalista Popular de Emir Charell. «Pobre Emir Charell», dijo Liliana. Oskar se echó a reír. Pobre, pobre Charell.

Viejos partidos en viejos recortes de periódicos. Todos aquellos nombres que parecían tan importantes, decisivos, y que ahora apenas dicen nada a nadie, como los grupos de rock de Niort. Viejas alineaciones deportivas, estatuas romanas de cónsules olvidados, facciones del ejército cartaginés. Viejos cromos entonces refulgentes, intercambiados con pasión en las mesas del Café Fussli, también demolido. Y, casi se nos olvida, el Partido del Progreso de Joachim Sokel-Brod. «¿Pero tú crees, realmente, que Sokel-Brod arañará algún voto?», dijo Oskar.

52. Sokel y Drazen

Sokel-Brod empezaba a ser el alma de nuestras comidas dominicales, de algunos regresos de madrugada. Estaba bien aquello: era mejor tema de conversación que *Encrucijada*. Mi padre llamaba a la puerta de mi cuarto, agitando el periódico: «¿Has visto? ¿Has visto lo que ha dicho hoy ese cretino? ¡Hace falta ser imbécil!». Me encantaba verle así, tan enfurecido, y luego rompiéndose de risa, vivo, vivo de nuevo. Yo rastreaba frases para él en la biblioteca, como si fueran cromos difíciles, aunque la verdad es que no había que buscar mucho. Nuevas frases, nuevos conceptos. «Creadores de riqueza», por ejemplo. «Antes eran los empresarios, la patronal», decía mi padre. «Antes simplemente decían que querían ganar dinero. Ahora son “creadores de riqueza”, lo que hay que ver. Y lo que nos queda por ver.»

Reímos juntos hasta las lágrimas con una perla que se convertiría en una recurrencia nuestra, una muletilla para todo: «Si no tenemos éxito, corremos el riesgo de fracasar».

—Esta es enorme —dijo—, esta es que ni Groucho Marx. ¿A ver si este cabrón va a ser un genio?

Empezaron a correr los chistes de Sokel-Brod, y las imitaciones salvajes. Simon Hirsch, un cómico televisivo muy famoso en aquella época, incorporó con gran éxito a su repertorio el personaje de Pipo Sokelius, un nuevo rico metido en política que chorreaba gomina y se trabucaba al hablar, con veleidades de galán trasnochado y retórica desmesurada de orate populista.

Es cierto que Sokel-Brod tenía cada vez más poder y no menos apoyos, pero todo en él parecía excesivo, caricaturesco, mal inventado. Grandes corbatas, grandes anillos, grandes palabras, grandes gestos. En sus discursos se quitaba la chaqueta, se arremangaba la camisa y siempre decía: «¡Manos a la obra, hermanos!». Repetía una y otra vez el mismo lema, hasta gastarlo: «Haremos un país nuevo, una Moira moderna, alegre y trabajadora, del pueblo y para el pueblo».

Se le atribuían innumerables amantes y una capacidad legendaria en la cama. Sus fiestas, una fascinante apoteosis del mal gusto, aparecían en las portadas de *Verdades y Glamour*, en las páginas de hueco de *La Tarde*. Nuevos empresarios, apolillados miembros de la corte del mariscal, *vedettes* operadas y cantantes melifluos de la televisión de mi infancia: Uru Gammond, Bebe Neustadt, Fifi Archimbald, Rocky Vogelius y sus Rockers, gente que parecía llevar muerta mucho tiempo y que de repente volvía a estar allí, rehecha, con todas sus joyas y sus kilos de maquillaje y sus perfumes tóxicos y sus vestidos pasados de moda que volvían a estar, sorprendentemente, de moda.

El doctor Drazen, que se autopresentaba como asesor espiritual de Sokel-Brod, empezó a aparecer a su lado en las fotografías. Tampoco nadie fue capaz de imaginar entonces que aquel gordo de voz atiplada, siempre sudoroso y absolutamente vulgar, se convertiría, durante un tiempo, en el segundo hombre más poderoso de la República.

¿Quién era, de dónde había salido? Y, sobre todo, ¿doctor en qué?, se preguntaba Liliana. Corrían diversas historias sobre Viktor Drazen.

Para unos se trataba de un astuto embaucador, que se había hecho de oro en provincias con un consultorio de adivinación donde, entre otras lindezas, pronosticaba el futuro «leyendo» las heces fecales de su acaudalada clientela. Otros afirmaban, por el contrario, que era un verdadero brujo, con notables poderes mágicos.

Después de su escandalosa muerte aparecieron dos biografías, con datos igualmente contradictorios. Según la primera, había nacido en Trieste y quiso ser cantante lírico, carrera que abandonó muy pronto. En la segunda sitúan su nacimiento en Joschka, en el norte, donde montó una pequeña imprenta en la que editaba novelas pornográficas y, con el tiempo, sus propios folletos teosóficos. Tampoco hay coincidencia acerca del tiempo de escritura (adolescencia febril o primera madurez) de *El escudo y la lanza*.

Aquel mamotreto de ochocientas páginas, futura biblia del Culto Neopentecostal, buscaba interpretar el destino del hombre «a través de un diálogo entre el poder de los colores, la música y los astros», y proponía, a

quienes quisieran alcanzar la comprensión cabal del universo, «someterse al magisterio simultáneo de Antulio, Krishna, Buda, Jesús y Mahoma». En una de sus contadas entrevistas proclamó que su gran espiritualidad le llegó «por vía paterna». El primer biógrafo afirma que su padre, al que Drazen definía como «un respetado teólogo rural», era un demente que juntaba piedras, a las que predicaba durante horas, y que se suicidó arrojándose a un pozo. Acerca del encuentro entre Drazen y Sokel-Brod, uno asegura que se presentó en sus oficinas con un proyecto de revista, *Astrología Oculta*, y que salió de allí con el encargo de *La treceava noche*, el programa de radio que le daría a conocer, mientras el otro señala que Sokel-Brod quedó deslumbrado por la lectura de las primeras páginas de su libro, llamándole a su lado en calidad de asesor.

No recuerdo ahora la fecha del mitin en el polideportivo Sulik. Tendría que consultarlo. Jan ya estaba en el cuartel de Blensk, estoy casi segura. O quizás en Dargovis. El mitin del polideportivo fue la clausura triunfal de la campaña de afiliaciones y su verdadero alzamiento, un despliegue de plenos poderes. Veinte mil personas, agitando carnets flamantes, se reunieron allí. Allí nacieron los Alegres Muchachos, primero base juvenil y luego fuerza de choque del Partido del Progreso. Una organización auténticamente interclasista: lo peor de cada casa. La mayoría eran de clase patricia, vivían en el barrio Norte y se habían musculado en gimnasios selectos. Vestían camisas grises, corbatas oscuras, y *blazers* azules, con la Cruz de Malta de los caballeros templarios. Otros venían de las barriadas, exhibían una fuerza más ruda, una arrogancia rabiosa y humilde de club de boxeo *amateur*, e intentaban desesperadamente parecerse a su líder, vistiendo chaquetas de grandes solapas, corbata suelta y ancha, y cabello peinado hacia atrás con brillantina barata, excesivamente perfumada.

Todos ellos se autodefinían como jóvenes patriotas, «partidarios de la alegría».

El lema del discurso en el polideportivo era *Hartos de tristeza*.

Oskar y Liliana no se pusieron de acuerdo acerca de quién podía haber escrito el discurso, pero coincidían en que ese alguien era bastante inteligente.

Transcribo los párrafos finales:

¿Dónde han ido a parar la fuerza, la voluntad de abrir nuevas rutas, la alegría y el coraje, todos esos valores que siempre caracterizaron a nuestro pueblo e hicieron que la vida mereciera ser vivida? Las empresas del Estado son una dura carga que pesa sobre nuestros hombros. Y sobre nuestro presupuesto. El del país y el de cada uno. Porque todos pagamos por buenos los malos servicios. Mucho dinero se malgasta cada día en alimentar a la corrupta burocracia modorista. Si ese dinero se redistribuyera mediante una inteligente política de créditos, si el estatismo y el exceso de funcionariado fueran perseguidos como lo que son, peligrosos enemigos de la patria; si la empresa privada viera aseguradas las condiciones necesarias para su progreso, si todo esto se hiciera, habría para el pueblo más trabajo, mejores remuneraciones y prosperidad. Nosotros combatiremos el estancamiento, el miedo al cambio. Lograremos un país fuerte, rico y justo.

Este es nuestro mensaje para Modor y ese Frente que ya es solo retaguardia en vergonzosa retirada. Estamos cansados de vosotros. Estamos hartos. Nuestro pueblo, el verdadero pueblo, alegre y combativo, no os quiere. No solo porque hayáis demostrado ser pésimos gestores. No solo porque hayáis abierto la puerta a la inmigración incontrolada. No solo porque estéis llevando a Moira a la ruina y el paro. No solo porque hayáis gastado el dinero del pueblo en insensateces que ni sirven ni interesan a nadie. No os quiere porque sois viejos. No os quiere porque sois TRISTES. Ha llegado la hora del relevo: nuestra hora, la hora de la joven Moira. Vamos a empezar una verdadera revolución, incruenta y alegre, y esa revolución empezará sin vosotros.

Tras las últimas palabras de Sokel-Brod, una canción empezó a tronar por la megafonía del polideportivo.

Todos se cogieron de las manos y cantaron a coro.

Tuvimos que leerlo dos veces para creerlo.

Era *Revolution*, de los Beatles.

53. De repente

De repente faltaba menos de un mes para que tú te fueras al cuartel de Blensk, y de repente yo me encontré girando (me gustaba esa palabra: me parecía adulta, profesional, de cómica vieja) con la coral Budenmayer por ateneos populares y casas de cultura, donde la elevación de nuestro debut parecía resistirse a visitarnos de nuevo. Y hubo más urgencia en nuestros encuentros, de repente sometidos al doble calendario de las actuaciones y el cartoncito verde con el águila ceñuda sobrevolando la fecha inminente, y cada vez que lográbamos estar juntos estábamos más juntos que nunca, y mi cuerpo se apretó más y más contra el tuyo, y te abracé con una furia nueva, casi de novia de guerra, y quedaron huellas en tu cuello y en tu espalda, y en mis manos y piernas, un temblor en el que no se sabía donde comenzaba la anticipación y dónde el cumplimiento, y con el cumplimiento, la duda de cuándo sería la próxima vez.

Una maravillosa noche de sábado sonó el teléfono en aquel pequeño hotel de Timoka y eras tú, eras tú desde el café de la plaza diciendo «Aquí el conde Potocki», y llovía mucho, y allí estabas con tu cazadora negra reluciente y tu sonrisa también reluciente, y yo te mordía las puntas de los dedos y tú me despeinabas luego con las dos manos, y aquella noche dejé mi habitación y fui a la tuya para no despertar habladurías, como decían en las novelas de mi madre, ni miraditas y sonrisas del grupo, todos ellos novios y novias tan formales, tan ansiosos de casarse cuanto antes y tener montañas de criaturas, y tú me bajaste una sola vez la cremallera del vestido, y luego apenas salimos de aquella cama tan alta, aquella pensión que estaba detrás de la iglesia, en una calle empedrada, junto a una vaquería, y por la noche mugía la posible única vaca y era como si estuviéramos en pleno campo, en un pueblo lejanísimo, y la noche de la actuación todos me preguntaron que por qué llegaba tan tarde al ensayo, que dónde me había metido, que me había perdido la estupenda comida con las autoridades locales y la visita a la ermita y al museo arqueológico.

Y a la vuelta, también de repente, Oskar llegó al Café Werring con cara de gran noticia, porque la Malibrán le había dicho que pronto quedaría libre la buhardilla vecina. «Es perfecta —dijo—, no es que sea muy grande, una buhardilla ya se sabe, pero, vaya, los dos cabríamos, ¿no?», y de repente tardé demasiado en decir que estupendo, y él tardó muy poco en darse cuenta.

«No ahora, claro —dijo—, primero hay que limpiar, hacer algunas obras.»

Oskar ya sabía que yo quería un piso para mí. Para mí sola. Lo sabía de sobras. Buscarlo, elegirlo, decorarlo. Hacerlo mío.

«Claro que lo entiendo, y tienes razón —dijo—, acabaríamos chocando a los cuatro días. La verdad es que solo con los libros y los discos ya lo lleno. Pero ya verás, lo mejor es la terraza. Y tiene una especie de trastero, un cobertizo, como se diga, ideal para montar el taller de revelado. Mis padres van a dejarme el dinero de la fianza. Eso sí, tienes que ayudarme a adecentarlo un poco.» Luego quedó callado, fingiendo mirar unos papeles, cualquier cosa, y así, de repente, comenzaron los silencios.

Y después fuimos tú y yo aquella mañana de sábado al mercado viejo de la plaza Maisel, y compraste una alfombra, y cuando yo ya desesperaba de encontrar algo que pudiera gustarle mucho, pero mucho mucho, me topé, escarbando en aquella montaña de viejos anuncios y periódicos y orlas universitarias, con lo que parecía ser y sí, sí, era, increíble pero era, un antiguo cartel de *L'Atalante*, con la vieja barcaza de Michel Simon navegando sobre un pentagrama con la letra de *Le Chaland qui passe* y las notas como peces alegres, y Oskar no se lo podía creer, y aquella tarde y durante todo el domingo fue precioso como antes, hicimos la mudanza y colocamos cartel y alfombra y la mesa y las sillas de nuestra primera cena en el piso, los tres juntos, escuchando *After the Gold Rush* de Neil Young, bajo aquella lámpara de costura, con contrapeso, aquella lámpara que parecía un sombrero chino, de porcelana, verde por fuera, blanca por dentro, que Oskar empujaba para que al oscilar expandiera una luz de garito, de póquer y cine negro, aunque yo siempre la vi como una luz hogareña, de plancha y radio, demasiado hogareña para mi gusto.

Una tarde, de noche ya, habíamos follado Oskar y yo, y follado muy bien, porque eso no había cambiado, porque seguíamos deseándonos, y yo ya me iba cuando el silencio se hizo más largo que los anteriores.

«Sé lo que estás pensando. Si Jan me lo propusiera, tampoco me iría a vivir con él», le dije, y no mentía. Iba a cualquier parte cada vez que me llamabas, habría ido al fin del mundo, pero nunca a vivir contigo. No podía vivir sin ti pero no podía vivir contigo. No con las otras. Las otras eran todavía una certeza lejana, presente pero invisible. Entonces todavía creía que no me importaban.

«No quiero negarme a ninguna», dices.

Yo insisto, te hago cosquillas, te retuerzo la nariz: «¿Ninguna quiere decir todas? ¿Las rubias, las morenas, las calvas?».

Tú te ríes: «No soy yo quien elige. Uno nunca elige. Solo los tontos creen eso».

Dices, otro día, ante mi pesadez: «Cuando estoy contigo, las otras no existen».

Eso tenía que haberme bastado, pero no: «¿Y cuando estás con ellas, existo yo?», digo, riendo, acariciándote.

Como si fuera un juego, una coquetería. Pero no es un juego.

«¿Por qué preguntas lo que ya sabes? ¿Estamos juntos ahora, no?»

No podía estar más claro, pero yo no quería oírlo.

De repente lo estropeé todo. De repente, un domingo por la noche, a la vuelta de una actuación, me moría de ganas de verte, de follar y estar contigo, y fue justo dejar las cosas y correr hacia ti como si de nuevo no llevara bragas, como si todavía fuese verano. Una visita sorpresa. Otra maldita visita sorpresa, como la tarde de Unseld. De repente, cuando estaba a punto de llamar a tu puerta, oí aquella risa. Una risa femenina, una risa desconocida. Ella reía, y tú con ella. Nunca supe quién era, y tú nunca supiste que yo estuve allí, aquella noche, al otro lado de la puerta, paralizada como una imbécil, intentando averiguar si conocía aquella risa, si la había escuchado

alguna vez en los pasillos de la Academia, como si tu mundo se acabara en la Academia, como si no pudieras conseguir amantes en cualquier otro lado, en la ciudad entera, hasta que de repente eché a correr escaleras abajo, y de repente me encontré llorando, de repente furiosa, menos furiosa por aquella risa que por mis lágrimas, desconcertantes como la sangre de un golpe inadvertido, incomprensible que de un golpe así, pero cuándo, dónde, pueda brotar tanta sangre, que haya tanta sangre en un dedo o una rodilla, que tengamos toda esa sangre dentro esperando salir, y de repente, eso era lo peor de todo, sintiendo lo que debió sentir Isa Novelski, de repente sintiéndome absoluta, completamente Isa Novelski, vieja, gastada, engañada, etcétera, porque ese era el personaje.

El personaje duró poco. Ya en la calle comenzó a difuminarse. Me tragué aquellas lágrimas. Me tragué aquella visita que nunca existió. Aquello debía pasarlo yo sola. Tú no supiste nada, Oskar no supo nada. Oskar menos que nadie. No quería convertirle en el confidente de mis penas de amor. No podía hacerle eso. No podía reducirle a eso.

Pero no pude tragarme aquella risa de la otra que, de repente, era todas las otras. Aquella risa se me atascó en la garganta, aquellas lágrimas debieron convertirse en cristales diminutos como granos de arena muy fina, y me envenenaron la sangre y viajaron alegremente por ella, asomando la nariz por los lugares más inesperados, cosquilleando en los momentos más inesperados: la palma de la mano, el hombro izquierdo, el brazo izquierdo.

Al principio, por supuesto, no me di cuenta. ¿Quién repara en algo tan pequeño? Un cosquilleo en el brazo, como burbujas de agua carbónica. Un dolorcito en la palma de la mano. Una molestia que insistía, como si hubiera cerrado la mano con mucha fuerza para atrapar nada. Luego juntaría la línea de puntos, que dibujaba algo parecido a un rayo, un rayo de chiste, de dibujo animado. Tampoco dije nada. Me parecía un dolor de vieja. Tía Olga decía a veces cosas así, cosas vagas: «Hoy me duele el lado izquierdo».

También, observé en los ensayos, me costaba respirar. Mi respiración había cambiado. El aire no llegaba al fondo de mis pulmones y luego no salía entero. Y bostezaba. Bostezaba mucho. Déjalo, me decía, no tiene

importancia. Estás cansada, simplemente, eso es todo. No le llames, ya llamará él. Estará ocupado. A Oskar le pasó igual: cuando te vas por un tiempo, y va a ser un tiempo largo, tienes que dejar arreglados muchos asuntos. El puesto de trabajo en la fábrica, las clases de Unseld, la...

La risa volvía entonces, la risa tras la puerta, en la biblioteca, en plena calle, cenando en casa. Yo me repetía: olvídalo, es normal, no pasa nada. Canturreaba: «*Don't let it bring you down, it's only castles burning*».

¿Lo hemos hablado, no? Esa era una frase muy de aquel tiempo: «Lo hemos hablado». Lo hemos hablado y hemos llegado a conclusiones. Ha quedado fijado, establecido. Yo era libre, tú eras libre, Oskar era libre, todos éramos libres. Libres de ir y venir, y hacer y deshacer, y follar con quien nos diera la real gana.

Una noche, al caer en la cama de mi cuarto, muy cansada, cerré los ojos pero el sueño no llegó. Llegó un torbellino de imágenes que no conseguía detener. ¿De dónde venía todo aquello? Rostros, cosas, paisajes que no formaban parte del día ni de días anteriores. Rostros desconocidos. Y voces extrañas. Frases sin sentido, como si viajase en un tranvía y estuviera obligada a escuchar las frases o, peor, los pensamientos de todos los viajeros en un carrusel acelerado. Frases banales, quizás con un significado oculto, como las que se dicen en los sueños. Pero yo no estaba soñando, porque ni siquiera conseguía dormirme. Abrí los ojos, un poco asustada por aquella velocidad y aquella extrañeza. Abrí los ojos, cerré la mano, que volvía a latir como si en su centro un pequeño animal desconocido pugnara por rajar la piel y salir. En el carrusel no estaba la frase fundamental, la pregunta cubierta por todas las frases banales y todos los rostros desconocidos: ¿Habrás dejado de desearme?

54. La corteza de limón

Oskar también insistía. Un día, en el Fussli, me alargó una copia de la llave de la buhardilla. «Quiero que la tengas —dijo—. Para que vengas cuando te apetezca. Todo lo que hay allí es tuyo, ya lo sabes.»

Acepté. Fui sola por primera vez una tarde. Todavía hacía sol.

Él no estaba. Estaba todo lo suyo. Los libros, ya ordenados alfabéticamente; el cartel de *L'Atalante* enmarcado; ni una foto fuera de su sobre amarillo; ni un plato sucio en el fregadero. La nevera llena de comida. Las vigas, frotadas con aceite de linaza. Hundí la cara en su pullover de cachemir, sobre la cama, perfectamente doblado. Su olor estaba allí, aquel olor limpio, claro, entre verde y limón con un toque dulce, de *spanske* de cerezas.

El olor de la primera vez, en el Café Werring.

Salí de nuevo y regresé con flores y comida. Compré también un jarrón amarillo, para colocar las flores. Puse la radio. Una luna redonda, anillada de niebla, asomaba tras los tejados, entre antenas y palomares inútiles. Las farolas temblaron y se encendieron en la plaza, pintándola con un bálsamo azulado. Los adoquines relucían como la grupa de un caballo. Ya habían retirado las mesas en la terraza de la Sirena. El quiosquero recogía las revistas, colgadas en hileras y sujetas con pinzas, como si guardara ropa seca. Un ciclista cruzó junto a la fuente, hundiendo las ruedas en los montones de hojas. Todo componía un cuadro de colores amables y pálidos, casi una acuarela pero con los contornos muy precisos, como un Dufy.

Aquello se parecía bastante a la calma.

Encendí la estufa. Preparé la cena, una cena estupenda.

Cuando Oskar llegó no quise correr hacia él, besarle, lamerle, hundir mi cabeza en su pecho, en su olor, rogarle que me abrazara muy fuerte, hamacarme en su nido. No tenía derecho, me decía.

Tampoco él se atrevía a lanzarse en mis brazos.

«Esto sí que es una sorpresa. ¿Cómo usted por aquí?», dijo, intentando, conmovedoramente, que la sonrisa de felicidad no se le desbocara.

Busqué, veloz, entre los personajes de mi repertorio.

Elegí a Katherine Hepburn en *Historias de Filadelfia*.

«Pasaba por aquí y me dije: ¿Por qué no entrar?», dije, cimbreando una raqueta imaginaria.

Por la forma de besarme en los ojos y el cuello, deduje que Oskar había elegido a James Stewart.

Luego dejamos que la cena se enfriara y continuara enfriándose.

Pasó una semana, quizás dos. Son los últimos recuerdos claros que tengo de la cronología. Tú no llamabas, yo no llamaba. Orgullo y prejuicio.

Yo salía de la biblioteca, iba a la buhardilla como si viviera allí.

Oskar llegaba, cenábamos, hablábamos de los asuntos del día, el trabajo en el periódico, las últimas actuaciones de la gira. A veces llamaba la Malibrán, que había visto luz, y charlábamos o bebíamos, y decía que por qué no la adoptábamos.

Luego vino la cena de despedida, en el Letenske. Antes, Oskar quiso ir al Eden. Una despedida en toda regla, con mucha absenta. Yo sonreía, reía incluso, hablaba mucho, hacía como si nada, pero la absenta en poco se parecía al alcohol sin nombre que bombeó en mi sangre en lo más alto del verano. Aquella absenta era como un agua encharcada, densa, que golpeaba como un mazo. Tú también parecías alegre, o lo fingías muy bien. Tu comedia era distinta: cualquiera habría pensado que te ibas a la vuelta de la esquina, ir y venir, cuatro días. Hablabas de Alfie y parecía que ese era el único problema, ocuparse del gato, y Oskar dijo que se lo llevaría a la buhardilla, y yo no dije nada porque me pareció que tenía en la garganta el caparazón de una almeja. ¿Se dice caparazón?

Había notado algo raro, algo duro al tragar, y aquello estaba ya dentro pero no del todo, atascado detrás de la boca, y me iba a ahogar, y luego aquello iba a rajarme el estómago como una cuchilla. Hablaba, sonreía, seguía hablando para comprobar que el aire entraba en mí, pero de un momento a otro el aire chocaría con aquel tapón y ya no entraría más.

Cuando me levanté ninguno de los dos notó nada. Abrí los dos grifos del lavabo y tiré de la cadena para que no me oyerais vomitar. Me limpié cuidadosamente y luego mastiqué la corteza del limón como si tuviera mucha sed, para que no quedara ni rastro del olor al besaros.

Abrí los ojos y no tenía dientes. Eso fue lo que me despertó, otra vez de repente: la sensación de que todos los dientes habían desaparecido de mi boca. Habían estallado y me los había tragado. No era un sueño, porque yo estaba despierta. Eso era lo que daba más miedo. Luego, o casi al mismo tiempo, comenzaron otra vez los temblores. Y aquella espantosa sensación de irrealidad que nunca hasta entonces había sentido. Nunca, ni cuando murió mi madre. El reloj de Oskar marcaba las tres de la madrugada. No era como despertarse en un lugar desconocido. No, yo reconocía todo. Las vigas sobre mi cabeza, la luz de la luna en la ventana, el zumbido de la nevera, Oskar durmiendo a mi lado. Todo era igual pero todo era diferente. Yo también era diferente. Yo era otra. Es tan difícil de explicar...

Pensé: Oskar se va a despertar, estos latidos van a despertarle, es imposible que no se haya despertado ya, retumban como si alguien quisiera tirar la casa abajo, pero yo era la casa, la casa entera. Pensé: despiértate, por favor despiértate y abrázame porque me estoy volviendo loca. No tuve tiempo de pensar mucho más. No podía pensar. No podía, mejor dicho, pararme a pensar. La luna pintada, las vigas pintadas, como en un decorado, Oskar pintado, yo pintada y sin dientes en la boca, yo otra ahogándome, intentando atrapar aire porque me iba a morir, y no podía pensar en que me iba a morir porque ni siquiera tenía tiempo.

—¿Qué te pasa? —me dijo—. ¿No puedes dormir?

Dije algo del techo, el techo demasiado bajo, algo así, y me asusté todavía más porque no reconocí mi voz.

Creo que le pedí que me acompañara a casa.

En la calle me dijo:

—¿Qué nos está pasando, Klara?

Yo aparté la boca porque iba a besarme. A taparme la boca.

Se abrazó a mí.

—Ayúdame —dijo—. No te quiero perder, pero no sé cómo hacerlo.

55. Norderney

Estoy muy cansada. Es domingo por la tarde. He dormido muchas horas y sigo cansada, hundida en el sillón del comedor, intentando leer una revista. Tengo la sensación de que la luz ha enflaquecido, porque las letras parecen grumos. Llevo un buen rato contemplando una foto, una foto sin el menor interés. Lo que sucedió en la buhardilla de Oskar no ha vuelto a repetirse. Ese era mi mayor temor: que volviera a apoderarse de mí en cualquier momento, cuando menos lo esperase. Tenía miedo a dormirme y que me atrapara entonces, y miedo a despertar y ver otra vez la cara de Oskar helada por el desconcierto de aquella madrugada, y el caos zumbando entre nosotros como un cable eléctrico pelado y suelto, y en el suelo las caretas rotas de James Stewart y Katherine Hepburn, nuestras caretas pisoteadas, ridículas, inservibles. Habrá que hablar, habrá que explicar... Pero no hoy. Hoy estoy demasiado cansada. Luego le llamaré, pienso, para decirle que todo va bien, que mañana nos veremos.

Ese domingo, ya casi de noche, tía Olga vuelve y me cuenta algo sorprendente: la viuda Mersich ha tomado a Kolya bajo su custodia.

Es decir, que Kolya ha salido del manicomio y se irá a vivir con ella.

—Pero ¿por qué? —le pregunto—. ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué puede haber hecho eso?

Tía Olga me mira muy seria, como si estuviera leyendo en mi cara, en mis ojos.

—¿No lo entiendes? —dice—, ¿de verdad no lo entiendes?

—¿Qué es lo que hay que entender? Le pegó varios tiros. Estuvo a punto de matarla, de dejarla inválida. ¿Y ahora se hace cargo de ese loco?

Tía Olga se levanta y por un momento pienso que ha terminado la conversación. Pero vuelve, con su paquete de mentolados, su botella, y dos vasitos, que llena hasta la mitad.

—Hubo una época —dice—, en la que no bebí ni una gota, porque estaba muy enferma. Tuberculosis, que entonces tenía mala cura. Estuve a las puertas de la muerte. Pero entonces yo era fuerte, o me pillaron a tiempo, y me salvé. Yo tenía diecinueve años. Me puse tan mal que tus abuelos me llevaron a un sanatorio en las montañas. No era un mal sitio, aunque moría mucha gente a mi alrededor. La guerra me había acostumbrado a eso, con la diferencia de que en el sanatorio no les veíamos morir. Desaparecían. Te despertabas por la mañana y a tu lado había una cama vacía. No morían inmediatamente: cuando se acercaba el final los trasladaban al ala sur. A veces podía despedirme de alguno. «Me voy al sur», decían, intentando echarle un poco de humor, y ya sabías que no volverías a verles.

»Allí me enamoré de un médico —dice, mirándose las manos extendidas—. Se llamaba Daniel Badmaev. El doctor Badmaev. Me cuidaba más que a sus otros pacientes, o al menos eso me parecía a mí. Me enamoré como una loca. Yo había tenido algunos novios en Luzhin, y eran muy guapos. Y los tenía a mis pies, no exagero. Uno de ellos era escandalosamente guapo. Ahora ya no, pobre. Tú le has conocido: Stanis Tosay... El gordo Tosay, el del bar de la plaza. Tenías que haberle visto entonces. Y tenías que haberme visto a mí entonces. Todo el mundo decía que estábamos hechos el uno para el otro. Y yo le quería. Era guapo, era bueno, era inteligente. Capaz de hacer feliz a cualquier mujer. Cuando me llevaron al sanatorio todos pensaban que, si salía de aquello, la boda era cosa hecha. Yo también lo pensaba. Nos escribíamos todos los días, y en todas las cartas hablábamos de los detalles de la boda y de la vida que llevaríamos luego.

»Hasta que conocí a aquel hombre. No puede decirse que fuera un hombre guapo. Era cargado de espaldas y tenía algo de barriga. Pero me gustaba. Me gustaba muchísimo. Al principio me pareció un viejo. Mucho mayor que yo. Un hombre mayor y amable. Me traía libros, paseábamos juntos por los jardines y hablábamos de muchas cosas. Era muy culto, y yo me aficioné a leer gracias a todos aquellos libros que él me dejaba. Un día estábamos en silencio y le miré y fue como si le viera por primera vez y como si lleváramos juntos varias vidas. Digo que me enamoré pero la verdad es que nunca he sabido muy bien lo que es el amor. Las novelas hablan de

amor, las películas hablan de amor. Y esos seriales que ahora tanto le gustan a Hektor.

»Un día me desperté y todo había cambiado. Dejé de escribir a Stanis. Me porté muy mal con él. Llegaron varias cartas tuyas, que yo no contesté, hasta que no me quedó más remedio. Le dije que le quería mucho, pero que no volviera a escribirme, que no iba a casarme, que aquello se había acabado. Tardó veinte años en volver a hablarme. Yo no sabía qué me pasaba. Solo pensaba en el doctor Badmaev. Deseaba como no había deseado nunca. Deseaba todo de aquel hombre. Estar con él. En la cama y fuera. Un deseo constante. Un alcohol fuerte. Quería bebérmelo entero, ¿entiendes? No beber otra cosa. El resto no importaba. Yo creo que él sentía lo mismo, porque esas cosas se notan. Sus miradas. Sus atenciones. Aquellos silencios. Cada vez que me ofrecía su brazo, en el jardín, para ayudarme a bajar las escaleras de piedra, me temblaban las piernas. Yo esperaba un gesto, una insinuación. O que me tomara en sus brazos. Me hubiera entregado a él sin pensarlo ni un momento, pese a lo débil que me encontraba entonces. Pero nunca dio el paso. Ni yo tampoco.

»Una tarde, mientras hablábamos de otras cosas, me hizo saber que estaba casado. Lo dijo de repente, sin darle importancia, como quien echa una piedrecita en un charco. Estaba anocheciendo y no pudo ver mi cara. “No lleva usted anillo”, dije. “No siempre —dijo él—; me lo olvidó en todas partes.”

»Aquellos días estuve a punto de pedir que me sacaran de allí, porque no soportaba estar a su lado y no poder abrazarle, no poder decirle lo mucho que le deseaba. Me gustaba todo de aquel hombre y no pasó nada entre nosotros. Después dejó el sanatorio, le trasladaron, y yo caí. La tuberculosis no tuvo nada que ver con aquello. Yo ya estaba curada de los pulmones, pero no de él.

»Caí. Me abandoné. Me pasaba los días... yo qué sé en qué pasaba los días.

»Iba por ahí sin saber por dónde iba. La ciudad, la montaña, daba igual.

»Bebía, de la mañana a la noche. No hablaba con nadie. Me preguntaban, querían saber, pero yo no contestaba. Como si me hubiera

quedado muda. Todo era confuso, yo ya no era yo. Tu padre me rescató. Nos hemos ido rescatando muchas veces, Hektor y yo.

»Después... El deseo se fue. Murió. Tardó en morir, pero murió, y eso no me lo he perdonado nunca. Todo se muere, si nos aplicamos en ello, y todo lo que dejamos morir nos mata poco a poco. Años más tarde supe que el doctor se había separado de su mujer y se había casado de nuevo. Para morirse de risa. Han pasado más de treinta años y no he dejado de pensar en él ni un solo día. Por eso entiendo a la viuda Mersich. ¿Otra copa?

—¿Qué sanatorio era aquel? —le pregunto.

—Santa María. El sanatorio de Santa María, en Norderney.

56. El teniente Voudzoy

Hacíamos paquetes para Jan. Enviábamos dinero, libros, tabaco.

Al principio le escribía cada día. Escribía sabiendo que a él no le gustaba escribir, que contestaría una carta de cada diez. No le hablaba de mí, ni de lo que sentía, más allá del te quiero, te deseo, te echo mucho de menos, de las últimas líneas. No quería inquietarle, y él también debía de hacer lo mismo, porque sus cartas eran como un reflejo de las mías. Hablaba de la pésima comida, de las historias que había contado este o el otro, del frío constante, o preguntaba por Alfie, siempre en un estilo burlón, con una ironía un poco trabajosa, muy de parodia de novela del XIX.

Firmaba Conde Potocki, o Fabrizio del Dongo, o añadía grados y condecoraciones, Mariscal Slívovitz, Teniente de húsares de Su Alteza Imperial, Fusilero de Tonkin, Gran Cruz del Mérito Inútil.

A Oskar le hablaba de películas, y Oskar le contaba las que había visto, que no eran muchas. A Oskar le llamaba Esplendoroso Amberson o Querido Cartier-Bresson. A mí me llamaba Klara Libochova, Baronesa Budenmayer, Campana de Santa Teresa.

En mitad de una carta que había comenzado detallando el inenarrable menú servido a la tropa para conmemorar no se qué batalla de Stanislas el Libertador, Jan recordaba, de pronto, mi cuerpo, detalles de mi cuerpo en una de las noches del parque Beyer, pero solo eran cuatro, cinco líneas, que casi parecían escritas con letra distinta o tinta distinta, y de nuevo volvía a su estilo falsamente imperial. Firmaba la carta Ton Legionnaire.

Yo le contaba las novedades del mundo exterior.

La Malibrán había llegado una noche al café con su uniforme de invierno (bombín, chalina roja), aleteando, como si se secara el esmalte de las uñas.

—Chicas, ¿sabéis la última? ¡La Sokela se casa con la Grazina!

«Qué bonito, qué poema», repetía. No le creímos, claro. Pero era cierto. Lo más increíble comenzaba a ser lo más cierto. Primero los conciertos de rock organizados por Sokel-Brod, con comida y bebida gratis, para atraer jóvenes a sus filas, y ahora aquella boda. Jan, por supuesto, no sabía la mitad de la historia. Hubo que ponerle en antecedentes de *Encrucijada*. Por su enorme éxito, llevaron el serial a la televisión. Grazina pasó de humillada y ofendida a reivindicativa y justiciera. La nueva serie se podía haber titulado *La venganza de Grazina*. Pero lo más importante no era eso. Sustituyeron a Diana Arkus, la Grazina radiofónica (vulgar, fea, sin el menor carisma) por una actriz joven y guapa. «No te imaginas, no te puedes imaginar —le escribí — quién es ahora Grazina: ¡Andrea Novak! Y ahora Andrea se va a casar con Sokel.» Mi padre tampoco se lo podía creer.

—Mi hija la conoce —decía—. Estudiaban juntas. Es una niña rica, hija de una de las cien familias.

Y entonces era a él a quien no creían. ¿Grazina, rica? La prensa de Sokel edificó el sueño, durante semanas, y la gente comenzó a verla como lo que representaba: la humilde chica de *Encrucijada*, una hija del pueblo, se casa con su príncipe azul. Todo es posible en Moira.

Nadie hubiera imaginado un truco tan burdo, una payasada tan estrepitosa. Pero funcionó. Un gran golpe. Todos sonrieron, complacidos.

—¡Moira se está volviendo dadaísta! —gritaba la Malibrán.

Quizás no fuera ese el calificativo adecuado.

Pavel (¿aún no he hablado de Pavel?) escribiría o citaría o robaría, en uno de los números de *Nada*:

El hundimiento del espíritu trágico y la instauración de la edad de la broma son evidencias que es inútil negar. El espíritu trágico era un vitalismo desesperado en el que algunos seguimos creyendo: solo nos tomamos en serio lo que está empapado en sangre, salvo las compresas. En la edad de la broma y el humor simpático cada uno está condenado a ser un payaso, y los trágicos son solo payasos que reciben simpáticas bofetadas hasta que deciden empezar a devolverlas. Nadie escapa al

poder absoluto de la payasada blanca y oficial, la simpatía institucionalizada, ese soberano de apariencia bonachona pero cruel y totalitario, cuya excelencia cantarán de la mañana a la noche los medios de comunicación, y que teñirá de insignificancia cualquier acto. Salvo los nuestros.

A Oskar se le ocurrió hacer una escapada a Blensk, y así se lo dijimos a Jan, pero antes de que llegara aquel fin de semana, escribió diciendo que no fuéramos, que estaba arrestado. Aquel arresto se prolongó, se multiplicó.

Las cartas de Jan dejaron de llegar.

Un día llamó Stefan. Oskar y yo quedamos con él en el Fussli.

Llegó en su moto, con un chico de cabello rapado y cara muy roja.

Se llamaba Goran Levaci, un chaval de la parroquia.

Era un compañero de Jan. Octavo batallón de artillería, cuartel de Blensk, primer reemplazo.

Stefan estaba muy serio.

—Cuéntales lo que me has contado a mí —dijo.

Goran bajó la cabeza.

—El padre dice que sois muy amigos de Bielski.

Dijo «sois» pero sonó como «erais».

Cuando Jan llegó, a Goran le quedaban tres meses.

—Bielski es un buen tipo —dijo—. Un gran tipo, con dos cojones. Pero está mal, tenéis que saberlo, porque él no lo dirá. Se lo tragará, se lo comerá solo. Y no se merece comérselo. Aquello es muy duro. Durísimo. Peor que una cárcel. Guardias de días enteros, sin dormir. Una mierda de comida, todos con descomposición, día sí y día también. Marchas en plena noche, con treinta kilos a la espalda, por la nieve y el barro. Cagándonos encima, perdonad, porque no podíamos parar ni para eso. Castigos continuos, por las cosas más insignificantes. Insultos, puñetazos, patadas, calabozo. Calabozos helados, sin luz, con el suelo encharcado de orines.

»Te duele tanto el cuerpo que ya ni lo sientes, te gira la cabeza, ya no sabes donde estás, pero a la mañana siguiente todo vuelve a empezar. Yo ya estoy fuera, pero Bielski sigue allí. Y seguirá, a no ser que alguien, no sé, alguien con influencia...

»Un teniente la tomó con Jan. El teniente Voudzoy. Un cabrón, un perro borracho, un loco peligroso —dijo Goran—. Le llamaban o se hacía llamar El Prusiano, pero no era de academia. Un reenganchado, que son los peores. Se reengancha y le envían a Blensk, al culo del mundo, y todos ascienden menos él. Borracho desde que tocaban diana. No se aguantaba derecho. Y siempre con una sonrisa de loco. Uno de esos tipos con la sonrisa clavada a la cara, como una malformación, como un corte mal cerrado. Bielski le cayó mal desde el principio. Por su soberbia, decía. Por su forma de mirarle, por cualquier cosa. Le oyeron decir que doblegaría su soberbia, su rebeldía. Doblegaría, decía. Siempre le sacaba de la formación. “Bielski, sígame.” Le llevaba al patio trasero. Le tenía horas haciendo cuerpo a tierra, salto de la rana, todos los ejercicios de castigo. Jan aguantaba. Aguantó mucho. Le internaron en la enfermería con un cuadro de agotamiento físico general. Estaba reventado. Cualquier otro hubiera reventado mucho antes —dijo Goran—.

»Cuando se recuperó le enviaron a las cuadras, a limpiar mierda de caballo.

»Hará un mes, nos sacaron de la cama y nos hicieron formar en el patio central.

»El teniente fue hacia él y le dijo: “Tú, hijo de puta, sígueme”.

»Bielski, que hasta entonces no había abierto la boca, respondió: “Mi madre no es una puta, mi teniente”.

»—Es una puta, Bielski. He visto tu expediente. Llevas el nombre de tu madre y eso quiere decir que tu madre es una puta. ¿O no?

»—No, mi teniente.

»El cabrón seguía con aquella sonrisa.

»—¿Me estás llamando mentiroso? ¿Tu madre no es una puta?

Oskar estrujó la bolsa de azúcar en el puño. Luego empezó a golpear la mesa, golpes cortos, que no dejaban oír, porque Goran hablaba cada vez más bajo. Le paré la mano, se la besé.

—Yo estaba detrás de Bielski —dijo Goran—. Había poca luz, aquellas luces eléctricas que no se me van de la cabeza, muy altas y muy separadas, pero Goran vio perfectamente el brazo de Bielski casi brillando, como el ala de un avión. Se lanzó sobre él, cayó sobre el teniente como un avión en picado. Oyó también el crujido del hueso, la mandíbula, al romperse. Todos estábamos quietos, muertos de miedo, y con unas ganas locas de aplaudir o de gritar, sin creernos lo que había pasado. En realidad todo fue muy rápido. Cuando le tuvo en el suelo siguió machacándole. Parecía muy tranquilo. Le golpeaba como un carnicero, como si el teniente fuera un saco de carne. El teniente estaba doblado en el suelo, pataleando, hasta que dejó de patalear. Antes de que nos diéramos cuenta empezaron a sonar silbatos, llegó la guardia y uno de ellos tumbó a Bielski de un culatazo en la cara, y luego siguieron dándole. Un chaval de la enfermería dijo que tenía mucha sangre en la cara, y cuando abrió la boca no podía hablar. Le habían roto varios dientes, y respiraba mal.

»A los pocos días trasladaron a Jan al penal de Dargovis, en las montañas, casi en la frontera. Un penal militar, un pelotón disciplinario.

»Blensk es un balneario comparado con lo que cuentan de Dargovis —dijo Goran.

Stefan dijo: «Tenemos que hacer algo. Hay que sacarle de allí».

Oskar dijo: «Hablaré con mi padre, ahora mismo. Mi padre nos ayudará».

57. Blanco

En el mundo exterior llegaron las elecciones y el Partido del Progreso ganó por mayoría absoluta. La campaña de Sokel-Brod, con el respaldo económico de la todopoderosa General Eléctrica, fue abrumadora. Se habló de fraude electoral; se pidió, en vano, un recuento de los votos. Hubo manifestaciones de repulsa en las calles. Aparecieron carteles de despedida a Modor: «Adiós, tortuga». Una tortuga con gafas y un hatillo al hombro, perdiéndose en un camino, rumbo a quién sabía donde.

Llegó la nieve. Primero un viento muy fuerte, que parecía a punto de romper los árboles, secos. El cielo se puso rojo y luego blanco, blanco de día en plena noche. Un blanco sucio, una luz que tal vez se parecía a la del País de los Muertos de tía Olga.

Las nubes no se mueven. Días y días, noches y noches. El cielo cubierto por una sola gran nube, como una lápida de mármol. Un gran silencio.

Casi todas las carreteras y caminos están bloqueados, pero el autocar del coro ha logrado llegar a Svalbard. Nos dan vino caliente. Llevamos un mes sin noticias de Jan. Oskar ha hablado con su padre, su padre ha hablado con su amigo militar y ha dicho que la cosa está difícil, muy difícil, que Jan está en espera de juicio, que quizás sea consejo de guerra, que estas cosas van muy lentas, que ahora todo va a estar parado hasta el nuevo gobierno, hasta los nombramientos.

Yo tengo fiebre. Me levanto con fiebre, me acuesto con fiebre. Floto en la fiebre. Como y vomito, casi en el acto. Llevo varios días vomitando lo que como. Vomito y tengo que correr al lavabo. Descomposición.

Me digo: una gripe intestinal.

Aún así, he querido ir con el coro a la actuación de Svalbard. Oskar está de acuerdo. Salir de Moira, un poco de distracción, pensar en otras cosas. Llevo varios meses intentando pensar en algo que no sea la cosa.

Teníamos que cantar la *Petite Messe Solennelle* de Rossini. Yo casi estaba de buen humor, porque había conseguido comer parte de un bocadillo sin vomitarlo, porque alguien había dicho algo medianamente gracioso, en el bar, y yo me había reído. Subimos al atrio de la iglesia, suenan las primeras notas del órgano. La iglesia está llena. Todos empiezan a cantar. Menos yo. Abro la boca, no sale nada. Ni un sonido. Noto, casi al mismo tiempo, un dolor en el costado izquierdo, un sabor metálico, un chispazo, como una descarga, en la parte posterior de la cabeza. Todo se llena de blanco. Me desplomo, caigo al suelo. El agujero blanco me traga.

La luz blanca se convirtió en un punto redondo, que se movía muy cerca de mi cara. Unas manos me abrieron la boca, y el punto de luz se metió en mi garganta. Giré la cabeza, con los ojos todavía entrecerrados, y vi la aguja en mi brazo, los tubos, aquella cama que no era la mía.

No sabía dónde estaba. Quise gritar y no pude. No sabía lo que me pasaba. Los médicos tampoco. Nunca llegamos a saberlo. Me hicieron muchas pruebas, de las que yo no me enteré. Al principio pensaron que era un coma hepático, pero eso no explicaba que no pudiera hablar. Luego dijeron que podía ser una conmoción cerebral. Quizás me había golpeado la cabeza, al caer. Quizás fuera algo del corazón... Podía ser cualquier cosa.

La voz de tía Olga dijo: «Lo peor ha pasado, Kluka».

Tuve, me dijeron, mucha fiebre. No recuerdo la cara de tía Olga en el hospital. Ni la de mi padre. Recuerdo sus manos, por el olor distinto, a tabaco. Un olor amarillo viejo. Y la sensación de aquel paño húmedo en la frente, aunque entonces aún no sabía que era un paño. El brazo rojo del sillón donde se sentaban, a mi lado, rojo oscuro, a veces muy cerca, como

aumentado con una lupa, a veces muy lejos. Pinchazos, timbres. Alguien levantaba mis piernas y las dejaba caer.

Cuando abrí de nuevo los ojos estaba en mi propia cama. El brazo rojo había desaparecido. También los colores de mi habitación. La ventana cerrada, para que no entrara ni una hilacha de luz. No soportaba la luz blanca de la nieve, el brillo sucio de la nieve, me dijo luego tía Olga. Me dolía terriblemente la cabeza, y los hombros, y los brazos, como si tirasen de mí en direcciones opuestas, como si fuera a romperme. Cuando dejaban de tirar llegaba una fatiga infinita, casi agradable, como si me sumergieran en agua muy caliente. Apenas podía moverme. Mi padre y tía Olga tenían que ayudarme para ir al lavabo. La mesilla de noche estaba llena de frascos con pastillas. Mi padre clavó en la pared una hoja de papel con las horas de cada toma. Me abrían la boca, tragaba con dificultad, luego sorbía un poco de agua. Me daban de comer con una cuchara que me parecía de madera. Era metálica pero al entrar en mi boca sabía a madera. También la comida me parecía madera, madera triturada.

No había días ni noches ni sueños. Y seguía sin poder hablar.

Abría los ojos y Oskar estaba junto a mí, a la cabecera de la cama. Sabía perfectamente lo que me estaba pasando. Se quedaba horas sosteniéndome la mano, dándome masaje en las sienes. Contando cosas. Mintiéndome.

Jan está bien, decía. Mi padre, decía, ha hablado con tal o cual, altos mandos, las gestiones son lentas, pero está bien, aunque todavía no dejan visitarle. Jan estaba en «régimen de aislamiento», y las gestiones del señor Klein habían chocado contra muros sucesivos, y en cada muro estaban escritas las mismas palabras: «Consejo de guerra». Pero Oskar no podía decirme nada de eso. A veces traía música grabada en un pequeño aparato, música de piano, o guitarra sola, hasta que me dormía otra vez. A veces la oscuridad era absoluta pero yo sabía que Oskar estaba allí, esperando.

A veces cerraba los ojos, y cuando volvía a abrirlos, Oskar se había transformado en mi padre o en tía Olga, sentados a mi lado, esperando.

Vino a verme Veronika y me dijo que recuperaría la voz, que pronto volvería a cantar.

Vino Liliana.

Y la señora Scavac.

Vino Stefan y rezó por mí, con las manos entrelazadas y la cabeza baja.

58. Una despedida

Vino la Malibrán y me cantó una nana. No habló, solo cantó. Era un tarareo, en voz muy baja, casi un susurro. Se inclinaba hacia delante y hacia atrás, como si me meciera en sus brazos. Me costó reconocer la canción. Era una de mis favoritas del disco de Judy Garland que nos había regalado para celebrar la inauguración de la buhardilla: *You'll Never Walk Alone*.

En el primer sueño me visitó el señor Sleyen.

No vi su cara destrozada, solo un destello de la muleta en la penumbra.

Pero no era un sueño. Ni era Sleyen.

Era la Malibrán. Había vuelto. Para irse.

Nunca imaginé entonces que la estaba viendo por última vez.

«He estado muy malita —dijo—, aunque no tanto como tú.»

Me contó que se había caído por las escaleras pero que todo iba a ir bien, que todo estaba arreglado. Algo por el estilo, que no acabé de entender.

No me besó, como la otra vez. No se acercaba a la cama.

Alargó el brazo y dejó, a mis pies, un pequeño ángel de cartón, que tía Olga colgaría en la cabecera de la cama.

Un ángel con trenzas negras y zapatitos rojos y alas azules, con la cara y el vestido de Santa Judy en *El mago de Oz*.

«Vuela, querida, vuela», dijo.

Aquello tampoco lo entendí entonces.

Oskar tardó en contarme la verdad.

Había conseguido que le cedieran los bajos de un local en la avenida Herzen para montar una nueva exposición.

Era tarde, la una o las dos de la madrugada, cuando llegó para dar los últimos retoques antes de la inauguración. Le habían seguido. Estaba claro que le habían seguido. Estaba sola. Llovía, no había nadie en las calles.

«Chicas, ¿sabéis la última?...»

¿Quién ha dicho eso? Durante un buen tiempo la voz y las frases de la Malibrán revolotean alrededor de mi cabeza.

Ella se ha ido pero no su voz, sus frases, su risa.

«Hembra débil soy y me entrego...»

La plaza de San Bruno está muy lejos. Y aquel verano.

Cocó y la Jacobi y la Knock On Any Door vertieron tintura roja en la fuente de la plaza. Toda el agua teñida de rojo.

Cuando estaba abriendo la puerta escuchó un frenazo a su espalda. Unos chicos muy jóvenes, muy bien vestidos y muy guapos, dijo, bajaron de un coche nuevo, un Dziady Estrella. Armados con porras y palos.

No quiero oír lo que me dice Oskar. Pero he de saberlo.

«El uniforme completo. Solo les faltaba la insignia de los Alegres.»

Habla, Rosa. Dime algo. Es tu turno.

—Eres como la MacLaine. Tan rica, con el pelito tan como tú.

La rodearon, la empujaron hacia adentro.

—Hola, reina. ¿Nos enseñas tus angelitos de mierda? —dijo el que parecía el jefe.

Sigue hablándome, Rosa.

Cerraron la puerta, bajaron las persianas.

El primer puñetazo se lo dieron en el estómago.

El que parecía el jefe miró a su alrededor y dijo:

—Tú no crees en Dios Nuestro Señor. No crees en la Madre del Señor.

—Todo esto es una burla, cabrón —dijo otro.

Empezaron a rajar cuadros, a patear vírgenes, a arrancar los ángeles que colgaban del techo.

—¡Moira se está volviendo dadaísta! —dice Rosa.

Le sujetaron las manos a la espalda y empezaron a golpearle. Metódicamente, como si fuera un saco de entrenamiento. La cara, el

estómago.

Cuando paraban los puñetazos le golpeaban con las porras.

Los brazos. Las piernas.

La sangre de las cejas le nublaba los ojos.

Ya no veía nada. Solo escuchaba las voces.

—Estabas muy guapa cantando desnudita allá arriba, con los melenudos —dijo la voz del que parecía el jefe—. ¿Por qué no cantas ahora para nosotros? Venga, cántanos aquella canción tan simpática, si tienes huevos. ¿O no eres un tío?

Le arrancaron la ropa. Le partieron la pierna derecha por tres partes.

Uno de ellos fue hasta el coche y volvió con una lata de gasolina.

—Para que te acuerdes bien de nosotros —dijo.

Antes de perder el sentido, la Malibrán logró arrastrarse hasta la calle. La encontraron los bomberos. No quiso presentar denuncia. ¿A quién?

En *La Tarde* publicaron que el incendio y la paliza había sido una venganza homosexual.

«Vino para despedirse de ti —dijo Oskar—. Volvió a su país, supongo. A cualquier sitio, pero lejos de aquí.»

59. Agua

Un día, no recuerdo si mañana, tarde o noche, abrí la boca y dije:

—Tengo sed.

Mi padre me abrazó y se echó a llorar.

Lloraba y me abrazaba y yo parecía una muñeca de trapo en sus brazos.

—¿Qué quieres? ¿Qué es lo que más te apetece? Lo que quieras, te traigo lo que quieras. Una Coca-Cola fresca, aunque no sé si habrá en la nevera, espera que mire... te bajo a buscar una cerveza, una gaseosa... ¡Olga! ¡Olga! ¡Ven, corre!... te hago un café, te...

—Agua, papá. Quiero agua.

Volvió mi voz y volvieron los buenos sueños. A veces soñaba con la ciudad de mi infancia. Los colores y las luces de entonces. Volviste a entrar en mis sueños. No te soñaba en Dargovis, no te soñaba mal. Siempre estuviste muy guapo en mis sueños. No sufrías, sonreías siempre. Te soñaba feliz, sin nada alrededor, sin historia, solo tú, feliz, sonriéndome. Me despertaba gritando muy fuerte, con toda la boca. Como una recién nacida. Volvió el llanto. Lloraba de pronto, sin pensar que iba a llorar. El llanto era más rápido que cualquier pensamiento. También lloraba a gritos, en mitad de la noche, en mitad de cualquier cosa, y el llanto sacudía todo mi cuerpo.

—Volverá —decía Oskar—. Volverá pronto, ya lo verás. Y volverá bien. No podrán con él. No hay quien pueda con él.

Comenzó a entrar algo de luz, luz de primavera cercana. Comencé a poder levantarme por mí misma, a comer por mí misma. Comenzó a haber mañanas y tardes y noches, y ventanas abiertas. Volvieron, en el centro del comedor, los primeros móviles de moscas.

Una de aquellas tardes, tía Olga me dijo, mientras cosía a mi lado:

—He estado hablando mucho con Oskar.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me gusta mucho este chico. Y Jan también, por lo que me ha contado. Me ha contado muchas cosas. Muchas historias. Y, sobre todo, lo que me imaginaba. Lo fundamental. Que te quiere muchísimo y que tú también le quieres, pero que no puedes vivir sin Jan.

Me quedé pensativa. Y aliviada. Lo fundamental cabía en una frase.

—Sí, eso es.

Cruzaban el cielo los primeros pájaros.

Volvimos al hospital para un reconocimiento. Primero fue una visita por semana, después cada quince días. Los médicos me dijeron que siguiera con la medicación y me recomendaron algo de ejercicio, paseos suaves.

—¿Sabes qué me gustaría? —le dije a Oskar—. Ir a pasear a Hoska, esta tarde. Comer naranja confitada, en la pastelería Barska.

—Eso queda muy lejos. Te han recomendado paseos ligeros.

—Mi padre podría llevarnos en el taxi. Ayer soñé con la calle Marai como la primera vez que la vi. La luz de...

—Klara...

—¿No te apetece acompañarme?

—La pastelería ya no existe.

—¿Cerró?

—Ni la pastelería ni la calle Marai. La echaron abajo.

—Cómo que la echaron abajo...

—El barrio entero, Klara. Remodelación, reconstrucción... La nueva Moira, como dice ese cabrón. En todo este tiempo han pasado muchas cosas.

Habían cortado los árboles de muchas calles. Dijeron que los plátanos tenían un virus que se los estaba comiendo por dentro y había que acabar con él de raíz. Los sustituyeron por farolas altísimas, muy modernas, como cuellos de dinosaurio. Luces de sodio, que teñían el cielo de un color de naranja podrida. Tía Olga decía que aquellas luces nuevas habían cambiado las caras

de la gente. Que parecían extraterrestres y que ella comenzaba a tener la sensación de estar en otro planeta. Yo sentí lo mismo.

Mientras yo entraba y salía del blanco, el país comenzó a irse al infierno. Mucha gente sigue sin comprender cómo pudo hundirse en tan poco tiempo.

Liliana lo explicó en pocas líneas en su libro *El fin de Moira*.

Transcribo:

Con mayoría absoluta en el congreso, el presidente SokelBrod liberó los precios, despejó de gravámenes la importación de bienes, congeló los salarios y anunció la privatización de todas las empresas estatales salvo las que guardaban directa vinculación con la defensa. Derogó la ley de inmigración del gobierno Modor y una legislación laboral sancionada a lo largo de medio siglo de luchas obreras. Rebajó en casi un ochenta por ciento el fondo nacional para el desempleo y redujo los haberes de jubilación. Recortó los programas de salud pública, cultura y educación. Anuló las preferencias impositivas y crediticias para las pequeñas y medianas empresas y, quizás lo más importante, hizo aprobar una ley de radicación de capitales que colocaba a los inversores extranjeros en las mismas condiciones que los nacionales.

Los primeros tiempos del mandato de Sokel-Brod fueron una fiesta de poderosos, un desfile de *starlettes* y empresarios. Prosperidad y grandes inversiones parecían ser la palabra clave. Grandes edificios, hoteles enormes, barrios residenciales con piscinas y campos de golf y mansiones idénticas, espacios cerrados, vigilados por policía privada. Para ello se arrasaron barrios enteros. Sokel-Brod nombró ministro de Obras Públicas a Adam Frantisek, uno de los mayores constructores de Moira. El arquitecto Abid Arbenz, cuñado de Frantisek, fue el encargado de la «reconstrucción».

Sokel-Brod colocó al doctor Drazen al frente del Ministerio de Bienestar Social. El doctor Drazen creó la Secretaría de Defensa Cultural. Es decir, la censura. Cada vez habría menos libros, menos películas, menos teatro.

Liliana dice en su libro que la implantación de la censura fue un gesto innecesario. La retirada de apoyos a la cultura primero y la inflación después bastaron para que los libros y las entradas de los espectáculos se convirtieran en artículos de lujo. Cuando desperté ya no existía la librería del viejo Fedak y donde antes estuvo el Metropol había ahora un banco.

Todo lo que conocíamos empezó a desaparecer de un día para otro.

Drazen dijo: «La acción de la censura es siempre ingrata, pero nuestro gobierno, resuelto a preservar a su pueblo de un arte desfigurado, no dudará en imponer sus criterios al respecto, cancelando permisos editoriales y licencias de exhibición cuando lo estime conveniente». El arte desfigurado incluía «todo aquello que atente contra la moral y las buenas costumbres. Escenas lascivas y reprobables, apología del delito, perniciosas influencias extranjeras. Potenciaremos, en cambio, nuestra música, leyendas y costumbres. El folclore patrio será objeto de especial atención».

Más adelante escribe Liliana:

Muchos bancos cambiaron de dueño. De un día para otro tenían nombres extranjeros. Muchas inversiones resultaron ser falsas. Recién llegados que abrían una fábrica, cobraban ayudas al desarrollo y volvían a su país. La fábrica, naturalmente, duraba poco tiempo. Hubo que comprar a muchos funcionarios. La corrupción se multiplicó. Cayó la moneda y la inflación llegó al 350 por ciento. Un café costaba 120 rupeks, la comida se agotaba en las tiendas, los medicamentos eran un lujo. Al final, los bancos privados ayudaron a sus mejores clientes a sacar todo el capital que quisieran. Millones y millones libres de impuestos, porque, por ley, no estaba prohibido retirar capitales del país.

Aún faltaba tiempo para llegar a eso. Pero no demasiado.

60. Primavera

El primer sol de mayo resbalaba en la vidriera del comedor. Era muy hermoso ver de nuevo aquella luz. Volví a trabajar, pero al llegar a casa, al mediodía, caía rendida y necesitaba dormir dos o tres horas.

Aquellas tardes comencé a escribir.

Decir escribir es decir mucho. Empecé a tomar notas. Escribía en trocitos de papel, servilletas. Me encontré escribiendo, digamos.

—¿Qué escribes? —me preguntó tía Olga.

—Las historias que me contabas cuando yo era pequeña. Y otras historias que tampoco quiero olvidar.

Volví a recuperar mi diario. Allí anotaría, sobre todo, cosas del mundo exterior. Conversaciones que escuchaba por la calle, en los cafés. Frases de periódicos, titulares. Atrapaba muchas cosas, mezcladas, sin saber muy bien para qué. Entonces todavía no lo sabía. Tampoco sabía que el canto se había acabado para mí. Empezaba otra etapa. Otra voz, hecha de muchas voces.

Otro coro. Volvió el deseo, como un pájaro.

Una tarde saqué el pie de entre las sábanas y mi pie se posó en el regazo de Oskar.

—Pero bueno...

—¿Hay alguien en casa?

—Tú estás loca.

—¿Hay alguien?

—No. Estamos solos.

—Como la primera vez, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—¿Tienes ganas?

—Me muero de ganas.

Aparté las sábanas de un manotazo. Me besó el pie y siguió subiendo.

Le abracé con los muslos. Volvían a tener fuerza.

Al acabar, Oskar dijo:

—Bueno, parece que llegó la primavera, ¿no?

En la plaza Babecka cantaba un pájaro, y su canto era como el sonido de una barra de hierro descorriendo un toldo listado. Habíamos bajado a dar un paseo con Oskar y a la vuelta nos encontramos a Stefan en el comedor, hablando con mi padre y con tía Olga. Stefan y mi tía bebían licor de ciruelas.

Supimos que algo bueno pasaba al ver sus caras.

—Te veo muy bien —dijo Stefan, abrazándome—. No hace falta ni decirlo. Pensaba encontrarte en el lecho del dolor y ya das pataditas.

—No tantas como yo quisiera —dije, dándole un beso—. Gracias por venir.

—Y lo que va a decirte el padre... —dijo tía Olga.

—Dale con el padre... Stefan.

—... lo que nos ha contado Stefan te va a animar mucho. A los dos.

—He visto a Jan —dijo—. He hablado con él.

—¿En Dargovis?

—No, en Jasny. Ahora está en Jasny.

—¿Y eso qué es? —me alarmé—. ¿Cómo está? ¿Pero no estaba en...?

—Déjale que lo cuente, hija —dijo mi padre.

—Jasny es el mejor sitio donde podía estar. Está bien atendido. Lo ha pasado muy mal, pero ahora empieza a estar bien.

Nos sentamos. La historia era complicada.

Stefan había ido en su Vespa hasta Dargovis. Varios viajes. No quiso decirnos nada para no darnos falsas esperanzas. Las primeras veces tuvo que volverse de vacío. Le dijeron que era imposible ver a Jan. Hizo averiguaciones. En Jasny, no lejos de Dargovis, había un hospital militar.

—Fíjate qué suerte —dijo mi padre—. Resulta que en Jasny...

—Llámale suerte o llámale la mano de Dios, Hektor —dijo Stefan.

—¡Los curas siempre barriendo para casa!

Se echaron a reír.

—¿Qué pasó en Jasny? —dijo Oskar.

—Que conocía al padre Kilian, el capellán castrense de Jasny. Había sido uno de mis profesores en el seminario. Ahora es el capitán Kilian, pero sigue siendo un tipo estupendo. Está de nuestro lado.

Luego viajó a Sarkel y habló con el antiguo médico del reformatorio.

—El doctor Jacobi. Apreciaba mucho a Jan.

—Falsificaron su expediente —dijo mi padre, orgullosísimo.

Mejor: escribieron un nuevo expediente, donde se decía que Jan padecía esquizofrenia y había sufrido varios ataques, con estallidos de violencia irracional y pérdida de la conciencia.

Con el falso expediente en la mano volvió a Jasny, habló con el capellán y le dijo que se había cometido un tremendo error y que el soldado Bielski no podía ser juzgado por un tribunal militar.

—Ahora es cuestión de semanas —dijo Stefan—. Ahora hay, por fin, una puerta abierta, y es una puerta segura. Yo tengo mucha esperanza en eso. El padre Kilian pidió el traslado de Jan al pabellón psiquiátrico de Jasny y lo consiguió. Está convencido de que le soltarán por enajenación mental.

»Ayer volví al reformatorio. Jacobi ha enviado un escrito solicitando el licenciamiento. Ahí les dice que Jan nunca debió ingresar en el ejército con ese historial médico y que quedará bajo su tutela en el reformatorio. Jan sabe todo esto. Pude hablar con él, a solas, y le dije que tenía que hacer un poco de comedia, fingir un poco por si ha de pasar un último reconocimiento, pero Kilian dice que no lo cree, que ya se ocupará él de apoyar toda la historia. ¿Qué os parece?

—Un día —dijo mi padre— me tienes que contar cómo alguien como tú se metió a cura.

—¿Te crearás —dijo Stefan— que nunca me han hecho esa pregunta?

61. La familia

Abro los ojos y estás a mi lado, en la habitación, mirándome dormir.

Un domingo, al anochecer.

Yo había pasado una mala noche, había tomado pastillas y llevaba durmiendo desde el mediodía. No quisiste que me despertaran. No quisiste, sobre todo, un reencuentro en el comedor, delante de todos. Nunca te gustaron esas cosas.

En el comedor están mi padre y Olga, Stefan y Oskar.

Pediste entrar en mi habitación y quedarte allí, mirándome, esperando, haciéndome compañía. Sentado, como en el sillón verde de Varenka.

Como si nunca te hubieras movido de allí.

Me tomas la mano.

Cuando me despierto pienso por unos momentos, claro está, que es un sueño.

Estás muy flaco. Rapado. Los hombros hundidos.

Me abrazo a ti como el hierro a un imán.

Mis labios secos buscan tus labios, estrechos y finos. El tendón del cuello, vibrante, y las pecas que siguen ahí, como una constelación inmutable.

—He estado hablando con tu padre y tu tía —dices—. Muy buena gente. Me han contado todo.

Te abrazo y te aparto, como un imán aparta a otro imán.

No sé lo que estoy sintiendo. Estoy feliz, mareada de pura felicidad, estoy furiosa contigo y con ellos, por no haberme avisado, por no haberme dado tiempo a prepararme, a lavarme y perfumarme y...

Tapas mi boca con un beso.

—Es mejor así —dices.

Sigues oliendo igual. Aquel olor a almendras y vino dulce.

—Sigues oliendo igual —dices, en el mismo instante en el que siento tu olor.

Sujetas mi cara con tus manos como si fueras a bebértela.

Entonces, justo antes de la cascada de besos, suenan tres golpes en la puerta, y la voz de tía Olga, rápida, desde afuera, sin abrir:

—Nos vamos al restaurante de la plaza. Esto hay que celebrarlo. Os esperamos allí —y poco más tarde se cierra la puerta del piso.

Comprendemos al mismo tiempo. Nos han dejado solos.

—Tu tía es una maravilla.

Sonríes. Veo por primera vez tus dientes rotos, machacados. Rompo a llorar en tus brazos.

—Qué te han hecho, amor mío, qué te han hecho...

Nos abrazamos como si temiéramos rompernos.

Los globos blancos y azules del restaurante, la claridad difusa, la sala reformada, la viuda Mersich más guapa que nunca con el cabello teñido de negro, moviéndose entre las mesas como una bailarina coja, como si hubiera nacido así. Kolya en el fondo de sus ojos, limpiando la casa o simplemente echado en la cama, esperando su vuelta. Misterios del amor.

La mesa redonda, al fondo, en el reservado. Los brazos que se agitan, saludándonos. La primera botella ya boca abajo en el cubo de metal.

Mi padre con su traje color canela, tía Olga con el vestido negro de lunares y una rosa de tela blanca prendida en el escote.

Los reflejos de las luces en el espejo nuevo, en el nácar rojo del acordeón que toca *Krystinka*, el brillo de todo, las escamas del pescado, los manteles blancos, los cubiertos que parecen de plata, las copas que se levantan, nuestros ojos entrecerrados, una misma sonrisa en el rostro de mi padre y de Olga y de Oskar y de Stefan, una sonrisa que se instala en nuestros rostros como la primavera en todos los árboles que ya no existen.

Quietos todos. Quieto todo. Un momento. Ya está.

Una foto de familia. Mi familia.

CUARTA PARTE

La ciudad incendiada

62. El pozo

Nunca quisiste hablar de lo que había pasado en Dargovis.

Dijiste:

—Todo este tiempo no ha sucedido. Tú has estado en blanco, yo he estado en blanco. Se acabó, no volveremos a hablar de eso.

A veces podías ser tan niño... Por supuesto que había pasado. Bastaba ver las huellas, dentro y fuera de nosotros. En las líneas de tu cara, en la ciudad, en Moira entera. Todo había cambiado. Yo no volví a cantar, se acabó para mí.

Tú no volviste a ser el mismo. ¿Dónde fue a parar el brillo de tus ojos? Ahora había en ellos una ferocidad que antes no tenías. Ferocidad, deriva... Intentabas disimular, pero bastaba mirarte, y escuchar el rugido de aquellos nuevos silencios ocupando el lugar de la antigua calma.

O mirarte las manos. En mitad de una conversación, de un paseo, te quedabas ausente, intentabas sonreír, fingir interés, pero los nudillos se te ponían blancos de furia.

Entonces te dabas cuenta y hundías los puños en los bolsillos.

Dargovis fue un pozo. De un pozo solo se puede salir muerto o transformado. No moriste en Dargovis. No pudieron matarte. Todo lo contrario: mataron tu miedo a la muerte, como pronto se vería. Quizás no lo sabías aún. Uno siempre tarda en acostumbrarse a un nuevo estado. Así deben volver los hombres de la guerra. Con la mirada fría y los puños blancos en los bolsillos.

¿Cuándo empezaste a cambiar, a dejarnos atrás? Oskar decía que tenías la atracción por el peligro, por lo prohibido, que solo tienen los católicos.

Como una bala que necesita ser disparada.

Volviste a la fábrica. Follábamos como si el mundo fuera a acabarse, y otras veces, como si se hubiera acabado ya, y ambas cosas eran ciertas.

Vagabas. Bebías mucho. Empezaste o volviste a beber mucho.

Oskar decía que Pavel tenía la culpa de eso.

Luego le echó la culpa de demasiadas cosas.

63. Encuentro con los Dracos

Oskar, Liliana y yo estábamos en el Fussli, esperándote, como siempre, pero tardabas más que de costumbre. Liliana hablaba de una gran huelga inminente: «Quieren cerrar los astilleros, reconvertirlos. Skazall no quiere negociar nada, ni un solo despido, y las Plataformas solo esperan una orden suya para tomar Damia. Skazall y Hecker son, según las últimas informaciones, los nuevos hombres fuertes de la izquierda. Modor está fuera de juego». Eso no era ningún secreto. Daba pena ver a Modor en sus fugaces apariciones por televisión, entrando o saliendo de la sede del partido, encorvado, la cabeza baja, esquivando cámaras y micrófonos, como si hubiera vuelto a la clandestinidad, siempre de camino a alguna reunión, sin querer hacer declaraciones, viejo, como si le hubieran echado veinte años encima, como un buey atontado por una maza, incapaz de comprender.

Le habían echado, le habían barrido, había tragado el plato frío de las elecciones, pero el veneno seguía en su estómago, sin digerir.

Plataformas y Juventudes, sindicatos y estudiantes, parecían entonces la única fuerza posible, los únicos que habían reaccionado a las embestidas de Sokel-Brod y el nuevo gobierno. Las universidades habían pasado a depender del Ministerio del Interior. La policía había entrado a caballo en Filosofía y fue recibida a pedradas. Hubo muchos detenidos y una gran manifestación que cortó el puente Bratunac. En las facultades, la fuerza estaba repartida entre Juventudes y Palabra Obrera. Comenzaba a emerger entonces el MPN, la Milicia Popular Nemequista, un grupúsculo del que nadie había oído hablar.

Su tarjeta de presentación había sido una bomba que decapitó la estatua de Stanislas el Libertador, a la que siguió un comunicado en el que se declaraban seguidores del «auténtico libertador de Moira», del que tampoco nadie salvo ellos parecía acordarse, el líder campesino Jaromil Nemeck, rebelde al papa, al rey y al emperador, que antes de morir en la hoguera en

1419 acaudilló una partida que defenestró al burgomaestre y a sus consejeros, aboliendo la servidumbre y los diezmos.

Y luego estaba gente como los Quién. Gente sin ideología definida ni objetivos claros, gente sin partido, sin consignas, sin bandera, siempre dispuestos a echar gasolina en cualquier fuego.

Gente como Pavel y Rudy.

Ha empezado a llover, una lluvia fresca que en pocos minutos llena la calle de hojas y pétalos, y al fin llegáis vosotros, tambaleantes, empapados. Ya empieza a haber un vosotros. Oskar es el primero en levantarse de golpe, y luego yo al ver vuestras caras, cejas y bocas partidas, pómulos raspados, narices aplastadas, todo un espectáculo. Los tres nos ponemos de pie. No entendemos nada. Estáis sonriendo. Os falta el aire, casi no podéis hablar, tenéis sangre por todas partes, pero sonreís como perros felices.

—¿Pero qué ha pasado? —dice Oskar—. ¿Os ha atropellado un camión?

—No es nada, no es nada —dices, jadeando—. Una pelea.

—Una pelea sensacional, como las de antes —dice Pavel.

Un tipo ancho, cuadrado, tripón. Melena rubia, ya con algunas hebras blancas, hasta los hombros. Llega con el que sería su uniforme habitual: boina negra (torcida, manchada de barro), camisa verde, militar (manchada de barro y sangre). De desertor, decía. Pañuelo negro, anudado al cuello. Y aquellas gafas ovaladas, con aros de metal (un vidrio roto, el puente torcido, como una bicicleta despeñada) que le daban un aire a John Lennon, y lo sabía, y lo aprovechaba. Un cruce entre Lennon y Depardieu.

—Una pelea buena buena buena de verdad, como las de la taberna de la isla —dice Rudy.

—*La taberna de Donovan* —traduce Pavel.

—Ah —dice Oskar.

—Esa, esa —dice Rudy.

No era fácil mirar a Rudy. Su cara, de niño o de hurón, parecía una foto movida, superpoblada de tics, zambullida en un acelerador de partículas.

Lo único inmóvil en aquella cabeza era el mechón de pelo tieso, alzado en copete, como el de Tintín. La nariz se arrugaba veinte veces por minuto,

los ojos se achicaban como si contra ellos soplaran arena, la rodilla golpeaba bajo la mesa como un telégrafo.

—Pero a quién se le ocurre —dice Oskar—. Si no hace cuatro días...

—Tranquilo, hermano —dices—. Estamos bien. Peor están ellos.

—Aún corren los «dracos», ¿eh, Gordo? —ríe Rudy.

Rudy tenía un idioma propio, pero no era complicado.

Pavel era el Gordo. Un bar era un «covo». Beber era «drincar». Un compañero era un «chapo». Una compañera era una «luba». Un hijo de puta era un «draco».

Un «floro» era un *hippie*. Un «ruki» era un desgraciado, un pobre diablo.

Un «peste» era cualquier representante del orden.

«Puntar» era aplastar a un peste o a un draco.

Haces las presentaciones. Te cuesta respirar. Pareces más flaco y más furioso que nunca, a punto de caer roto en pedazos, pero exhalas una rara felicidad que hasta entonces no había asomado.

—Aquí Pavel, aquí Rudy. Lo que se llama un encuentro afortunado —dices—. Dos amigos para siempre. Klara y Oskar, mis hermanos del alma. Liliana, amiga y periodista, de las de verdad.

Entonces llega aquel camarero idiota, de cabeza de bombilla, casi dando saltitos, aterrado por vuestro aspecto, y dice que nos vayamos a otro lado, que por favor, que no quiere líos.

—Somos clientes —dice Liliana, como si él no lo supiera.

Pavel dice algo así como que aquí no hay ningún lío, que el lío está afuera, suelto, permitido, apoyado, pero que por hoy ha terminado, y que dónde está el lavabo. El camarero hace un patético intento de cortarle el paso.

—¿Nos vas a negar un poco de agua para lavarnos, compañero?

—Si no consumen...

—¿Consumen? ¿Se dice así, ahora?

Pavel mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón y planta un billete arrugado ante las narices del camarero. Diez mil rupeks.

—Trae una botella de champán —dice.

—Eso es. Muy bien —dice Rudy.

Cabeza de Bombilla mira el billete al trasluz. Es auténtico.

Construye, con gran dificultad, una sonrisita flácida.

—¿Alguna marca en especial, señor?

—Kreutzberg Cristal. Muy frío. ¿El lavabo?

Los Alegres, cuenta Pavel, estaban apaleando a un mendigo.

—Recogía cartones detrás de los almacenes Bradsen, en el callejón —dices.

—Un ruki viejo viejo —dice Rudy—. Le tenían cagado en el suelo, temblando, con los ojos cerrados, se tapaba así la cara.

—Gentuza asquerosa —dice Oskar.

—Le hubieran matado —dice Rudy—, si Bielski no llega a ir a por ellos.

Pavel y Rudy siempre te llamaron Bielski, como si fuerais compañeros de colegio. O compañeros de guerra.

—Y si vosotros no hubierais pasado por allí en ese momento —dices.

—Seis contra uno —dice Pavel—. ¿Dónde se ha visto?

—La gente —dice Rudy—, parada en la esquina. Mirando como pavos y sin mover un dedo.

—No estás tú tampoco para mover muchos dedos —dice Oskar, como una madre tratando de ocultar su orgullo.

—Pues nadie lo diría. Cuando llegamos ya había tumbado a dos a puñetazo limpio —ríe Pavel, despeinándose.

Veo tus manos sobre la mesa, con los nudillos despellejados.

Eso es lo que hacen tus puños cuando salen de los bolsillos.

—Dándoles bien —dice Rudy—. Pero solo no hubiera podido. Qué bueno ha sido. Pavel coge a dos dracos y les choca las cabezas, ¿no?, como en la de los vikingos. Yo voy directo a los huevos de otro, y luego con la cañería.

—¿Qué cañería? —pregunta Liliana.

—Un plomo, así grande, luba, en el suelo, como esperándome. Bielski se distrae con nosotros, nada, un segundo o dos, y le pegan una patada en la cara, así de lado, pero fuerte.

—Llevan botas militares esos hijos de mil putas —dice Pavel.

—¿Para eso te arreglaste los dientes? —digo yo.

Todos reímos, y Rudy más que nadie, con una especie de cloqueo que no se acaba.

—Los dientes están bien —dices—. Me dieron en la oreja. Creo. Lo curioso es que no me duele.

—Porque todavía estamos calientes —dice Pavel—. Al acabar una pelea nunca duele. Empieza a doler por la noche. O al día siguiente.

—Estáis locos —dice Oskar—. Vamos a urgencias ahora mismo.

—No, estamos bien —dice Pavel—. No hay nada roto.

—Nada roto, chapo —repite Rudy.

—¿Y no vais a denunciarles? —dice Liliana.

Pavel suelta una carcajada.

—¿En qué mundo vives, periodista? No hay que denunciarles. Hay que aplastarles.

Llega el camarero, con la botella de champán en una cubitera.

Rudy se lanza sobre ella y trata de descorcharla.

Todos encogemos un poco las cabezas, procurando que no se note.

—Somos los súbditos del instante —brinda Pavel—, y el instante nos obliga a avanzar.

—¿Qué es eso? —dice Liliana—, ¿una canción?

—Shakespeare —dice Pavel—. *Enrique IV*, primera parte.

El tapón suena como un disparo.

64. Pavel y Rudy

Pavel se autodefinía como «un campeón del alcohol». Decía que esa era su principal ocupación. Bebía de la mañana a la noche, siempre cervezas, a veces algún aguardiente, a veces otra cosa, pero nunca parecía borracho.

Pavel decía palabras que yo nunca había oído en boca de nadie.

Situacionistas. Consejistas. Espartaquistas. Libertarios.

Podía hablar durante horas, seguido, sin notas, sin vacilaciones, en un tono neutro, casi hipnótico, encadenando citas y «datos objetivos» con llamadas a una revuelta (nunca decía revolución, sino revuelta) que en su boca sonaba tan lógica e inexorable como una fórmula matemática.

Hablaba de cosas que solo él parecía conocer, como si las hubiera vivido todas. Los soviets de Petrogrado. El Räte de Berlín. Las colectivizaciones anarquistas de Aragón. Barcelona, la rosa de fuego. La Comuna de París, cuando apedrearon los relojes de todos los campanarios para parar el tiempo.

Odiaba a Sokel-Brod, por supuesto, era el principal enemigo a abatir, el SuperDraco y el Gran Pestazo, como decía Rudy, pero Pavel escupía también sobre toda la izquierda: modoristas, obreristas, cualquier grupo organizado, con militancia y disciplina y obediencia, y de todos ellos, a quien más despreciaba era a los nemecistas.

—Esos son todavía más santitos que Modor —decía—. No beben, no fuman, seguro que todos son castos y practican la abstinencia. Castigan «por deslealtad» a todos los que tengan «relaciones sexuales al margen de la pareja constituida». ¿Te lo puedes creer? Está escrito aquí, en lo que llaman sus estatutos de combate. No son militantes, son militares. ¿Sabes que todos se llaman «compañero aspirante», «compañero sargento», «compañero teniente»?

Nadie sabía muy bien de qué vivía Pavel.

—Es un hijo de papá que juega a revolucionario —decía Oskar.

Su apellido hacía pensar en un vínculo con los Kovac, una de las cien familias, pero él decía que no, que ellos eran Kovac y él Kovach, aunque sus maneras y sus gustos eran de rico, bien educado y bien leído. Estudiaba Ciencias Políticas, o por lo menos estaba matriculado en la facultad. Vivía en manada en una finca ruinoso, pegada al canal de Holoubek, donde acababa el barrio de Lustig, entre huertos y desmontes. Había manchas de humedad por todos lados. El agua del canal lamía las paredes. Allá donde podía lamer, porque ellos tiraron varios muros, o cayeron solos, y la finca quedó convertida en una especie de gran nave, como un almacén de saldos, con las supuestas habitaciones de cada uno separadas por armarios enormes y biombos antiguos, encontrados en la calle, y telas gruesas, de colores vivos, colgadas del techo. Había muchas velas en los rincones, carteles de conciertos o anuncios de posguerra, discos apilados en cajas de fruta, olor a colillas frías y calcetines sudados.

La manada eran seis, ocho, nunca más de diez, estudiantes, dibujantes de cómic (entonces se escribía con x, a la americana), músicos, aprendices de actores, poetas y poetisas, tipos sin oficio adivinable.

Y Rudy que iba y venía, como los perros de la casa. Rudy era algo así como el escudero de Pavel desde que metieron juntos un cerdo, un lechón negro, en el despacho del rector.

—¿De dónde sacasteis el cerdo?

—Lo difícil no fue sacarlo, fue meterlo —dijo Pavel.

—En serio, venga.

—¿En serio? Rudy consigue cualquier cosa, ¿verdad? —dijo Pavel.

—Yo saco y él mete —dijo Rudy—. Aunque a veces metemos los dos. Perdona, lubita. No quería faltar, es una broma.

Liliana no podía ni verles.

—El Gordo es un pedante que solo habla para escucharse. Viste como un guerrillero de tebeo, pero siempre tiene dinero en el bolsillo. Y el enano está para encerrar. Ríe por todo como un idiota, va ciego todo el día. ¿Qué ha leído, qué sabe, qué tiene en la cabeza? Cervezas, pastillas y tebeos. ¿Y lo que dice? Si ni él mismo se entiende.

Rudy tenía una moto, un ciclomotor comatoso, pero se lo vendió porque decía que entre un bar y otro se arruinaba en cervezas.

—Voy a un covo, drinco, cojo la moto y se me va, me evaporo. A los covos hay que ir pateando.

Luego descubrió el Equanil y las dexedrinas, que entonces eran muy baratas y se podían conseguir sin receta.

—Es como estar dentro de un bombillo, luba. Soy la electricidad que va de un lado a otro. Todo tú y tu pelota, un toque, y ya eres el hilo del bombillo, el de dentro, el que hace uves.

—El filamento, Rudy.

—Eso quería decir, luba.

A mí me divertían sus locuras, la forma que tenía de contar las cosas, su risa. Y aquel coraje, con su metro y medio. No hacía falta preguntar por qué le llamaban Rudy el Loco. En las manifestaciones estaba siempre en primerísima fila, en la línea de tiro de las balas de goma.

—Me planto justo delante de los dracos, luba —decía—. Me quedo quieto, firme, y la bala nunca te da, pruébalo un día. La bala nunca da si te apuntan. El viento que mueve la desvía. Te puede pasar rozando, nada más.

—No se puede confiar en gente así —insistía Liliana—, solo sirven para echarte a la policía encima. Es la agitación por la agitación, es tan infantil, tan...

Liliana era estupenda, pero tenía muy poco sentido del humor.

—Pero es que todo esto es muy serio, no se pueden hacer las cosas así, no se puede ir por la vida como si fuera una fiesta de instituto. Los Quién, menuda cosa. Fantásticos para meter cerdos en despachos y romper por romper.

—Y también para lanzarse de cabeza contra los Alegres —dije—, y evitar que se cargaran a un viejo, y de paso a Jan.

Ahí Liliana tuvo que callarse.

—¿De dónde salió eso de los Quién?

—¿Eso? Imaginaciones del Gordo. Fue una acción contra... ¿contra qué era?

—Contra la subida de tasas, Rudy.

—Es verdad. Vaya sorpresa se llevaron. Les puntamos bien, ¿eh? Se olían que se preparaba algo, se olían una huelga o una sentada, cosas de flores, pero el Gordo tuvo la idea de la cinta y convenció al de los altavoces.

—Espera, espera un momento. ¿Qué cinta, qué...?

—Por los altavoces cagaban cada mañana la mierda del himno y nosotros lo cambiamos y metimos *No nos volveréis a liar*, la de los Who.

»*Won't Get Fooled Again*. La música empezó a volver loco a todo el mundo, no hubo que decir nada, aquello fue lo mejor, que no hizo falta, y lo montamos nosotros, nosotros solos, el Gordo y yo y tres o cuatro chapos más. De repente corrían todos rompiendo ventanas con palos, tirando las mesas por las escaleras, sin órdenes, ¿entiendes, luba?, cada uno sabía lo que tenía que hacer, y también entramos en donde el Pestazo Jefe y echamos todas las fichas por las ventanas como si fueran confeti. No había forma de pararlo, luba, no podían parar nada, no sabían cómo había empezado ni cómo terminaría, no podían parar la música porque era una cinta que no se acababa y la puerta estaba atrancada con maderas, iban de un lado a otro y no nos pillaron, no pillaron a nadie, y al día siguiente el Pestazo preguntó “¿Quién ha hecho esto?”, y el Gordo tuvo la idea de firmar el mensaje como los Quién. Los Who, los Quién, ahí lo tienes.

Pavel decía que los Quién era pasado, juegos de niños, que había que hacer otra cosa. Quería crear un grupo autónomo de combate, de acción directa.

Un grupo de verdad, en el que no habría militancia, decía, sino afinidades, deseos inmediatos y furiosos.

En la pared de su habitación, sobre el ladrillo desnudo, había un lema en latín: IN GIRUM IMUS NOCTE ET CONSUMIMUR IGNI.

—Es un palíndromo —dijo—. Se puede leer del mismo modo en ambos sentidos.

—Ya sé lo que es un palíndromo, Pavel.

—¿Y también sabes latín? ¿Sabes qué quiere decir, niña lista?

«Giramos en círculo en la noche y somos consumidos por el fuego.»
Escribiría: «La antigua frase que fue construida letra a letra como un

laberinto del que jamás se puede salir, de un modo que relaciona perfectamente la forma y el sentido de la perdición».

¿Dónde estaba en Pavel, tan amante del trago y la buena mesa, siempre riendo, siempre con dinero en el bolsillo, el sentido de la perdición, si ya no podía caberle nada más en el cuerpo?

—Es palabrería —decía Oskar—. Palabrería altiva, que es la peor. En realidad, Pavel desprecia a la gente. Al pueblo, como dice él. Desprecia a todo el mundo, se cree un aristócrata. Se cree superior, y el resto, irrecuperable.

Por aquella época, Pavel y Jan hicieron una revista. Eso empezó a separarle de Oskar. Jan pasaba mucho tiempo con Pavel, por ahí, de bar en bar, y luego en la casa del canal, preparando la revista y luego repartiéndola. Parecía una tontería, pero llevaba bastante trabajo. Yo ayudé también, escribí algunas cosas, repiqué otras, repartí por bares y facultades, y aquello no le gustó demasiado a Oskar. No es que yo fuera mucho por la casa del canal, Jan y yo follamos allí una o dos veces, no más, porque siempre había demasiada gente entrando y saliendo y metiendo ruido, y tampoco me gustaba el olor que había, pero de algún modo empezamos a distanciarnos, se formaron bandos que no me atrevería a llamar políticos, aunque algo o mucho había de eso, a un lado Oskar y Liliana, al otro Jan y yo y Pavel y Rudy y los Quién que fueron llegando, que se fueron sumando, y aquello no era sino una reproducción de lo que estaba pasando en todas partes, todo Moira repartiéndose en bandos y subbandos y grupos y otros grupos más pequeños, como moléculas que se acercaban y se repelían por leyes que escapaban a la física elemental.

La revista se llamaba *Nada*, y casi hacía honor a su nombre, porque eran unas pocas hojas ciclostiladas, con textos, poemas, fotos, historietas, conversaciones atrapadas al azar, algunas noticias. Textos propios y ajenos, robados. Devorados, decía Pavel. No había firmas. Era difícil, y sigue siéndolo, averiguar quién había escrito qué.

Hojas ciclostiladas, tazas con restos de café y jugo de colillas, bares del amanecer, olor a café quemado mezclado con olor a lejía y desinfectante.

Solo aparecieron, creo recordar, tres números.

Tuvo mucho éxito en las facultades, se las quitaban de las manos.

Es un buen material para historiadores. En ella pueden rastrearse los, digamos, fundamentos ideológicos de los Compañeros de la Noche. Anoté algunas frases:

No hay nada que esperar. Hay que hacer, no esperar.

Anudar las líneas subterráneas.

Crear una oscura conspiración de exigencias ilimitadas.

No tenemos ninguna oportunidad: aprovechémosla.

65. Música

Oh, claro que Modor había hecho muchas cosas buenas, quién podía negarlo.

O mejor dicho: *Quién* podía negarlo. Parece un bobo juego de palabras, pero quizás esconda la clave de una verdad que escapó a la razón. Porque las «razones objetivas», querida Liliana, acabaron por no servir frente al recuerdo de la Malibrán arrastrándose desnuda para huir de las llamas, ni ante aquella alegría arrancada a golpes de su rostro, vaciada, y su cuerpo transformado en el del señor Sleyen. No servían contra la voz metálica del teniente Voudzoy, contra la voz babosa del doctor Drazen, contra todas aquellas voces encorbatadas cantando *Revolution*. Contra la boda de Grazina, contra la piqueta que estaba acabando con todo, contra la luz de sodio, contra toda aquella mierda.

No fue una época de razones. Fue una época de proclamas absurdas, viejos juramentos, maldiciones olvidadas, deseos ocultos.

¿Creía yo en todo aquello? ¿Creía en *Nada*? No sabría decirlo.

Era desmesurado, injusto, contradictorio, a ratos confuso, a ratos solemne, pero tenía fuerza. Y una vitalidad rabiosa.

Aquello era una canción. Irresistible. Irracional. Irreductible.

Como *Won't Get Fooled Again*.

Digamos que no creía en la letra sino en la música. Una música nueva para mis oídos, que llegó cuando más la necesitaba.

La música es la más profunda piel de todas las revueltas. Nadie que no ame seriamente la música podrá entender jamás lo que intento decir. En este cuento hay una canción robada a los niños y una canción infantil que hace saltar todo por los aires.

Muchos años después volví a escuchar *Won't Get Fooled Again* y volví a ver a Rudy. Con el tiempo, Rudy tuvo que empezar a tomar somníferos, cada vez más, porque las anfetaminas le habían matado el sueño, y entonces ya dejó de ser definitivamente de fiar. No recordaba las cosas ni las citas o las recordaba demasiado, a deshoras y en voz muy alta, no sabía con quién hablaba ni dónde estaba, no podía sostener un arma, aparecía tirado en cualquier parte, boca abajo y con los ojos cubiertos por un trapo porque no soportaba la luz. La música se aceleró y reventó su cabeza. La música le hizo perder la razón, diría Liliana, y también sería cierto, pero yo quiero recordarle con esa banda sonora, firme frente a las balas de goma, lanzándose contra cualquier draco, con el copete en punta y aquella gabardina clara que le llegaba hasta los pies y que se compró porque decía que era como las de *Grupo salvaje*, aquella gabardina que fue su sudario, aquella canción que fue su himno de guerra, un inequívoco himno de aquel tiempo, combativo y descreído a la vez. Un himno por el presente.

Escucha la música.

Arranca con un órgano avanzando como el eco de una ametralladora cada vez más próxima, sobreviene luego un golpe de guitarra como un tajo o un derrumbamiento de piedras, como si Pete Townsend golpeará en el lomo de una montaña con el canto de la mano, y empiezan a estallar todos los cristales del mundo antiguo a cámara lenta, aquello sucede, aquello está sucediendo, y todos bailamos como ratas enloquecidas, y la música escupe una exigencia alegre y urgente, abriéndose paso entre todas las voces inicuas del mundo hasta llegar al centro de la plaza, de cualquier plaza, para proclamar: «Mi día es el día de hoy. No nos volverán a engañar».

66. Hektor y Jan

Mientras yo estuve en el blanco, mi padre redescubrió el terrado y pasó muchas tardes limpiándolo hasta convertirlo en su nuevo cuarto de juegos, nuestro jardín privado, nuestra dacha de verano, decía, porque se había acabado la casita de Damia: tras la huelga de los astilleros, era una zona tomada, con policías por todas partes. Tía Olga estaba asombrada.

O lo parecía, «porque con tu padre —dijo— una ya no se asombra de nada».

Mi padre llenó el terrado de macetas y las pintó de colores, azules y rojas, macetas con clivias y geranios que regaba cada día, a primera hora o al atardecer. Plantó una parra que durante mi blanco creció como un toldo verde entre el cobertizo y los tendedores. Vacío el viejo cobertizo, llevó allí sus papeles, aquellos papeles que no miraba desde hacía siglos, que se pudrían amontonados en su despacho, y herramientas para trabajar la madera, hizo una mesa, grande, sólida, pasaba allí muchas horas, incluso dormía allí, en su hamaca, cuando el calor se hacía insoportable.

Yo todavía tenía que dormir por las tardes, al menos un par de horas. Luego llegabas tú, muchas veces sin avisar, yo reconocía tus pasos, subiendo de dos en dos los escalones, y caías en mi cama, en mis brazos.

La primera vez no hubo nada. Mi padre te abrió la puerta, te puso una mano en el hombro, pasasteis al comedor. Quería preguntarte tu opinión sobre algo, algo que era todo, todo lo que estaba pasando, y así comenzasteis a hablar y hablar, sobre todo él. La segunda vez llegaste y te guiñó un ojo y dijo: «Voy a la dacha, nos vemos luego», y nos dejó maravillosamente solos.

Muchas de aquellas tardes, después de follar, tú decías:

—Vamos un rato a ver al Conde.

Aquel verano, mi padre se instaló en la dacha porque le machacaron la pierna y no quería ir subiendo y bajando. «He perdido la práctica, hija, ya ves», se reía, pero le dolía mucho. Yo quería que fuéramos los tres juntos. «Tú te quedas en la cama —dijo—, que aún no estás para estas historias.» Fue la primera gran manifestación unitaria contra el gobierno de Sokel-Brod, convocada por Juventudes, Alianza, el PSD, Línea y Plataformas: el Frente en pleno, reagrupado para la ocasión, avanzando, se dijo, codo con codo.

La marcha tenía que comenzar en la plaza Vilna, recorrería el bulevar Meysenburg y acabaría en la plaza del Congreso. Iba a ser una gran demostración de fuerza.

Las voces de los megáfonos decían:

«Os esperamos a todos, militantes y ciudadanos. Los parados y los que no llegáis a fin de mes, los que se han quedado sin casa y los que no la han tenido nunca».

En el cruce de Meysenburg y Bryk, contaba mi padre, apareció la contramanifestación, los Alegres en pleno, bajo una gran pancarta que decía ORDEN ES PAZ. «Y los polis ya estaban esperando justo en la esquina siguiente, a la altura de la plaza Sweda. ¿Qué casualidad, no? Se nos echaron encima, cargaron a menos de cien metros de nosotros, los muy cabrones. Todo preparadísimo.»

Al día siguiente, Drazen aplaudió «el operativo de las fuerzas del orden por su autocontrol ejemplar, unido a una preparación fuera de lo común».

Hubo doscientos detenidos.

Mi padre reverdeció a tu lado. Como si de repente, después de tanto tiempo, le hubiera llegado un hijo, un hijo hecho, completo. Un igual, nada que ver con Kolya. Bastaba veros juntos. Contigo hablaba como nunca me habló. Desempolvaba sus viejos papeles, te dejaba libros. Recuperaba el fuego de las antiguas batallas. Yo me apartaba, un poco. Historias de hombres, de camaradas. «¿Un cigarrillo, una ginebrita?» Un tubo galvanizado, dice, con dos roscas en las puntas. Baja la voz, como si el terrado estuviera rodeado de policías. «Lo rellenábamos de pólvora casera y papel metálico, de ese que hay en los paquetes de tabaco, este, este mismo, sí, y luego ácido sulfúrico y

carbonato de potasa, te lo puedes creer, como el que se usa para el dolor de garganta.» Tú te echabas a reír, yo jugaba un poco a escandalizarme, bajaba a preparar la cena y luego cenábamos juntos, los tres, a veces también tía Olga, en la mesa que olía a madera nueva, recién cortada y pulida, aquella mesa de la que se sentía tan orgulloso, mientras la luz de la tarde se tensaba sobre nuestras cabezas como una carpa azul y rosada, frenando la llegada de la noche.

Os veo a los dos, a mi padre y a ti, juntos, frente a frente, él en la hamaca con la pierna extendida sobre un taburete y tú en la silla de mimbre, tantos atardeceres de aquel verano, nuestro último verano juntos, el último verano de Oskar en París, su último trimestre, como decía, y vosotros dos hablando de Ratko, del comisario Janson, de la impunidad de los Alegres.

Habían nombrado a Ratko ministro de Interior. El general Dragan Ratko. Ojos azul acero, cabello rubio al rape, uniforme impecable, hablar lento y pausado. Todo un caballero. Un verdadero soldado. Más que eso: «un aristócrata de la milicia». Y, por descontado, un patriota, «de los de antes», eso decía Sokel, esas cosas repitieron sus periódicos, que ahora eran casi todos excepto *La Jornada*. Moral intachable, «por encima del juego de partidos e intereses». ¿Qué más? Un hombre estoico, también. Un deportista. Campeón de halterofilia. Jugaba todas las semanas a tenis con Sokel, a primerísima hora de la mañana. Rechazaba los colchones, dormía en el suelo, sobre una tabla. Otro dato a retener: pertenecía al Culto Neopentecostal del doctor Drazen.

Tras la huelga de los astilleros y los «desórdenes organizados», Ratko puso al comisario Janson al frente de la recién creada Unidad Antisubversiva. Janson estaba a punto de jubilarse, pero aceptó el cargo por «lealtad». Y para poner «sus muchos conocimientos al servicio del nuevo orden».

—Cuando le conocimos —decía mi padre—, y te aseguro que le conocimos muy bien, era inspector, y ya era un hijo de mil putas. Con Modor cayó en desgracia, le arrinconaron, le medio retiraron, se dedicó a criar perros, perros policía, por supuesto, perros como él, en una granja, en el

norte. Y ahí le tienes de nuevo. Bicho malo nunca muere. Cuidado, mucho cuidado con ese pájaro.

Se decía que Janson estaba en el punto de mira de «los exaltados», del MPN y del sector más radical de las Plataformas, desde que Skazall le había calificado públicamente de «enemigo del pueblo».

Veo por primera vez aquel brillo en vuestros ojos, como un espejo, la noche de la primera revuelta de los Oscuros. Estamos los tres en el terrado viendo la película repentina que acaba de empezar en la avenida Schloma. Las ratas bajaron a la ciudad, dirá mañana la prensa de Sokel. Atentaron contra la propiedad, quemaron automóviles, asaltaron comercios. Hay más gente en los terrados contemplando el espectáculo. La pantalla no es muy grande, mordisqueada por el gran olmo de la plaza Toubiana, que no se atrevieron a cortar, y por la parte trasera de la iglesia de los Dominicos, pero entre el olmo y la iglesia se puede ver perfectamente a la policía avanzando en hilera, disparando gases y pelotas de goma.

No vemos a los Oscuros. No vemos a nadie, como si los policías se enfrentasen a una patrulla fantasma, invisible en la selva. Vemos las llamas de lo que podría ser un coche incendiado, tal vez un tranvía, a juzgar por el tamaño de la columna de humo negro que crece a borbotones. Los policías detienen entonces su avance. Esa parte de la avenida Schloma es una pendiente muy empinada. Los policías se paran y de repente empiezan a retroceder. Y entonces entra en cuadro el primer neumático, la primera rueda de fuego. Y luego otra, y otra, y otra, pendiente abajo.

«¡Les están echando neumáticos encendidos!», grita mi padre, casi dando saltos de alegría sobre su pierna mala. «¡Hacía años, siglos, que no veía eso! ¡Mírales! ¡Mira como corren esos desgraciados!»

El aire huele a goma quemada. Tú ríes, mi padre ríe, y a mí me gusta esa risa y me da un poco de miedo, una sensación de euforia y un pequeño pánico, un vértigo diminuto que crece, la risa pendiente abajo como la rueda encendida, imparable. Veo vuestros ojos brillantes, mirando aquel fuego como si os calentarais en él.

67. Los Compañeros de la Noche

Al principio solo eran el grupo. No firmaban sus acciones.

Pavel decía:

—No estamos en ningún partido. No estamos fichados. Somos Nada en acción.

Jan Bielski. Pavel Kovach. Rudy el Loco. Marek, también llamado Meta.

Arno, que trabajaba en un taller de electrónica y montó una radio para interceptar las frecuencias de la policía. Félix, también llamado el Médico, nunca supe por qué. Rainer, también llamado el Alemán, trabajaba en una fábrica de productos químicos. Y aquel al que llamaban Gordito Feo, muy activo en el levantamiento de Damia.

Y Gabriela Baum. Sin rostro. Quizás solo una risa, una risa tras la puerta.

Marek decía:

—Del *Granma* salieron ochenta y dos, y al día siguiente del desembarco en Cuba solo quedaban trece, y sin embargo hicieron la revolución, ganaron.

El grupo llegaría a tener al menos veinte o treinta miembros, entre la capital y las provincias. Claro que escuché nombres, era imposible no oírlos, pero siempre eran apodos, nombres de guerra. No me hubieran sacado más.

Luego estaba el gran nombre, el bautizo del grupo. Pavel decía que no hacía falta, que bastaba con El Grupo. Rudy quiso dar una vuelta de tuerca, insistió e insistió en que fuera Grupo Salvaje. Marek había visto diez veces *El ejército de las sombras*, la película de Melville sobre la resistencia francesa.

Jan dijo que no quería saber nada de ejércitos. Pavel siempre decía que la noche para dormir era un invento de la burguesía, y de ahí salió los Compañeros de la Noche. Se reunían de noche, operaban de noche.

—Por la noche los objetivos están vacíos —dices—, y no hay riesgo de causar víctimas ni de que te atrapen.

Dices: «Hay dos tipos de personas. Los que se dejan atrapar y los que no».

Jan apenas hablaba, para variar.

Más tarde me diría: «Cuanto menos sepas, mejor».

Sabía que era peligroso, claro que era peligroso, pero ¿qué no lo era, en aquel tiempo? Salir a la calle era peligroso, llevar el pelo largo, destacarse.

Al principio yo no sabía nada del grupo, o muy poco. Para mí, el grupo eran Jan, Pavel y Rudy. Marek reapareció más tarde. «¿Te acuerdas, aquella noche, en Niort?» Volvió a hacer el signo de la victoria con sus dedos cortados.

Los demás fueron llegando a lo largo de aquel verano. Como moléculas juntándose por impulsos eléctricos, como ratones atraídos por la música. Arno montaba la radio atrapa-frecuencias en la casa del canal. A Rainer le vi más tarde, no recuerdo cuándo ni dónde, quizás en la buhardilla del pasaje Legolas. A Gabriela Baum no la vi nunca.

Al principio yo no creía que la cosa fuera más allá de las peleas con los Alegres. Cuando se les estropeó la vietnamita empezaron a hacer carteles con los textos. Un día veo a Rudy trizando hojas de afeitar y mezclándolas con la cola. Ríe, me explica: «Los dracos siempre los arrancan, y con esto se les quitarán las ganas». Sabía que iban a sus sedes, apedreaban los vidrios, arrojaban molotovs.

«Hay que lanzarse siempre —decía Rudy—, si corres o te echas atrás estás perdido, te quedas solo y van a por ti.»

Nunca comían antes de una pelea o una manifestación. «Si te dan en la tripa con una porra o una bala y la tienes llena —decía Pavel—, no duras una hora.» Eso también lo decían en Juventudes, era uno de los consejos básicos. Se me encogía el estómago solo de pensarlo.

Tardé en sentir la nueva música y bailar con ella. Siempre hay miedo ante un nuevo baile del que desconocemos las reglas. Cuesta mucho lanzarse a la pista, sobre todo si está llena de humo, gas lacrimógeno, gritos y disparos.

En una de aquellas peleas, Pavel se llevó un golpe que le rompió para siempre el tabique de la nariz. La aplastaba con el dedo, orgulloso, la movía de un lado a otro, como si fuera de goma. «Parezco Belmondo», decía.

Comenzaron a armarse porque las peleas eran cada vez más frecuentes. Armas sencillas, baratas. Pedazos de manguera rellenos de arena, clavos de tres puntas para reventar las ruedas de los Alegres. Marek no podía golpear bien con la mano derecha y llevaba siempre un puño americano en el bolsillo. Fue la primera vez que vi uno de esos trastos. Acabó siendo algo tan cotidiano como la cucharita de madera que mi abuela se echaba al bolsillo y luego a la boca cada vez que salía de casa, durante la guerra.

Roban un coche para las acciones, un Kreisler marrón. Una bomba de carburo ennegrece los blanquísimos muros del Jockey Club. Una madrugada, después de asegurarse de que no queda un solo obrero, atacan el almacén de *La Tarde*, en el polígono Golka, con varias bombas de cloro.

Rainer va mejorando. Sus explosivos se hacen cada vez más sofisticados.

Sustituye la gasolina de los molotov por fertilizante líquido: no había forma de pararlo cuando ardía. Una bomba derriba una pared del edificio Arbenz en Hoska, la víspera de su inauguración. «Apartamentos de lujo para ricos», había dicho Marek. Una provocación, un insulto, una monstruosidad. «Lo que no cobija, al suelo.»

Gamexane y celulosa decanítica. «Ahí Rainer casi alcanzó la cumbre», dirá Pavel, en París, cuando ya no le cabía más alcohol en el cuerpo. «La bomba del edificio Arbenz y las de Uzelac, esos fueron nuestros mejores momentos, nuestros mejores objetivos. Luego...» No acaba la frase, porque la frase no tiene final. Ya sabemos lo que vino luego. Pavel levanta la copa por última vez, en el *bar-tabac* de la place d'Alleray, aquella larguísima noche. El cabello blanco, la voz quemada.

Dice: «Vivimos como niños extraviados nuestras aventuras incompletas».

68. El umbral

«Si la metes a ella en esto, te mato», había dicho Oskar. O algo casi tan grandilocuente como eso. Yo no lo escuché, me lo contó Rudy. «Puedes estar contenta, luba —reía—, casi un duelo por amor, como en las películas.»

Jan había aparecido con un ojo morado, y no era de una pelea con los Alegres. Eso ya empezaba a quedar lejos, ya había otros objetivos, otros frentes de guerra.

La guerra ya había comenzado. Aquel otoño, los Alegres empezaron a atacar los ateneos populares y las sedes modoristas, y las Juventudes respondieron, hasta que el MNP, cada vez más organizado, con sus columnas y sus coroneles, les ganó por la mano. Las bajas de ambos bandos fueron en aumento. Skazall hizo un comunicado pidiendo el fin de la violencia. «La espiral de la violencia», dijo. Los Compañeros empezaron a mirar hacia otro lado. Hacia las afueras, hacia los Oscuros. «Esa es la fuerza que hay que apoyar ahora», había dicho Pavel.

Oskar volvió en el peor momento, justo después de la segunda revuelta de los Oscuros y la bomba en el edificio Arbenz. Yo también estaba muy nerviosa, muerta de miedo, aunque lo disimulara, porque había sido una operación demasiado grande, demasiado peligrosa. Los Oscuros volvieron a tomar el centro de la ciudad, saqueando e incendiando todo lo que encontraron a su paso. Gente de Ciudad Oculta, de las Lomas Rojas, incluso de Unseld. «Esos chapitos de las Lomas Rojas sí que no le tienen miedo a nada», decía Rudy. Disparaban bolas metálicas a la policía, con palos en V y cintas de goma.

Fue la primera vez que escuchamos ametralladoras en el centro.

Hubo cinco muertos. El más joven tenía doce años.

«Pega fuerte tu otro novio, luba —dijo Rudy—, pero a mí me parece que Bielski se dejó.» Yo me puse como loca. Por la frase de Oskar, por su actitud. Si la metes a ella en esto te mato... Lo de menos era que aquello pudiera salpicarme. Era otra cosa, otra cosa que no advertimos entonces. Voy corriendo al periódico. Le digo: «Vamos al bar, tenemos que hablar». ¿Hablar? Empezamos a gritar en el ascensor. Dijimos demasiadas cosas que no debieron decirse.

«Niña idiota, loca, loca. ¿Pero tú sabes en lo que andan?»

Le llamé cobarde. Cuadrado. «Cuadrado» era otra palabra muy de aquel tiempo.

Le grité como nunca le había gritado.

—¿Pero quién te has creído que eres, mi padre? ¿O el rescatador de doncellitas?

—¿Eso es lo que crees que soy? ¿Eso soy para ti?

Gritamos los dos, también llegamos a las manos.

Un manoteo ridículo, empujándonos, abofeteándonos como críos.

Todo tan adolescente... Eso era, justamente: el fin de nuestra adolescencia.

Nuestra adolescencia empieza a acabar cuando baja alguien de la redacción y le dice a Oskar:

—Liliana está al teléfono, muy nerviosa. Quiere hablar contigo.

Han encontrado a Stefan, dice. Está muy mal. Ha pasado algo espantoso.

Stefan volvió a juntarnos. Fue lo último que hizo. Juntarnos y juntar al Frente.

Consiguió lo que ni Sokel había logrado.

Antes de correr al hospital, Oskar me alarga el teléfono:

—Espera —dice—. Llama a Jan. Si el muy imbécil no está por ahí poniendo bombas, estará en su casa.

Mientras hablo con Jan, Oskar trenza una cadena de clips en la mesa de Liliana, sin levantar la vista.

Había cambiado el turno y no querían dejarnos pasar, decían que no era hora de visitas. Liliana estaba discutiendo con el celador de noche.

Pavel agarra al tipo por las solapas, le empuja contra la pared:

—O te quitas de en medio o mañana ocupas una de estas camas.

—Me pedirán el registro —dice el tipo, agitando un papel tembloroso.
El maldito registro es lo único que parece importarle.

—¿Qué pongo? ¿Familiares?

—Pon que somos sus hijos —dice Jan, empujándole afuera.

Liliana dice, entre sollozos, que tiene que irse corriendo a la redacción.

Stefan casi no podía hablar, pero seguía sonriendo.

—Te pondrás bien —dice Jan, acariciándole la cara.

No sé quién de los dos está más pálido.

—Yo ya estoy muerto, chicos —dice Stefan—. Si no es hoy, será pasado mañana o dentro de un mes. ¿Para qué voy a esconderme? Yo sé dónde está mi sitio.

Queda callado, sin fuerzas. Añade: «Ahora os toca a vosotros».

La entrevista que Liliana no llegó a publicar se titulaba «Matanza en Ciudad Oculta: Habla el padre Stefan Cyrus-Wieck, superviviente y testigo».

Ya estaba escrita y compaginada, pero alguien se asustó. Aquella noche, con el diario a punto de imprimirse, llegó el mismísimo comisario Janson, acompañado de seis policías y mandó parar la rotativa.

—Tengo el gusto de comunicarles —dijo— que traigo la orden de clausura de este nido de zurdos.

Luego, contaron, se quedó en el centro de la redacción, con los brazos cruzados, desafiante. Dijo: «Yo sé que los suyos tienen preparado un cajón para mí, pero yo tengo cajones de sobra para cada uno de ustedes». Después, los policías colocaron cintas amarillas por todos lados y se fueron.

—Era una noche muy clara, con luna llena —contó Stefan. Silencio absoluto.

»Me desperté porque escuché ruido de automóviles por la cañada. Más grandes que automóviles, como camiones... Salí afuera. Salieron luego varios jefes de clan... Recuerdo a Stribor Versek... Pier Szalagowki y su mujer,

Mirjana... Tania Ruvel... Tadz Molnar... Bubi Prel... Un poco más tarde, creo, aparecieron también Adnan y Kolpe Borchner, Ossar Ashkali... y las dos maestras que también vivían allí, mis vecinas Runya y Zippi Irfan.

»Eran cuatro o cinco *jeeps*, que aparcaron formando un semicírculo...

»*Jeeps* como los que utilizan en el ejército. Kolpe Borchner llevaba una escopeta en la mano, pero no le dieron tiempo a usarla. Se encendieron unos focos muy potentes que nos deslumbraron. Bajaron diez o quince hombres, quizás veinte, no sé. Llevaban pistolas y metralletas. No pudimos verles las caras por los focos, y porque muchos de ellos iban enmascarados, con pasamontañas o la cara pintada, tampoco sabría decirlo. Entre ellos se trataban de oficiales.

»No nos dieron tiempo a nada. Kolpe, Bubi Prel y yo avanzamos para hablar. El que parecía ser el jefe me preguntó mi nombre.

»Dije: “Soy el padre Stefan Cyrus-Wieck y estoy al frente de esta parroquia”.

»Me respondió: “Está usted muy lejos de su casa, páter.” Otro se acercó hasta mí e hizo como si me olfateara. Dijo: “Así que este es el curita zurdo”, y levantó su arma. Un golpe muy fuerte me derribó. Un culatazo en la mejilla.

»Entonces comenzaron a disparar. Una ráfaga me dio en la pierna y, según los médicos, me atravesó el costado. Bubi cayó a mi lado, sangrando por la boca. También vi caer a Kolpe, poco más allá. Las balas le mantuvieron un instante en el aire, sacudiéndole, como si bailara, con los brazos extendidos. Luego se vino abajo y fueron hacia él y le remataron. Antes de perder el conocimiento pude girarme y vi cómo entraban en las chabolas, disparando, pateando las puertas. Escuché los gritos de los niños y las mujeres, vi el resplandor de los primeros fuegos. A mí me dieron por muerto, porque dos de aquellos hombres arrastraron a Bubi, a Kolpe y a Zippi Irfan y los echaron sobre mí.

»Me desperté en este hospital. Ayer vino a verme el obispo Wanisk y le dije lo mismo que digo ahora: “Monseñor, han venido a matarnos. No ha sido una reyerta, ni un enfrentamiento entre clanes, como dirá la prensa adicta. Ha sido una represalia por las revueltas populares, nacidas del hambre, de la opresión, de la desesperanza”. ¿A quién pretenden engañar? En Ciudad

Oculto hay armas, no es ningún secreto, pero ninguna de esos calibres. Si se molestan en rastrear los casquillos lo comprobarán, y no creo que tengan que buscar mucho. Ha sido una operación planificada, militar o paramilitar. Una operación de castigo. Han matado a muchos inocentes. Yo estoy vivo por la gracia de Dios: si me salvó es para que cuente esto.

No dormimos en toda la noche. Jan se quedó en el hospital, velándole.

—Hay que hacer copias del texto y de la cinta —dijo Liliana.

Oskar dijo: «Vamos a la sede de Juventudes», pero Pavel no quería poner los pies allí, así que Oskar y yo nos ocupamos de eso.

Pavel y Rudy fueron a buscar el Kreisler. Escoltaron a Liliana hasta su casa y consiguieron hacer llegar copias de la cinta a varios corresponsales.

Oskar aporreó la puerta de la sede. Serían las tres de la madrugada.

«No puede ser que no haya nadie, no puede ser, es que no me lo creo», repetía.

Nos abrió, después de un buen rato, un militante mayor, con cara de sueño y malas pulgas. Cabeza rapada al cero, bigote de morsa, aspecto de guardaespaldas a punto de jubilarse.

—Queremos hablar con Saúl Hecker —dijo Oskar—. Es muy urgente.

Nos miró como si estuviéramos borrachos.

—Ah, con el camarada Hecker, nada menos. ¿Y con Modor no? ¿No queréis hablar con Modor? Venga, largo de aquí antes de que me enfade.

Oskar le plantó el carnet en las narices y metió el pie en el hueco de la puerta.

—Escúcheme. Ha habido una matanza en Ciudad Oculta, han cerrado *La Jornada*, y el padre Stefan es el único superviviente. ¿Le basta con eso?

Entramos en la sede. A la media hora apareció Hecker con tres o cuatro más. Pasamos a su despacho. Nos escuchó muy atentamente, con la cabeza un poco ladeada, como un pájaro captando una frecuencia extraterrestre.

Pidió ver el texto de Liliana, subrayó nombres. Mandó que preparasen café. Hizo varias llamadas. Le oímos hablar con el hospital, con el diario.

Se encendían luces, llegaba más gente. Extendió las manos sobre la mesa.

Había que hacer carteles y octavillas con el texto, y preparar dos convocatorias urgentes. La primera, dijo, delante del hospital. La segunda, a la misma hora, delante de *La Jornada*.

Oskar estuvo a punto de cuadrarse, orgullosísimo, cuando Hecker dijo, poniéndole una mano en el hombro:

—Habéis prestado un gran servicio, camaradas.

Pavel me diría luego:

—Pobre Oskar. Es como todos los militantes: no piensa, porque piensan por él. Para eso están los jefes, la jerarquía, la estructura. Hecker lo sabía desde la mañana, era imposible que no estuviera al tanto. Y estaba en su casa, durmiendo tan tranquilo, ¿no? Si hubieran tocado un pelo a alguien de los suyos habría movilizado a todas las delegaciones. Para los de Oculta, ni agua. Salvajes, descontrolados, saqueadores, así es como les han visto siempre. Como si se hubiera incendiado una perrera. Pero lo de Stefan y *La Jornada* ya era otra cosa. ¿Tú crees que hubiera movido un dedo, de no haberle servido una matanza, un testigo mártir y un cierre en bandeja, todo en el mismo lote?

Fuimos caminando hasta el hospital.

Dejamos atrás la catedral, el banco Hipotecario, la Secretaría de Hacienda.

Yo no podía parar quieta. Me temblaban las piernas, pero seguía caminando.

Para dejar de pensar, contaba las baldosas de la avenida Kornblum.

Oskar me abrazó. Dijo:

—Perdona todas las tonterías que he hecho y he dicho.

—No —dije—, perdóname tú a mí. Están... están pasando demasiadas cosas. No eres un cobarde. Nunca lo has sido.

—¿Ni un cuadrado? —dijo.

—Ni un cuadrado.

Cuando salimos del ascensor, vimos a Jan al fondo del pasillo.

Estaba sentado con la espalda pegada a la pared, la cabeza sobre las rodillas.

La cama de Stefan estaba vacía.

No pudimos llorar. Ninguno de los tres.

Me aparté un poco y le dije a Oskar:

—Me voy con Jan.

—Y una mierda te vas con Jan —dijo—. Nos vamos los dos. Los tres juntos.

Comenzaba a amanecer cuando llegamos al pasaje Legolas.

Parece un amanecer normal, uno de los tantísimos amaneceres que vimos juntos, con el sol trepando por la cúpula de los almacenes, pero no es así, ya no. También la catedral y el Banco Hipotecario y la Secretaría de Hacienda parecían los mismos dos horas antes, montañas eternas, los mismos edificios de toda la vida, como ese amanecer. El encuadre es el mismo, la calidad de la luz, la sensación de apenas haber dormido o no dormido nada en absoluto podría parecerse al delicioso cansancio de nuestra juventud.

Ya no. Los pájaros siguen cantando como cantaron tantas veces, pero cuando ese sol asome tras la cúpula ya nada será igual.

Estamos los tres tirados en la alfombra, sobre el montón de cojines.

Nadie dice nada. Tus nudillos están tan blancos como mi blanco. Para disimular, para darles un poco de calor, acaricias a Alfie.

Entonces Oskar se te queda mirando y vuestras miradas se encuentran como se encontraron las nuestras en el espejo del Eden Bar.

Oskar va a decir algo, pero no llega a hacerlo.

Tú te adelantas: ventajas de la hermandad.

—No hace falta que preguntes —dices—. Ya sabes la respuesta.

Los tres sabemos la respuesta.

Jan y los Compañeros están a punto de cruzar la línea, de entrar definitivamente en la noche. La noche quiere decir que ya no habrá citas en pleno día, en lugares céntricos y abiertos. Ya no habrá largas tardes, vagabundeo, plaza de San Bruno, parques, paseos en bicicleta, rutas encantadas, todos esos cromos, todos aquellos colores. Está a punto de comenzar la separación, las llamadas en clave, la larga cadena de domicilios transitorios. Se acaba el tiempo. Ya no hay marcha atrás.

Stefan ha muerto, y ese amanecer no puede durar.

Nunca llegó a saberse el número exacto de muertos de Ciudad Oculta. Pudieron contar los quince cadáveres de la explanada, pero no los que murieron calcinados en las chabolas.

¿A quién le interesaba identificarles?

Pavel tenía razón: eran tiñosos, muertos de hambre, salvajes. Oscuros.

A media mañana ya había patrullas por las esquinas. Cargaron delante de *La Jornada*, cuando Hecker leía, megáfono en mano, el testimonio de Stefan.

Las dos columnas de la manifestación superaron, en número, la marcha de la unidad de principios de verano. Avanzaban cantando «Somos dos, somos tres, somos cien mil». Hubo seis muertos más, entre ellos dos policías.

Estamos en el Café Breidel. Seguimos con los ojos secos, y el cuerpo como si fuera de otro. Todavía se escuchan ráfagas, gritos dispersos, ulular de ambulancias, silbidos de los botes de humo y gas surcando el aire. La calle está llena de zapatos, pancartas rotas, adoquines, manchas de sangre.

Estamos agotados. Todos. Toda la gente sentada en las mesas del Breidel viene de la manifestación. Nos hemos dejado caer en los sofás, en las sillas de mimbre. Hay un gran silencio. Levanto la cabeza. La muchacha de la mesa vecina está llorando. Y su compañero, con el jersey naranja de cuello cisne manchado de sangre. Y el hombre calvo, con barba blanca, de la mesa de la izquierda.

Yo también estoy llorando. Y tú, y Oskar, y Liliana. ¿Qué está pasando?

No íbamos a llorar. No entraba en nuestros planes. No teníamos tiempo. Demasiados nervios, demasiado cansancio, demasiados nudillos blancos.

El chico del jersey de cuello cisne se echa a reír, sin dejar de llorar. Señala hacia las ventanas de guillotina, abiertas. Habían disparado una granada de gases lacrimógenos en la esquina de la calle, había cambiado el viento, y aquella nube entró en el café y flotó sobre nosotros. Eso fue. También nos hubiéramos echado a reír de no estar tan machacados. Pavel se hubiera echado a reír, seguro. Nosotros no podíamos hacer nada, ni mover un dedo, no aquella tarde. Nos veíamos en el gran espejo del fondo, todos llorando, el café entero, y parecía que el espejo tuviera aguas.

Esa es la coda. Así acaba realmente nuestra adolescencia. Aquella tarde, en el Café Breidel. Luego suena un trueno y comienza a llover y ya no para.

69. Intemperie

La noche del 27 de noviembre estallaron todos los supermercados de la cadena Uzelac. Un acto simbólico: el origen de la fortuna de Sokel-Brod.

La policía no se lo explicaba. No parecía obra de los Oscuros: el fuego, dijeron, había comenzado en las diez tiendas a la misma hora. Demasiado profesional, dijeron. Liliana, que también creía en las grandes virtudes de la organización y la jerarquía, estaba convencida de que habían sido los del MNP, pero no lo reivindicaron. Nadie lo reivindicó: la marca de la casa.

La noche siguiente llamó Jan. Su voz sonaba seca, rápida. Lejana.

—Solo llamo para decirte que estoy bien. Estoy fuera, estaré fuera un tiempo. Volveré a llamarte cuando... más adelante. Te quiero mucho. ¿Lo sabes, verdad?

—Claro.

—Cuídate. Y dile al viejo que se cuide también y que le envíe recuerdos.

Hablé con Oskar y con mi padre. Les conté lo que Jan me había dicho.

Ninguno de los dos hizo preguntas. Los tres sabíamos.

Tuve que aprender a esperar de nuevo.

—Una idea genial de Rainer: bombas en latas de conservas —me contó Pavel, en París—. En el interior de cada lata había gasolina y una pelota de ping-pong con ácido sulfúrico y clorhidrato de potasio. Rainer había calculado el tiempo que tardaba el ácido en comerse la pelotita y prender la gasolina. Solo hubo que vigilar unos días, ver si había guardias de seguridad, estudiar los horarios de cierre y colocar las latas donde hubiera material inflamable. Sencillo y rápido, un golpe perfecto. Una amiga entró con las latas en el bolso, para no despertar sospechas.

—¿Una amiga? —pregunté.

—Una amiga de Jan —dijo—. Gabriela. Gabriela Baum.

El 3 de diciembre comenzaron los paros en el sur. Klabund, Brunek, Pozniak. Y en varias ciudades del norte. Porlock, Joshcka, Najdorf.

Un portavoz del gobierno dijo que se habían producido «revueltas aisladas», pero que los elementos subversivos estaban bajo control y había que conservar la calma.

El 4 de diciembre, el doctor Drazen cometió una torpeza descomunal, incomprensible: envió a un grupo de policías comandados por Janson a la sede del Partido del Pueblo. Se llevaron a Modor, Hecker y Nele Kastelboim «para garantizar su seguridad». En el partido no fueron menos torpes: les dejaron marchar, porque los policías «traían una orden firmada».

—Están locos —dijo Liliana—. ¿Qué pretenden? Se van a encontrar con una respuesta popular que ni imaginan.

La ciudad se llenó de pintadas con la frase: «¿Dónde está Modor?».

Los nemeccistas lanzaron granadas contra varias comisarías y sembraron el centro de octavillas, que decían: «Ante la intolerable provocación, el pueblo ha hecho oír su voz y volverá a hacerlo a través de la vanguardia revolucionaria. A mayor represión, mayor resistencia: esa espiral ascendente es la dialéctica de nuestra lucha». Por primera vez, firmaban el comunicado los cuatro coroneles del MPN: Erol Lemberg, Rina Sfeir, Danilo Chmara y Abid Seler-Dungl.

La noche del 4, Plataformas y Palabra Obrera decretaron paro general y acordaron sacar a todos sus militantes a la calle. Skazall dijo: «El que tenga piedras que lleve piedras, y el que tenga algo más, que lleve algo más».

La mañana del 5 de diciembre amaneció fría y despejada. Mis recuerdos de ese día son confusos, como los de casi todo el mundo. Mi padre comprendió que no podía evitar que saliéramos a la calle, y que no podía acompañarnos. Se golpeó la pierna con el puño. Luego me abrazó y abrazó a Oskar y le dijo:

—Cuídamela.

Cuando ya estábamos en la escalera dijo:

—Un momento...

Volvió con una bolsa de plástico llena de monedas.

—Llamad. Cada hora, si es posible. Cabinas, bares...

Recuerdo el silencio tenso. La gente caminaba cruzando miradas, a la espera. Otros estaban asomados a los balcones y en los terrados. Había colas en las tiendas, pero a las diez comenzaron a bajar las persianas metálicas. En *El fin de Moira*, Liliana cuenta que había controles en los accesos a la ciudad para evitar que las columnas de huelguistas llegaran a juntarse en la plaza del Congreso. Oskar y yo vimos carros de asalto y tropas a la entrada de los puentes y los bulevares. Caminábamos por la calzada. Poco más tarde vimos tranvías vacíos, volviendo a las terminales. Y cada vez menos coches por la zona centro: motos y algún taxi.

A las doce tenía que empezar oficialmente el paro. Los enfrentamientos comenzaron poco antes. A lo lejos sonaban detonaciones secas y el aire traía ráfagas de pólvora y goma quemada. En una esquina, subido a una estatua, rodeado de gente, un chico con sangre en la cara, jadeante, informó que la policía estaba tirando gases para impedir que se juntaran los estudiantes que salían del parque Beyer rumbo al puente Bratunac.

«Pero hemos contraatacado», dijo, alzando una honda. Hubo aplausos y vivas, y rápidamente se disolvió el grupo porque llegaban militares. Más tarde, en el bulevar Worcell, vimos una repetición de aquel relato. Los guardias apoyaban las pistolas lanzagases en la cintura y los cartuchos dibujaban una parábola en el cielo azul. Algunos estudiantes agarraban las granadas con un trapo y se las devolvían. Otros, rodilla en tierra, lanzaban bolas metálicas con las hondas.

Fuimos a la plaza Cernik para unirnos a la columna principal, encabezada por Dusan Skazall, que salía de la sede de los sindicatos. Los militantes de Plataformas llevaban grandes pancartas donde se leían los nombres de las distintas agrupaciones. Recuerdo que una decía «Paro activo»; otra, «Modor, Hecker, Kastelboim». La columna de Juventudes, concentrada en la calle Pozniak, empezó a moverse en dirección a la avenida Kazmeroz. La cabeza de la manifestación sostenía una tela, desplegada de acera a acera, exigiendo el retorno de los líderes detenidos. A medida que avanzábamos se nos unía gente que salía de las esquinas.

La columna de Palabra Obrera quedó detenida por un cordón policial a la altura de Jasarev con la avenida Herzen. Fedor Avompla se subió a un camión para arengar a los suyos. Oskar me apretó la mano cuando dijo: «No

nos van a asustar, compañeros. No nos van a frenar. Hoy es el día en que no puede haber marcha atrás. Este gobierno de corruptos y mentirosos ha ido demasiado lejos». La multitud respondió con aplausos y gritos de rabia, enarbolando palos. Un grupo comenzó a lanzar piedras hacia la policía mientras otros trataban de disuadirles alzando las manos. De pronto, la primera hilera de policías echó rodilla a tierra y comenzó a sonar un ruido extraño: eran casquillos de ametralladora repicando en el asfalto. Al escuchar aquello me oriné de miedo, no pude evitarlo.

Oskar tiró de mí y echamos a correr por una bocacalle de la avenida. Con el otro brazo golpeaba tratando de abrirse paso. Todavía no sé cómo logramos salir de allí. Por la tarde supimos que un trabajador cayó con un tiro en el estómago. Yo solo pensaba que aquella bala podía habernos dado a Oskar o a mí. En momentos así se piensan esas cosas. Sus compañeros se arremolinaron alrededor y lograron sacarle protegiéndole con sus cuerpos. Era un siderúrgico y se llamaba Grek Zaruba. Murió a los pocos minutos, antes de que lograran llevarlo a un hospital. Los manifestantes, enfurecidos, cargaron contra la policía y les obligaron a retroceder hacia el río. Pero nosotros ya no vimos eso.

Corríamos de un lado a otro como borrachos, intentando escapar. Corríamos y gritábamos coreando consignas, pero no recuerdo lo que gritábamos. Gritábamos para no temblar, hasta casi quedarnos sin voz. Me olvidé por completo de llamar a mi padre. Y cada vez que estaba a punto de llamarle nos encontrábamos con alguien que nos pasaba nuevos fragmentos de información.

En la calle Motke, cerca del seminario, vimos a los vecinos de una casa tirando sillas y macetas a la policía desde los balcones.

Hacia el mediodía, la zona centro estaba en llamas. Dijeron que los militantes de Palabra Obrera habían roto los vidrios de varios concesionarios de automóviles y sacaron afuera los coches para hacer barricadas. En la plaza Kuron saquearon el Círculo de Oficiales y arrojaron todos los muebles, bustos y televisores a la calle, y luego hicieron una gran hoguera. Alguien

salió con una brazada de sables y jugaron con ellos a una esgrima improvisada; luego los echaron al fuego.

Poco más tarde, entre gritos de alegría, un grupo sacó un piano del Círculo y uno de ellos se puso a tocar mientras los otros bailaban. No recuerdo la canción. Tocaba como un niño aporreando las teclas por primera vez.

Dijeron que la avenida Herzen era tierra de nadie y las fuerzas del gobierno habían perdido el control. Corrió la noticia de la muerte de Zaruba y los enfrentamientos se recrudecieron en el centro, en los bulevares y en torno a los puentes. Los policías disparaban, retrocedían, volvían a disparar. Los manifestantes se parapetaban donde podían pero seguían avanzando.

En la Perspectiva Bevan vimos a un hombre de treinta y tantos años que conducía un Rambler y se bajó de su coche y le sacó las cuatro ruedas para entregárselas a unos estudiantes que estaban haciendo barricadas.

En la rotonda del General Seipel vimos a un grupo de manifestantes derribando las farolas con unas mazas para cerrar el paso a los caballos de la guardia.

A partir del mediodía se hizo muy difícil obtener noticias. Toda la ciudad estaba envuelta en humo, las calles cortadas y alfombradas de botellas rotas. Decían que en el bulevar Narotzky policías y militares se habían tiroteado entre sí por error. Recuerdo a la gente aplaudiendo al oír eso, con sonrisas horribles. Los bomberos no querían salir a la calle, porque decían que los manifestantes atacaban cualquier uniforme.

En los combates de la avenida Jazmerov vi a Adam, uno de mis compañeros del coro. Tenía los bolsillos llenos de recortes de hierro y los lanzaba con una honda de doble goma.

Por la tarde llegó una calma extraña. Al parecer, la policía se había quedado sin gases lacrimógenos. Se escuchaban menos disparos y sirenas. El sonido de las balas también había cambiado. Se oía, de tanto en tanto, un tiro aislado de bajo calibre, según Oskar, seguido por varias ráfagas de ametralladora: eran disparos de francotiradores, seguidos de la respuesta policial. Desde un terrado, en un edificio de oficinas de la calle Mylnar, alguien disparó con una carabina a un avión de reconocimiento, en vuelo rasante.

Un portavoz del gobierno anunció la formación de consejos de guerra especiales para «todos aquellos que incurran en delitos que atenten contra el orden y la seguridad, previstos y penados por el código penal y el código de justicia militar».

Cuenta Liliana que al atardecer llegaron a Moira las unidades de la IV Brigada Smrkovský. Cuadricularon la ciudad y entraron en cada sector con unidades pequeñas y autónomas. Los soldados eran muy jóvenes. Avanzaban con bayonetas caladas, pegados a la pared, con caras de espanto. En muchas de aquellas paredes y en los pilares de los puentes pudieron leer pintadas que decían «Soldado, no tires contra tu pueblo» o «Soldado, no mates a tu hermano».

A cada paso tenían que parar para desmontar las barricadas. Desde las casas les llovían piedras, tejas, algunos cócteles molotov.

Al anochecer nos contaron que un francotirador había empezado a disparar desde un edificio en construcción contra las ventanas de la Jefatura de Policía, que estaba justo enfrente. Todas las luces de las ventanas de Jefatura se apagaron, una tras otra. En los bulevares, grupos con hondas hacían puntería, por turnos, contra las farolas.

A las ocho empezó a oírse el ruido de motores pesados. Tanques que aplastaban todo cuanto encontraban a su paso, maderas, neumáticos ardiendo, coches enteros. A las nueve, la radio dijo que las tropas habían ocupado el centro. A las nueve y media anunciaron el toque de queda y el estado de sitio.

Oskar y yo quedamos atrapados entre el bulevar Meysenburg y la calle Jarubek. A un lado habían incendiado dos coches, al otro, la policía comenzó a disparar ráfagas de ametralladora. Oskar me tomó de la mano, echamos a correr por un callejón y entramos por la primera puerta abierta.

Era un edificio muy parecido al de la buhardilla de Jan en el pasaje Legolas, pero con menos pisos. Subimos y subimos porque no podíamos parar de correr. En cada descansillo, Oskar empujaba las puertas, de una patada o un manotazo, para ver si alguna estaba abierta. La única que pudimos abrir fue la del terrado: la madera, húmeda y renegrida, cedió al

momento con un crujido. Había allí un cobertizo sin cerradura, con viejas estanterías de aluminio llenas de botes de pintura y productos químicos.

Nos dejamos caer sobre unas lonas dobladas, que apestaban a disolvente. Oskar puso su mano en mi pecho y llevó la mía al suyo. Sonrió, pese al agotamiento, porque nuestros latidos eran idénticos, como un tamborileo o un galope desbocado. Le dolía mucho la cabeza. Se la palpé, por si le habían dado un golpe. «Es por los dientes. He apretado demasiado, sin darme cuenta», decía, moviendo la mandíbula. Le acaricié la barbilla. Él recostó la cabeza en mi hombro. «Me esforzaba en separar los dientes», decía, «pero al cabo de un rato me olvidaba», y mientras iba diciendo esto y yo le masajeaba la cara nos quedamos dormidos. Yo me dormía y me despertaba, porque tenía los oídos llenos de disparos y gritos, y volvían a desfilar detrás de mis ojos las imágenes de aquel día.

Ya era noche cerrada cuando me levanté, con el cuerpo helado y entumecido. Caminé lentamente hasta el pretil del terrado. La ciudad estaba a oscuras, pero podían distinguirse cientos de columnas de humo negro, enroscándose hacia el cielo, como taladros o tornados casi inmóviles. Todavía se escuchaban disparos aislados, cada vez más lejos.

Recordé nuestra primera vez, en el trastero de su casa en el Strach.

Recordé aquel colchón a rayas que habían sido azules, y aquel olor a humedad, y el águila de piedra con dos cabezas y doble mirada ceñuda.

Desperté a Oskar.

—Deberíamos encontrar un teléfono y avisar —dije.

—Claro —contestó, bostezando.

Buscamos por el cobertizo, a tientas, y acabamos encontrando una barra de hierro con la punta plana. Bajamos tomados de la mano hasta el ático. Fue imposible abrir las dos primeras puertas. La tercera cedió, después de mucho rato. Era una oficina. Había un teléfono. Y un aparato de radio.

Cada diez minutos informaban del toque de queda.

Llamé a mi padre y Oskar habló con los suyos. El señor Klein gritaba, pero acabó llorando. Nos recomendaron lo mismo, lo que ya habíamos decidido: que no nos moviéramos de allí hasta que se hiciera de día. Luego,

mi padre habló con el señor Klein y acordaron que vendría a buscarnos con el taxi tan pronto amaneciera.

El general Ratko había aparecido en televisión para garantizar la seguridad del Estado y prometer un castigo ejemplar. Repitieron sus declaraciones varias veces.

—Hemos oído —preguntó el entrevistador— que la subversión recibió una gran adhesión popular. ¿Es cierto, mi general?

—Absoluta y rotundamente no —dijo Ratko—. Lo digo por las continuas expresiones de solidaridad que hemos recibido y seguimos recibiendo y por las denuncias de los ciudadanos de bien, que son la mayoría.

Oficialmente había cincuenta muertos y centenares de heridos.

Las detenciones eran incontables. Oskar se dejó caer en un sofá.

En la oscuridad tan solo alumbrada por el mínimo resplandor de la radio vi cómo hundía su cabeza entre las manos.

—Tenemos que marcharnos, Klara —dijo—. Tenemos que marcharnos de aquí antes de que sea tarde.

Me abrazó. Temblaba. Le cubrí con mi cuerpo.

70. El hombre a caballo

La mañana del 15 de diciembre mi padre se había levantado muy pronto. Conectó la radio, como hacía cada día mientras se preparaba el café. Giró el dial. Tardó un poco en darse cuenta porque todavía estaba medio dormido.

—Qué raro —dijo—, solo hay música clásica. ¿Quién se ha muerto?

En todas las emisoras daban lo mismo: *Las cuatro estaciones*.

Corrí al televisor. Había un rótulo que decía: «Estamos a la espera de ofrecerles un avance informativo».

—Ya están aquí —dijo mi padre, encendiendo un cigarrillo.

Llamamos a tía Olga. Imposible comunicar: el teléfono hacía unos sonidos rarísimos.

Llamé a Oskar, a Liliana. Lo mismo.

Luego sonó el timbre. Era Oskar, jadeando.

—No he podido llegar a Juventudes —dijo—. Hay camiones del ejército y tanquetas por todas partes. Es cuestión de horas que lo hagan público. Ahora todo son rumores en la calle. Dicen que han tomado ya la radio y la televisión y que están deteniendo a mucha gente. Y que anoche Sokel-Brod y la Kovac salieron rumbo a Suiza en su avión privado.

A media mañana, la música de Vivaldi enmudeció. Una voz grave dijo:

—Comunicado número uno. Se hace saber a la población que el país se encuentra bajo el control operacional de la Junta de Comandantes Generales de las Fuerzas Armadas. Se recomienda a todos los habitantes de Moira el estricto acatamiento de las disposiciones que emanen de la autoridad militar y policial, así como extremar el cuidado en evitar acciones y actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal en operaciones. Cualquier manifestación será severamente reprimida.

Oskar volvió a su casa, con su familia.

Subimos al terrado con mi padre. Ya estaban allí los Preisner y los Kratz. El señor Preisner decía que aquello tenía que pasar. La señora Kratz lloraba porque su hijo, Jerzy, estaba en el comité de huelga de la siderurgia Brunek. Había pasado la noche en la fábrica y todavía no sabían nada de él.

Vimos pasar una hilera de tanques por la avenida Schloma.

Preparé más café. Dejamos la puerta abierta. Los vecinos entraban, se acercaban a la radio, comentaban un nuevo rumor, salían, volvían a entrar.

—¿Nada? —decían.

—No, todavía nada —respondía alguien.

Mi padre fumaba un cigarrillo tras otro, arrastrando la pierna por el pasillo.

Bajó al piso de los Kratz para llamar otra vez a tía Olga, pero todos los teléfonos estaban igual. Lo consiguió casi de madrugada. Tía Olga dijo que no nos preocupáramos, que estaba bien y tenía comida.

Por la televisión pasaron la trilogía de *Sissí* y campeonatos de patinaje artístico.

Al anoecer llegó un nuevo comunicado:

—Los delitos subversivos serán castigados con la pena de muerte, aplicable a toda persona mayor de dieciséis años de edad.

Era imposible saber dónde y cómo estabas, amor mío.

Tomé varias pastillas y conseguí dormir unas horas.

Cerca de la medianoche apareció el rostro del general Ratko en televisión.

—Me dirijo al pueblo de Moira —dijo— en nombre de la Junta de Salvación Nacional. Hoy, como en todas las etapas decisivas de nuestra historia, el ejército, interpretando el más alto interés común, vuelve a asumir la responsabilidad irrenunciable de asegurar la unión nacional y posibilitar el bienestar general. Para salvar al pueblo soberano, para acabar con la debilidad parlamentaria, para eliminar la falacia de una legalidad formal y estéril, las Fuerzas Armadas vienen a ocupar el vacío de autoridad y conducción antes de que decaiga para siempre la dignidad nacional.

La Junta suspendió la Constitución «hasta nueva orden». Disolvió el Congreso. Y la Corte Suprema. Y todos los cargos ejecutivos nacionales, provinciales y municipales. Se prohibieron todos los espectáculos públicos: cine, teatro, hasta las carreras del hipódromo. La única «experiencia comunitaria» permitida fue el fútbol. Solo se podía circular en grupos reducidos y el toque de queda empezaba a las ocho de la noche.

Mientras cerraba la puerta escuché al señor Preisner, que bajaba la escalera diciendo: «Lo han hecho muy bien, muy bien. Todo en dos o tres horas, sin molestar a nadie, sin armar ruido. Si son así de eficaces en todo...».

Todos los periódicos aplaudieron «la solución del hombre a caballo».

En *El fin de Moira*, Liliana reproduce el editorial de *La Tarde*:

Si los ciudadanos, como se advierte en todos los sectores, agradecen al Gobierno Militar el haber puesto fin a un vasto caos que anunciaba la disolución del país, no es menos cierto que también agradecen la sobriedad con que han actuado. Tras una etapa de delirio, donde torpes y vanas figuras gritaban sus amenazas a voz en cuello, vivían en el desplante y la impunidad o daban lecciones de moralidad exhibiendo sus encendedores y sus corbatas, Moira va a entrar, al fin, en una muy deseada y necesaria etapa de serenidad. El fin del gobierno civil, normalmente un hecho lamentable, es en este caso una bendición. Nadie pudo discutir con seriedad la declaración de la Junta Militar de que el régimen de SokelBrod creó un tremendo vacío de poder que amenazaba con lanzar a Moira al abismo de la desintegración económica y la anarquía política. La Junta Militar presidida por el general Ratko es una transición al tipo de gobierno que nuestro país necesita.

El editorial se titulaba «Las cosas van a mejorar».

Jerzy Kratz apareció pocos días después. Tenía el pecho y la espalda llenos de hematomas. Hablaba muy bajo, como si le hubieran extirpado una cuerda vocal. «Los militares —dijo— cayeron en pleno turno de noche, a las dos de la mañana, llenos de armas, con listas. Esa misma noche se llevaron como a veinte, casi todos de Plataformas. Ninguno de ellos ha vuelto. Yo tuve suerte. Me llevaron a una habitación, me encapucharon, me patearon hasta cansarse. Después me soltaron. Ahora están ahí todas las mañanas, te revisan cuando entras y cuando sales, te hacen abrir los armarios a ver si tienes alguna octavilla, algo, y en cuanto te encuentran cualquier cosa o les parece, te llevan. Ayer volvieron a llevarse a más compañeros, que tampoco han vuelto.»

Fue inevitable pensar por qué habían soltado a Jerzy Kratz.

Así comenzábamos a pensar. Esa noche y durante muchas noches siguientes sueño con la Malibrán.

Al principio está muy lejos o yo estoy muy lejos de ella. Lleva el vestido malva de mi madre. Parece bailar en la plaza de San Bruno, junto a la fuente teñida de rojo, un agua que desborda la piedra y cae muy suave, muy dulcemente, como si la fuente se estuviera corriendo, y empapa el suelo.

Me acerco, con los pies mojados y el agua por los tobillos. Estoy descalza.

Hay un gran silencio. Cantan algunos pájaros.

La Malibrán se gira y veo su rostro sin dientes, los ojos cerrados, las alas incendiadas. Las alas se mueven y prenden su ropa, arde toda ella, baila dentro del fuego o el fuego la hace bailar, arde y no se consume.

Abre la boca y dice algo, pero no la entiendo porque el fuego cubre también su boca. Imposible saber si es un ángel que trae un mensaje o un alma en pena. Sigue bailando, muy lenta, yéndose sin irse.

De repente abre los ojos y son los tuyos.

71. *In Girum Imus Nocte*

Los golpes secos de las bolas metálicas contra el vidrio, las luces de colores que escupían una musiquilla de feria, muy breve, siempre la misma; el paquete azul de Gauloises arrugado, casi vacío; los adolescentes del fondo descuidadamente vestidos a la última moda, riendo a carcajadas; el camarero que cada vez nos miraba peor; las bolas resbalando sin remedio hacia el agujero, una gran tristeza.

—¿Sabes qué es lo que más echo de menos de Moira? ¿Una de las cosas que más echo de menos? Los silbidos. Aquí nadie silba por la calle —dijo Pavel.

—Hablabas de unas gafas —dije.

—Ah, sí. Fue Félix. ¿Quién iba a pensarlo?

—¿Después de Uzelac?

—Justo después. Íbamos de camino a la cita y entonces Rudy abrió la guantera y dijo: «Oye, Félix se ha dejado las gafas». Se las puso. «¿Parezco un médico?» Nos reímos. Se las sacó, se las volvió a poner. Dijo: «Gordo, yo veo igual. No puede ser». Jan dijo: «Trae, déjame». Tenía razón. Eran falsas. Tan falsas como él. Vidrios sin graduación, como los de un escaparate. Arno dijo: «Frena, frena, frena», porque ya estábamos llegando. ¿Puedo pedir otro Calvados? Aquí las copas son tan pequeñas...

—Claro —dije—. ¿Y luego?

—Nos salvaron aquellas gafas. Yo las guardé un tiempo, me las puse a veces, como un talismán. Allá estaban esperándonos, a la puerta de casa de Jan.

Dos tipos de la secreta... Secreta es un decir, porque se les podía oler a kilómetros. Entonces todavía no estaban tan bien organizados. Dos polis viejos, de la época del mariscal, con gabardina y sombrero. Félix era de la nueva generación. O no, quizás era solo un pobre desgraciado que necesitaba dinero. O no, quizás tan solo era un cobarde, un... Pero había estado con nosotros hasta entonces, mierda. ¿Por qué traiciona la gente? Yo qué sé, da

igual. Probablemente esté muerto. Casi todo el mundo está muerto. No sé si me dio igual entonces, no me acuerdo... Rudy quería buscarlo y matarlo, Arno también. Demasiadas películas... Jan no. Tenía razón. Tenía la cabeza muy clara, Jan. Se nos había echado el tiempo encima. Todo encima. Ahora tenían nuestros nombres. Dábamos vueltas y más vueltas en el Kreisler. No sabíamos adónde ir. Todo había cambiado en un segundo, un chasquido. Buscábamos cabinas, pero casi todas estaban rotas... Habían ido también a Holoubek, no podíamos volver allí. Llamó Rudy, se puso una de sus novias de entonces. «Lo siento, se equivoca de número», dijo la chica, y colgó. Lo convenido. Buena chica. «Gabriela, hay que avisar a Gabriela —decía Jan—, quizás todavía lleguemos a tiempo, ese cabrón no sabe su nombre ni dónde vive, solo ha podido dar la descripción.»

—¿Dónde vivía Gabriela? —pregunté.

—¿Dónde vivía? Dónde vivía, dónde vivía... —se restregó los ojos—. Por La Estrella, creo... Sí. Sí, sí, ahora me acuerdo. En la calle Argosy. Dejamos allí a Jan, esperando. No, espera, eso fue luego. Aquel día todo pasaba tan deprisa... Primero hubo que encontrar una casa limpia. Eso fue. Arno tenía unos amigos en el barrio Sur, en la avenida Leib. Allí nos quedamos, y fue entonces, claro, cuando Jan volvió a lo de Gabriela, y se quedó esperando hasta que apareció y pudo avisarla... En Leib estuvimos unos días, una semana, creo, el tiempo de montar algo rápido para conseguir dinero. Estábamos al descubierto, niña, no podíamos volver. Se habían acabado los trabajos, las casas.

Había que conseguir identificaciones nuevas, y eso era caro. Y pisos francos, y dinero para explosivos, para seguir. Seguir era lo único que importaba. Pasamos al otro lado muy deprisa. El primer robo fue a manos limpias, un ladrillazo contra una joyería, una de aquellas noches, una joyería pequeña, en Lustig. Tampoco los vidrios eran como ahora. Estábamos tan nerviosos que nos dejamos la mitad de las joyas. Los amigos de Arno se encargaron de colocarlas, y también nos consiguieron una pistola. Era la primera pistola que veíamos, una Browning 7.65. La mirábamos, en el centro de la mesa, y nos la pasábamos de uno a otro, como si quemara.

Lo más divertido... Lo más divertido es que yo, que era tan listísimo, tardé en darme cuenta de lo más evidente. Tardamos todos, y lo teníamos

delante de las narices... Nos habían dejado hacerlo, ¿entiendes? Lo de Uzelac. Los polis lo sabían. Podían haber parado la operación y no lo hicieron. Dejaron que ardieran todos los fuegos. Cuantos más, mejor. En eso estábamos en lo mismo. Los polis y la gente de Ratko, los servicios. Pero me dije: «Bah, a la mierda». Luego todo se aceleró más y más. Ya no se podía parar.

Vino el golpe, y el grupo creció, tanta gente tuvo que pasar al otro lado, había que apoyarse, montar una red para seguir. Hasta que los tarados del MNP pusieron la bomba en la cafetería y pasó lo que pasó y ya comenzó la guerra, la guerra absoluta. Yo antes había hablado con Lemberg, con Rina Sfeir. Estaban todavía más locos que nosotros. Estaban felices con el golpe. «Es bueno, es bueno», decía Lemberg. «Nos tienen miedo, saben que podemos ganar la partida. Los militares van a tener que legalizar la represión, van a tener que terminar con los parapoliciales. Su propia naturaleza institucional los va a llevar a encarrilar sus métodos, de lo contrario sus contradicciones van a estallar.» Hablaban así, como un manual. Y la Sfeir era todavía peor. Muy guapa, eso sí, una belleza. Morena, unos ojazos. Dura como un hierro. Decía: «Ahora que los partidos no tienen vida legal, el pueblo se va a expresar a través de las organizaciones revolucionarias. Se abre una nueva etapa de la lucha de clases y habrá que encontrar otras formas de canalizar esa lucha. La revolución tiene sus tiempos, Gordo. Mira a los vietnamitas. Llevan cuarenta años luchando y nosotros nos descorazonamos... El golpe ha servido para aclarar el panorama. Ahora el pueblo sabe cómo están las cosas. Ahora tenemos que consolidarnos de una vez como la vanguardia que los trabajadores quieren y necesitan». Todo ese rollo. ¿Se lo creían? Quizás. Si no se lo creían, se lo hicieron creer a un montón de desgraciados. Les enviaron al desastre. Esos sí que fueron al hoyo convencidos de que el futuro era suyo, y estaba a la vuelta de la esquina. Nosotros también seguimos... ¿qué íbamos a hacer? Los que pudieron irse se fueron, ¿no?... Girábamos en círculos... Los lemas siempre acaban por cumplirse. Seguimos... el atraco a las oficinas de la Frigorífica... había que ir con mucho cuidado, las calles estaban vacías. Por la noche, la gente se quedaba en su casa mirando la televisión y esperando instrucciones... No podías fiarte de nadie. Había chupados sueltos, muchos, compañeros que

tenían a la mujer o a los hijos secuestrados y estaban fuera, tenían que hacer vida diaria y señalar, entrar en los cafés... ¿Jan nunca te contó nada?

—No —dije—. No hablábamos de eso. Tampoco teníamos tiempo.

72. *Get out of town*

Solo teníamos tiempo de abrazarnos. Todos aquellos pisos tan parecidos, impersonales, prestados para unas pocas horas, tan pequeños, sin apenas muebles, como el de Varenka, y los hoteles baratos, y los hostales de algunos pueblos cercanos, todos aquellos agujeros en los que yo entraba como en islas, las únicas ventanas posibles frente a aquel ya no pasar, aquel blanco ahora consciente, aquel blanco en vida, estremecido, rodeado de cada vez menos luz, y los horarios y las rutinas de cada día a las que me aferraba para no caer, y la canción obsesiva que giraba y giraba en el tocadiscos, *get out of town, before it's too late my love*, aquel ruego, aquel amor amenazado, rodeado, en estado de sitio, *get out of town, be good to me please*, quién cantaba no recuerdo, era un disco viejo, un single comprado entre otros tantos, en un montón del mercado de Maisel, una cantante negra poco conocida, aquel disco fue a parar donde tantas cosas, recuerdo la portada, el rostro como la voz, oscura y triste pero llena de luz y de brillo, luz de última hora, luz de alta madrugada esperando un día mejor, *just disappear, I care for you much, too much...*

Quería que escaparas, que cruzases la frontera.

Quería verte, quería que no te fueras nunca.

Cantaba sin voz, sin abrir la boca.

La Malibrán cantaba para mí junto a la fuente roja.

Stefan cantaba para mí, tocando el piano horrorosamente.

Mi madre cantaba para mí desde el hueco, bajo la baldosa de mi cama.

And when you're near, close to me dear, we touch too much...

Esperaba los contactos, siempre en la biblioteca.

—Los polis no suelen entrar en las bibliotecas —dice Arno—. Y los subversivos, según ellos, menos.

Pero estaba claro que la idea no era suya. Ni la elección del libro.

—Llegará alguien.

—¿Alguien cómo?

—Joven. Bien vestido. Pelo corto, corbata. Ese es el uniforme de ahora. Siempre llevaban pelo corto y corbata, un poco suelta.

—Te pedirá un libro.

—¿Qué libro?

—*Historia de los trece*, de Balzac.

Sonrió.

—Te dejará un papel con una dirección, al entregar la ficha. Te indicará la siguiente cita al devolver el libro. Otro papel, entre las páginas 149 y 150.

»No apuntes nada, recuérdalo. Y rompe siempre el papel. Trágalo, mejor.

»No te rías. No es un juego —dice Arno.

No era un juego. Era la única forma de verte.

Cambiaban los rostros. El que lo devolvía casi nunca era el mismo que se lo había llevado. El nombre en la ficha sí era el mismo, pero el contacto ya era otro. Erais muchos, cada vez más.

Entre una cita y otra podían pasar varias semanas.

La canción seguía y seguía girando.

*The thrill when we meet it's so bitersweet
that darling it's getting me down...*

Cada papel indicaba una segunda cita en otro punto, a veces una tercera.

Era todo tan cansado, tan lento, tan difícil, tan exasperante...

Otra nota tras el espejo de un lavabo, en un bar.

Entraba, procuraba no mirar a la gente, pero siempre miraba.

Porque siempre había alguien, esperando para asegurarse de que el contacto se había establecido, que no me seguían. Podía ser un hombre o una

mujer. Nunca vino una mujer a la biblioteca. Esperé y no vino nunca. Pero en los bares... ¿Por qué no Gabriela? ¿La vería algún día?

En París, casi al final de aquella larguísima noche, le pregunté a Pavel:

—¿Cómo era Gabriela Baum?

—Como tú —me dijo—. Muy parecidas. Podíais haber sido hermanas.

Aquel primer bar estaba en General Vilmos. Hubo otros, todos muy parecidos. Normas de seguridad. Bares alejados, bares de barrio, nunca jamás cafés del centro. Recuerda: memorizar las direcciones, tragar el papel.

Ese día tomé un tren. Un viaje corto. Podía ser a Porlock, a Timoka.

¿Por qué apenas recuerdo los nombres, por qué todos los lugares me parecen ahora el mismo lugar? Porque todo eso daba igual, mi amor. Porque casi todos los encuentros eran por la noche, y si eran al atardecer tú siempre corrías a bajar las persianas, a veces llegábamos de madrugada como una pareja de recién casados, señor y señora Potocki, eso sí lo recuerdo, y me gustaba tanto... Lo único importante era que volvíamos a estar juntos, y siempre con tan poco tiempo...

Tú también cambiabas, también pretendías ser muchos.

Primero bigote. Luego barba. Cabello corto. Gafas falsas, como las de Félix.

Muy ligeras, sin montura, apenas prendidas en la nariz. Te quedaban bien, pero te dejaban marcas. Te besaba aquellas marcas, te lamía. La barba, muy recortada, también te quedaba bien. Un matrimonio normal.

Aquel hotel por horas de la calle Blech. Era un sábado. Ocho de la noche.

Acababas de recoger la ropa, nunca dejabas nada tirado por el suelo, hacías la cama, remetías la colcha, colocabas de nuevo las almohadas. Una vieja costumbre del reformatorio. La voz de la radio interrumpió otra música, música soleada, aquella música brasileña que te gustaba tanto, Jobim, creo, y de repente la voz tan de Moira, tan funeral y lluvia y blanco y negro, la subversión ha vuelto a golpear, Cafetería Trieste, nueve kilos de Trotyl y cinco de bolas de acero accionados por medio de un dispositivo de relojería.

—¿Habéis sido vosotros?

—No, estás loca, ese es un operativo demasiado... Calla, parece que...

Los del MNP habían reivindicado.

La Cafetería Trieste estaba junto a la Central de Policía.

—Y a esa hora... No puede ser, estará llena de gente —dices, como si aún no hubiera pasado, como si todavía pudiera evitarse.

Ya había pasado. No pudo evitarse. Estaba llena de gente.

Mataron al comisario Janson. Y a veintisiete personas más.

—No saben lo que han hecho —dices—. No saben lo que han puesto en marcha.

73. *Et Consumimur Igni*

«Los muertos de la Trieste eran contagiosos», dijo Pavel.

Nunca se cerró el cómputo. Empezaron a aparecer más y más cadáveres.

«La mejor limpieza es la que no deja rastro», dijo el doctor Drazen.

En descampados. En cunetas. En coches incendiados. En las afueras.

Al principio se tomaban el trabajo de cortarles los dedos para que no pudieran identificarles. Los periódicos, al principio, hablaban de ajustes de cuentas o víctimas de la subversión. Luego cambió la estrategia.

«Están matando a todo el mundo», dice Liliana.

Saul Hecker apareció en un bosque de Gorbach, con las manos atadas a la espalda y la boca llena de trapos.

Unos pescadores sacaron del río el cadáver de Dusan Skazall.

«Hasta están persiguiendo a los socialcristianos de Charell», dice Oskar.

Veronika me cita en un bar para decirme que se han llevado a Isa Novelski.

Maestros. Estudiantes. Actores. Escritores. Periodistas. Obreros.

Fusilados. Fosas de cal viva. Quemados. Narcotizados y arrojados al mar, desde helicópteros. A aquellos viajes les llamaban «traslados al sur».

En menos de cinco años acabaron con lo mejor de nuestra juventud.

Más de diez mil desaparecidos en todo el país, de los que sobrevivieron apenas un centenar.

A toda esa época la llamaron «el proceso de reorganización nacional».

Muchas cosas cambiaron de nombre. Los Alegres encontraron trabajo en la policía, sin placa, sin carrera ni oposición, y pasaron a llamarse Brigadas de Limpieza. Robaban coches, los repintaban, les cambiaban las matrículas.

A eso le llamaban «requisa y recuperación de materiales».

Los delatores se convirtieron en la Red de Cooperación Ciudadana.

Los periódicos se llenaron de anuncios que recordaban a los ciudadanos su deber cívico de informar de «cualquier elemento subversivo».

Esa fue la única palabra que no cambió, porque servía para todo.

Un subversivo era un «disidente del proceso».

Un subversivo era cualquiera que «diseminara ideas contra la civilización cristiana».

Un subversivo era un «elemento nocivo a erradicar».

Al principio iban a buscarles de madrugada, cuando la voz de la cantante negra sin nombre sonaba como una sirena susurrando peligro.

Luego empezaron a cogerles en pleno día, bajo aquel cielo otra vez azul, bajo los árboles de nuevo rebrotados, maravillosos, inmutables, entre carritos de helados y anuncios de que la bolsa había vuelto a subir. Les sacaban de los cines o las tiendas, a la vista de todos, y les metían en aquellos coches negros, enormes, con las aletas afiladas.

Cuando la familia iba a buscarles a comisaría les decían: «Se habrá ido de casa, señora, se habrá ido con alguna novia, con algún novio, los jóvenes ya se sabe», y sonreían, y decían «Por favor, el siguiente». Siempre había un siguiente. Y estaban los que se encogían de hombros y cabeceaban y decían «Algo habrá hecho», y los que creían que les detenían para reformarles, que en las comisarías hablaban con ellos, trataban de convencerles de sus errores para devolverles al camino recto, como en unos ejercicios espirituales muy, muy largos.

En el barrio se contaba la historia de unos padres que denunciaron a su hijo, unos padres muy cercanos, vivían en la calle de San Stanislas, denunciaron a su hijo para que «una noche en comisaría» le hiciera entrar en vereda. Nunca volvieron a verlo. El padre se convirtió en un borracho que bebía sin levantar los ojos, evitando miradas, espejos, superficies reflectantes.

La madre caminaba por la calle moviendo la cabeza sin parar, como un pájaro desnucado que no logra morir, condenado a ese temblor permanente.

Historias de muertos ausentes y muertos en vida, de locos, de suicidas.

Los que decidían matarse antes de que fueran a por ellos.

Una noche, volviendo a casa de Oskar, vimos un cadáver en la calle, una mancha blanca y roja en el suelo inmaculado del Strach. Le habían cubierto con una chaqueta porque estaba desnudo, pero era una chaqueta demasiado

pequeña. Un muerto muy joven y muy guapo, un adolescente de piernas larguísimas y brazos que hubieran podido abrazar tantas cosas, tanto futuro, el mundo entero. Desnudo y con los brazos extendidos, como si se hubiera zambullido en la noche.

La vida seguía, seguía... Tanta gente colaboró... Médicos, funcionarios...

Aprendieron a torturar. A disfrutar de aquel nuevo poder. Dale a alguien un par de cables eléctricos y un cuerpo atado. Sus rostros eran siempre el mismo. ¿Quién podría identificarles? No llevaban gafas oscuras, no escupían saliva verde, no tenían tentáculos ni tres cabezas. No estaban aislados del mundo. Los centros de detención no eran cárceles alejadas, ni horribles mazmorras subterráneas. Eran garajes «habilitados», otra nueva palabra, fábricas en barrios populosos, viejos edificios de oficinas en el centro. La gente pasaba por delante de esos lugares todos los días. Ellos no tenían que esconderse, como vosotros, porque nadie podía creer *realmente* que aquello estuviera sucediendo. Eran como los enanos malvados de los cuentos, secuestraban a mujeres embarazadas y robaban a los niños recién nacidos y los vendían a otras familias pero no llevaban caperuzas, no eran jorobados, cumplían un horario, fichaban a la entrada, torturaban y luego jugaban al *ping-pong* y a las cartas allá dentro, a la espera del relevo, y con el cambio de turno salían a comer, iban al cine, se mezclaban con sus semejantes.

Hay que hacer algo, hay que hacer algo ya, dijo Liliana, dijo Oskar, y lo hicieron, lo hicimos. Un nuevo grupo.

ANKLA. Agencia Clandestina de Noticias.

Nosotros tres, ahora éramos nosotros tres sin ti, y varios compañeros de *La Jornada*, y militantes de Juventudes, los que todavía no habían sido detenidos, aunque era, se decía, cuestión de días. Todo era ya cuestión de días.

Escribíamos, siempre de noche. Informes, boletines, textos breves que enviábamos por correo a los corresponsales extranjeros, que ciclostilábamos y repartíamos donde podíamos, para que circularan de mano en mano.

Se llamaba *Cadena informativa* y seguía el sistema de la pirámide.

Recogíamos información, escribíamos, buscábamos buzones alejados para enviarla a una lista de nombres, que a su vez la enviaban a otra gente, y a otra, y a otra. Todavía conservo mi primer comunicado.

Para reír un poco, quise darle el tono de un anuncio:

Cadena informativa es uno de los instrumentos que está creando el pueblo de Moira para romper el bloqueo de la información. Cadena informativa es usted y somos todos. Es un instrumento para que usted se libere del Terror y libere a otros. Reproduzca este comunicado, hágalo circular por cualquier medio a su alcance: a mano, a máquina, en mimeógrafo. Mande copias a sus amigos: nueve de cada diez lo están esperando. Millones quieren ser informados. El Terror se basa en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción de un acto de libertad.

Aquel verano murió Rudy. Aunque entonces no decíamos «murió» o «cayó» sino «perdió». Una foto borrosa en un periódico. Muerto en mitad de la calle, cubierto por su gabardina, con una pistola en cada mano. Una pequeña sucursal bancaria, en Cantelecor. Abatido por el vigilante.

El resto de la banda, decía la noticia, consiguió huir.

Perdieron Vera y Floreal. Siguieron la pista de *Cadena* hasta la Academia.

Un compañero había ido hasta allí para ciclostilar y no tomó precauciones.

Liliana escribió el informe. Yo no podía.

Fue lo último que escribió.

Antes de que la desaparecieran tuvo tiempo de acabar *El fin de Moira* y hacérselo llegar a un corresponsal.

Oskar lloraba a sacudidas, como nunca le había visto llorar. No sabía qué hacer para calmarle. Yo tampoco aguantaba más. La pérdida de Liliana nos acabó. Se acabaron las lágrimas, se acabaron las palabras. «Se acabó», dije.

Estamos en la buhardilla de la plaza de San Bruno.

Oskar corre a vomitar. Vomita largo rato, con grandes arcadas. Luego se deja caer en el suelo, junto a la puerta del lavabo, la espalda contra la pared.

Se limpia la boca.

—Casémonos —dice.

No digo nada. Miro por la ventana. No hay nada que mirar. Afuera todo es noche, silencio. Perdimos.

—Casémonos —repite Oskar—. Lo he pensado mucho. Llevo tiempo pensándolo. Te conviertes en ciudadana francesa y nos vamos de este país de mierda.

«Oskar tiene razón —dijo mi padre—. Sois jóvenes, marchaos ahora.»

Nos casamos. Una ceremonia rápida, un trámite.

Un amigo del padre de Oskar, un tal Fuchs, se encargó de buscarnos un piso.

Un papel, una dirección: Rue Chauvelot, 55, 7º A. Un número de teléfono: 40-73-71.

En aquel papel estaba todo nuestro futuro, nuestro nuevo mundo.

Mi padre cerró y vendió el piso de Zuckmantel y se fue a vivir a Luzhin con tía Olga.

Nos alargó un sobre abultado. Era el dinero de la venta del piso.

Oskar se negó en redondo. Yo tampoco hubiera aceptado.

Improvisó una historia acerca de un buen trabajo, un trabajo estupendo en un periódico de París. No sé si mi padre se lo creyó o fingió creérselo.

Los cuatro interpretamos bastante bien nuestros papeles.

Mi padre y tía Olga intentaron convencernos de que lo de Luzhin iba a ser para ellos algo parecido a una aventura, una especie de renacimiento. Lograron bombear fondos de alegría de una sima profundísima y casi exhausta.

Daba la impresión de que eran ellos los que se iban del país.

—No os preocupéis por nosotros. Viviremos de la tienda —dijo ella.

—Y del huerto —dijo mi padre—. Como cuando éramos pequeños, ¿verdad, Olga?

Has elegido el Eden Bar para despedirnos. Venimos a decirte que nos vamos a París, pero no que nos hemos casado. Han pasado semanas hasta poder establecer el contacto. Respiro hondo. El mismo olor a humedad, carbón enfriado, absenta y aguardiente de manzanas. El grifo de cerveza negra, el águila sin brillo. El gran espejo con las letras biseladas del anuncio, APERITIVOS SENDIC, con las tres estrellas a ambos lados. El reloj parado.

Aquí estamos los tres, como al principio, por última vez.

Nadie juega a cartas, no hay viejos borrachos acodados en el mármol.

Afuera no hay apenas nada. No hay barrio Sur. Mordiscos de excavadoras, edificios abandonados, allí solo viven ahora mendigos y la gente que no pudo irse a otra parte, y en mitad de la apenas nada, el Eden Bar resistiendo todavía, invicto, definitivamente la última estación de diligencias antes del desierto. Ahí estás, esperándonos, la espalda contra la pared, los ojos en la puerta, las piernas separadas, jugueteando con una navajita.

Para no pensar en el espejo, para no pensar en la ruina, para no pensar en tanta muerte alrededor, para no pensar en nada del presente, para que la despedida sea lo más rápida e indolora posible, pienso en una película, otra más, necesariamente también la última. Tú haces de John Wayne, Oskar vuelve a hacer de James Stewart, yo intento hacer de Maureen O'Hara.

Hasta que Oskar te da el papel con nuestra dirección en París y tú lo miras un momento y pides que te enviemos una Torre Eiffel con barómetro incorporado y yo bajo la cabeza de golpe como jamás lo haría Maureen O'Hara, y Oskar tampoco puede más y te sujeta por los hombros y dice:

—Vente con nosotros.

—No, hermano. Ya sabes que no —dices, levantándote.

—¿Pero por qué? ¿Por qué? —casi grita Oskar.

Entonces nos besas a los dos y dices antes de perderte en el desierto:

—Porque esto es lo que he elegido.

Tu silueta se recorta por última vez en el quicio de la puerta abierta.

Nos quedamos en aquel silencio, la tarde ya desplomada, la penumbra entre azul y ceniza lo cubre todo y evita las miradas y las palabras inútiles, hasta que a algún imbécil se le ocurre encender la luz y es entonces, al limpiar con mi manga las lágrimas de la mesa, cuando vemos las iniciales de los tres encerradas en un círculo.

Había poca luz en la oficina de pasaportes.

Llovía mucho, una lluvia de fin de verano.

—¿Klara Liboch?

—Sí, soy yo.

—¿La hija de Hektor Liboch?

—Sí.

Me llevó aparte. Hablaba en voz baja.

—Está difícil, muy difícil. Pero lo tendrás en una semana. ¿No te acuerdas de mí, verdad?

Se acercó a la ventana. Sonrió. Ya no era el chico delgado de la foto en el periódico. Había engordado, había perdido pelo, pero seguía teniendo aquellos bonitos ojos oscuros y tristes.

—Soy Kolya. Kolya Verbytski.

74. Gris

La noche de la llegada me deslumbró la zarabanda de las luces en los Campos Elíseos, un collar de rótulos, farolas, semáforos, destellos rojos y azules entre los árboles empujados por el viento y la lluvia, y abajo, faros ambarinos, estelas veloces moviéndose entre el vapor húmedo, resbalando en la calzada resplandeciente, y el río que parecía de antracita líquida, densa...

Luces hermosísimas pero que no hacían feliz, como joyas falsas.

Fuchs conducía un Dauphine, maldecía el tráfico, sonreía a ratos.

Me dolían los ojos. Creía que todo me enviaba mensajes.

Una de las primeras cosas en las que reparé fue una pintada en un muro medio derruido; una pintada que decía: *Tout luit, tout brille, mais rien ne brûle*. Todo reluce, todo brilla, pero nada arde. Otro cartel, en la avenida Marigny, decía: *Tout doit disparaître*. Todo debe desaparecer.

Eran las rebajas de unos grandes almacenes. Fue allí donde encontré trabajo, unos meses después.

La calle Chauvelot estaba en Plaisance, un barrio alejado. Un piso muy pequeño, alto, cerca de la estación de metro de Porte de Vanves. En el salón casi no había muebles. Fuchs llevaba un abrigo azul marino. Era un hombre grueso, con el pelo rubio cortado a cepillo. Extendió los brazos en el centro de la habitación. Una mesa con dos sillas, un sofá de terciopelo gris, una lámpara de pie. Una ventana que daba a un patio. Una cocinita, un lavabo, una alcoba sin ventanas, con una cama muy alta y un armario.

El pasillo era corto y, no sé por qué razón, la pared estaba cubierta hasta la mitad de un trenzado de caña, como la entrada de un bar exótico.

Oskar lo llamaba «el pasillo africano».

Vivíamos de lo que ganaba Oskar y de lo que su padre le enviaba.

Oskar no quería aquel dinero, pero lo aceptaba por mí.

Fuchs le había conseguido trabajo en una empresa de reciclaje de residuos fotográficos.

—Provisional, claro —decía Fuchs.

Todo era provisional. El piso, el trabajo, nuestras vidas...

Recibían radiografías de los hospitales y las pasaban por una serie de ácidos para borrarlas. Tenía un horario muy duro, muchas horas.

Algunas noches íbamos al cine Versailles, al final de la calle Vaugirard.

Me levantaba pronto, a la misma hora que Oskar, bajaba a comprar el periódico, buscaba en las demandas. Todo estaba oscuro.

Tuve muchas entrevistas. Todo el mundo decía que era una mala época.

La recesión. La crisis de la energía. Quizás más adelante...

También me decían:

—Usted no es francesa, ¿verdad?

—Sí, soy ciudadana francesa.

—Pero el acento... Habla muy bien nuestro idioma, sin embargo...

Caminaba para buscar trabajo pero, sobre todo, para no quedarme en casa esperando que sonara el teléfono. Estás vivo, me repetía. Tienes que estar vivo. Estás vivo y llamarás, un día, una noche. Pero tenía que escapar de aquella casa que nunca fue mi casa, salir a la calle para no ahogarme en aquel silencio en el que jamás llegaba tu llamada. Llamaba mi padre, llamaba tía Olga. Sí, todo iba muy bien, París era precioso, Oskar aún no ha vuelto, tiene mucho trabajo. Colgaba y me envolvía de nuevo el silencio, perforado por el ascensor lento, funeral, con un opaco rumor de levas y engranajes, como si viniera de un pozo profundísimo.

Caminaba mucho, con las manos en los bolsillos, la nariz helada. Hacía un frío violento y todo era gris, como si nunca fuera a llegar el día, el verdadero día. Como si el tiempo se hubiera detenido en una eterna tarde de tormenta, justo antes del anochecer o del amanecer. No, no estaba bien. Aquella ansiedad no se iba, estaba fija en mí como la luz de ceniza, y nada o muy poco podía aplacarla. Rebrotaba en cualquier lado, con cualquier pretexto. Entraba en un bar y era demasiado grande, o tenía el techo demasiado bajo. No entendía lo que decían los jóvenes. Yo había envejecido, ellos hablaban

otro lenguaje. Estaban demasiado tristes, silenciosos, y tenía que salir de allí para respirar, o reían mucho, como si estuvieran sentados en una terraza de la plaza de San Bruno. Callaba, y Oskar no sabía cómo romper aquel silencio.

Días vacíos, idénticos... Caminaba, a paso vivo, para agotarme, por la calle Brancion o el bulevar Lefebvre, creyendo que alejarme del piso me alejaba de mí misma. Otras veces cogía el metro en la estación de Porte de Vanves y bajaba en Montparnasse. Desde allí, por Rennes y Vaugirard, llegaba a los jardines de Luxemburgo. Una vez horrible creí verte en Saint-Germain, de golpe, al doblar una esquina. Salías de un cine, abrazando a una chica. La forma de colocar tu brazo sobre sus hombros, el cabello largo, como lo tenías antes. Incluso llegué a sentir tu olor.

Soñaba que no tenías ojos. Tenía que levantarme por la noche, ir corriendo a mirar tu foto, la foto en la que estábamos los tres en el bosque de los Álamos Negros, para convencerme de que no te los habían arrancado, de que seguías mirándonos. Me despertaba y cada vez que apretaba el interruptor de la lámpara tenía la sensación de que la bombilla iba a estallar y los vidrios se clavarían en mis párpados. Encendía la lámpara con la mano extendida y la cabeza vuelta hacia atrás, como si contara los dientes de un cadáver.

Entré una tarde en otro bar, estrecho, diminuto, cerca de los mataderos.

Había un hombre con un schnauzer blanco en el regazo. Una sacudida muy lenta me electrificó todo el cuerpo: era solo cuestión de segundos que aparecieran el hombre con la gorra de plato y la nariz comida, y la vieja despeinada, con cabellos grises y erizados, la vieja que era yo, yo misma...

Aquel día comprendí que no estaba en París. París estaba alrededor.

Yo estaba en el Pequeño París de mi infancia, aquel bar inmundo del pasaje de Santa Klara, atrapada para siempre, con los pies en mitad de un charco en el que flotaban colillas y billetes de apuestas perdidas. Estaba en el *sheol* de los padres de Oskar, de los abuelos de Oskar, de los abuelos de sus

abuelos, el País de los Muertos donde la existencia se congela, la vida se convierte en la sombra de una vida, y todos siguen caminando.

Poco antes de Navidad entré a trabajar en los almacenes Marigny, una suplencia. Zapatería, segunda planta. La gente me hablaba como si estuvieran metidos en un televisor, muy próximos, porque sus caras se distorsionaban, y a la vez muy lejanos, separados por un vidrio invisible.

Les veía y les escuchaba como si recitaran un guion, y supongo que así debían verme también, como si pronunciara un texto escrito por otros.

Leí la historia de una muchacha que tenía una extraña enfermedad. Se llamaba agnosia cerebral. La muchacha era una estudiante aventajada, y estaba a punto de entrar en la universidad cuando le sobrevino lo que ella llamaba «el accidente». Estaba en mitad de una clase de griego y, de repente, algo en su cerebro se desconectó. Su cerebro dejó de reconocer la grafía griega. La escritura de la pizarra se convirtió en un bosque de palos y puentes de tiza, sin sentido alguno. Luego perdió la memoria visual de las cosas. No se quedó ciega, sino que dejó de reconocer las formas. Solo podía leer determinados bloques de información. La muchacha decía: «Salgo a la calle y sé que estoy en ella por el rótulo con su nombre. Sé que estoy en la siguiente porque he memorizado el buzón rojo de la esquina junto al cartel de un teatro. Sé que viene un coche porque puedo leer su matrícula. Esa es mi vida ahora».

Una de las escasas alegrías de aquel tiempo fue la noticia de la muerte del doctor Drazen «en extrañas circunstancias». Su cadáver había aparecido en la Mansión Urkel, su villa de las afueras, donde, decían, celebraba orgías y extrañas ceremonias rituales. Al parecer le había matado uno de los muchos chicos que tenía allí encerrados. Drazen flotando en la piscina, con dos tiros de escopeta en la cabeza. Vestido de novia, con un velo cubriéndole el rostro, como una tela de araña.

Un domingo de primavera estábamos en los jardines de Luxemburgo, sentados en un banco, y yo no paraba de llorar. Lloraba, aterrada, porque nada había cambiado. Había estado en el blanco y había salido del blanco, pero volvía a ser primavera y todo resplandecía pero todo seguía siendo gris.

Nada tenía significado. Nada cantaba.

La música no tenía color, los colores eran insípidos, las luces no olían.

Junto al banco había una garita de vidrio, con carteles. Oskar me tomó de la mano, me hizo levantar, me colocó ante uno de aquellos vidrios.

—Mírate —me dijo, mientras me limpiaba las lágrimas—. Eres una mujer preciosa y fuerte, y yo te quiero. Pero tú no quieres ver eso. No quieres ver.

»Jan no volverá. Todo aquello acabó. Jan, Moira. No, por favor, mírate.

»Estamos vivos, tú y yo. Todo lo que hay a nuestro alrededor está vivo.

Le abracé, dije que sí con la cabeza. Pero mentía.

75. Villa Bassani

Camino en la oscuridad por los pasillos de un hotel abandonado, que se cae a pedazos. No sé qué lugar es este ni qué hago aquí. Camino entre escombros, cristales rotos, papeles arrugados, siguiendo los raíles de un tranvía. Arriba, sobre mi cabeza, suena una música debilísima y lejana, unas pocas notas de piano, muy espaciadas, imposible reconocer la melodía. Algo moja mi cara. Las notas se convierten en agua que se filtra por el techo agujereado, rezuma por las paredes desconchadas, como un deshielo. De repente, dos destellos amarillos. Un gato gris me mira, se gira para ver si le sigo, camina por el riel sin apenas pisarlo, dobla una esquina con la cola alzada. Le reconozco: es Rosalinda, la vieja gata de Vera Anilevich. Sigo caminando, con los brazos extendidos, y mi mano se hunde en la pared: el hueco de un montaplatos. Acerco la cabeza como si la metiera en un horno. Escucho unas risas, algo parecido a un chapoteo, el repicar de una campana, y retiro rápidamente la cabeza antes de que la portezuela oxidada caiga de golpe y me corte el cuello. Voy sabiendo dónde estoy. En la siguiente esquina del pasillo, Rosalinda es Alfie, y en mi mano hay una linterna plateada.

Las puertas tienen los números en óvalos de chapa, pero no, no son números.

Acerco la linterna que arroja una luz cada vez más agotada, de última cerilla.

Son rostros, pequeñas fotos sobre un baño de porcelana como las de los cementerios, una en cada puerta.

Isa, Liliana, Stefan, Rudy, Vera, Floreal.

Tu rostro sonrío en la última puerta. Comienza a soplar el viento, los papeles arrugados se enroscan en mis pies, se pegan a mi cuerpo. El techo se descorre como en el cine Slepoy. Un cielo negro, absoluto, indescifrable. Repican las campanas de Santa Teresa. Una brecha en el cielo. Dos, tres, seis puntos de luz como disparos a través de una puerta forman un círculo, una corona de estrellas. Abro la puerta y rompo a gritar.

Sigo gritando tu nombre durante muchas noches.

—No puedo luchar contra un muerto —dice Oskar una madrugada.

Nuestros cuerpos se separan. El deseo se va. A otra parte.

Pasan varias semanas. Una tarde creo ver a Oskar en la calle St. Gilles, en el Marais. Estoy lejos de casa, y a esa hora él suele estar trabajando.

¿Me he vuelto definitivamente loca?

No. No hay duda, es él.

Está llamando al timbre de una casa. Un edificio de piedra clara, separado de la calle por una verja y un pequeño patio con muchas plantas verdes y un limonero. Es una calle muy tranquila, tanto que puedo escuchar, oculta tras el tronco de una acacia, la chicharra del portero electrónico y su voz diciendo «Yo».

Se abre la puerta con un chasquido, entra.

Cruzo la calle. Leo el cajetín dorado con los nombres de los inquilinos.

No me hace falta buscar mucho. En el 2° B vive Madeleine Lachenay.

76. La cruz de Roztok

En agosto ya está casi todo acabado, liquidado. Vivimos en la inercia que precede al final. Aparentemente no podría irnos mejor. Oskar ha comenzado a vender algunas fotos, hay más dinero, un trabajo en perspectiva, en un semanario. Yo he conseguido un puesto de auxiliar en la biblioteca de Porte de Vanves y comenzaré en septiembre. Parece que se acabó la empresa de residuos y los almacenes de Marigny, y la eterna luz de ceniza.

Estoy siguiendo un cursillo, la gente de la biblioteca es muy amable. Oskar tiene muchas reuniones «de planificación». El semanario también comenzará en septiembre. Todo ha de comenzar en septiembre.

Una noche llaman por teléfono, muy tarde.

Descuelga Oskar, que duerme en el sofá del comedor.

—¿Quién era? —pregunto.

—Nadie —dice—. Se equivocan.

Al rato vuelven a llamar.

—No, no es aquí —dice Oskar.

No puede ser Mado, pienso. No tendría sentido, la ve cada tarde.

Llaman por tercera vez.

—Le he dicho que aquí no es —grita Oskar, furioso.

Al día siguiente vuelven a llamar.

Estamos a punto de salir, al cine, a cenar, no recuerdo. Esta vez lo cojo yo.

—Pavel está aquí, abajo —digo—. Dice que no quieres verle.

—¿Por qué no quieres hablar conmigo? —dice Pavel, en la puerta de la calle.

—Porque estoy harto de todo eso —dice Oskar—. Porque no quiero volver a saber nada más de Moira ni de ti. ¿Lo puedes entender, o estás demasiado borracho?

Pavel tiene los ojos vidriosos, la melena sucia. La cazadora sucia, como si hubiera dormido con ella días enteros. Le ha crecido una barba desigual,

con mechones canos. Apesta a alcohol.

Intenta abrazarle, como un oso torpe.

—No me digas eso, por favor. No me digas eso, hermano...

No comprendo la ira de Oskar, la mirada suplicante de Pavel.

—No eres mi hermano —dice Oskar—, ni lo has sido nunca.

—Una copa —dice Pavel—. Solo una copa... Os invito. Tengo dinero. Saca un puñado de francos arrugados. Le tiembla la mano.

—Que te largues —dice Oskar—. Le empuja contra la pared. Con mucha fuerza.

—¿Pero qué haces, estás loco? —digo.

Algunos billetes caen al suelo. Pavel se agacha. Le ayudo a recogerlos.

—Ve con él si quieres —dice Oskar—. Sigue revolcándote en toda esa mierda.

—Y tú ve a revolcarte con Mado —digo.

Oskar me mira un instante. No dice nada. Nos miramos, sin palabras.

Da media vuelta y echa a andar, calle abajo.

Vamos al bar de la plaza D'Alleray. Pavel pide Calvados. Yo también.

Saca un paquete de Gauloises del bolsillo.

—¿Te importa si me siento ahí? Todavía me pongo un poco nervioso si no estoy con la espalda contra la pared.

La silla es muy estrecha. El borde de la mesa se le clava en la tripa. Está más gordo que nunca. Intenta bromear.

—Lo malo de París son los bares. Todo es estrecho. Quieren aprovechar tanto el espacio...

—¿Cómo nos has encontrado?

Abre la cartera, me enseña un papel.

El mismo que Oskar le había dado a Jan la última tarde, en el Eden Bar.

—¿Está vivo? ¿Crees que aún puede estar vivo?

Pavel alarga la mano. Me acaricia la cara.

—No, niña, no. Imposible. Ha pasado demasiado tiempo.

Tiene la manga rota, desgarrada.

Tardó mucho en llegar el final de aquella noche. Tardó mucho Pavel en llegar a la cruz de Roztok. Con el calor de las primeras copas pareció volver el Pavel de antes, hablador, bullicioso, como si el extraño encuentro con Oskar no hubiera sucedido, pero al final su narración se hizo muy confusa. Habíamos hablado y bebido mucho. En esta parte hablaba como para sí mismo, con la barbilla casi hundida en el pecho, con grandes silencios y frases ininteligibles.

—¿Qué cabaña?

—Era la mejor solución. Estaba en el norte, muy cerca de la frontera de Gschwind. Teníamos al ejército y la policía encima. Ya no había grupo, había perdido Rudy, y luego perdió Arno, en un control, y vimos cómo se llevaban a Marek sin que pudiéramos hacer nada. Marek tenía mujer y un hijo.

—¿Y? —pregunté, idiotizada por el calor y el alcohol.

Levantó la cabeza para mirarme. Parecía un viejo buey.

—Que Marek podía haber hablado, niña. También se los llevaron. No había nadie en la casa. En esos días torturaban a las mujeres delante de sus compañeros, a los hijos delante de los padres. Podía haber caído toda la red, los contactos, los pisos... Había que irse, ¿entiendes? Había pasos por las montañas. Y un pasero, un tal... No me acuerdo, da lo mismo. Era Jan quien le conocía. El tipo fijó un día. Una noche, mejor dicho, antes de que saliera el sol. No fue fácil eso. Llevábamos casi un mes en la cabaña, Jan y yo, sin salir, casi todo septiembre, sin noticias, sin bebida, casi sin latas ya. La cita era en la cruz de Roztok. Un cruce de caminos, en el bosque.

Aquí Pavel rompió a llorar.

—No debí haberle dejado ir, niña. Era una locura, no tenía sentido...

—¿Ir adónde?

—Bajar. Bajar a la ciudad, como decía él. Dijo que era ir y volver, aquella misma noche. Unos asuntos. Arreglar unos asuntos. Pero no volvió. Esperamos, el pasero y yo. Hasta que ya no pudimos esperar más. No quería irse, ¿entiendes? Quería sacarme a mí. Quería que me fuera yo...

Pobre Pavel. Eso era lo que creía o quiso creer. Pero en ese instante yo no le escuchaba. Me aferraba a una fecha. Yo también quise creer, por un momento, que Jan había vuelto a Moira para verme a mí...

Las fechas coincidían. Pavel había dicho que estuvieron casi todo el mes de septiembre en la cabaña. Se lo hice repetir. Mi cabeza se disparó.

Oskar y yo todavía estábamos en Moira entonces. No pudimos irnos a París hasta primeros de octubre. Hubiera sido perfectamente posible. Pero también, pensé, hubiera sido perfectamente posible que volviera para ver por última vez a Gabriela Baum. Y que le atraparan en el camino de ida o en el de regreso. No. No. Nada de eso, pensé. A Jan no le hacíamos falta ni Gabriela ni yo ni nadie para quedarse. Porque eso era, recordé, lo que había elegido.

—Claro que estabais todavía —hipó—. Claro que estabais. Cuando antes... cuando antes le pregunté a Oskar por qué no quería verme, yo sabía perfectamente... Porque le fallé. Yo tenía que hacerme cargo...

—Espera un momento. No entiendo...

—... esa era, digamos, mi misión. Pero cómo podía yo... ¿Podréis perdonarme?

—No hay nada que... ¿Qué tiene que ver Oskar con todo esto?

—La cabaña, niña... ¿Pero cómo...? Claro. No te dijo nada.

—¿Qué es lo que tenía que decirme, Pavel?

Juntó las manos, como si estuviera a punto de rezar.

—Escucha. Oskar y yo nos encontramos por casualidad, poco antes de que os fuerais. Le conté... le conté todo lo que podía contarle. Que estábamos en retirada. Era cuestión de meses, o de semanas. Jan seguía creyendo, creyó hasta el final. Rudy también creyó hasta el final. Yo no, yo sabía que la trampa se estaba cerrando. Y Oskar... Oskar quería sacar a Jan del país como fuera. Le conté mi plan. Escondernos, pasar por las montañas. La idea de la cabaña fue suya. Yo tenía que convencer a Jan para irnos juntos. Me dijo que lo había intentado. Que lo habíais intentado, pero no quiso acompañaros. Yo tenía que sacarle. Él lo arregló. Él habló con su tío... Se llamaba...

—¿Eliah?

—Sí. El tío Eliah. La cabaña era suya. Voy un momento al lavabo.

Nunca supe por dónde anduvo Pavel desde que escapó de Moira hasta que al fin se decidió a llamar y presentarse en nuestra casa. No se lo pregunté. De repente no quería hablar más del pasado. A cada copa cambiaba de ánimo, de

ideas, de dirección. Dijo que no quería quedarse en París. Hablaba de irse a Italia o a España, y «organizar algo».

—... reagruparse... inventar... nuevos modos de vida... *Lotta Continua*... una comuna en Berlín... los anarquistas españoles...

Nombres que sonaban a héroes pasados, a guerras perdidas.

—Sigo creyendo, niña, pero ya no sé en qué. El tiempo de la acción ha acabado... Ahora empieza el de la reflexión... con astucia, con... moverse, moverse en el subsuelo... Como una serpiente... ¿Otra copa?

Hablaba en susurros y de repente levantaba el tono de la voz.

—... la edad de plomo. Ahora empieza la edad de plomo... ya ha empezado... Mira a esos... hay que intentar vivir, ¿no?... ¡Eh, vosotros! ¿Sabéis... sabéis algo? ¿De la guerra? ¿De la vida en guerra?

Los chicos del fondo se habían girado hacia nosotros. Reían.

—Anda, Pavel, vámonos...

Se puso en pie. Fue hacia ellos.

—El espíritu... —agitaba el dedo— solo conquista su verdad cuando se encuentra a sí mismo en el absoluto desgarramiento. ¿Quién dijo eso? ¿Sabéis quién dijo esa estupidez?

—¿Sid Vicious? —dijo uno de los chicos, conteniendo la risa.

—Hegel. *Fenomenología del espíritu*.

El camarero se acercó a decirle que por favor, que estaba molestando.

—Mírame a los ojos —dijo Pavel—. ¿Me ves bien? ¿Tú crees que esta cara me la regalaron? Yo estoy muy loco. Lárgate, fuera.

Había que salir de allí. Quería una copa más, la última. Se levantó y fue hasta la barra, dando tumbos. Golpeó con la palma abierta sobre el zinc. El camarero fue a avisar al dueño, que estaba en la cocina. Me adelanté, llegué hasta ellos, saqué dinero. Pavel estaba ahora con las dos manos apoyadas en la barra, la cabeza vencida. Tarareaba algo.

—Denle una copa más y me lo llevo. Pago todo, pago la copa también. El vidrio, quiero decir. Se la beberá en la calle. Por favor. Tengan.

Guardaron los billetes. Pavel alzó la copa a la luz del fluorescente.

—Vámonos, Pavel...

Con la copa en la mano, Pavel se acercó a la mesa de los chicos del fondo.

—Tenemos... tenemos que obedecer el peso de este triste tiempo... ¿no? ¿Sí o no? ¿Qué decís?... Decir lo que sentimos y no lo que deberíamos decir...

Reconocí aquellas líneas. Se las había oído recitar una vez al gran Dobosh en un teatro desaparecido, en un mundo desaparecido.

—... el más viejo es el que más ha soportado. ¡A vuestra salud!... Vosotros, los jóvenes, jamás veréis tanto ni viviréis tanto tiempo...

Estrelló la copa contra el suelo.

El dueño del bar gritó:

—Bueno, ya está bien, a la calle...

Pavel extendió la mano, se llevó un dedo a los labios, pidiendo o quizás ofreciendo silencio. Salimos a la plaza.

—... el drama —iba diciendo, apoyado en mí, tambaleante— el drama de nuestra generación es que no les contarán a las generaciones futuras cómo fue la historia... cómo fue *realmente* la historia... No matamos a nadie, ¿verdad? Terroristas... asesinos... pero no matamos a nadie. Nosotros.

Pesaba muchísimo, como un cachalote.

Se quedó quieto, mirando su mano. Su mano derecha.

—¿Sabes que una adivina me predijo hace muchos años que un día mataría a un hombre? Y que yo sepa, todavía no he matado a nadie...

Acercó la mano a la luz de una farola.

—Dijo que estaba escrito en las líneas de mi mano. ¿Tú ves algo?

Le encontraron en una pensión de Barcelona, el invierno siguiente.

Se había pegado un tiro en el corazón.

EPÍLOGO

77. El regreso

—Es un país sin futuro, saqueado —decía Oskar—. Un país de depredadores. Y no va a cambiar. Los que se quedaron con el botín no van a permitir que cambie. Los que mataron a Jan y a medio país siguen ahí. Ahora son guardias de seguridad, matones a sueldo. Nadie les ha puesto la mano encima. Te los encontrarás por las calles. ¿Te gustaría sentarte en un café y que al lado estuviera uno de esos tipos?

Oskar está bien, le van bien las cosas. Hablamos por teléfono de vez en cuando. Trabaja en *Libération*. Vive en un piso muy bonito, en el Marais, con una chica japonesa.

Volví a Moira tres años más tarde para el entierro de tía Olga.

Había sido un invierno muy duro, con grandes nevadas. El hielo reventó una cañería en la casa de Luzhin. La nieve había derribado algunos postes del tendido y el teléfono no funcionaba. Mi padre fue al pueblo para avisar al fontanero. Mientras esperaba, tía Olga salió al bosque y empezó a juntar troncos y ramas secas. Allí la encontré, con la sonrisa que, dicen, tienen los que mueren en la nieve. Como si el ángel de la risa hubiera bajado a visitarla en sus últimos momentos.

El día del entierro lucía un sol espléndido. Todo el pueblo estaba allí.

—Cualquier cosa la hacía feliz —dijo mi padre—. Eso era lo que la mantenía viva. Sentarse aquí, en el porche... pensar en la copa de aguardiente que tomaría después de comer, el mentolado de la cena...

Mi padre estaba bien en Luzhin, llevando la tienda, el huerto, jugando sus partidas de cartas y ajedrez por las tardes... Había hecho allí muchos amigos, y solo iba a Moira cuando no tenía otro remedio.

—Mucho ruido —me dijo—. Ha cambiado todo tanto...

Alquilé una habitación en un hotel de la avenida del Libertador, que ahora era un paseo peatonal lleno de cafeterías, cines, tiendas elegantes. Estaba citada con Veronika en una de aquellas cafeterías. Llegó con una gran carpeta.

Con la vuelta de la democracia habían empezado a aparecer fotos en los periódicos. Casi todos los hombres y mujeres de aquellas fotos tenían la misma edad. Veintitrés, veinticuatro, veinticinco años, no más. La mayoría eran fotos universitarias. Las fotos que figuraban en las solicitudes de matrícula. Rostros sonrientes, esperanzados. En unos colores que ya no existían. Ni aquellas ropas, peinados, maquillajes, sonrisas. Cabellos largos y lacios, barbas, ojos brillantes... Los rostros de nuestra generación. Los rostros de los desaparecidos. Debajo de las fotos había frases.

«¿Dónde está?» o «No olvidaremos» eran las más frecuentes.

Sus familiares y amigos no se resignaban a su absoluta desaparición. Querían saber dónde habían sido torturados y ejecutados, dónde fueron a parar sus cuerpos.

Buscaban testimonios, restos... quiénes les vieron vivos por última vez... las últimas frases que dijeron...

Se organizaron grupos de búsqueda. Se interconectaron.

Veronika trabajaba en la Comisión de Desaparecidos.

—Sabemos dónde estuvo Jan. Dónde se lo llevaron. Te resultará... No, difícil de creer no es el término adecuado. Mira.

Abrió la carpeta y me mostró una foto.

Era la Academia de las Artes.

—Ellos la llamaban Villa Bassani, como se llamó al principio. Fue uno de los centros más... Dos mil detenidos pasaron por allí.

Tardé varias semanas en dar el paso. El local estaba muy cerca del pasaje Legolas. Empujé la puerta. Me recibieron Veronika y dos chicos jóvenes. Uno era un psiquiatra. El otro era abogado. Recién licenciados.

—¿De verdad quieres oírlo? —me preguntó Veronika.

Dije que sí con la cabeza.

Me llevó a una habitación. En las paredes había estanterías repletas de cajas de plástico. Una mesa, dos sillas. En el centro de la mesa había un

magnetofón, un micrófono, un cenicero, agua, unos auriculares.

—Esto es lo que hacemos aquí. Grabar voces. Testimonios. Los supervivientes vienen aquí y hablan. Algunos quieren que les preguntemos, que tiremos de sus recuerdos; llegar hasta el fondo para liberarse de una vez de todo aquello. Otros prefieren recordar con la ayuda de alguien que estuvo en el mismo centro. Otros quieren estar solos. Les dejamos solos y hablan durante horas. Somos cazadores de voces, por así decirlo. Estamos juntando un archivo para el fiscal, para cuando comiencen los juicios. Y llevarlo todo, algún día, a Villa Bassani. Todas las cintas, todos los recuerdos. Convertir la Academia en un museo. Un museo vivo, un museo de la memoria. Para que nadie olvide, para que no vuelva a repetirse nunca más.

»Lo que vas a oír son testimonios de supervivientes de Villa Bassani. Todas son mujeres, por cierto. Todas estuvieron con Jan allá adentro. Veronika saca varias cintas de la estantería. Coloca la primera en el aparato.

Luego sale y cierra la puerta. Me coloco los cascos.

78. El legado

La primera mujer dijo:

—Nos tapaban los ojos al entrar. Me dijeron: «Entras en el mundo de los sonidos. Se te acabó el ver. Y si ves algo, te saco los ojos con una cuchara».

»Ellos fichaban al entrar. Recuerdo el clic clac de las tarjetas en la maquinita metálica. Se oían voces apagadas, todo el día, toda la noche.

»“Señor, agua... Señor, quiero ir al baño... Señor, pan...”

»Nadie respondía o respondían con insultos.

La segunda mujer dijo:

—A veces, en mitad de la noche, sonaba un tiro.

»A veces soñaba que sonaba un tiro. Sabía que soñaba, porque cuando el tiro era real iba seguido de pasos y puertas abriéndose y cerrándose, y el cuerpo arrastrado por el suelo.

»A veces también soñaba con el ruido de un gatillo montándose junto a mi oreja.

La tercera mujer dijo:

—Dejaban que nos quitásemos la venda de los ojos al entrar en el aseo.

»Eran aseos diminutos, en los que apenas cabía una persona.

»Un retrete, una pica, una bombilla desnuda colgando del techo, y un espejo.

»Entrábamos, nos quitábamos la venda de los ojos, y nos la teníamos que volver a poner antes de salir afuera. También eso parecía estudiado para derrumbarnos. Porque al entrar allí y volver a ver, de nuevo, era como si estuviéramos en nuestra casa, en una pequeña habitación libre, un espacio propio; como si todo lo de afuera fuese una pesadilla.

»Pero duraba poco aquella sensación; justo el tiempo de verme la cara en el espejo. Algunos espejos eran de material plástico, para que no pudiéramos romperlo y abrirnos las venas. Otros eran como de vidrio teñido, y detrás se adivinaban sombras moviéndose, rostros que observaban desde el otro lado, risas opacas de los demonios.

»La figura que reflejaba el espejo no era yo. No me habían tocado la cara, como a otros; no tenía heridas ni magulladuras en mi cara, pero ya no era mía. No podía soportar ver aquel antiguo rostro que me miraba, como desde muy lejos. Me horrorizaba tanto que aprendí a hacer mis necesidades sin quitarme la venda. Lo prefería así.

La cuarta mujer dijo:

—Los ruidos del *ping-pong*. Jugaban al *ping-pong*, para matar la espera entre sesiones. No utilizaban sus verdaderos nombres. Entre ellos se llamaban con apodos. Gordo. Flaco. Brujo. Peine. Abuelo.

»O con nombres de animales.

»Gato. Zorro. Cobra. Tigre. Bicho.

»El ruido de las botas militares, acercándose.

»Todos los que tenían nombres de animales caminaban de otra manera.

»Llevaban zapatos de suela blanda, para que no les oyéramos llegar, para que nunca supiéramos dónde estaban.

La quinta mujer dijo:

—Chirridos. Chirridos de electricidad. Al principio no sabía qué podía ser aquello. ¿Un fluorescente estropeado, una bombilla a punto de estallar?

»No. Eran chirridos más estridentes, como el torno de un dentista. Pronto supe lo que eran, porque después de los chirridos comenzaba la música. La música servía para cubrir los gritos, cada vez que los electrodos se hundían en la carne. La canción que sonaba más veces era *Qué será, será*, cantada por Doris Day. Una y otra vez. A todo volumen.

La sexta mujer hablaba del silencio:

—Prohibido hablar. Soledad. Los ruidos del propio cuerpo. El estómago. Los bronquios. Los latidos del corazón. Ahora muy rápidos, acelerados; ahora lentos, como si el corazón fuera a pararse.

»Y cuando entraba un nuevo compañero en la celda, más silencio, porque podía ser uno o una de ellas.

La séptima mujer hablaba de la lluvia:

—Llovía allá adentro y había grandes agujeros en el techo...

La octava mujer dijo que Jan le consiguió un colchón, porque estaba embarazada cuando la cogieron...

La novena mujer era casi una niña entonces, y le llamaba «el padre Jan», porque pensó, por su forma de hablar, por su forma de ayudar a todo el mundo, que era un sacerdote...

La décima mujer dijo que el peor sonido era el de las alas en el gran patio, junto al estanque seco. Todos sabían lo que sucedía cuando aparecía el helicóptero. Así que no hay tumba, no hay fosa común cubierta de cal viva. Jan duerme ahora bajo las aguas heladas de algún lago del norte, o en el mar abierto.

Estuve a punto de parar la décima cinta, pero no lo hice. Seguí escuchando, y aquella mujer evocó entonces la alegría de Jan, la alegría que no pudieron robarle. Dijo que sabía encontrar, entre todo aquel horror, cosas minúsculas que, por unos instantes, le hacían feliz. Una de aquellas cosas era «el sonido de las campanas de una iglesia cercana, porque le recordaban —decía— a una mujer a la que había amado mucho».

Al calor de las voces de aquellas mujeres fue derritiéndose poco a poco el enorme bloque de hielo, duro como el diamante, y empezó a aparecer su cuerpo, y sus manos largas, intactas, y su sonrisa, la sonrisa de sus veintidós años eternos, y al final resplandecieron sus ojos verdes, llenos de luz, mirándome, desde tan lejos, detrás del hielo, diciéndome:

Estoy aquí, estoy vivo, y siempre estaré vivo para ti, para todos vosotros.

El legado de Jan. Todo aquello en lo que creyó.

Todas aquellas voces, como estrellas en su corona, como pájaros cantando en mitad de la noche.

79. La cazadora de voces

Salí a la mañana azul, tan radiante como aquella lejana mañana en la avenida del Libertador, cuando hicimos el amor por primera vez...

Junto al semáforo había una pareja de equilibristas haciendo acrobacias.

Tan metidos en su propio juego, tan felices, que el semáforo se les puso verde y se les escaparon los coches y se echaron a reír, rodando por el suelo.

Pensé: «Ha llegado el tiempo de inventar nuevos recuerdos».

Veronika me consiguió un piso, un ático lleno de sol, con vistas al parque Beyer. Ahora trabajo con ella, en la Comisión.

Ahora soy una cazadora de voces.

Hará unos meses comencé a juntar notas y recuerdos para escribir nuestra historia. Mi nueva voz está aquí. Como quien de repente rompe a cantar, de noche, en mitad de un camino.

Hará un rato estaba escribiendo y me levanté para beber. Miré por la ventana hacia los árboles del parque y al girarme vi la sala, la pequeña lámpara sobre la máquina, mis papeles en la mesa, y supe que al fin estaba en casa.

Había vuelto y era mi casa, por primera vez, y todo estaba en su sitio, y el aire era limpio y no costaba respirar, y yo comenzaba a cantar con mi nueva voz, y todo brillaba, cada cosa con su propia luz.

«Si toda aquella época sigue aún viva en mi recuerdo se debe a las preguntas que se quedaron sin respuesta.»

PATRICK MODIANO

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Detrás del hielo*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Marcos Ordóñez (Barcelona, 1957) es escritor. Colabora habitualmente en el periódico *El País*, con su columna de los jueves y su crítica teatral de los sábados. Entre su obra novelística cabe destacar *Una vuelta por el Rialto* (1994), *Rancho aparte* (1997), *Puerto Ángel* (1999), *Tarzán en Acapulco* (2001), *Comedia con fantasmas* (2002; reeditado en Libros del Asteroide en 2015), *Detrás del hielo* (2006), *Turismo interior* (2010), *Un jardín abandonado por los pájaros* (2013) y *Juegos reunidos* (Libros del Asteroide, 2016).

También ha publicado obras relacionadas con el teatro y el cine, como *Beberse la vida: Ava Gardner en España* (2004), *Telón de fondo* (2011) o *Big Time: la gran vida de Perico Vidal* (Libros del Asteroide, 2014).

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Detrás del hielo*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

La estratagema, Léa Cohen

El tiempo de las cabras, Luan Starova

La quinta esquina, Izraíl Mëtter